RAYNEE ROMERO



# MEMORIAS *Del* CORAZÓN

# MEMORIAS DEL CORAZÓN

RAYNEE ROMERO

Kindle Direct publishing, Amazon Media

Derechos de autor © 2024 Raynee Romero

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no es la intención del autor.

Titulo original: Memorias del Corazón
Publicado por Kindle Direct Publishing, Amazon Media

Reservados todos los derechos

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro modo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

*Diego, gracias por sentarte en el piso a jugar a mi lado mientras mamá escribía esta novela. Esto es para ti.*

# Contenido

Derechos de autor
Dedicatoria
Epílogo
Referencia de Canciones
Agradecimientos
Acerca del autor
Libros de este autor
Adelanto de "Encrucijadas del corazón"

# 1

# ADDISON



Abro los ojos lentamente, y el techo blanco se enfoca poco a poco sobre mí. Una alarma insistente rompe el silencio, como un llamado urgente a la realidad. Frotándome los ojos, intentando disipar la bruma del sueño, busco el origen de ese sonido incesante, sintiendo un malestar palpitante mi cabeza.

Entre las sábanas, descubro un celular, que, al presionar un botón, silencia su clamor. Pero mi curiosidad se desvía rápidamente. Observo la habitación con desconcierto Ahora mi interés es otro. Observo desconcertada la habitación; la mesita de noche y esa lámpara en tono purpura me son ajenas al igual que estas sábanas que cubren mis piernas. Miro mis manos y no las distingo como mías. No reconozco mis uñas pintadas de un azul fuerte ni el anillo con pequeños brillantes de mi mano derecha.

*¿Dónde estoy?*

Me pregunto mientras me acerco a la ventana intentando abrirla sin éxito. Me limito a observar el exterior: varios autos están aparcados en la acera frente a unas casas muy bonitas de dos plantas, me doy cuenta de que estoy en el segundo nivel de algún lugar.

Un escalofrió me recorre la espalda, no quiero entrar en pánico.

*¿Por qué no reconozco nada de lo de aquí?*

¿Qué me pasa?

La confusión de apodera de mi.

*¿Quién soy yo?*

Me interrogo, mientras un mar de preguntas sin respuestas inunda mi mente. Escucho un sonido y me espanto. El celular que había estado sonando anteriormente tiene la pantalla encendida, corro hacia él. Con un nombre desconocido en la pantalla, intento desbloquearlo.
Sin saber porque deslicé mi dedo por él, me pedía una clave numérica.

*¡Por Dios como voy a saber que clave lleva sino me acuerdo ni que comí ayer!*

Frustrada me siento en la cama, atemorizada por los sonidos que provienen del resto de la casa. Temiendo por mi seguridad y con la mente en blanco sobre mi identidad, me pasa por la mente el abrir la puerta, pero tengo miedo. Desconozco quien ocupa esta casa, si me habrán secuestrado, con quien me encontraré y si descubren que no recuerdo absolutamente nada de mi vida pasada.

Sin saber que hacer me pongo de pie nuevamente y decido buscar espejo por la habitación. No veo ninguno a la vista. En el armario, encuentro uno de cuerpo entero. Con recelo y avanzando gradualmente examino mis pies: son pequeños, las uñas están pintadas del mismo azul de mis manos, hasta que tengo el valor de enfrentar mi reflejo. No reconozco la joven que me devuelve

la mirada.

Sigo el camino por mis piernas: son bastante blancas, pero con un ligero bronceado y definidas. Llevo unos shorts holgados blancos y una blusa rosada de tiros. Respiro profundo dándome ánimos y al final mis ojos se encuentran en el espejo, miro mi propio reflejo y no se quien esa chica que me mira con ojos asustados.

Un detalle muy singular llama mi atención, y es que tengo algo negro en mi muñeca y la pongo a la altura de mis ojos. Es un tatuaje, un hermoso tatuaje en tinta negra de un corazón en forma de candado, en el centro tiene la apertura de donde se supone entra una llave.

Mi cuerpo se estremece al detallarlo, llenándome de un sentimiento que no se describir. Es como que siento esto plasmado en mi piel algo muy importante, quizás tenga que ver con mi pasado pues no me parece que sea nuevo.

Siento un ligero consuelo al notar que realmente soy atractiva. Tengo unos ojos entre gris y verde, nariz fina, pómulos pronunciados y el labio inferior grueso de un rosado cereza. Mi cabello es corto, sobre mis hombros de un color castaño muy claro, lacio, pero con pequeñas ondas. Era delgada y atlética, con una apariencia de que hago ejercicio regularmente.

Justo entonces, otro mensaje irrumpe, revelándome una foto mía sonriente como fondo de pantalla.

Me gusta cómo me veo sonriendo.

Pienso, encontrando un atisbo de alegría en medio de la confusión. Mi dedo queda un momento en el botón de inicio y mágicamente se desbloqueó.

Entonces mi huella es la que desactiva mi celular, debo recordar eso.

Abro los mensajes de alguien llamado Jayden y los leo:

**Jayden:** *"Buenos días preciosa"*
***Jayden:*** *"¿Cómo dormiste hoy?"*
***Jayden:*** *"¿Aún no despiertas?, eres muy madrugadora, ¿qué pasa?"*

Me pregunto, ¿Quién será este tal Jayden? Tiene una forma muy peculiar de hablarme, como si fuera una persona demandante y quisquillosa, que todo lo quiere para ya.

El celular vibra en mis manos sobresaltándome al punto de casi dejarlo caer. Llega otro mensaje.

***Jayden:*** *"¿Amor estas bien?"*
***Jayden:*** *"¿Porque me dejas en visto? Sé que estás leyendo."*

Me siento extraña al leer estos mensajes, no sabría como definir su reacción y la forma un poco agresiva en la que me habla. ¿Será que estamos en buenos términos o habrá pasado algún

problema?

*Mierda, mierda, mierda. ¿Amor?*

*¡Ay, Dios mío!, ¿será que tengo un novio del que (para variar) tampoco recuerdo nada?*

Decido que es mejor responderle cualquier cosa para mantener la distancia y evitar levantar sospechas.

***Yo:*** *"Hola, si estoy bien. Me venció el sueño"*
***Yo:*** *"Hablamos después"*

Cierro el teléfono y lo coloco sobre la mesita de noche, notando un portarretrato con la foto de un chico guapo con ojos oscuros y cabello negro.

— ¿Addison? ¿Addison no vas a desayunar?

Una voz llamando a alguien del otro lado de la puerta, provocándome retroceder instintivamente.

Dejo la foto en su lugar y empiezo a revisar los cajones de la cómoda junto a la ventana. Estoy en ello cuando la puerta se abre de golpe, me quedo tan quieta como una estatua, como si de repente la persona que acaba de entrar no notara mi presencia y pasara desapercibida.

— Addie ¿qué haces en pijama todavía, es que no vas a trabajar hoy?

*Parece que me llamo Addie…*

Me giro y contengo un gemido al descubrir una joven idéntica a mi estaba parada frente a la puerta, aunque con diferencias notables. Mi cabello, corto y manejable contrastaba con el suyo, largo y adornado con ondas suaves, ligeramente más oscuro. Era evidente: tenía una hermana gemela.

Era impactante para mi este momento, como sacado de una película o una novela de ficción. Verla y darme cuenta de que tengo aparte de mi descubrir a la persona frente a mí. Como será su personalidad, como nos llevamos, si tenemos una buena relación o muy por el contrario nos llevamos mal.

—Addie ¿te encuentras bien? —pregunta mientras se acerca a mí con cautela. Su preocupación era palpable en su voz suave.

—Eh si, si estoy bien, es solo que…— balbuceo, incapaz de encontrar una excusa creíble.

—Seguro te desvelaste leyendo ese libro, ¿cierto? —concluye ella, con una sonrisa comprensiva.

Asentí, atrapada en la vil mentira.

—No pude evitarlo. – confieso, masajeando mi frente con preocupación.

En el silencio de la habitación, deseaba tanto que todo fuera un sueño, que pronto despertaría a la realidad que conocía. Sin embargo, mi hermana continua allí, su presencia era un recordatorio constante de mi situación actual.

Mi gemela con un gesto decidido se pone de pie.

—Date prisa o llegaras tarde a dar tu clase de ballet.

*¿Ballet? ¿era yo acaso profesora de ballet?*

La situación parecía ir de mal en peor. La idea de enfrentarme al mundo sin siquiera saber quién era resultaba aterradora. No tenía más opción que seguir fingiendo.

—Verás… no me siento nada bien hoy. — le digo intentando sonar convincente.

Ella me examina con esos ojos gris verdosos idénticos a los míos reflejando una mezcla de preocupación y confusión.

— ¿Media que te ocurre? Estas pálida y parece que sudas.

—Algo que comí me sentó mal.

Improviso dirigiéndome hacia la cama para acostarme. Mi gemela se acerca, posando su pequeña mano con delicadeza sobre mi frente.

—No tienes fiebre, ¿quieres le que te prepare un té o algo?

Niego, buscando refugio en la idea de un descanso.

—No, prefiero descansar hoy, espero sentirme mejor, ¿crees podrías llamar a mi trabajo para cancelar la clase?

Ella asiente, su gesto lleno de comprensión.

—Por supuesto que sí Addie, tu descansa. Intenta comer algo cuando te apetezca.

—Gracias.

Le agradezco, sintiendo un atisbo de alivio al ver su preocupación genuina. Al menos en este momento y con su gesto tan amable siento que es una buena hermana. Me da un poco de tranquilidad que estoy con mi familia y no con unos extraños.

Ella me mira, su preocupación marcada y asiente. Luego de esto cierra la puerta tras de sí.
El sonido del motor de un vehículo arrancando me lleva a correr hacia la ventana, dada mi

curiosidad. Creo que estoy sola por lo que puedo merodear este lugar sin que nadie me mire extraño.

Lo primero que hago es abrir la puerta con cautela, inspecciono el pasillo donde veo otra puerta. Salgo sigilosamente instada por el silencio, mirando todo a mi alrededor y rezando internamente de que no haya nadie más en casa. Al final del pasillo a la derecha hay una escalera por lo que decido bajar.

El pie, me recibe un salón adornado con muebles blancos y fotografías familiares, me acerco para verlas. Entre ellas encuentro una imagen mía con mi hermana en una feria, ambas con algodones de azúcar en las manos. En otra foto hay dos personas que para variar no reconozco, un hombre y una mujer, ambos mirándose con amor genuino y sonriéndose. Intuyo que son mis padres, la familiaridad de sus rasgos me reconforta y perturba a la vez.

En la cocina, el desayuno preparado por mi hermana aguarda. El hambre, hasta ahora había pasado inadvertida, se manifiesta con fuerza al ver la comida. Ganar tiempo se ha convertido en mi prioridad número uno, a pesar del hambre opto por un simple yogurt del refrigerador decidida a saciar mi apetito y continuar con mi investigación.

Abajo no encuentro nada que me ayude así que vuelvo a mi habitación. No sé por dónde comenzar por lo que giro la vista lentamente hasta que mis ojos se enfocan en un bolso negro. Corro a por él y reviso dentro descubriendo objetos personales y con un triunfo silencioso dije ¡Bingo! Al encontrar una billetera.

Tengo mi identificación en las manos, las mismas me tiemblan al leerla y saber algo más de mí. Mi nombre es Addison Smith, tengo 29 años, vivo en Fort Lauderdale. Una licencia de conducir y una credencial profesional revelan mi oficio como profesora de Ballet clásico.

Mis manos pasan por las suaves hebras de mi pelo y suspiro. La fatiga mental comienza a pesar sobre mí, exacerbada por la frustración de no conocer mi propia historia. Ganas de llorar no me faltan en este momento.

La búsqueda en los cajones me distrae momentáneamente, revelando una colección colorida de lencería, piezas muy pequeñas y, de todas formas. Tiento algo duro debajo de unas tangas y allí estaba, un pequeño cuaderno con un corazón en forma de candado igual al que tengo en mi muñeca, me lleno de nervios, lo cual aviva mi curiosidad y ansiedad.

Paso mis dedos rápidos por las hojas y veo que están todas llenas. Algo cae de entre las páginas, por el material entre mis dedos sé que es una foto y la giro. El rostro de un joven apuesto y enigmático me captura con su mirada intensa. La conexión instantánea con la imagen desencadena una avalancha de recuerdos, momentos compartidos con el lleno de amor y pasión. No es el que está en mi mesa de noche, este es aún más lindo, pero se nota que mucho más joven que yo. Tiene el cabello oscuro, unos ojos almendrados impresionantes y los más hermoso que recuerdo.

Era una simple foto y me hacía sentir tantas cosas, esa mirada me llenaba de algo que no sabía

describir. Mis manos están temblando y no lo puedo controlar. De repente mi vista se nubla, todo lo que veo es una neblina blanca. Como si de una película se tratara vi una parte de mi vida pasar, ¿cómo lo sabía? Ni yo misma lo sé, pero estaba segura de que todo esto lo había vivido.

Estaba el mismo chico de la foto, abrazados, tomados de la mano, besándonos. Haciendo el amor… una y otra vez pasaban diferentes episodios en mi mente. Estaba casi segura de estar viendo mi pasado.

Quiero que pare, tengo miedo, no sé por qué me duele el pecho. Me falta el aire, necesito respirar. Luego no veo nada, las imágenes se detienen y me desmayo.

Al recuperar la conciencia, el dolor y la confusión me saludan. Sosteniendo la foto aun reconozco al joven: la certeza de su identidad resuena con claridad, un faro en la tormenta de mi amnesia.

— ¡DIEGO!, este es Diego.

2

# DIEGO



—Esto es todo por hoy chicos, nos vemos en la próxima clase.

Anuncio, observando como mis estudiantes, uno a uno se levanta y empezaban a recoger sus pertenencias con esa prisa juvenil por abandonar el aula. Un suspiro escapa de mis labios al recordar aquellos tiempos en los que yo también ansiaba el final de las clases, con el plan de despejar la mente entre tragos y risas.

Yo también comienzo a reunir mis materiales, los densos tomos de ingeniería aun abiertos sobre el escritorio, cuando siento a alguien caminar hacia mi escritorio con un repiqueteo característico de unos tacones de mujer, juro que casi ruedo los ojos al descubrir quién era. Rose Marie, una presencia constante en mis cursos desde hace varios semestres, nunca pierde la oportunidad para intentar algo más que una relación académica. ¿Su atuendo de hoy?: deliberadamente relevador el cual infringía claramente las normas del decoro que siempre enfatizo en el aula.

— ¿Qué duda tiene esta vez, señorita Ledesma?

Pregunto, Ella sonríe porque es lo que hace al menos dos veces al mes, un juego que ya nos era rutinario.  Medio se sienta en mi escritorio y trata de poner su mano sobre la mía, pero soy más rápido que ella y me alejo antes, evitando cualquier contacto.

—Realmente no capte la esencia de la clase de hoy, ¿sería posible que me diera… una tutoría privada? — propone con un brillo expectante en sus ojos.

Esta vez no pude reprimirlo y ruedo los ojos fuertemente.

—Rose, ¿siendo sincero, has considerado la posibilidad de explorar otra carrera? ¿Algo que realmente resuene contigo? —sugiero más por preocupación genuina que por sarcasmo.

Su expresión se torna sombría, la insinuación no pasó desapercibida.

— ¿Qué quiere decir? ¿Me esta insinuando que no soy apta para esto? — réplica ofendida.

Casi me rio en su cara.

—No, para nada Ledesma, solo estoy dando una opinión profesional. De todos modos, si lo que deseas es una tutoría, puedes acercarte a servicios estudiantiles, allí te buscaran un tutor adecuado. — concluyo, desviando así su atención, y esperanzadamente sus intenciones.

Su sonrisa desapareció en un instante, y decepcionada tomó sus libros abrazándolos y salió murmurando palabras que decido mejor ignorar. También me propongo salir y llegar a casa por fin.

Algunos podrían preguntarse que por qué, siendo tan joven y evidentemente objeto de cierto interés, no me dejo llevar de las tentaciones que se presentan. No voy a negarlo porque estaría

mintiendo descaradamente, Rose Marie, con su largo cabello oscuro y ese cuerpo envidiable, mi compromiso con la profesionalidad me impide cruzar ciertos límites. Además, y más importante, mi corazón ya tiene dueña.

Y justo cuando me disponía a arrancar mi coche, el teléfono suena. Era ella, la mujer que ocupa todos mis pensamientos, mi adorada esposa.

—Hola amor. – respondo, un suave calor llenando mi pecho al escuchar su voz

—*Mi cielo…* -suspira— *¿estás llegando a casa?* - su tono, ligeramente preocupado, tensó mi ser.

—No, apenas salgo del trabajo. – aseguro, intentando transmitir calma mientras me adentraba al tráfico vespertino. — ¿sucede algo?

Ella vuelve a suspirar y mi corazón da un ligero salto.

—*No, no es nada mi amor, te espero para cenar, ven pronto.*

Sé que ocurre algo, por lo que acelero. Los recuerdos de encontrar a Violet desmayada en el baño, su piel pálida y labios resecos, aún me atormentan, La llevé al hospital y allí le hicieron muchísimos estudios para detectar la causa de sus inesperados desvanecimientos.

Violet, era una mujer magnifica, mi faro en la tormenta. Irrumpió en mi vida en momentos de profunda oscuridad, ofreciéndome su luz. Desde aquel encuentro fortuito, tres años han tejido la historia de nuestro matrimonio.

Aparco el auto y subo por las escaleras tratando de llegar lo más rápido posible a mi piso. Temiendo lo peor, abro la puerta con manos temblorosas y encuentro un escenario totalmente diferente al que llevaba treinta minutos imaginando.

La sala estaba a oscuras excepto por unas velas que iluminaban tenuemente el comedor.

—¿Violet? ¿Dónde estás amor? – mi voz se eleva, un eco de mi inquietud.

Con un vislumbre de tranquilidad, mi mujer salió al pasillo con un corto y fino vestido de tiros de seda y unas zapatillas amarradas a sus torneadas y blanquecinas piernas. Su cabello largo y rubio caía liso hasta la mitad de su espalda, esos ojos azules como el mar me miraban con deseo, un amor inmenso y en el fondo de ellos un océano de preocupación.

Nos acercamos uno al otro y abro mis brazos para envolverla en ellos, la acerco a mi cuerpo, con promesas silenciosas flotando entre nosotros. Beso su frente, ella me mira y nos fundimos en un cálido beso. Me sonríe y mi corazón muere de amor por ella.

—Te estaba esperando amor- dice guiándome hasta el comedor donde una exquisita cena estaba esperando por nosotros. La mesa adornada con nuestra mejor vajilla me hace cuestionar el motivo de tal celebración.

— ¿Celebramos alguna ocasión especial? ¿Olvide algo importante? – pregunto mirándola con dudas.

Ella ríe, su alegría dispersando sombras.

—No, tú sabes que jamás olvidas nuestro día especial. Es solo que quería hacer esto por ti mi vida. Porque te amo. – la sinceridad en sus gestos me conmueve profundamente, aunque sus manos frías y su mirada melancólica tejen preguntas en mi mente haciendo un nudo en mi garganta.

—Yo también te amo mi pequeña, lo sabes ¿verdad? — ella asiente—¿hay algo que quieras compartir conmigo?

La invito a abrir su corazón, pero ella desvía la conversación hacia la cena, una obra maestra culinaria digna de su talento, es chef principal de un restaurante con estrella Michelin.

Cedemos al momento, la comida desaparece entre nuestras conversaciones y risas. Al terminar, me insta a poner música y a abrir un vino especial, que estaba en reposo en nuestro salón mientras ella se encarga de los detalles finales.

Solo quiero complacerla así que hago lo que me pide. Suelto los botones de mi camisa para estar más cómodo. Ella vuelve en pocos minutos y le doy una de las copas. Violet, usualmente reservada con el vino, sorprende con un trago generoso, señal de una noche distinta a cualquier otra.

Corre una pequeña gota por la comisura de sus labios y la atrapo con mi lengua. El sabor afrutado del vino junto con su piel hace estragos en mí y no puedo evitar tomar su boca y besarla fuertemente. Nuestros labios danzaban uno contra el otro, ella emite un gemido cuando mi lengua la invade y toca la suya. La tomo entre mis brazos mientras ella envuelve sus piernas en mi cintura, mi cuerpo estaba listo para ella, la deseaba con locura.

Bajo el tenue resplandor de la noche, nos entregamos el uno al otro, nuestra pasión en sintonía con la melodía que nos envolvía. “Make you feel my love” de Adele era testigo de nuestro amor, cuando ambos llegamos a la cima del cielo. Después la acuno contra mi pecho, dejando que el ritmo de nuestros corazones se sincronice de nuevo.

Ella se inquieta, sus ojos buscando los míos con una confesión pendiendo de sus labios —Mi amor, libérate de lo que te pesa, solo déjalo ir. Dime que te tiene así mi vida, no soporto ver esa sombra en tu mirada.

Un sollozo sale de su garganta junto con gruesas lágrimas y me parte el alma en dos, un presagio de la tormenta que se avecina. Nos dirigimos a nuestra habitación, donde la formalidad de una bata rompe la intimidad que siempre hemos compartido.

Busco unos bóxer y me los pongo. Siento un nudo en el estómago, presintiendo la gravedad de

lo que sigue. Con manos temblorosas, Violet se acerca con un sobre. El emblema de un centro médico augurando noticias que ninguno quiere enfrentar.

Al abrir el sobre, el contenido me golpea con fuerza, me siento en la cama ya que mis rodillas se aflojan, derrumbando cualquier atisbo de fortaleza. Sé que las lágrimas comienzan a caer de mis ojos porque el papel se está mojando. Siento sus suaves brazos pasar por mi cuello y la siento temblar, lloramos los dos juntos entre el dolor y la incredulidad.

La tomo por sus mejillas, aquellas rojas por el llanto y rompe mi corazón, ya desecho aún más.

—Tenemos que hacer algo mi amor. Buscar otras opciones. — Mi voz es un susurro entre sollozos.

Ella se resiste, su desesperanza cortándome el aliento.

—No hay nada que hacer, Diego.

—Claro que, si se puede nena, la ciencia está muy avanzada y todos los días salen nuevos avances no podemos perder las esperanzas.
Ella se aleja de mí y su cara se transforma en un cumulo de emociones que no supe describir.

—Las esperanzas ya las perdí desde que supe que me voy a morir Diego. No voy a sufrir lo mismo que mi madre, yo lo viví en carne propia, ¡no! me niego a sufrir más.

—Violet vamos a calmarnos un poco, mi amor por favor no me puedes dejar. Podemos tratarte, podemos…

No puedo seguir hablando, caigo de rodillas al piso y me abrazo a su cintura. Mojo su bata con mis lágrimas, no puedo parar de llorar.

—Yo te amo mi amor, por favor vamos a luchar.

Pero mi suplica se desvanece en el aire, mi dolor me lleva a sus pies implorándole por una lucha que ha decidido no emprender.

—Pídeme cualquier cosa menos pasar por ese sufrimiento mi amor. Mírame.

Sus dedos se deslizan entre mi cabello, y el peso de su próxima ausencia me aplasta.

—Sé que es duro que te diga estas palabras, pero ya no se puede hacer nada, lo único que haría es sufrir para durar que ¿algunos meses? ¿Quizás un año? No, no quiero eso para mí. Quiero que vivamos ahora, que nos amemos, que disfrutemos juntos este tiempo que me queda, que seamos felices.

Sus palabras, aunque dichas con calma, encienden un fuego de protesta en mi interior. Ella es mi universo, y la idea de perderla ante el cáncer me consume.

La sostengo más cerca, incapaz de concebir la idea de soltarla. El silencio se apodera de nosotros, pues las palabras se quedan cortas para expresar el tormento de imaginar un futuro sin ella. Me duele solo de pensarlo que un día ya no la tendré entre mis brazos, que no sentiré su aliento en mi cuello al dormir, que no sentiré en mis manos su pequeño cuerpo junto al mío, de no poder aspirar a una vida juntos que incluyera risas de un niño nuestro, de no oír sus susurros de amor en momentos de intimidad, no encontrarla cocinando y haciéndome probar cada cosa nueva para el restaurante. Violet es mi todo y la idea de perderla es insoportable. Irónicamente, la música sigue sonando de fondo, Adele cantándonos *"i miss you"*.

Con cuidado, la guio hacia la cama y me acuesto junto a ella, entregándonos al abrazo silencioso de la noche. Poco después, su respiración se vuelve pausada y regular y sé que se ha quedado dormida. Mientras yo me quedo despierto, pensando una y otra vez que hacer por ella, pero sé que mi pequeña guerrera no cambiará de opinión. Conozco la firmeza de su decisión, forjada en el dolor de presenciar el largo sufrimiento de su madre, una batalla marcada por tratamientos desgastantes y momentos de desesperación tan intensas que la llevaron al borde del abismo. Violet ha elegido no recorrer ese tortuoso camino, una decisión que, aunque entiendo me llena de impotencia.

En algún momento, madrugada me encuentra y el agotamiento me vence, sumiéndome en un sueño inquieto, con la esperanza aun aferrada a mi corazón de encontrar una luz en el medio de esta oscuridad.

***

El sonido del despertador me sobresalta, rompiendo el silencio de la mañana. Violet no está en la cama, busco por la habitación y tampoco está. Salgo a la sala esperando verla, y ahí está, en su rincón predilecto: la cocina. Aunque el aroma del café suele ser un placer matutino, hoy solo consigue provocarme nauseas.

—Buenos días, mi amor. no esperaba que despertaras tan pronto.

Dice ella, intentando mantener la normalidad a pesar de la tormenta que nos azota. Me ofrece una taza de café humeante con un beso en la mejilla, un gesto de cotidianidad que se siente agridulce.

— ¿Desde cuándo estás despierta? – pregunto, buscando en sus acciones alguna señal de como enfrenta su dolor.

Ella simplemente se encoge de hombros, su mirada endurece ligeramente.

—No mucho, ¿quieres algo de desayunar?

La idea de comer me resulta imposible.

—No, no tengo apetito, amor.

Se acerca a mí y me abraza, buscando consuelo en mi pecho, dejo la taza en la encimera sin tocar y respondo a su abrazo. Apoyo mi cabeza en la suya, sintiendo la fragilidad de su ser contra mí.

— ¿Qué vamos a hacer pequeña, qué quieres que haga por ti en este tiempo que nos queda?

Se estremece cuando paso mi mano por su espalda. La seriedad se la situación envuelve nuestras palabras, un velo de tristeza se intensifica con su respuesta.

—Solo ámame, es todo lo que deseo: que me ames y me hagas feliz mientras pueda.

Esos ojos azules, ventanas a un alma enfrentando su final con valentía, me desgarran. Quería cambiar con ella su lugar y ser yo el que partiera pronto.

Con un beso en su frente, y luego en su nariz trazo con mis dedos un camino por sus costillas haciéndola reír, tiene muchas cosquillas. Es un sonido que alivia mi alma triste, Un recordatorio de la alegría que aun podemos compartir.

—Haré todo para que seas la mujer más feliz de este mundo, mi amor.

—Ya lo soy, por tenerte a mi lado. — responde, y en su sonrisa encuentro la luz que me guiara a través de la oscuridad que se cierne sobre nosotros.

***

Resignado, me dirigí al trabajo, entendiendo el deseo de Violet de una vida normal así que como siempre hice lo que me pidió. Si bien hoy solo tenía programada una clase en horas de la tarde, aprovecho la mañana para corregir unos exámenes pendientes en el salón de maestros, sumergiéndome en el trabajo para escapar, aunque fuera momentáneamente, de la realidad que me oprimía el pecho.

Estaba tan inmerso en el trabajo cuando el sonido del teléfono me interrumpe. Un numero desconocido parpadeaba en la pantalla, avivando mi curiosidad a pesar del desanimo que me acompañaba. La enfermedad de Violet había agudizado mí sentido de la urgencia, dejándome en un estado de alerta constante.

*¿Y si era algo sobre ella?*

Me pregunto internamente, deslizando el dedo para contestar.

— ¿Hola?

*— Ho- hola… ¿Diego?*

Dudo un momento y Alejo el teléfono de mi oído para verificar el numero nuevamente, sin encontrar nada que me resultara familiar.

—Si, soy yo.  ¿quién llama?

— *¡Oh, Dios mío!, gracias al cielo eres tú.*

Si alguien me hubiera observado en ese instante habría pensado que soy un tempano de hielo. Aquella voz, algo en mi interior la reconoció de inmediato, aunque mi mente se resistía a aceptar la realidad.

— ¿Addison?

— *Si soy yo…*

La incredulidad y el remolino de sentimientos encontrados me envolvieron. ¿Cómo es posible que ella, precisamente ella, decida llamarme después de tanto tiempo? Pienso en una mezcla de sorpresa, resentimiento y una curiosidad inesperada luchando por hacerse espacio en mi tormenta interior.

# 3

# ADDISON



— *¿Addison?*

—Si, soy yo…

Un pesado silencio se cierne sobre nosotros, un puente de vacío que ninguno de los dos se atreve a cruzar de inmediato.

— ¿Sigues ahí?

—*Si… pero… ¿Por qué me llamas?*

La pregunta emerge cargada de confusión y un atisbo de esperanza. Podría haberle dicho tantas; el miedo que me embarga, la desesperación por tener a alguien que al menos recuerde mi nombre, la urgencia por descubrir quién soy. Sin embargo, ¿Cómo explicarle que he olvidado toda mi vida, excepto a él, y solo fragmentos dispersos de nuestro pasado común?

—Yo…lo siento, no debería haber llamado.

Y termino la llamada, sintiéndome aún más perdida si cabe. Me quedo mirando fijamente mi fondo de pantalla donde estoy sonriente, evocando un pasado que pertenece a otra persona.

No logro entender que me impulsó a marcar su número, más allá de la imperiosa necesidad de conectar con algo, con alguien, que pudiera arrojar un poco de luz sobre mi oscurecido presente. Aunque no recordaba haberlo borrado, su número permanecía allí, un hilo tenue atado a la idea de quien solía ser.

Con el diario encontrado en el suelo entre mis manos, espero descubrir alguna pista que me ayude a desentrañar el misterio de mi propia existencia. Al abrirlo, las palabras me resultan ajenas, como si pertenecieran a otra persona. Nada parece tener sentido, hasta que una fecha capta toda mi atención: el 3 de octubre de 2008, el día de mi cumpleaños.

*Apenas acabo de llegar de mi fiesta de cumpleaños, estoy muy cansada pero no quiero olvidar nada de este día, por eso me encuentro aquí hoy. Por fin hago 17 años a solo un paso de alcanzar la mayoría de edad. Hoy he disfrutado tanto con mis amigos, me han hecho una fiesta sorpresa en la casa de Diane, es la mejor amiga del mundo entero. Allí estaba su hermano, el chico del que he estado enamorada desde niños y esta vez todo fue diferente.*

*Me sorprendió invitándome a bailar y no lo podía creer, a pesar de que siempre hemos mantenido cierta distancia, con él rodeado de otras chicas y tratándome como una hermana menor, su invitación me tomó por sorpresa. "Na de Na" – AngelYKhriz sonó en los altavoces y con esa sonrisa que me encanta me dijo que lo acompañara a la pista improvisada en su sala de estar.*

*Los padres de Diane habían salido en un viaje de negocios por lo que la casa estaba sola a*

*cargo de Diego, y miren en que se convirtió el cuido en una súper fiesta con medio instituto de invitados. Acepté gustosa su invitación y me tomó de la mano arrastrándome al medio entre la multitud de nuestros amigos.*

*Sentir su mano presionando mi cintura y el calor de su cuerpo contra el mío era algo de lo que apenas podía creer ser la protagonista. La canción pasó de pegajosa y movida a lenta y sensual, el mundo a nuestro alrededor parecía desaparecer, dejándonos solo en nuestro pequeño universo. Sus brazos rodearon mi cintura, y mis manos encontraron su cuello casi sin pensar. Bailamos al compás de nuestros corazones, sumidos en un momento de pura magia. Haber estado enamorado de Diego toda mi vida y ahora compartir este instante con él me hacía sentir increíblemente afortunada.*

*Incluso después que la canción terminó, nos mantuvimos en la pista perdidos el uno en el otro. A pesar del dolor de pies horrible por los tacones, no había lugar en el mundo en el que quisiera estar.*

*Sus palabras de halago encendieron a fuego mis mejillas y su gesto, al levantar mi barbilla para encontrarse con su mirada me dejó sin aliento.*

*Y como si el tiempo se detuviera me besó, marcando mi primer beso con una intensidad que nunca olvidaría. La suave exploración de su lengua contra mis labios me llevó a un mundo de sensaciones desconocidas, abriéndome a la experiencia con una mezcla de nerviosismo y emoción.*

*La voz de Diane nos sacó de nuestra burbuja personal y en ese momento, solo en ese momento odié a mi mejor amiga. Separada de Diego, reflexione sobre la noche, concluyendo que ha sido el mejor cumpleaños de mi vida.*

*Xoxo. Addi.*

Termino de leer y me invade una confusión aún más profunda. La idea de volver a contactar a Diego me asalta, deseando profundamente desentrañar el misterio de mi situación actual, pero el miedo me paraliza. Si nuestra conexión se ha roto, debe haber razones de peso, y temo que él prefiera mantener la distancia.

El hambre se hace notar con un rugido inoportuno, y acto seguido me levanto del suelo para ir a la cocina y ya en plan serio comer algo. Antes de salir de la habitación, echo un vistazo a mi móvil sobre la mesita de noche, sorprendida al notar que son las 4 de la tarde. Llevo el móvil entre la orilla de mis pants sueltos solo por si acaso llegase a sonar.

*¿Cuánto tiempo he estado tendida en el suelo, perdida en mis pensamientos?*

La cocina me recibe con el desayuno intacto que mi gemela preparó; El pobre desayuno estaba aún en la isleta sin tocar, pero opto por desecharlo, sintiendo un inexplicable remordimiento al

hacerlo. Busco algo más sustancioso que el yogurt, mi mirada se fija en un envase de plástico con restos de pizza, que caliento sin dudar. La satisfacción de la comida caliente apacigua momentáneamente mi turbulencia interna.

Una vez que estuve satisfecha, meto el plato en el lavaplatos y me seco las manos.

El sonido de mi móvil vibra inesperadamente, provocándome un salto que confundo con la presencia de algún bicho. Pero solamente es un nuevo mensaje de Jayden.

—Dios mío y ahora qué hago.

La ansiedad me embarga, complicada por la llamada entrante. Me paso las manos por mi corto cabello y suspiro frustrada. Una foto de un chico aparece en el fondo, la verdad es que es muy guapo. No sabía qué hacer, si contestar y tentar a la suerte o dejarlo pasar. Pero la curiosidad supera mi hesitación, y respondo, buscando desesperadamente respuestas.

—¿Hola?

—*Por Dios, Addie, ¿qué te sucede hoy? ¡He intentado contactarte todo el día sin éxito!* —su voz transmite una mezcla de preocupación y frustración.

—Lo siento, Jayden, es solo que… —me detengo y trago el nudo en mi garganta, luchando por explicar la apatía sin revelar demasiado—. No me siento bien, he estado durmiendo.

—*¿Qué te ocurre, nena?* —a pesar de la preocupación en su voz, el apodo me irrita ligeramente, pero decido ignorarlo.

—No sé, al parecer algo me sentó mal. Y… y tengo dolor de cabeza.

Un silencio pesado cae entre nosotros, y verifico el teléfono, dudando de la conexión.

—*Bueno, deberías haberme avisado, Addison. Podría haberte cuidado. ¿Quieres que pase a verte?* —su oferta suena sincera, pero la idea de su presencia me abruma.

—Noooo, prefiero descansar. En serio, no te preocupes, hablamos mañana, ¿sí?

No espero respuesta y cuelgo enseguida, dejándome sola con mis pensamientos y la persistente sensación de que algo importante se me escapa.

Un súbito ruido me hace voltear, y allí está Emma, visiblemente agotada, las marcadas ojeras delatando sus largas horas de ausencia. Se deja caer en el sofá con un suspiro, después de soltar las llaves en una mesita junto a la puerta, y me lanza una mirada cargada de preocupación, con esos ojos tan parecidos a los míos.

—¿Estás mejor, Addie? —su pregunta es directa, esperanzada.

La sinceridad de su mirada me desarma, y con un simple movimiento de cabeza, admito mi malestar.

—No, realmente no me siento nada bien. —confieso, incapaz de ocultarle la verdad.

Emma se acomoda mejor, cruzando los brazos, la preocupación marcando cada línea de su rostro. Tras un bostezo que hace surgir lágrimas, insiste.

—¿Vas a contarme qué sucede? Esta mañana lo dejé pasar, pero sé que no es una simple enfermedad. —El miedo y la incertidumbre me recorren, la posibilidad de abrirme completamente ante ella me paraliza.

—Es complicado… no sé cómo explicártelo. —Su interrupción es casi un alivio.

—¡Ya sé! Es por Jayden, ¿cierto? Sabía que esa relación tenía fecha de caducidad…

Pero mis pensamientos se enredan, evaluando cómo podría reaccionar ante la verdad.

—Si te hiciera una pregunta, aunque suene descabellado, ¿me responderías con honestidad?

La curiosidad se dibuja en su rostro, una ceja arqueada en expectación.

—Por supuesto, dime.
—Bueno… —Con un suspiro, busco la forma de expresar mi inquietud más profunda. Acariciando mi rostro, me lleno de valor.

—¿Qué tipo de relación tenemos tú y yo como hermanas?

Mi gemela ríe tan fuerte, ante mi seriedad, que resuena en la habitación. Mis nervios me impiden unirme a ella.

—¿Hablas en serio?

Asiento, buscando en su respuesta un poco de claridad. Necesitaba, al menos por ahora, saber que podía confiar en ella, que no éramos como esos típicos hermanos que viven en la misma casa pero que apenas se dirigen la palabra.

—A ver… desde pequeñas hemos sido inseparables, tenemos gustos en común, pero respetando nuestras diferencias. Nos apoyamos incondicionalmente, no importa dónde estemos, y aunque cada una tiene su mejor amiga… bueno, yo tengo mi mejor amiga, ambas somos confidentes.

El alivio de saber que mi hermana gemela también es mi mejor amiga es palpable, pero hay un vacío, algo en esta historia que me estaba perdiendo…

—¿Por qué hablas de mi mejor amiga en pasado?

Emma se levanta, su expresión muestra una mezcla de preocupación y desconcierto.

—Addison, me estás asustando, ¿qué demonios pasa? ¿Por qué me haces preguntas cuyas respuestas ya sabes? Sobre todo, en ese tema que has negado a hablar durante años…

Camina hasta el refrigerador y saca una lata de cerveza, decido seguirla hasta la cocina, impulsada por la necesidad de entender.

—Hermana, por favor, necesito tu ayuda. Responde a mis preguntas, aunque pienses que he perdido la razón. —le suplico con un tono que revela mi desesperación.

—Este tema está cerrado para mí, Addie. Lo que ocurrió es algo que solo tú y Diane conocen. No voy a hablar más de ello. —responde con firmeza, su voz se tiñe de una emoción que no logro descifrar.

La confusión me invade aún más tras su abrupta salida. La observo subir las escaleras, y el sonido de la puerta de su habitación cerrarse resuena como un eco de mi soledad. Con un suspiro pesado, regreso a mi habitación, sintiéndome exhausta y abrumada por los eventos del día.

Buscando algo de consuelo, me dirijo al baño y dejo correr el agua caliente de la ducha, permitiendo que el vapor y el calor suavicen la tensión en mis músculos. Las lágrimas se mezclan con el agua, simbolizando mi desesperación y el anhelo por recuperar mis recuerdos, mi identidad.

“¿Debería enfrentar la verdad, por dura que sea y buscar ayuda?” - me pregunto, contemplando la posibilidad de un sanatorio como un camino hacia la recuperación.

Escucho unos toques en la puerta a los lejos, pero no respondo, no tengo fuerzas para responder.

—Media, ¿estás bien? — la voz de Emma atraviesa la bruma de mis pensamientos.

Un sollozo escapa de mi garganta justo cuando veo a mi hermana correr la cortina de la ducha y mirarme con ojos llenos de culpa que no entiendo. Sin dudarlo, se una a mi bajo el agua, su abrazo es un refugio en medio de mi tormenta interior. No pronuncia palabra, pero su presencia es un bálsamo para mi alma fracturada.

Me arrulla y yo me dejo, sabiendo que su apoyo incondicional me dará la fuerza necesaria para, eventualmente, revelarle mi verdad y buscar juntas la solución a este laberinto de emociones y recuerdos perdidos.

4

# DIEGO



—Diego, ¿me estás escuchando?

Sobresaltado, mi atención regresa a la persona que tengo enfrente, cuya mirada inquisitiva se topa con la mía.

—Lo siento, Carla, me perdí un momento. ¿Qué me decías?

Con un gesto resignado se aparta el flequillo de la frente. —Nada, olvídalo. Te noto ausente últimamente. ¿Qué te ocurre?

Paso una mano por mis ojos cansados y respiro profundo. Qué me pasa no se puede resumir en dos oraciones. Buscando cómo verbalizar el torbellino que ha sido mi existencia estos días. La fatiga, el estrés y la sensación de estar atrapado en una espiral de desesperanza.

Carla y yo compartimos una amistad que se remonta al preescolar; cuando apenas cumplió 14 años, ella, junto a sus padres, emigraron a otro país, sin embargo, nunca perdimos la comunicación. Regresó hace poco y, por coincidencias de la vida, ambos terminamos enseñando en la misma universidad. Su vida familiar, con su esposo y sus dos hijos, contrasta dramáticamente con la tormenta que yo enfrento.

—Estoy atravesando por un momento realmente difícil, más de lo que puedas imaginar…

Se acerca a mí y su mano encuentra mi hombro en un gesto de apoyo.

—Diego, dime qué sucede. Me preocupas…

La calidez de su mano me brinda un atisbo de consuelo y, sin premeditarlo, las compuertas de mi contención se abren. Le cuento sobre el cáncer de Violet, su deterioro progresivo, las interminables noches de vigilia, y el dolor abrumador que significa enfrentar la posible pérdida de mi compañera de vida.

—Pero ¿cómo es posible que no supiera de esto? —réplica con un sentimiento abrumador.

—Todo ha pasado tan rápido que me ha consumido, apenas acabas de llegar con tu familia y sé que no es fácil el proceso de adaptación. Lo siento. —explico sinceramente.

—¡No puedo creerlo, Diego! ¿Violet, enferma? —su expresión de incredulidad refleja un shock profundo. La insto a sentarse, anticipando que la noticia que sigue podría desestabilizarla aún más.

—Hay algo más que decirte…

—¿Más? ¿Qué podría ser peor?

La hesitación pinta mi voz de incertidumbre. —Recibí una llamada inesperada hace unos días… creo que estaba despierto, pero la realidad me parece tan ajena…

—¿Quién te llamó?

—Fue… Addison, Carla.

Su reacción fue instantánea, una mezcla de sorpresa y furia incandescente.

—¿Estás bromeando? ¿Cómo se atreve a llamarte después de todo el daño que causó?

Confieso mi confusión, igual de perplejo por la llamada que, por su abrupta conclusión, dejó más preguntas que respuestas.
Carla se pasea por la habitación, visiblemente alterada, antes de recoger su cabello en una coleta.

—Esperemos que haya sido un error. Ya tienes suficiente con lo de Violet como para añadir más dolor a tu situación.

***

Tras desahogarme con Carla. Sentí un alivio momentáneo, aunque me guardé la creciente curiosidad sobre el motivo de la llamada de Addison. Han pasado años sin noticias de ella, y no puedo evitar preguntarme cómo habrá cambiado con el tiempo.

A pesar del rencor persistente, reflexiono sobre nuestra conexión pasada; ella fue mi primer amor, y lo que vivimos juntos marcó profundamente mi juventud, hasta que aquel evento desgarrador transformó todo lo que sentía por ella.

Con estos pensamientos todavía rondando mi mente, aparco mi coche y me dirijo al supermercado para hacer la compra del mes. Violet solía encargarse la mayor parte del tiempo, pero su apatía reciente me llevó a asumir esta tarea. Siguiendo la lista que me había enviado, lleno el carrito con rapidez, hasta que un súbito dolor abdominal y el sonido del cristal rompiéndose en el suelo me sacaron mis cavilaciones. Había tropezado con una joven.

—Lo siento mucho, señorita, no fue mi intención.

Ella también se disculpa, indicando que estaba distraída. Insistí en compensar el accidente pagando por los daños, a lo que ella finalmente accedió, y nos dirigimos hacia la caja.

Resuelto el incidente y con las compras en el maletero, una llamada interrumpe el silencio. Sin revisar la pantalla, contesto.

— ¿Diga?

Solo el ruido de fondo responde inicialmente. Tras un segundo intento, la llamada se corta

abruptamente. Al verificar, me percato que es el mismo número desde el cual creí haber escuchado a Addison la semana anterior. Mi corazón reacciona antes que mi razón, tentado por devolver la llamada. Sin embargo, tras respirar hondo, decido dejar el asunto olvidado. Violet necesitaba mi atención y apoyo, más ahora que nunca.

Al regresar a mi hogar, la ausencia del bullicio habitual en la cocina y la falta del aroma de los platos que usualmente anuncian que la cena está lista envuelven el ambiente en un silencio que pesa. Con un suspiro, acepto que cada día las rutinas familiares se van desvaneciendo poco a poco.

Coloco las compras sobre la encimera, y tras beber un vaso de agua, me dirijo a nuestro dormitorio. Allí la encontré, acurrucada en el centro de la cama, su cabello rubio, que una vez irradiaba vitalidad, ahora luce apagado y sin vida. La visión de su figura frágil y debilitada me desgarra por dentro.

Con cuidado, me descalzo y me uno a ella en la cama, esforzándome por no alterar su descanso. Sin embargo, al depositar un beso en su cabeza, ella emite un leve gemido y me regala una mirada cargada de amor, aunque sin ese brillo que la caracterizaba.

—Hola mi amor.

La saludo, y ella responde con una débil sonrisa, acercando sus labios a los míos.

—Hola amor, ¿qué hora es? —Pregunta mientras se estira un poco antes de volver a acomodarse.

—Casi las 9. – le informo, y su preocupación por la hora la hace intentar levantarse.

—Oh por Dios mi amor, se me pasó el tiempo. Ya mismo me paro a hacerte algo.

—No Vi tranquila, tú necesitas descansar, yo mismo me preparo algo rápido ¿sí? —insisto, queriendo protegerla de cualquier esfuerzo adicional.

—Está bien mi amor…

Y en un instante, el sueño la reclama de nuevo. Mi corazón se encoge ante su vulnerabilidad.

Me levanto como si estuviera en piloto automático, me cambio a ropa más cómoda y bajo a la cocina. El hambre me recuerda que debo cuidarme también, así que decido prepararme un sándwich. Sentado en el desayunador, mi mente vaga lejos de allí, mis ojos recorren el tatuaje de una llave antigua en mi antebrazo. Recorro sus líneas con el dedo, reflexionando sobre la decisión, una vez impulsiva y cargada de significado, de grabar ese símbolo en mi piel.

*¿Cómo pude ser tan insensato?*

Me pregunto, lamentando la marca permanente de un pasado que, en momentos como este, parece más una carga que un recuerdo para atesorar.

*Aquel verano se grabó en mi memoria como el más tórrido que jamás había experimentado, con un calor tan abrumador que hasta respirar parecía un esfuerzo. Me encontraba en ropa interior en el suelo de mi habitación, intentando escapar del sofoco mientras el estruendoso eco de la voz de Eminem Cantando The Real Slim Shady llenaba el espacio cuando la insistencia de mi móvil interrumpió mi letargo.*

*Con un suspiro de resignación, me lanzo en una búsqueda frenética por entre las sábanas desordenadas, sintiendo como el sudor trazaba un camino por mi rostro. Finalmente, mi mano encuentra el teléfono, mostrándome la imagen de una radiante rubia castaña en la pantalla antes de aceptar la llamada.*

*— ¡Vamos a la piscina cookie! – La voz vibrante de mi novia casi perfora mis tímpanos.*

*—No grites así por favor baby, espera, ¿de qué piscina hablas? —mi confusión era evidente, igualada sólo por el calor que me asfixiaba.*

*Ella se disculpa con dulzura, añadiendo un coqueteo que encendió algo en mí.*

*—Estoy que me derrito, ¿no te apetece un chapuzón? Y… me encantaría una foto tuya en bóxer. – sugiere en un tono que agita mis sentidos.*

*—No seas golosa princesa. – respondo, su risa al otro lado de la línea llenando mi corazón de afecto.*

*La idea de refrescarnos en la piscina del centro cobró forma y, antes de que pudiera organizar mis pensamientos, Diane irrumpió en la habitación, lista para la aventura, enunciando que Alejandro nos recogería pronto.*

*Confirme los detalles con Addison y, en menos de lo que esperaba, nos encontrábamos todos rumbo a nuestro refugio acuático, agradecidos por tener la edad suficiente para evadir problemas legales.*

*La llegada al lugar fue un preludio de lo que sería una tarde inolvidable. No pude evitar admirar a Addison, su figura resaltada por un short blanco que capturó mi completa atención. Nuestro encuentro fue sellado por un beso que consumió cualquier distancia que los días sin vernos hubieran creado.*

*— ¡Ay por favor, ya van a empezar ustedes! ¡Búsquense un cuarto!*

*La Interrupción de Diane no hizo más que confirmar su papel de aguafiestas nata, aunque la réplica juguetona de Addison prometía que no sería un obstáculo para nosotros.*

*La piscina se convirtió en nuestro oasis personal, pero la proximidad y la promesa de intimidad con Addison hicieron que anhelara un momento a solas con ella. Nuestro vínculo, fortalecido por el tiempo y las experiencias compartidas, pedía expresarse lejos de miradas curiosas. Su*

*diminuto bikini negro solo complica la misión.*

*Hace un año que dimos este paso tan importante para ambos y créeme que perder la virginidad con ella fue lo mejor que me pasó en mucho tiempo. Despedirnos de los demás fue fácil, especialmente después de que mi novia asegurara a Emma sobre mantenerse en contacto.*

*Es increíble el parecido físico de ambas y lo diferente que son en personalidad. Mientras que Addison es todo explosión, sensual, muy creativa e inquieta, Emma es todo lo contrario, un poco tímida, recatada, un poco gruñona a veces, pero solo algo tienen en común y es que son sumamente leales a sus seres queridos.*

*Caminamos por el bulevar, la brisa nocturna refrescando la atmósfera cargada del día. Las estrellas decoraban el cielo, y el rumor de las olas prometía ser el perfecto telón de fondo para una noche que deseábamos explorar juntos.*

*Addi se liberó de mi agarre, avanzando con gracia y dejándome cautivado por sus ojos verdes, que brillaban con una mezcla embriagadora de alegría y el efecto del alcohol. Su risa, contagiosa, aunque desconocida en causa, me invitaba a compartirla. Ella giraba sobre sí misma, el vestido amarillo ondeando al viento, enmarcando su silueta contra la luz del crepúsculo.*

*En un momento se detiene y la rodeo por detrás, depositando un beso en su cuello que la hizo estremecerse y, con un gesto, señaló hacia un letrero luminoso que prometía más que solo tinta en la piel.*

*—Cookie vamos allí! - exclamó, su seriedad contrastando con la idea descabellada.*

*— ¿Te has vuelto loca? —gira entre mis brazos y me mira seria.*

*—No, no me he vuelto loca, más bien me ha vuelto loca mi amor por ti. Te amo Diego Romhany de verdad y eternamente.*

*Sus palabras me llegan directo al corazón, la aprieto contra mí y beso suavemente sus labios, me alejo solo un poco para decirle lo que siento.*

*—Yo también te amo mi niña de ojos lindos, soy todo tuyo.*

*Mientras ella enrolla sus brazos a mi cuello y nos besamos profundamente con un nuevo significado entre los dos, y sabiendo con certeza que esto duraría para siempre su idea no estuvo tan mala.*

*A lo lejos en un restaurante del Bulevar en los altavoces suena la canción de Ed Sheeran, Photograph. Un tema que, a pesar de no ser de mi preferencia, evocaba todo lo que Addison significaba para mí. Me atreví a cantarle, una confesión melódica de amor y promesas eternas.*

*—¿Estás segura de poder hacerlo? ¿Aguantarás? —pregunté, ante lo cual su determinación no*

*dejaba lugar a dudas.*

*—Puedo hacerlo, si estás a mi lado puedo hacer cualquier cosa.*

*Madame Brish Ink no se parecía a ningún estudio de tatuaje que hubiéramos imaginado. Lejos de la imagen estereotipada, nos encontramos con un espacio que desafiaba expectativas, acogedor y singular, atendido por una figura tan colorida como el entorno mismo.*

*—Bienvenidos sean a este mi lugar mágico y ahora suyo, Madame Brish, un placer.*

*Hizo una reverencia de lo más extraña que, al contrario de mí, hizo reír a Addison.*

*—Creo que nos equivocamos de lugar, disculpe las molestias y buenas noches.*

*Dicho esto, tomé la mano de Addie y la hice caminar hacia la salida, pero ella se soltó y me dijo en silencio que me esperase.*

*—No, joven, están en el lugar que por destino deberían estar, pasen adelante.*

*—¿Se hacen tatuajes? Quisiera hacerme uno y otro a mi hermoso novio aquí detrás.*

*Con el pulgar, Addie me señala y yo suspiro y me acerco a ella que está ya en el mostrador hablando con la señora fufú o no sé qué. No estaba escuchando nada de lo que hablaban, estaba mirando sin disimulo todo el lugar, estaba limpio y bien cuidado, pero había algo que no encajaba, que no me hacía sentir conforme.*

*—Mira mi amor, encontré nuestros diseños, ¿verdad que son hermosos?*

*Salí de mi letargo y le presté atención al libro entre las manos de Addie, era muy grande y con tapa dura, muy diferente a los que he visto por televisión, catálogos con páginas plásticas y limpias, estas eran un poco opacas, imagino que por la vejez.*

*El diseño que Addie eligió capturó nuestra atención inmediatamente: una llave antigua exquisitamente detallada, adornada con tres orificios en su parte superior, acompañada de un candado cuyo corazón se abría esperando su llave. Los intrincados detalles de ambos elementos hablaban de una belleza y un significado que trascendía el tiempo. El conjunto era simplemente perfecto, irresistiblemente atractivo para ambos.*

*A pesar de mis reservas iniciales, la mirada entusiasta de Addison y la presencia casi magnética de Madame Brish me convencieron. La decisión estaba tomada: esos tatuajes serían nuestros.*

*—¿Quién realizará el trabajo? —pregunto, aún incrédulo ante la idea.*

*—Yo misma, por supuesto. —respondió ella con una confianza que despejaba dudas.*

*—¿Usted?*

*—Sí, joven, soy una experta, estos diseños cobrarán vida en su piel, tan reales como los que ven aquí. Pero antes, es crucial que comprendan su significado profundo.*

*La reacción de Addison, llena de emoción, contrastaba con mi escepticismo creciente. La mención de un ritual necesario para los tatuajes me hizo dudar aún más.*

*— ¿Un ritual? no lo creo, Addi vámonos. Esto se está poniendo muy extraño ya. —intento convencerla, mi voz cargada de incertidumbre.*

*—Espera, Di, déjanos escuchar. Podría ser una experiencia única.*
*Madame Brish procedió a revelarnos los secretos del diseño, pasando la página del libro para mostrar unos párrafos en un idioma desconocido para nosotros. Bajo este, un papel con anotaciones manuscritas prometía desvelar su significado en nuestra lengua.*

*~Los tatuajes de Cerradura y Llave son considerados símbolo de fidelidad. Son tatuajes recurrentes para parejas en el que cada una de las partes se tatúa por un lado la cerradura o el candado y por otro la llave. Así mismo un corazón con una cerradura nos dice que esa persona está buscando el amor verdadero, una llave capaz de abrir su corazón.*

*De los tres elementos la que más valor simbólico tiene por sí misma es la llave. La llave representa el poder de abrir y cerrar, abrirse a experiencias nuevas o cerrar capítulos que no queremos recordar. ~*

*La anticipación crecía dentro de mí mientras nos sumergimos más en la historia detrás del arte que pronto se convertiría en parte de nosotros. A pesar de mi escepticismo inicial, el entusiasmo de Addison, combinado con la atmósfera única de Madame Brish Ink, transformó mi duda en un deseo de explorar este misterioso camino juntos.*

*—Mira qué significado tan perfecto, cookie, es justo lo que representa nuestro amor —se acerca y me besa, un gesto que enciende mi deseo por más. Este encuentro estaba lejos de ser la tranquila tarde que había imaginado, pero ahora, comprendiendo el significado de los tatuajes, no deseaba nada más que sellar nuestro amor de esta manera tan única.*

*—Sí, es cierto mi princesa, no podría haber un símbolo más hermoso para lo que sentimos —respondí, sellando mi compromiso con un beso suave en sus labios.*

*Madame Brish interrumpió nuestro momento con una advertencia necesaria, preguntando sobre nuestro consumo de alcohol. La preocupación de Addie fue evidente, pero la negativa inicial al seguir el consejo de la señora reflejaba mi propia cautela.*

*—Lo preferible es que estén sobrios para dar este paso, por lo que van a tener que tomar este menjunje.*

*—Yo no voy a tomar nada de eso, lo siento, pero no.*

*—Mi amor, pero la señora tiene razón, no debemos dar este paso así como estamos de alcohol. ¿Y si mañana nos arrepentimos?*

*—Dije que no me tomaré nada que me de alguien que conozco hace 15 minutos, nena, me niego.*

*Ella grita frustrada y se gira hacia Madame Brish.*

*—¿Qué contiene esa bebida? —indagó buscando comprender mejor.*

*Con una explicación que prometía solo eliminar la neblina de alcohol sin causar daño, la tensión inicial dio paso a la aceptación, aunque no sin reservas. Dos horas después de tomar ese amargo brebaje, me encontré observando cómo terminaban el tatuaje de Addie, admirando su fortaleza a pesar del dolor evidente.*

*—¿Cómo te sientes, mi amor? —pregunté ansioso por su bienestar.*

*—Un poco adolorida pero feliz —contestó ella, mostrando su valentía que siempre me ha cautivado.*

*El beso que compartimos después fue distinto a cualquier otro; una corriente eléctrica nos unió de una manera inexplicable, dejándonos sorprendidos y sin palabras. Un rayo inesperado iluminó la noche, sumiendo el momento en un aura de misterio y preguntas sin respuestas.*

*—¿Lo… lo sentiste? —pregunté, aun atónito.*

Asentimos ambos, conscientes de que algo excepcional acababa de suceder entre nosotros, algo que iba más allá de la tinta y la piel, algo mágico.

Mirando el cielo despejado, incapaz de hallar explicación al rayo solitario, supe que habíamos cruzado juntos a un territorio desconocido. Este era, sin duda, el episodio más inusual y místico de nuestras vidas.

# 5

# ADDISON



Despierto una vez más en la misma habitación, encontrando un ápice de familiaridad que el día anterior me era esquivo. Al revisar mi teléfono, descubrí  10 llamadas perdidas de Jayden y 4 mensajes que prefiero ignorar. Internamente, reconozco el error en mi omisión, pero me siento tan abrumada y desorientada que enfrentar esa realidad me parece una tarea insuperable.

Lentamente dejo el cómodo colchón y procedo a ordenar la habitación con movimientos mecánicos, ejecutando cada acción con la precisión de una rutina bien ensayada. En el baño, mientras me recojo el cabello y me cepillo los dientes, el reflejo que devuelve el espejo ya no me resulta ajeno. Es un pequeño consuelo, al menos, puedo reconocerme.

Y hablando de reflejos, el de alguien más se suma al mío, mi hermana con su mirada llena de sueño y preocupación. La incertidumbre sobre su inquietud cruza mi mente, pero antes de darle más vueltas, nos fundimos en un abrazo que, por unos momentos, disipa mis temores.

Tras vestirme y prepararme para el día, la determinación me impulsa. No puedo permitirme el lujo de estar encerrada toda la vida, no cuando tengo responsabilidades que atender, como mi trabajo en la escuela de danza. La noche anterior, había preparado mis cosas, todo lo necesario para la jornada.

Emma, observándome desde la comodidad de mi cama, rompe el silencio.

—Pareces estar mejor —comenta, una mezcla de observación y pregunta en su voz.

Respiro profundo tratando de terminar el moño en mi cabeza.

—Digamos que sí, no es un hecho todavía —Admito, la incertidumbre todavía pesando sobre mí.

—¿Me vas a contar ya qué es lo que te pasa? Jayden me ha contado por WhatsApp que no le respondes las llamadas ni los mensajes. ¿Es que te ha pegado los cuernos?

—¿Qué!? No, bueno no sé, no lo recuerdo… —respondo sin pensar— no es eso Emma…

—Estás muy rara media, y ¿qué carajo significa eso que no lo recuerdas? Pero, si no quieres decirme lo respeto, contéstale a Jayden y dile que deje de molestarme a mí con sus dramas.

Aunque ella está dispuesta a respetar mi silencio, su temperamento explosivo se hace evidente una vez más.

Al ver a Emma alejarse con pasos decididos, la impulsividad me lleva a detenerla.

—Lo siento Emma, te prometo… te prometo hablar contigo en cuanto me sienta lista — murmuro con esperanza de entendimiento. Sin embargo, su suave escape de mi agarre y la negativa que siguió me dejaron sintiendo aún más perdida.

—No tienes que contarme nada si no quieres, de todos modos, no es la primera vez que me ocultas algo.

Los ojos de Emma destellaron tristeza y decepción, emociones que no lograba comprender del todo, dada la nebulosa que cubría mis recuerdos. Pero tampoco entendía a qué venía su reacción. Esta situación me estaba cansando cada minuto que pasaba. Y dejándome con la palabra en la boca, se fue dando un sonoro portazo tan grande como el eco de mi soledad.

Las lágrimas, inevitables, marcaron su camino por mis mejillas, pero me apresuré a borrarlas. Cargando mi bolso, compruebo si poseo las llaves de coche que aún no había visto y mi billetera, preparándome para enfrentar el día.

Desciendo las escaleras hacia un silencio que preferí, temiendo otro enfrentamiento con Emma, quien contaba con la ventaja de un pasado intacto frente a mi vacío.
Al abrir la puerta de casa, el exterior se presenta como un desafío. La idea de recluirme de nuevo fue tentadora, pero la determinación me empujó hacia delante. En el estacionamiento, la elección entre dos coches idénticos, uno rojo y otro gris se convirtió en mi primer obstáculo del día. La alarma del Kia Picanto rojo respondió a mi mando.

Casi chillo de emoción por una vez acertar en algo. El interior del coche me acogió con la fragancia familiar de mi colonia, y la bailarina en un tutú en posición de Arabesque, girando suavemente evocó en mí un efecto inexplicable.

No lo pienso mucho y enciendo el vehículo, pero la realidad de mi incertidumbre me golpeó fuertemente. ¿Cómo carajos voy a saber a dónde ir? Abro el safari de mi iPhone y a la salvación de Google Maps para encontrar la dirección de mi trabajo. La gratitud hacia la tecnología moderna nunca había sido tan profunda.

Al llegar, mi temor era ver a alguien y no poder reconocerlo. De enfrentarme a saludos y conversaciones como si fueran adivinanzas, me atenazó. Sin embargo, armada con mi dirección y la esperanza de recuperar fragmentos de mi vida, me adentré en el desafío que representaba cada día.

Llegar temprano al edificio resultó ser una bendición disfrazada, con solo la presencia tranquilizadora de un señor dedicado a la limpieza de un aula infantil. La ausencia de estudiantes me permitió respirar aliviada, aunque la incertidumbre de mi próxima clase persistía. Al acercarme al mostrador, un mural lleno de anuncios captó mi atención, y uno en particular explicaba la soledad del edificio: reparaciones temporales posponían las clases hasta el miércoles.

Con mi bolso ahora firmemente agarrado, mis pasos resonaban en los pasillos vacíos, llevándome inexplicablemente hacia a uno de los salones. Allí, la música que emanaba de un CD olvidado en el reproductor de música me llamaba, instándome a danzar. Calzándome mis zapatillas de punta, me dejo absorber por el reflejo en el espejo, buscando escapar de la maraña de preguntas sin respuestas que me asfixiaba. No sabía ni siquiera quién era, ni quién era la

persona a la que amaba ni como me llevaba con mi propia gemela. Tampoco sabía si mis padres vivían, si tenía más familia, si me llevaba bien con mis compañeras de trabajo, si tenía un grupo de niñas a las que adoraba darles clases, enseñarles el arte del ballet clásico.

El baile se convirtió en mi liberación, cada movimiento trazado por la melodía era un intento de reconectar con la esencia de quien era antes de que mi memoria se desvaneciera, Poco a poco mi cuerpo comenzó a trazar pasos en la moqueta lisa, dando vueltas y piruetas. No podía parar estaba totalmente conectada a la melodía, al suelo que me llevaba de un lado a otro, el sudor corría por mi sien y otra gota pasaba justo por mi espina dorsal.

Pero la intensidad del momento de pronto me sobrepasó, dejándome sin aliento y colapsando en el suelo, una premonición de otro desvanecimiento.

***

*—Princesa ¿qué haces?*

*La interrupción de Diego, viéndolo más apuesto que nunca, me arrancó de mi ensimismamiento. Su presencia tan familiar y a la vez tan lejana, era un faro en la confusión que me rodeaba.*

*—Creo que ya lo sabes precioso, leo. — Respondí a su comentario juguetón, buscando la normalidad de ese intercambio como un ancla a la realidad.*

*Su queja sobre mis pasatiempos, dicho con afecto, me hizo sonreír genuinamente por primera vez. Diego me acerca hasta él, ofreciéndome un refugio en su cercanía.*

*Nuestras miradas se entrelazaron, comunicando un mundo de sentimientos en un silencio compartido. Incapaz de resistirme a la atracción magnética entre nosotros, fui yo quien eliminó distancia con un beso suave, una chispa inicial que Diego convirtió en incendio a profundizar nuestro encuentro. Cada sensación, desde el contacto de nuestros labios hasta el calor que irradiaba de su cuerpo, me elevaba a un estado de ensueño poblado de arcoíris y criaturas místicas.*

*El momento se desvaneció tan repentinamente como había surgido, dejándonos con el aliento entrecortado y un deseo insatisfecho latiendo entre nosotros. Con ternura, trazo el contorno de sus labios, ahora teñidos por la pasión del beso. Diego, capturando mi mano entre las suyas, la besó suavemente, sellando el gesto con palabras que resonaron en el silencio:*

*—Te amo.*

*—Yo te amo más mi niño. – respondí, aferrándome a la promesa implícita en esas palabras.*

*La realidad irrumpió cuando Diego comenzó a empacar sus pertenencias, la noche avanzada marcando el inevitable fin de nuestro encuentro. Mi invitación para que se quedara chocó con su deber, una tensión entre el deseo y la responsabilidad que conocíamos demasiado bien.*

*—Pero ¿por qué? Quédate aquí, sabes que a mi mamá no le molesta. – Insinué pícara y esperanzada, imaginando las posibilidades que la noche aún podría ofrecernos si decidiera quedarse.*

*Diego, entre la tentación y el deber, eligió la prudencia.*

*—Me encantaría, insaciable, pero debo irme, no quiero problemas con mi mamá.*
*Aunque mi decepción se disfrazó de puchero, Diego la disipó con un último beso, su despedida marcada por una promesa tácita de reencuentro futuros. Me dió un último beso después de un apretón en mis nalgas y se alejó.*

*— ¿Vienes por mi mañana? — Le pregunté aferrándome al consuelo de su próxima visita.*

*—A la misma hora preciosa. – Prometió, dejando tras de sí la anticipación de más momentos robados al tiempo.*

***

—¡Addison! Despierta por favor.

La urgencia en la voz que me llama a despertar corta a través de mi confusión.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

La luz intensa me agobia, y la sombra de alguien agitándome me trae un malestar inmediato. La palabra “nena”, pronunciada con una preocupación palpable, acelera mi pulso, y al abrir los ojos, la realidad de Jayden frente a mí se solidifica.

*¡Mi novio!*

—¿Qué me pasó? —mi voz apenas es un susurro, mientras él, cargado de ansiedad, me asiste a levantar del suelo frío.

—Apenas sé más que tú, el personal de limpieza te encontró aquí —Responde, su mirada escrutando mi rostro en busca de señales de dolor.

Con cada paso que doy para recoger mis pertenencias y beber agua, la sensación de desorientación disminuye ligeramente.

—¿Podemos irnos? Necesitamos hablar de tu comportamiento últimamente. —Jayden sugiere, y aunque me resisto a la confrontación, asiento, sabiendo que es inevitable.

Mientras camino hasta mi Kia, siento la pesadez de sus pasos detrás de mí. Diego, un recuerdo o un sueño, baila en los bordes de mi mente, contrastando con la realidad presente de Jayden. La incertidumbre me envuelve, haciéndome cuestionar la naturaleza de mis sentimientos y la

identidad de la persona con la que realmente quiero estar.

Jayden, impecable en su traje, propone ir a comer para hablar. Su gesto de acercamiento, un beso suave, debería consolarme, pero en su lugar, invoca una comparación involuntaria con Diego. La sonrisa forzada en mis labios esconde un torbellino de emociones y dudas.

Al seguirlo hasta un restaurante italiano de aspecto acogedor, me siento dividida entre el presente y los ecos de un pasado que lucha por emerger. La elección de una pizza personal de pepperoni parece sorprender a Jayden, una reacción que me deja aún más desconcertada.

—¿Tú, comiendo pizza entre semana? Ese golpe debe haberte afectado más de lo que pensábamos… —Comenta Jayden, evidenciando su sorpresa.

—¿Por qué lo dices? —Le interrogo, mientras él solicita su plato y yo me preparo para afrontar la conversación pendiente.

—Siempre has sido rigurosa con tu dieta, especialmente durante la semana, para evitar tener gorditos y celulitis, etc. —Explica mientras la mesera se aleja. Intento restarle importancia al asunto, sugiriendo un cambio en mis rutinas.

—Hoy me siento diferente y me apetece una pizza, es todo. —Me encojo de hombros.

La espera por nuestra comida abre el espacio para la inevitable pregunta sobre mi comportamiento reciente.

—¿Podrías explicarme qué te sucede? Desde ayer te noto distinta.

Revuelvo la servilleta en mis manos, buscando cómo expresar mis turbaciones sin revelar la profundidad de mi confusión.

—No he sido yo misma últimamente… Admito, esquivando su mirada penetrante, cargada de genuina preocupación.

—Quizás podría ayudarte, si me explicas con más detalles cariño. —insiste Jayden, con una sinceridad que rememora los motivos de mi afecto inicial hacia él. Sin embargo, la ausencia de cualquier chispa al mirarlo, contrastada con la constante presencia de Diego en mis pensamientos, me lleva a encubrir la verdad.

Atribuyo mi estado a la fatiga y el estrés, una excusa plausible que espero desvíe su preocupación.

—No es nada del otro mundo, he estado trabajando muy duro y estoy en mis días… —miento descaradamente, mi supuesto malestar parece satisfacerlo momentáneamente, aunque puedo percibir la sombra de su dolor en su voz por mi reciente distanciamiento.

Lo decía en serio, él no tenía la culpa de mi falta de memoria parecía buena persona y no quiero

hacerle daño. Por ello y para que se sintiera mejor, me alzo un poco en la mesa y le doy un suave beso en los labios.

Parece que hice lo correcto puesto que se tranquilizó, nos quedamos en un silencio nada incómodo. La comida llega, y con ella, un breve respiro en nuestra conversación. La devoro, impulsada por el hambre y el deseo de evitar más preguntas. Al finalizar, Jayden siempre atento, se asegura de mi bienestar antes de partir, instándome a mantener el contacto.

—Te llamo al llegar a casa ¿sí? Por favor no me ignores más, — dice con una mezcla de cariño y preocupación. Su despedida, —Te quiero – me deja paralizada, incapaz de responder con la misma certeza. Simulo una sonrisa, pero por dentro, la culpa me consume.

Una vez sola, la tensión acumulada se disipa. Como si todo este tiempo estuviera reteniendo la respiración saco todo el aire de golpe de mis pulmones, estaba tensa, mi cuello dolía mucho. Giro la cabeza de lado a lado y en círculos, paso la mano por mi cabello y me quedo recostada un momento de mi auto tratando de calmarme.

Necesito respuestas, y sé que hablar con Diego es el próximo paso inevitable. Con determinación renovada, decido que hoy es el día en que enfrentaré mis temores y buscaré la verdad sobre mi pasado, sobre nosotros.

6

DIEGO



La aversión que siempre sentí hacia los hospitales se remonta a mi niñez, cuando las paredes impolutamente blancas y el aroma penetrante del desinfectante se entrelazaban con el miedo a las inyecciones. Aunque la madurez me obliga a enfrentar esos antiguos terrores, el eco de aquel horror infantil resuena con cada paso que doy por estos corredores.

Recuerdo la última vez que me vi rodeado por este ambiente, un recuerdo que se clava en mi corazón con la agudeza de una navaja: el dolor inenarrable de perder a un ser querido, un dolor compartido en el silencio de las lágrimas de mi madre. Aquella perdida nos marcó de una manera indeleble.
Ahora, vuelvo a transitar por este escenario, temiendo que se convierta en el preludio de otra tragedia. Paso los últimos días entre las mesas de la cafetería del hospital, intentando hallar algún consuelo en el amargo café que no hace más que recordarme la frialdad que me invade.

Violet, mi amada esposa, enfrenta un momento crítico. Su decisión de rechazar el tratamiento ha acelerado el avance de su enfermedad, y los médicos no ocultan su pesimismo. El cáncer se ha diseminado, robándonos toda la esperanza de un futuro juntos.

Regreso a su lado, atravesando pasillos que narran historias de pérdida y esperanza. una pareja de ancianos, el señor abrazando a la señora al parecer consolándola. Más adelante una mujer joven de no más de 30 años sosteniendo un pequeño cuerpo en sus manos, haciéndole arrumacos y mi corazón se encoje al saber que nunca podré tener la dicha de ser padre.

Me detengo frente a la habitación, tomando un momento para prepararme antes de entrar. La encuentro despierta, pero la sombra de la enfermedad ha oscurecido su luz. Su fragilidad me golpea con una fuerza devastadora.

—¿Qué tanto tiempo llevas despierta, princesa? —pregunto, buscando infundirle ánimo con mi presencia. A pesar de su debilidad, Violet intenta mostrarse fuerte, rechazando la cena que la enfermera trae con una sonrisa comprensiva.

—No hace tanto tiempo, amor, ¿dónde estabas?

—Tomando un café en la planta baja.

Violet me mira a los ojos diciéndome que no le apetece lo que le han traído.

—Muchas gracias, puede dejarlo aquí, ya me encargo yo de ella.

Le guiño un ojo a la dulce enfermera y esta, con un asentimiento de cabeza, sale de la habitación.

—No tengo hambre, Diego.

Se cruza de brazos y me río con tristeza al no saber de dónde saca las fuerzas para hacer una rabieta cuando está tan débil.

—Pero debes de comer y no puedo tener un no por respuesta. —insisto, sabiendo que cada bocado es vital, pero su resistencia me parte el alma.

Me fulmina con los ojos, mientras me acerco con la bandeja y la depósito frente a ella. Tomo la cuchara y pongo un poco de sopa para acercarla hasta su boca, pero Violet se niega a abrirla.

—Vi, nena, no seas así. Necesitas fuerzas.

—¡Pero es que no quiero!

—Vamos, amor, por mí, ¿sí? Solo la mitad y luego te tomas el jugo.

Rueda sus hermosos ojos verdes y abre la boca, introduzco la cuchara y ella absorbe todo el líquido.

—¡Está horrible esa cosa, puag!

Eso me provoca la primera risa sincera del día.

—Claro, señora Chef, todo lo que no es preparado por tus finas manos lo encuentras horrible, pero es lo que hay. Vamos, otra.

Después de varias cucharadas Violet estaba dormida, respiraba con dificultad ahora y era ayudada con una mascarilla. Se me hacía duro verla así y saber que dentro de poco no quedará nada de ella.

La noche avanza, y me quedo a su lado, velando su sueño intermitente y luchando contra el sentimiento de impotencia que me consume. Las horas pasan, y el amanecer me encuentra reflexionando sobre lo efímero de nuestra existencia y la cruel ironía de aspirar a un futuro que se desvanece antes nuestros ojos.

Con el alba, la realidad de mis responsabilidades me obliga a dejar su lado, aunque cada fibra de mi ser se rebela ante la idea. La llamada de mi suegro es un recordatorio de que, incluso en medio del dolor, la vida exige que sigamos adelante.

Justo antes de las 8, dejaba el hospital detrás, sumido en el silencio reflexivo que solo rompía la música de *"más allá"* de La Ley, resonando a través de los altavoces del coche. Por primera vez en el día, me permitía escapar del peso de mis pensamientos, aunque fuera momentáneamente. Al llegar a casa, la ausencia de Violet era palpable, un frío vacío que se colaba hasta los huesos. La soledad me empujaba hacia el borde de las lágrimas, pero respire hondo, buscando fortaleza en la rutina.

Bajo el reconfortante abrazo del agua caliente, intento limpiar el desasosiego que me consumía. La ducha era un pequeño santuario, un lugar para despojarme de las preocupaciones, aunque, fuese brevemente. La cocina, un espacio que Violet había llenado de calidez y aroma a delicias, me esperaba. A pesar de mi apetito ausente, sabía que necesitaba mantenerme fuerte, no solo por

mí, sino por ella y la batalla que enfrentamos juntos.

Guiado por los recuerdos de cocinar a su lado, preparé un desayuno más elaborado de lo habitual. El acto de mezclar, tostar y servir era casi terapéutico, un intento de hallar normalidad en el caos de mis días. El batido de remolacha y mango, las tostadas con mantequilla de maní y miel, cada bocado era un esfuerzo por aferrarme a la vida, a pesar de la sombra que se cernía sobre nosotros.

La llamada de mi madre rompió el silencio, un lazo familiar que se había tensado y desgastado con el tiempo, especialmente desde la pérdida que nos había marcado a ambos. Compartir las noticias de Violet con ella era un recordatorio de nuestra conexión, a pesar de las distancias que el tiempo y el dolor habían impuesto entre nosotros.

—Bueno, tengo que dejarte, he de volver al hospital.

—Está bien, mi pequeño —ruedo los ojos por el sobrenombre—, me mantienes informada de la salud de la rubia, ¿sí?

—Por supuesto, te quiero, adiós.

Justo cuando creía poder tomar un respiro, el sonido de mi celular irrumpió nuevamente en la quietud.

—¿Qué se te olvidó, mamá?

La voz al otro lado de la línea, inesperada y cargada de emociones pasadas, me dejó paralizado.

—*Ee este no… soy yo, Addison.*

Addison. Su nombre evocaba un torbellino de recuerdos y sentimientos contradictorios. Su petición, desesperada y sincera, me enfrentaba a un pasado que creía haber dejado atrás.

—*¿Estás ahí? No me cuelgues, por favor* —su voz, un eco de súplica y esperanza, me obligaba a tomar una decisión. Entre la sorpresa y la confusión, supe que este momento podría cambiarlo todo.

Llevando dos dedos hasta mi sien, respondí.

—Sí, aquí sigo… ¿A qué se deben tus llamadas insistentes, Addison?

La conversación que siguió, un delicado baile entre el resentimiento y la necesidad de respuestas marcaba el inicio de un capítulo inesperado en mi vida.

—*Seguro que lo menos que quieres es hablar conmigo, pero si lo hago es porque estoy desesperada.*

Aunque su voz sonaba claramente desesperada, no podía permitirme bajar la guardia. No con ella, no con lo que nos hizo.

—Mira, de verdad ahora mismo no tengo ganas de hablar contigo por lo que…

—*Lo sé… sé que no quieres hablar conmigo* —me interrumpió—, ojalá supiera por qué… —dijo muy bajito, pero lo escuché.

—¡Ja! Como si no supieras por qué… escucha, Addison…

—*Por favor, Diego, es con el corazón en la mano que te pido que me escuches una sola vez, si después de eso decides que no quieres verme más, lo acepto y te dejo en paz.*

Me quedé en silencio, meditando en las palabras de Addison y la turbulencia que despiertan dentro de mí. Es complicado que después de tanto tiempo, justo cuando ella ha construido una vida lejos de mí, decida volver.

—De acuerdo, no me siento cómodo con esta situación, pero si insistes en que te escuche, debe ser por algo importante. Sin embargo, en este momento, no puedo.

—*Comprendo. Podríamos encontrarnos otro día, en persona. Lo que necesito contarte no es adecuado para una conversación telefónica.*

—Está bien.

—*¿Cuándo te vendría bien?*

Pensándolo un momento, le respondí.

—Puede ser el viernes, a las 5 en la cafetería que está en la esquina de la universidad estatal.

—*Ok, perfecto entonces… y Diego, gracias de verdad. Si esto no fuera de vida o muerte no te molestaría.*

—No hay problema. Chao.

Corté la llamada, mi pecho se agitaba con respiraciones irregulares. La voz de Addison, resonando después de años, revive un torbellino de emociones contrastantes. La incertidumbre del reencuentro ya me inquieta.

***

—Ya está lista el alta de su esposa, Sr. Romhany. De todos modos, ella va a necesitar reposo y cuidados; por ahora su cuadro es estable, aunque por su condición y enfermedad ha empeorado.

—Gracias, doctor, no sabe cómo agradezco su sinceridad.

—Es lo mejor en estos casos, y con esa misma sinceridad le digo que la haga feliz todo lo posible, no le queda mucho tiempo de vida por lo que le recomiendo que también esté preparado para cualquier eventualidad.

La noticia me golpeó con la fuerza de un vendaval, dejándome tembloroso. Me esfuerzo por recuperar la compostura, asintiendo mientras lucho contra el maremoto de emociones que amenazan con desbordarse.

Regreso a la habitación de Violet, donde la espera su padre, pero ella no está a la vista.

—¿Dónde está?

—Está en el baño, hijo, terminando de arreglarse.

Esa pequeña señal de vitalidad me llena de una esperanza melancólica. Al verla salir, radiante de una manera que no había presenciado en semanas, mi corazón se sobrecoge de alegría. Con su cabello cuidadosamente peinado y su rostro iluminado por un suave maquillaje, luce un vestido verde que realza su belleza innata, a pesar de la fragilidad que su enfermedad ha impuesto en su físico. Llevaba un vestido suelto verde y unos zapatos bajos rojos, estaba preciosa y mi corazón se llenó de alegría al verla sonreír como hace tanto no lo hacía.

—¿Cómo me veo? —pregunta, dándose una vueltecita.

La envuelvo en un abrazo, besando su frente y permitiéndome un momento para absorber su esencia, ese dulce perfume a vainilla que siempre me ha cautivado.

—Hermosísima estás, cariño. Eres la esposa más bonita de la tierra.

Se aleja de mí y sonríe.

—Me alegra que te guste, mi amor, ¿nos vamos ya? No puedo estar aquí un segundo más.

—Por supuesto, tus deseos son órdenes, princesa.

Nuestro éxodo del hospital nos llevó directamente al estacionamiento, despidiéndonos brevemente de su padre antes de emprender nuestro viaje de regreso. Con Violet al mando de la radio, no pasó mucho tiempo antes de que su canción favorita, *"Beautiful Monster"* de Ne-Yo, llenara el coche. Su alegría era contagiosa, cantando con toda su alma, gesto que me llenaba de un amor profundo, aunque entremezclado con la dolorosa conciencia de que esos momentos estaban contados.

Estaba tan contento de verla cantar a todo pulmón mientras sacaba una de sus manos por la ventana y disfrutaba del aire que daba en su rostro. Bailaba en el asiento y me lanzaba besos mientras yo solo sonreía llenándome de un sentimiento que carcomía mi corazón.

Cuánto iba a extrañar su sonrisa, ese gusto por la cocina, la forma llena de amor con la que me mira, sus berrinches cuando estaba con el periodo y lo sensible que se ponía al punto de llorar por cualquier cosa. Pero así era ella, mi Violet, mi amor.

—Amor, detengámonos aquí. Me consume el hambre —sugirió de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

— ¿Prefieres no esperar a llegar a casa?

Su negativa fue inmediata, acompañada de un coqueto balanceo de su cola de caballo.

—Nop — insistió, marcando la "p" con determinación.

Atendiendo su deseo, maniobré el coche de regreso hacia el *Red Fish Grill*, un lugar que prometía ser tan acogedor y romántico como el momento que compartíamos. La brisa marina nos recibió mientras un camarero nos guiaba a una terraza con vistas al mar, el marco perfecto para un atardecer inolvidable. Violet irradiaba felicidad, algo que el brillo en sus ojos no podía ocultar.

El amable camarero nos llenó hasta una terraza desde donde se veía una de las playas más bonitas y distintas de Miami. Tomamos asiento en una linda mesa con un velón en medio, el paisaje quitaba el aliento, un atardecer hermoso se veía junto con las palmas dándole un toque mágico.

Violet miraba todo maravillada y feliz, lo sabía por el brillo en sus ojos. Tomando una de sus manos la apreté y me mira a través de sus pestañas.

— ¿No es maravilloso, cariño? Espero que la comida esté a la altura —comentó con esa luz especial en su mirada.

—Claro ojalá, así mi Chef no vaya a desacreditar el lugar en las redes sociales.

Bromeé sobre su rigor culinario, sabiendo bien que su aprobación era esencial para cualquier experiencia gastronómica.

La cena transcurrió entre risas, críticas gastronómicas de Violet, y el inconfundible sonido de las olas de fondo. Cada plato fue una delicia, desde los calamares hasta nuestros platos principales, y Violet no tardó en documentar y compartir cada detalle en sus redes, siempre atenta a ofrecer solo lo mejor a sus seguidores.

—Sabes que sí, nunca dejo que mi gente pise un lugar con mala comida. Eso es desagradable.

Estaba todo exquisito, Violet escribía como loca en su móvil después de tomar un montón de fotos de los platos, referencias acerca del restaurante mientras engullía todo.

Sin embargo, a pesar de la alegría compartida, una sombra se cernía sobre mí, el conocimiento

amargo de que estos momentos de felicidad pura estaban contados. Ver a Violet tan viva y vibrante frente a mí, disfrutando de la simpleza de una cena a la orilla del mar, me recordaba cruelmente cuánto iba a extrañar su luz, su pasión, su amor incondicional. Cada risa, cada gesto de cariño, se grababa en mi memoria, un tesoro que guardaría mientras me preparaba para el inevitable adiós.

# 7

# ADDISON



Las manos aún me temblaban cuando dejé el teléfono; cada latido de mi corazón era un eco de la incertidumbre que Diego había sembrado en mí. Me apoyé en la meseta, tratando de encontrar mi centro en el torbellino de emociones que me asaltaba. La decisión de enfrentarme a él, de desvelar los misterios que me atormentaban, había sido como abrir una compuerta a un río embravecido.

El sonido abrupto de la puerta irrumpiendo en la quietud me sacó de mis cavilaciones, y por un momento, mi corazón se paralizó.

—¡Dios, Emma! Me has dado un susto de muerte —exclamé al ver a mi hermana avanzar hacia mí con su habitual desenfado.

—¿Qué pasa, te has encontrado con un fantasma? —bromeó, aunque su sonrisa no logró disipar la tensión que me envolvía.

La seguí a su habitación, un santuario del caos donde el orden luchaba por emerger entre pilas de ropa y posters de bandas de rock. Nunca había estado allí desde que perdí la memoria, y el contraste entre su mundo y mi vacío interno no pudo ser más palpable.

Decidí hacerme un huequito en su cama, para abrir mi alma ante la única persona que, esperaba, podría entender mi tormento.

—Oye… Emma… —dije, interrumpiendo la danza de sus dedos sobre la pantalla del móvil.

Ella me miró, por primera vez en mucho tiempo, con una seriedad que presagiaba la gravedad de lo que estaba por revelar.

—Sé que te vas a reír y quizás no me creas, ni yo me creyera tampoco, pero…

Emma me mira esperando que termine la frase y luego hace un ademán para que continúe.

—He olvidado todo, Emma. Nuestra infancia, nuestros padres, tú... Todo ha sido borrado de mi memoria —confesé, sintiendo cómo el peso de cada palabra me hundía más en el abismo.

La incredulidad y el miedo danzaron en sus ojos mientras se levantaba, su silueta recortada contra el desorden de su habitación como un faro en medio de mi tormenta.

—Addie, no estoy entendiendo nada, ¿qué olvidaste?

—Lo siento, estoy muy nerviosa. —respiro profundamente— he perdido mi memoria, no me acuerdo de lo que hice el mes pasado, no me acuerdo quienes son nuestros padres, no me acuerdo de ti… de nada.

Mi monólogo hizo que mi hermana abriera los ojos y su cara perdiera el color palideciendo. Se

puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación desordenando su largo cabello.

—Tienes que estar bromeando, ¿es día de los inocentes?

Con lágrimas luchando por escapar, me armé de valor y enfrenté el espejo de su incredulidad.

—Emma, ¿crees que voy a bromear con algo así? Me estoy volviendo loca, aún no sé si hice bien en decirte lo que me pasa.

El silencio se extendió entre nosotras, un puente frágil sobre el abismo de mi desesperación. Finalmente, Emma se acercó, su abrazo fue el ancla que necesitaba en el mar tormentoso de mi confusión.

—No llores Addie, perdón… a ver, vamos a calmarnos y me cuentas todo ¿sí?

Esa tarde, nos sumergimos en una charla interminable sobre todo lo poco que había redescubierto de mí en estos días. Acostada en su cama, con las piernas desenfadadamente elevadas hacia la pared más cercana y la cabeza colgando al borde de esta mientras devoraba golosinas, Emma, en contraste, se encontraba dispersa entre un caos de ropa sobre el suelo, empuñando una cerveza.

—Necesito alcohol en mis venas para siquiera comenzar a procesar esta locura que ha caído sobre nuestra familia. —declaré con palabras cargadas de un humor resignado.

—¿Y qué planeas hacer respecto a Jayden? —indaga, mientras mastico pensativamente una papa frita.

—Lo único que puedo hacer es seguir adelante y esperar a que mi memoria regrese… no es justo abandonar años de relación solo porque mi mente decidió retroceder en el tiempo.

—Tienes razón, pero es extrañamente peculiar que solo recuerdes a Diego y nada más. —Reflexioné sintiendo como mi corazón se enredaba en una maraña de emociones contradictorias.

Fijo mi mirada en Emma, buscando respuestas.

—¿Sabes por qué terminamos Diego y yo?

Ella entrelaza nerviosamente sus dedos, evitando mi mirada. —Si te soy sincera, sé que después de la muerte de Diane nada volvió a ser igual…

—Diane… ¿ella era…?, bueno según mis recuerdos o sueños que he tenido entiendo que éramos cercanas ¿no?

Respiró profundo y me miró.
—Ella era tu mejor amiga Addison, la hermana de Diego.

Mis manos volaron instintivamente a mi boca, y un silencio abrumador se apoderó de mí. La mención de Diane envió un estremecimiento a mi corazón, bombeando una frenética tormenta de emociones.

—Oh Dios mío… —murmuro, antes de precipitarme hacia mi habitación en busca de mi diario, ese relicario de recuerdos pasados. Al encontrar una entrada sobre Diane, la leí con creciente desesperación.

***
*¡¡¡Estoy muy muy enfadada con Diane, Dios!!! No entiendo porque es tan cabeza dura, desde que termino con Ale es como si se convirtiera en otra persona. Me ha dejado de lado prácticamente ignorando mis consejos y ahora ha comenzado a mezclarse con unos chicos mayores que nosotras.*

*Tengo tanto miedo que le llegue a pasar algo, es mi mejor amiga, pero no sé qué hacer, estoy entre la espada y la pared. Entre Diego que es el amor de mi vida y Diane que es como mi hermana. La confianza de ambos estaría en juego si hablo. Diane no va por buenos pasos, ayer encontré en su bolso de maquillaje una bolsita, estaba casi segura de que era marihuana y me quedé petrificada cuando ella me la arrebató y me dijo que me metiera en mis asuntos. ƛ Solo espero que sea una fase, que tenga el corazón destrozado por terminar con su novio y vuelva a ser la misma de antes.*

*XOXO.*

***
— ¿Pero Addison, porque te fuiste así y me dejaste sola?

Con las manos temblorosas miro a mi hermana y una lágrima viaja por mi mejilla.

—Creo… creo que Diane se hizo adicta a las drogas…

— ¿ QUÉ!? ¿De qué estás hablando?

—En mi diario… escribí que estaba casi segura de haberle encontrado marihuana.
Emma se llevó las manos a la boca, sorprendida, al parecer yo era la única que conocía este detalle…

— ¿Cómo murió… Diane?

Ella se sienta a mi lado en el suelo y se rasca la cabeza. Recoge su pelo en un moño al descuido y suspira.

—Diane desapareció durante una semana. La policía, la familia y amigos la buscábamos sin descanso, pero sin éxito. Recuerdo que solo llorabas y rechazabas hablar con alguien sobre el tema. Todos sospechaban que sabias algo de su desaparición, pero nunca dijiste nada.

La sorpresa me impidió creer las palabras de mi hermana.

— ¿Y luego qué pasó?

—Pues… al octavo día, llamaron de un hospital a la madre de Diane para informarle que la habían encontrado en la orilla de una playa. La policía se involucró de inmediato, y todo cambió para siempre.

Me odiaba por no recordar nada de aquellos momentos; había perdido a mi mejor amiga, y con ella, al amor de mi vida, sin poder hacer nada por ninguno de los dos. Emma continúo narrando la historia con detalles que me eran completamente ajenos. Hubo investigaciones, en las cuales participé, sin aportar nada que pudiera ayudar a descubrir al responsable de la muerte de Diane. La autopsia reveló que murió de una sobredosis, pero también hallaron sus pulmones llenos de agua, lo que indicaba una muerte tortuosa, ahogándose mientras convulsionaba.

La escuchaba atentamente sin perderme nada de los detalles. La realidad de lo ocurrido años atrás me dejaba desolada, vacía y fría. Regresé a mi habitación, acostándome en la cama con la vaga esperanza de que mis recuerdos regresaran por arte de magia, sabiendo que en el fondo eso jamás sucedería. Con ese pensamiento, me quedé dormida.

***

*Sentía frío, el aire helado quemaba mi piel como lo haría el fuego. Todo estaba cubierto de un manto blanco, mientras el cielo estaba gris, furioso presagiaba una inminente tormenta. Avanzaba, mis pies descalzos en la nieve se tornaban azulosos del frío. Temblorosa, buscaba refugio y a lo lejos divisé una pequeña casita desvencijada. Corrí hacia ella, y mientras me acercaba, pequeñas gotas de sangre empezaron a manchar el blanco inmaculado de la nieve.*

*Me quedo pasmada pensando en ello, pero continúe hasta la puerta de la cabaña y entré. La oscuridad era total. Tanteando mi alrededor, encontré una lámpara de gas y, al girarme para buscar algo con que encenderla, una llamarada se encendió por sí sola.*

*Un grito sofocado escapó de mis labios, no por la lámpara, sino por la visión al otro extremo. Un cuerpo desnudo yace en una cama, cubierto por una sábana manchada de sangre.*

*Aterrada, me acerco. Reconocí a Diane por las marcas y su pálida expresión suplicante. Intenté alcanzar su mano extendida, pero era como si una barrera invisible nos separara. Un "ayúdame" se formaba en sus labios, un trueno estremeció la cabaña y en un instante, Diane desapareció. Grito su nombre una y otra vez hasta que me quedo sin voz…*

***

—Addison…Addisoooon joder despierta.

Abro mis ojos de golpe, respiro con mucha dificultad. Mi pecho sube y baja como si hubiera

corrido medio maratón en tiempo récord. Emma me miraba, preocupada por mis gritos. Mi pijama estaba empapado; el terror del sueño aún palpitaba en mi corazón.

— ¿Estás bien media? Me asustaste gritando así.

Respiro profundamente para que mi corazón deje de galopar en el pecho y luego respondo.

Recuerdo la pesadilla, tan vivida y aterradora. lo más horrible que hasta ahora había creado mi mente y me dieron deseos de llorar.

—Me has espantado, salí como loca a ver porque gritabas el nombre de Diane…

—He soñado con ella, una pesadilla espantosa… no soporto sentirme así Emma. Te juro que quiero que mis recuerdos vuelvan y ser la misma de antes, esta sensación de desasosiego, de temor, de no saber quién soy.

Mi gemela como todos estos días se subió a la cama y se acurrucó a mi lado. Me hice un ovillo y acostada en su vientre lloré hasta que solo era un cuerpo lleno de espasmos por el llanto. Entre sollozos, me deje llevar por el agotamiento hasta caer nuevamente en un sueño inquieto, mientras sus palabras de aliento prometían un mañana quizás un poco menos doloroso.

***

—Demi plié, estiro, y una vez más demi plié, estiro.

La melodía suave de la música clásica cesó, y mis pequeñas bailarinas concluyeron la clase de hoy con una reverencia elegante.

—Estuvieron excepcionales hoy, mis bailarinas. Recuerden decirles a sus mamis sobre el recital de mitad de año. Es hora de preparar sus trajes— les dije con una sonrisa.

Todas al unísono, expresaron su entusiasmo y, tras recibir un abrazo de cada una, las vi partir hacia el abrazo de sus madres y nanas. El ballet, es mi pasión, sigue siendo mi refugio, incluso cuando mi vida personal se siente como una melodía desafinada.

Recojo mis cosas y también me encamino a la salida, han pasado exactamente tres semanas desde mi última conversación con Diego, y el silencio de su parte es ensordecedor. A pesar de la ausencia de recuerdos, he comenzado a encontrar un nuevo ritmo en mi vida, apoyada incondicionalmente por Emma, cuya preocupación por mis “decaídas” recientes es palpable. Intento tranquilizarla, atribuyéndolo a mi amnesia, pero su inquietud persiste.

Con Jayden… la melodía es aún más compleja. Nuestra relación, descrita en mi diario como una sinfonía perfecta, ahora se siente desincronizada. A pesar de sus esfuerzos, mi corazón danza al ritmo de un amor pasado con Diego, cada recuerdo escrito, cada llamada esperada, reviviendo emociones que creí perdidas.

Sé que debo enfrentar la música con Jayden, compartir mis miedos y sentimientos, pero el temor a perder lo que construimos me paraliza. En el fondo, sé que nuestro tiempo juntos tiene su propia melodía, una que debo aprender a recordar y valorar nuevamente.

***

Estaba sentada en la mesa de la cocina, absorta en un viejo álbum de fotos perdida entre recuerdos capturados, cuando Emma entró y se sentó frente a mí, su mirada teñida de preocupación.

—Pareces un poco más distraída de lo habitual, ¿ha sucedido algo más? —su voz rompió el silencio.

Mis ojos seguían fijos en una foto de mis padres jóvenes y enamorados frente a la torre Eiffel. La distancia y el tiempo se hacían palpables, acentuando mi anhelo por su presencia, aunque sabía que disfrutaban de su retiro en el sur de España.

—Son mis recuerdos, o la falta de ellos. Me está cansando esto de vivir como una extraña en mi propia vida.

Ella me toma de la mano, su tacto era un faro en la neblina de mis dudas.

—No tienes que navegar esto sola. ¿Has considerado buscar ayuda profesional? Alguien especializado en la mente podría…

—No lo sé Emma. Siento que reconocerlo sería admitir que hay algo malo en mí. —sus ojos se encontraron con los míos, en mar de serenidad y fuerza.

—Addie, admitir que necesitas ayuda no significa que estés rota. Significa que eres fuerte, que estás luchando por encontrarte a ti misma de nuevo.

La miro con los ojos llenos de lágrimas, sus palabras eran un bálsamo, aunque el miedo a lo desconocido me atenazaba, sabía que tenía razón.

—Tienes razón media, es solo que… tengo miedo de lo que pueda descubrir. —las palabras apenas eran un susurro, pero cargadas de una decisión incipiente.

Mi hermana me sonríe con empatía.

—Estaré contigo en cada paso, no tienes que hacer esto sola. Podemos empezar buscando a alguien que entienda de estos casos… alguien que pueda guiarte a través de esto.

Y así, ambas decidimos comenzar a buscar algún especialista que pueda ayudarme a entender todo esto. Ahora me siento un poco más ligera al saber que tenemos un plan de acción. Mi hermana me rodea con un abrazo reconfortante, con esto es más que suficiente para saber que puedo contar con ella.

***

La tarde nos encontró buscando un especialista, y sin dudarlo, programé una cita. Ahora, sentada en la sala de espera, la ansiedad burbujeaba en mi interior como una tormenta a punto de estallar.

—Addison, ya puede pasar. – la voz del asistente me sacó de mis cavilaciones.

El Dr. Martínez me recibió con una mirada que intentaba ser un puente sobre el abismo de mis miedos.

—Addison, comprendo que esto puede ser un desafío para ti. Cuéntame, ¿cuándo comenzaste a notar que faltaban partes de tu memoria? – respiré hondo, buscando en las profundidades de mi ser las palabras para comenzar a contar mi historia, una historia de pérdida, amor y la búsqueda incansable por hallar el camino de regreso a mí misma.

—Todo comenzó hace unas semanas. Me desperté una mañana y… simplemente no recordaba nada. He experimentado episodios de desvanecimientos, durante los cuales emergen fragmentos de recuerdos. El primero fue de mi ex...

El doctor asiente, mostrando comprensión.

—La amnesia disociativa, que es lo que parece que estás experimentando, a menudo está vinculada a traumas o estrés intenso. ¿Recuerdas algún evento que podría haber desencadenado esto?

Bajé la mirada, claramente turbada por la pregunta.

—No estoy segura. Tengo una vida y una relación completamente distintas ahora. Lo único significativo es que la muerte de Diane fue devastadora para todos. Nunca lo superé del todo.

—Es importante que sepas que esto no es tu culpa, Addison. La mente a veces escoge olvidar como mecanismo de defensa. Sin embargo, esto también sugiere que hay emociones y recuerdos que debemos afrontar para sanar.

—¿Qué puedo hacer, doctor? ¿Cómo puedo recuperar mis recuerdos?

—Hay varias opciones. Terapia con un especialista en trauma. También exploraremos ejercicios de memoria, pero lo más importante es tu voluntad de enfrentar y procesar esos recuerdos cuando comiencen a volver. Comenzaremos con un estudio detallado de tu cerebro.

—Haré lo que sea necesario. No solo por mí, sino para esclarecer lo ocurrido con Diane...

—Muy bien, Addison. Estoy aquí para apoyarte en cada etapa. Vamos a comenzar con algunas sesiones de terapia y evaluaremos tu progreso. Recuerda, esto es un maratón, no un sprint.

Asentí, sintiéndome un poco más esperanzada. Me levanté, lista para enfrentar el largo camino

hacia la recuperación y la verdad. Aunque quizás todo no fuera tan fácil…

***

Con mis pensamientos girando incesantemente, me refugié en mi pequeño Kia, navegando por las calles vibrantes de Miami. La ciudad bulliciosa, bañada en sol, era un tapiz de vida y color: gente riendo bajo sombrillas gigantes, parejas en trajes de baño disfrutando del calor, y familias en pleno disfrute estival. Al encontrar un espacio, dejé el coche y me adentré en la playa, descalzándome para sentir la arena fresca danzando entre mis dedos. El viento jugaba con mi cabello, ofreciéndome una caricia reconfortante. La orilla me recibió con olas suaves, refrescando mis pies. Me encontré saltando y riendo, redescubriendo una alegría olvidada en la simplicidad del momento. Exhausta pero feliz, busqué alivio en el quiosco más cercano.

—Hola, ¿Me da una Coca-Cola Cherry, por favor? – pedí al joven que, con aire de surfista, sonreía amablemente.

—Con gusto, aquí tienes. – respondió, sirviendo mi bebida en un vaso lleno de hielo. El primer sorbo fue un choque de frío, provocando una risa compartida.

—Uh, cuidado, que no se te escape. – bromeó, ante mi apuro.

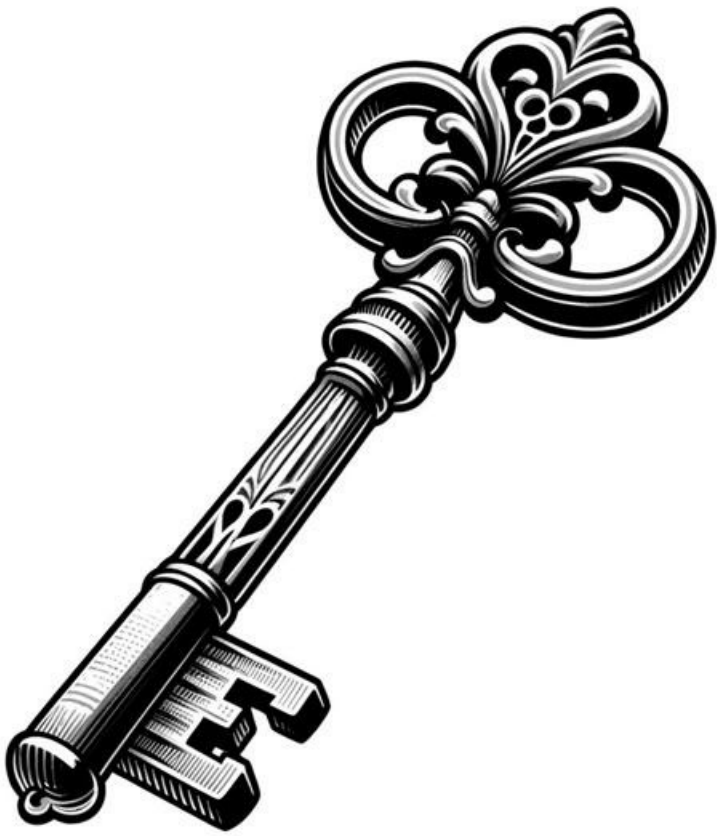
—Últimamente mi cabeza está muy sensible y busca el menor estímulo para sobre reaccionar. – admití, intentando restarle importancia.

—Perfecto, que disfrutes tu bebida. – Dicho esto, me guiñó un ojo antes de atender a otros clientes.

Me volví al mar, observando cómo el sol se fundía con el horizonte, y un sentimiento de paz me envolvió. Era un respiro, un momento de calma en el tumulto de mis días. Sin embargo, en el fondo, me decía que esta tranquilidad era apenas el preludio de la tormenta que se avecinaba…

8

DIEGO



Violet deja de respirar, y con esas palabras, siento como mi mundo empieza a desmoronarse. La realidad de mi peor pesadilla se materializa ante mí, y el dolor es tan inmenso que mi pecho parece estallar. Incapaz de emitir sonido alguno, mis acciones se vuelven automáticas mientras intento reanimarla; mis lágrimas corren en silencio, marcando el dolor de verla alejarse.

La rapidez con la que llega la ambulancia no alivia el tormento de mi alma. Acompaño a Violet al hospital, sumido en un letargo emocional; el mundo a mi alrededor se vuelve difuso, las voces inaudibles.

La esperanza renace fugazmente cuando logran estabilizarla momentáneamente. Pero el alivio es efímero; al ser llevada a cuidados intensivos, la barrera que nos separa me llena de frustración y desesperanza. Llorando, me deslizo con la espalda contra la pared; el dolor en mi pecho es insoportable, no quiero perder el amor de mi vida, no ahora…

La llegada del padre de Violet y la posterior conversación con el doctor solo profundizan la herida. La gravedad de su estado me golpea con fuerza; la posibilidad de perderla se convierte en una realidad aterradora.

Cuando finalmente me permiten estar a su lado, el contraste entre su frágil presencia y la vitalidad que siempre la caracterizó me abruma. Su mano entre las mías, fría y delicada, es un doloroso recordatorio de la fragilidad de la vida. Sonríe y las lágrimas, incapaces de detenerse, comienzan a bajar por mis mejillas.

—Amor, no llores, por favor —me susurra.

Acaricio su cabello, colocándolo detrás de su oreja, y beso su mejilla.

—¿Cómo no quieres que llore? —el nudo en la garganta no me deja hablar, pero continúo—. Te estoy perdiendo, amor, y me duele el corazón.

Ella asiente y acaricia mi cara, secando mis lágrimas, pero es imposible porque siguen bajando sin control.

—Tienes que ser fuerte, sabías que esto no era para siempre.

—Pero no era el tiempo, amor, no lo era... tenías tanto por lo que vivir...

—Pero la vida es así, aun así, quiero que sepas que estoy feliz de haberte conocido y que estos años fueron los mejores de mi vida y fue gracias a ti.

Su aceptación de la situación, su tranquilidad ante la inminente despedida me desgarra y reconforta a la vez.

Le tarareo su canción favorita, un pequeño acto de amor y despedida, mientras el sol se pone

fuera marcando el fin de un día y tal vez el final de una etapa de nuestras vidas.

Negué con la cabeza, las lágrimas y la canción entremezcladas en un duelo de emociones, el silencio se hizo pesado, cargado de una tensión palpable, solo interrumpido por los pitidos constantes de las máquinas. La rabia y el dolor por su resignación a morir luchaban dentro de mí, pero sabía que debía respetar su decisión, por dolorosa que fuera.

—Amor, por favor mírame —Violet susurró con esfuerzo, capturando mi mirada llorosa—. Sé que será duro para ti, pero con el tiempo, entenderás que era lo mejor...

—¿Cómo puedes decir eso, Violet? Eres mi universo, mi todo. El dolor es insoportable... —mi voz se quebró, por el peso de mis palabras apenas soportable.

Ella presiona mi mano, su tacto ligero pero lleno de amor.

—Lo sé, Diego. He visto el mismo dolor en los ojos de mi padre. No deseo eso para ti. Lo viví en carne propia y todavía veo tristeza y amargura en sus ojos. Créeme, ver cómo una persona se destruye y se desvanece delante de ti no es fácil. Y no quiero que tú pases por eso ni que vivas lamentándote por no ser feliz.

Cambié de tema, buscando darle algo de paz.

—Necesitas descansar. Anda duerme un poco, amor.

—No quiero dormir, ya tendré eternidad para eso —dijo con una tristeza que rozaba el humor negro. Traté de contenerme, pero sus palabras me desgarraron.

—Por favor, no ahora...

—Lo siento... —murmuró, acariciando mi brazo, justo donde está el tatuaje—. Sabes, hace días tuve un sueño muy extraño, quizás hasta sea una epifanía...

Intrigado y buscando cualquier distracción de la realidad, le pedí que compartiera su sueño. Habló de un futuro donde yo volvía a encontrar la felicidad, sugerido por el tatuaje que me unía a otra persona.

—No hablarás en serio, Violet. Mi corazón te pertenece, solo a ti.

Ella sonrió, una mezcla de amor y resignación en su mirada.

—Pudiera hacerte prometer que volverás a ser feliz, que lo intentarás. Pero tengo la certeza de que lo serás, así que me iré tranquila. Te amo, Diego Romhany, gracias por estos maravillosos años.

Sus palabras finales, un adiós lleno de amor y gratitud, resonaron en mi alma. Mientras tarareaba su canción favorita, una despedida melódica, su espíritu luchador y amoroso me recordaba que, a

pesar de la inminente oscuridad, había luz en los recuerdos compartidos y en el amor que perdura.

***

Caminaba sin rumbo, perdido en mis pensamientos que ni siquiera eran míos. Fue el susurro de las olas contra la orilla lo que finalmente me ancló al presente, encontrándome en la playa sin recordar el camino que había tomado. Cruzando el muro de piedra que separaba el mundo en constante movimiento de la tranquila eternidad del mar, me quité los zapatos y dejé que la arena fresca acariciara mis pies. Aunque la serenidad del entorno me calmaba, una fuerza invisible me guiaba hasta el agua.

La música suave de un puesto cercano rozaba mis oídos, pero era el llamado del mar el que capturaba toda mi atención. Al llegar a la orilla, me sumergí en una momentánea hipnosis, hasta que el agua tibia me despertó de mi trance. Me retiré buscando un lugar seco donde sentarme y contemplar el horizonte que ahora se teñía de un azul profundo.

No estaba solo por mucho tiempo. Una mujer tomó asiento a mi lado, su presencia tan inesperada como bienvenida.

—Qué misterio tiene el mar, de envolverte en sus olas y perderte en ellas por horas —dijo, con una voz tan suave como el murmullo del agua.

—A veces —respondí, con mi voz cargada de reluctancia y reflexión. No estaba en busca de conversación. Pero algo en su siguiente pregunta me detuvo.

—¿Alguna vez has vivido algo tan extraño que temes compartirlo? —indagó, incitándome a abrirme sin pretenderlo.

Mis dedos se perdieron entre mi cabello, una mezcla de frustración y anhelo por compartir.

—Hace años —admití, dando paso a una conversación que nunca esperé tener, sobre secretos guardados y verdades ocultas.

—¿Se lo contaste a alguien alguna vez?

Su pregunta me dejó reflexionando sobre la importancia de compartir nuestras historias, incluso aquellas que guardamos en lo más profundo. En ese momento, el mar no era solo un testigo de mi soledad, sino también de mi conexión con alguien que, por un instante, compartía mi carga.

Sin responder, la observé con detenimiento. A pesar de que su cabello ondulado y corto ocultaba su rostro, su silueta delgada y definida sugiere una belleza serena. Algo en su presencia invitaba a la introspección, por lo que decidí acompañarla en su contemplación del mar oscuro.

—No directamente —admití finalmente— pero compartí una experiencia inusitada con una exnovia hace años, algo tan insólito que, si lo recuerda, seguramente le parecerá extraordinario.

Ella expresó un deseo de que su actual dilema fuera solo una pesadilla de la cual pudiera despertar. Al bajar la mirada y secar una lágrima solitaria, sentí una conexión inesperada a través de nuestra vulnerabilidad compartida.

—En la vida, casi todo tiene solución, excepto la muerte —respondí, con un tono más cortante de lo que pretendía, reflejando el tormento interior que me consume. La idea de perder a la mujer que amo a la ineludible muerte me aflige profundamente.

Ella contrapuso con una reflexión aún más desgarradora:

—Hay algo peor que la muerte, y es perder tus recuerdos. Es como morir en vida, perder tu identidad, no saber quién eres… es casi desaparecer.

Sus palabras resuenan con un dolor y una verdad que me dejan sin palabras, sumido en un abismo de reflexión.

De repente, una melodía suave interrumpe mis pensamientos. Al principio, pensé que emanaba de algún puesto cercano, pero me doy cuenta de que es ella quien canta. Su dulce voz, un bálsamo en la penumbra, añade una nueva dimensión a nuestra conexión momentánea.

El sonido melódico de su canto envolvía el aire, transportándome a un estado de trance junto a ella. No quería interrumpir tal momento de pureza. Su canción, desconocida pero embriagadora, llenaba cada espacio vacío de mi alma con una paz olvidada.

Al finalizar, me sentí impulsado a hablar, mi voz, un bisbiseo contra el murmullo de las olas.

—Es una canción hermosa —dije, mi admiración palpable en el aire.

Ella se giró hacia mí, y en ese instante, el mundo pareció detenerse. Sus ojos, una tormenta de verde y grises, me envolvieron en un hechizo del que no quería escapar. El descubrimiento del tatuaje en su muñeca enviaba escalofríos a través de mi ser, un símbolo de un pasado que pensé olvidado.

Era imposible, pensé, pero cada fibra de mi ser sabía la verdad antes de que mi mente la aceptara.

Allí estaba, transformada y más hermosa que en mis recuerdos más preciados, reviviendo emociones que creí enterradas. La conmoción me robó el aliento, mientras un torbellino de recuerdos y sentimientos inundaba mi corazón.

En ese momento, la conexión perdida se reavivó, un lazo invisible que ni tiempo o la distancia pudieron desvanecer. Era un reencuentro destinado, marcado por la música, el mar y un tatuaje que contaba historias de un amor inolvidable.

—Addison… —su nombre escapó de mis labios como una oración.

# 9

# ADDISON



Todo mi ser estaba en suspenso, abrumada por la realidad de tener a Diego tan cerca después de tanto tiempo. Cada detalle de su presencia, desde la sombra de su barba hasta el desorden de su cabello, me recordaba los sueños que habían poblado mis noches recientemente.

Esos ojos marrones tan claros me miraban sorprendidos, y seguramente yo tenía la misma expresión en mi cara. Diego estaba sentado justo a mi lado; habíamos intercambiado unas cuantas palabras y simplemente no nos habíamos dado cuenta de quiénes éramos.

—Addison... —su voz era apenas un susurro, cargada de una emoción que resonaba profundamente en mi alma.

—¿Diego? ¿Realmente eres tú? –mis palabras temblaban mientras extendía la mano hacia él, buscando la confirmación de que no era una ilusión, lo cual no dudaría a estas alturas.

El contacto fue eléctrico, un torrente de emociones y recuerdos inundó mi ser, haciendo que retirara mi mano en un reflejo instintivo. Diego también parecía afectado, retirando su brazo en un gesto de sorpresa.

Nos quedamos mirándonos, perdidos en una constelación de emociones inexpresadas, hasta que las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, liberando un cúmulo de sentimientos reprimidos. Diego no dudó en envolverme en un abrazo, ofreciéndome consuelo ante mi desbordante tristeza.

—Sshh, tranquila. Aunque no entienda tus lágrimas, aquí estoy.

Sus palabras eran un bálsamo, pero mi llanto solo se intensificaba, como si su presencia desatara todo lo que había estado guardando.

—Oh por Dios, no sabes... no sabes... –el llanto no me permitía hablar.

Finalmente, el torrente de emociones se apaciguó, dejándome exhausta, pero de alguna manera más ligera. Diego rompió el silencio con un suave saludo.

—Bueno, ya que has dejado de llorar... Ho- hola, Addison. –Esto provocó una sonrisa a través de mis lágrimas.

—Hola. –respondí, aún aferrada a su mano. La conversación que siguió, aunque teñida de incertidumbre sobre el motivo de nuestro encuentro en ese lugar, reflejaba un profundo vínculo que seguía vigente.

—¿Qué... qué haces aquí?

—Ni yo sé qué hago aquí. He estado varias horas sentada en aquella silla, tengo un par de llamadas perdidas de mi hermana y como cien de mi novio. Pero aún no sé qué diablos hago aquí sentada.

—Tampoco sé por qué llegué aquí... quizás el destino tenga sus razones.

Sentada junto a Diego, la urgencia de compartir mi verdad me consume.

—Sé que no quieres verme ni hablarme, de hecho, te agradezco haber sido tan amable en consolarme mientras lloraba y quedarte aquí conmigo, pero ya que nunca me llamaste para quedar, tengo que aprovechar que estás aquí –dije todo esto sin respirar.

Diego me miró, su gesto de preocupación reflejaba la turbulencia de sus propios pensamientos.

—Wow, wow, wow, ¡calma! Es cierto, lo siento por no haber estado en contacto; mi mente ha estado... en otro lugar. –admitió, pasando sus manos por su cabello en un gesto familiar de frustración.

—A ver —– respiro profundo, buscando las palabras– He perdido la memoria, Diego. Me desperté un día sin recordar quién era, mi vida... excepto a ti.

Su reacción fue de puro asombro, y no pude evitar soltar una risita nerviosa ante la incredulidad pintada en su rostro.

—¿Qué? Pero... ¿qué... cómo... no entiendo?

—Sé que suena a locura, pero es la verdad. Eres el único hilo que me conecta con mi pasado, y por alguna razón, te recuerdo claramente. –Diego me escuchaba en silencio, absorbiendo cada palabra.

Con los ojos abiertos de par en par y el rostro blanco como el papel a pesar de la poca luz que llegaba desde los faroles de los negocios cercanos, Diego me miraba.

—Sé que es difícil de creer, sé que es una locura, pero me pasó y no sé qué hacer. Tenía tantas ganas de contarte esto a ver si me podías ayudar.

Soltó el aire de golpe, como si lo hubiera estado reteniendo durante minutos.

—Wow...

—No esperaba que todo se solucionara mágicamente al verte, pero tenía la esperanza. –confesé, la decepción teñida de realismo.

—Lo siento mucho, Addison –dijo Diego con su voz llena de empatía y pesar.

Le resté importancia con un gesto de mi mano.

—No tienes la culpa. Supongo que es un nuevo comienzo para mí, aprender a vivir con esta nueva realidad.

Miré a Diego, más guapo de lo que recordaba, y mi atención se fijó en el tatuaje de su brazo.

—¿Es un tatuaje lo que tienes en el brazo? –pregunté, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Sí… es una llave –suspiró. –Por lo que veo, tampoco recuerdas por qué tú también llevas uno.

—¿Son tatuajes a juego? ¿Nos los hicimos juntos?

Él me dijo que ambos compartíamos tatuajes a juego, una revelación que me dejó perpleja, cuestionando las decisiones del pasado.

El silencio que siguió estuvo cargado de una emoción palpable. Un calambre interrumpió nuestro momento, y casi caigo de no ser por la rápida intervención de Diego. Su proximidad repentina, su aliento cálido y su mirada intensa, avivaron recuerdos y sentimientos que creía olvidados. Casi tiemblo en sus brazos tenía este sentimiento que no sabía describir y me tenía jodidamente confundida.

¿Cómo es posible que después de tantos años mi memoria me haga esta jugada y sienta como que no ha pasado el tiempo y que mi piel recuerde su tacto, sus caricias?

Me alejo de él, incapaz de respirar con su cercanía. Suena un celular, pero no era el mío esta vez, es el de Diego. La abrupta llamada rompió nuestro hechizo. Su reacción ante la noticia del otro lado del teléfono me llenó de preocupación.

Lo alcancé como pude y le toqué el hombro.

— Diego, ¿qué ha pasado? Detente por favor, te veo muy mal.

Él lo hace, sus ojos están llenos de lágrimas que aún no derrama y me siento morir al verlo así.

—Es mi... mi esposa, … está… —sus palabras se ahogaron en su llanto. Instintivamente lo abracé, ofreciendo consuelo en su momento de dolor.

—Tengo que irme.

—No puedes conducir así, ven yo te llevo o puede ocurrirte un accidente, así como estás.

Conduje a Diego al hospital, dominada por un torbellino de emociones, preocupación por él, celos inexplicables y una sensación de pérdida. Al llegar, lo vi correr hacia el interior sin mirar atrás, dejándome sola con mis pensamientos y dudas.

Aparqué el auto y entré al hospital, sin pensar claramente en que no debía estar aquí, pero sentía que él me necesitaba, o más bien, necesitaba saber que él estaba bien. Sin saber cómo, porque no pregunté en información, llegué por inercia a su habitación, como si algo me llevara hasta él.

Me encontré frente a la habitación, temerosa de cruzar el umbral, sintiéndome fuera de lugar. Me alejé, buscando refugio en unos sillones cercanos, desde donde podía mantenerme vigilante. La complejidad de mis emociones, entrelazadas con el pasado compartido con Diego y la incertidumbre del futuro, me mantenían en vilo.

Para matar el tiempo, decidí contestar a mi hermana y la llamé.

A los tres timbres, Emma contestó.

—¡Pero pedazo de estúpida! ¡Dime que estás bien para que pueda insultarte con ganas!

Suspiré, no sabía por qué sentía que no era la primera vez que se ponía así.

—Emma, tranquilízate, estoy bien, y no grites que te escucho perfectamente y estoy en un hospital, así que...

*—¿Qué? ¿Estás en un hospital? ¿Pero por qué?*

—Pero si me dejas terminar, te puedo explicar, cabeza de chorlito.

*—Ok, te escucho, ¿qué pasa?*

—Estoy aquí porque… ay, no te lo vas a creer, media, me he encontrado con Diego y…

*—Pero ¿qué dices?*

—¡Joder sí, déjame terminar! Entonces, después del sorpresón que nos llevamos, no me aguanté y le conté lo de mi memoria.

*—¿Y qué ha pasado? ¿Lo recordaste? ¿Qué te ha dicho?*

Rodé los ojos y me quedé en silencio… *¡es que no me deja hablar!*

*—¡¡Ya, ya, perdón!! Te dejo hablar.*

Mientras conversaba con Emma por teléfono, me esforcé por explicar la vorágine de emociones desatadas por el inesperado reencuentro con Diego. Su reacción de sorpresa y preocupación reflejaba el torbellino que yo misma sentía.

*—Wow, no me lo puedo creer, así como no me puedo creer qué haces allí.*

—Es que él estaba muy mal, Emma, no podía conducir así en ese estado. ¡Pero si estaba llorando como un niño!

*—Hasta ahí lo entiendo, pero no debiste subir, no es tu lugar. Es algo incómodo que estés donde está la esposa de tu exnovio, el cual no te hablaba hasta hace unas horas.*

—Lo sé, estoy bien, solo que un poco… abrumada. – intenté apaciguar sus temores, aunque en el fondo, compartía su confusión sobre mi presencia en el hospital.

*—Bueno, como quieras. Contéstale al… lindo de tu novio, ya me tiene harta, Addison. Vas a tener que arreglar de una vez por todas este asunto.*

La llamada con mi hermana terminó, con su típica mezcla de preocupación y exasperación, dejándome más consciente de la complejidad de mis decisiones. Decidí escribir un mensaje tranquilizador a Jayden, posponiendo una conversación inevitable.

**Yo:** *"Luego hablamos"*

Escribí, sintiéndome dividida entre la lealtad y mi turbulento reencuentro con el pasado.

Mis pasos me llevaron de vuelta al corredor frente a la habitación de la esposa de Diego, donde los ecos de una familia en crisis resonaban a través de la puerta entreabierta. Al ver a Diego salir, su rostro era un mapa de desolación, y nuestros ojos se encontraron en un espejo de emociones compartidas. La palabra correcta era: destrozado.

Sus ojos se abrieron de par en par al verme allí, casi la misma mirada que nos dimos hace unas horas. Yo me quedé inmóvil sin saber qué hacer o qué decir.

Lentamente, Diego se acercó a mí y, al llegar a mi altura, simplemente me abrazó y lloró, lloró lastimosamente en mi hombro y mi corazón se encogió. Fue un refugio en medio de la tormenta, un momento de conexión humana profunda que trascendía palabras y explicaciones. A pesar de todo, no pude evitar sentirme arrastrada a su mundo de dolor, ofreciendo consuelo en su momento de necesidad.

La situación, complicada por nuestras historias entrelazadas y los lazos rotos del tiempo, me dejó reflexionando sobre los caminos que tomamos y cómo, a veces, el destino nos lleva de vuelta a los cruces que una vez dejamos atrás.

10

DIEGO



—*Diego tienes que venir, se nos va, mi hija se nos va…*

La temblorosa voz de mi suegro en el teléfono desató una tormenta de pánico en mi pecho. Una corriente recorre mi espalda, el corazón se me cae a los pies y comienzo a sudar frio. Dios… no por favor…

Corrí hacia el coche, asfixiado por el temor de perder a Violet sin poder sostener su mano por última vez. Oh, Dios mío, voy a perder a mi esposa, a la mujer de mi vida.

Addison, con una preocupación marcando su rostro, me detuvo con una suavidad que contrastaba con el tumulto en mi interior. Mis palabras se ahogaron en un mar de lágrimas, cada sollozo una punzada en el alma.

—Es mi- mi esposa, … está… — las palabras se desvanecieron, incapaz de enfrentar la realidad verbalmente. El abrazo de Addison fue un débil consuelo ante la magnitud de mi desesperación.

—Tengo que irme, lo siento. —Me disculpo con ella porque al final de cuentas estoy actuando de forma que ahora mismo no soy yo y ella solo intenta ayudarme.

—No puedes conducir así, ven yo te llevo o puede ocurrirte un accidente, así como estás.

Lo acepto, estoy demasiado nervioso como para ponerme detrás de un volante así que voy tras ella y me subo a su pequeño auto. En el auto, cada segundo era una eternidad. Mi mente, un torbellino de recuerdos y ruegos silenciosos, apenas registraba el mundo exterior.

Quiero gritarle a Addison que vaya más rápido pero no quiero ponerla más nerviosa y que entonces tengamos un accidente, ya va bastante rápido de hecho.

Al llegar al hospital, me lancé hacia la habitación de Violet, donde el tiempo parecía haberse detenido. Su familia se apartó, sus ojos compartiendo una tristeza insondable.

Me siento tan culpable, no debí irme y dejarla, debí quedarme con ella, tomar su mano y cuidarla, pero no, no soporte el hecho de que ella pronto me dejaría.

—Mi amor, ya estoy aquí mi princesa. – susurré, tomando sus manos heladas entre las mías.

Violet abrió sus hermosos ojos azules y me regalo una última sonrisa, un rayo de luz en la oscuridad que envolvía mi corazón.

—Quédate a mi lado, no me dejes Diego. —Las lágrimas no duraron más en salir, pegué mi frente con la suya y lloramos en silencio.

—Te amo Diego, te amaré siempre, vuelve amar, vuelve a sonreír. – fueron sus últimas palabras, un adiós que sellaba un amor eterno.

No pude decirle nada a eso, como me pedía que volviera amar si solo podía pensar en ella.

Las maquinas comenzaron a emitir sonidos, sonidos que yo y todos los que estábamos en la habitación sabíamos lo que significaban. Las enfermeras entraron, pero no hicieron ningún movimiento por salvar su vida. Ya no había nada que hacer.

Y luego se detuvo, el corazón de mi ángel dejó de latir y con ella se fueron mis ganas de luchar, mis ganas de continuar. El dolor era demasiado, era horrible este sentimiento de perder a las personas que amas. Nunca nadie está preparado para dejar partir a quien entregamos todo.

Acaricié su cabeza y susurré en su oído.

—Descansa en paz mi guerrera y vuela alto mi amor. Te amo.

Le di un último beso en sus fríos labios, esos labios que tanto adoré, que tantas sonrisas me brindaron, que tantos consejos me dieron…

Mientras las enfermeras apagaban las máquinas, el peso del adiós final a Violet se hacía insoportable. El abrazo con mi suegro y mi cuñado fue un reflejo del dolor compartido, un lazo de luto nos unía en la despedida. Había sufrido por partida doble, ver su madre morir y también a su única hermana por la misma enfermedad.

Mis ojos no pueden creer lo que ven, quiero decir, hace un rato sé que estuve con ella, pero con todo esto que estoy pasando sentía como que había sido un sueño. Pero no, la presencia de Addison fue como un faro en medio de la tormenta.

Camino lenta y pausadamente y como si una fuerza me atrajera a ella o el simple hecho de que me encontraba vulnerable me abracé a su cuerpo y en ese momento todo el torrente de tristeza que tenía dentro salió de golpe y comencé a llorar sin parar. Mi acercamiento a ella no solo fue la búsqueda de consuelo sino un anhelo por conectarme con algo, alguien, que me anclara a la realidad frente al abismo de mi dolor.

—Lo siento tanto Diego— sus palabras que, si bien eran un bisbiseo, cada sílaba llevaba el peso del mundo. La simple pregunta sobre las limonadas, un detalle tan pequeño y personal, era un recordatorio de momentos más simples, una vida que parecía tan lejana ahora.

— ¿ Qué ha pasado?

Salgo de mi letargo y, respirando profundo, le cuento sobre la enfermedad de mi esposa, todo lo que pasamos estos meses y su insistencia en no querer hacer el tratamiento por miedo a pasar todo el dolor que sufrió su madre.

—Lo siento mucho, espero de corazón que tu esposa pueda descansar en paz. Sé que no es lo que quieres escuchar, ni nadie, pero ahora estará en un lugar mejor donde no sufra.

Asiento en silencio; mi corazón duele horrores. Cuando ella se aleja para buscar algo de consuelo en forma de bebida, me quedo sumido en el silencio, reflexionando sobre cómo, en los momentos más oscuros, las conexiones humanas pueden ofrecer un atisbo de luz.

Paso mis manos por el cabello y la cara; estoy cansado, agotado física y mentalmente. Pero no quiero dormir, no quiero ir a mi casa y ver que Violet no está ni estará más en nuestro piso, que nunca la veré con su felicidad y su esencia llenándome de amor y alegría.

Ensimismado en mis pensamientos, mi suegro aparece y me informa que mi cuñado está lidiando con el papeleo y la funeraria, que no me preocupe por nada.

—No, pero sí debería encargarme yo de todo, no es justo...

—Has hecho demasiado, hijo; es hora de que descanses un poco. Todo lo que pudiste darle a mi preciosa Violet, se lo diste en vida y sé que ella fue muy feliz contigo.

Comienzo a llorar de nuevo, sabiendo que lo que decía era cierto.

— ¡Diego! ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

La voz de Carla irrumpió en el pasillo, cargada de preocupación y sorpresa. Su abrazo fue un pequeño consuelo en medio de mi tormento.

— ¡Oh, Dios!, ¡oh, Dios! Pero... ¿Violet?

—Sí, me ha dejado solo, Carla. Violet se ha ido.

—Diego, cariño... no sé qué decirte que te reconforte en este momento. Lo siento tanto... Yo venía a ver cómo seguía y me encuentro con este escenario.

Vuelvo a sentarme con Carla a mi lado ahora, mi suegro se acerca y me susurra.

—Diego, solo resta que firmes los documentos y podemos irnos a casa.

Asiento y me despido de él. Ya lo vería en unas horas.

—Pero ¿qué carajos haces tú aquí? - la tensión aumenta significativamente, algo que en realidad no esperaba. Me había olvidado de que Addison seguía aquí en el hospital.

Ella la miraba sorprendida y no sabía qué decir, evidentemente tampoco recordaba a Carla y el porqué de su mala forma. Ella jamás dejó de culpar a Addison por la muerte de Diane. En silencio, se acercó a mí y me pasó un vaso.

—Toma, Diego.

—Estoy hablando contigo, estúpida. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Me explicas qué pasa aquí, Diego? No bien se muere Violet y ya buscaste sustituta.

La acusación de Carla a Addison reflejaba no solo incomprensión de la situación sino también de antiguas tensiones no resueltas. Mi intento de mediar en la situación, asegurando que Addison estaba aquí en un gesto de amistad y apoyo, fue un equilibrio delicado entre mantener la paz y honrar mi duelo.

—Carla, por favor, baja la voz. Addison ha venido conmigo, ya luego te explico.

Ella abre la boca y su cara se llena de furia.

— Pero ¿cómo has podido hacerle esto a Violet, Diego? ¿A tu hermana?

—Te he dicho que bajes la voz, Carla, no es el momento ni el lugar para esto, así que te pido que no le faltes el respeto a Addison, mucho menos a mí, al decir cosas que no son ciertas.

Me acerco a Addison, separándola de Carla, para hablar con ella.

A pesar de estar en una situación incómoda, ofreció su apoyo con una dignidad y comprensión que solo profundizaba mi gratitud hacia ella. Su decisión de irse, aunque dolorosa, era un gesto de respeto hacia la complejidad de mis emociones en ese momento.

—Disculpa a mi amiga, Addison, ¿no la recuerdas, cierto?

—No, y ni falta que me hace.

—Te agradezco por todo. Y respecto a tu memoria, aquí estoy para lo que necesites -—Le dije, intentando transmitir mi apoyo en su propia lucha, a pesar de mi dolor.

—No ha sido nada, Diego. Siento mucho tu pérdida.

La salida de Addison dejó un vacío, un silencio que me envolvía mientras intentaba procesar la partida de mi esposa y la tumultuosa cascada de emociones que siguieron. La confrontación había descubierto heridas antiguas y nuevas, marcando un momento de profunda reflexión sobre el pasado, el presente y el incierto camino a seguir.

***

La vuelta a casa se sintió como cruzar la puerta a un mundo paralelo donde todo me recordaba a Violet, pero ella ya no estaba. Cada paso era un recordatorio de nuestros momentos juntos, desde la entrada hasta la habitación, donde su esencia aún flotaba en el aire.

Mientras lágrimas caían por mis mejillas, fui directo al armario, su ropa allí colgando aún me desgarró el alma, por lo que rápidamente saqué un traje negro y una camisa blanca, junto con unos zapatos. Armé un pequeño bulto y volví a bajar las escaleras. Hoy dormiría en un hotel.

Recuerdo como si fuera ayer cuando llegamos a este piso vacío, pero lleno de esperanzas de un nuevo comienzo juntos. La emoción de Violet por decorar nuestro hogar y sus locas ideas, llenando mi corazón de paz. Los sueños que faltaban por cumplir y los planes, me asaltaron. La ausencia del amor de mi vida, su risa, sus pasos se hacía palpable en cada rincón.

Me duele saber el hecho de que no la veré más sentada junto a la ventana mientras leía sus novelas románticas, tomando chocolate caliente con sus medias de invierno.

Llevo todo a mi auto y salgo en busca de un algún lugar donde amanecer, porque dormir como lo que era dormir seguro no pasaría. Llego hasta el hotel y, sacando todas mis cosas, me acerco hasta la recepción donde pago y me indican la habitación que me toca.

Un hotel, un lugar impersonal y frío, se convirtió en un refugio temporal de la realidad. La habitación, un espacio ajeno y sin vida, contrastaba agudamente con el hogar lleno de amor que habíamos construido. Mi intento de ahogar el dolor con alcohol profundizó aún más la sensación de vacío y desesperación.

Pienso en todo y en nada; en unas pocas horas será la última vez que vea al amor de mi vida, y eso me quebraba el alma. En el suelo, a solas con mis pensamientos y el dolor insoportable de la pérdida, la realidad de que ya no la volvería a ver me golpeó con fuerza cruel. La promesa de un nuevo día no ofrecía consuelo, solo la perspectiva de enfrentar la vida sin ella.

Trato de ponerme en pie, pero mi cabeza comienza a dar vueltas y caigo de bruces en el suelo de nuevo. Definitivamente estaba borracho. Me arrastro hasta la cama como puedo y, al momento de tocar la almohada, quedo rendido en un sueño profundo.

***

El sepelio de Violet se desarrolló como un sueño etéreo, literalmente fue algo muy inusual y digno para el amor de mi vida. Rodeado de la pureza de las flores blancas y la imagen radiante de ella, que parecía observarnos con amor y felicidad. Cada detalle del servicio, desde la música hasta el hermoso vestido que la envolvía, fue un homenaje digno a su espíritu luminoso.

En el momento del último adiós, una calma inusual me envolvió. La naturaleza misma parecía hacer una pausa, marcando este adiós final con una brisa que despeinó mi cabello y un cielo que lloraba conmigo. Pero en la lluvia, encontré un consuelo inesperado, como si Violet me asegurara que, aunque su presencia física se había desvanecido, su espíritu y amor permanecerían conmigo siempre.

Mi corazón se fue con ella en ese momento.

Todos corrieron a buscar cobijo, menos yo. Me quedé allí, de rodillas en silencio, soportando toda el agua sobre mi cuerpo; sin embargo, una paz comenzó a inundarme y la sentí, sentí a Violet a mi lado, su presencia.

Sonreí.

Rodeado por el cariño de quienes también la amaban, y bajo la lluvia que lavaba mi dolor, prometí en silencio mantener viva la memoria de Violet, dejando que su luz y su alegría alegraran mis días.

"Te amo, Violet, y aunque te hayas ido, siempre serás parte de mí", susurré, sintiendo por primera vez desde su partida un atisbo de paz.

# 11

# ADDISON



Mientras conducía de regreso a casa, la marea de emociones me abrumaba. La confrontación con esa tal Carla había encendido una ira nueva en mí. ¡Dios! Mi cabeza estaba vuelta un ocho. Estaba muy molesta; esa fulana que, aunque no recordaba quién era, ya la odiaba. Mi nuevo yo la odiaba.

Pero también la desolación de Diego había reavivado sentimientos que creía enterrados. El dolor reflejado en sus ojos partió mi corazón enamorado del pasado por él. Sé que está mal, que no debo tener estos sentimientos por él y respetar la memoria de su esposa, pero... ¿qué carajos hago?

En este torbellino emocional, sabía que debía enfrentarme a Jayden, aclarar nuestra situación antes de que se volviera insostenible. Él no se merece estar en un limbo cuando yo no sé ni quién soy, mucho menos lo qué me pasa.

Me sentía tan impotente, tan harta, tan... inútil.

Al llegar a casa, mi novio me estará esperando, anticipo una fea discusión, lo sé porque he recibido un montón de mensajes a lo largo del día y no he respondido ninguno.

Me acerco sigilosamente a él, me mira con una mezcla de ira y disgusto. Trago en seco.

—Addison, tenemos que hablar. —comenzó, su voz reflejando una mezcla de frustración y preocupación. Con cada palabra, me esforcé por transmitir la verdad.

—Jayden, por favor, es mejor que nos sentemos; tenemos que hablar. Es difícil de creer, pero he perdido la memoria reciente. Todo lo que sé es que... –Hacer una pausa antes de admitir que solo recordaba a Emma fue desgarrador. Su reacción inicial fue de incredulidad, pero al ver mi angustia genuina, su actitud cambió.

Bajo la vista hasta mis zapatos, estoy avergonzada y muy nerviosa. Juego con las manos en mi regazo y comienzo a llorar. Jayden inmediatamente se pone a mi altura, me toma las manos y me mira con esos ojos tan dulces. En ese momento sé que no puedo continuar.

*¿Dios, por qué simplemente no puedo amarlo a él?*

—Estoy aquí para ti, Addie—dijo finalmente, ofreciendo su apoyo incondicional. En ese momento, comprendí la profundidad de su bondad y me di cuenta de la complejidad de mis propios sentimientos. A pesar de la confusión y el miedo, su abrazo me ofreció un respiro momentáneo de mis tormentas internas.

Mis sollozos se hacen más sonoros y mi novio se sienta a mi lado, me toma en sus brazos y me pone en su regazo, pegándome a su cuerpo y sentí una paz que hace mucho no sentía. Entonces entendí que Jayden era un buen hombre, que por algo estaba con él y no podía hacerle daño.

***

*Mientras me columpiaba, perdida en la nostalgia de la brisa jugando con mi cabello, la presencia de Diane a mi lado era tanto un consuelo como una fuente de preocupación. Su sonrisa triste, un eco de la alegría que solíamos compartir, revelaba una profunda tristeza que no había notado antes.*

*—Diane, Di, Diiii— le grito esta vez, ella me mira saliendo de su trance y me da una sonrisa triste.*

*—Perdón, ¿qué me decías?*

*Niego y dejo de columpiarme; cuando ambas estamos al mismo nivel me giro en mi asiento y pregunto.*

*— ¿Qué te pasa? Últimamente estás como ida. -Ella da un suspiro y traga pesado, como tratando de calmarse.*
*-Si te cuento un secreto, ¿me lo guardas?*

*—Pero ¿qué pregunta es esa Diane? Sabes que soy tu mejor amiga, ¿no?*

*Ella asiente y yo le tiendo la mano, dándole fuerzas.*

*—Sí, lo sé. —vuelve a suspirar. — Me voy a ir de casa.*

*Me pongo rápido de pie, aterrada por lo que me cuenta. Su confesión de querer dejar su hogar me golpeó con la fuerza de un tsunami. La Diane que conocía estaba llena de planes y sueños compartidos, no de deseos de huida.*

*— ¿Estás hablando en serio? Por favor explícame por qué no entiendo nada. Tú sabes que tenemos planes de irnos a estudiar fuera… ¿Qué pasa cariño?*

*Ella mueve su carita, con sus mejillas rosadas ya porque había comenzado a llorar.*

*—No, no puedo decirte lo que ocurre, simplemente no puedo seguir viviendo en mi casa…*

*—Diane, pero eso no es normal, si no quieres contarme a mí cuéntale a tu hermano. Sabes que Diego siempre te apoyará en todo.*

*—No quiero darle problemas a mi familia, Addi, entiéndeme.*

*Juro que quiero entenderla, pero no sé lo que le pasa, no entiendo por qué esas ganas de huir de su casa, de su vida.*

*—Me estás asustando, Di… ¿no estarás embarazada?*

*Ella abre los ojos como platos y se pone blanca como un papel.*

*—Dios no, eso sería lo peor me podría pasar en esta situación. —Ahora se baja del columpio y me hace bajar a mí también. Me mira con esos ojos cafés igual a los de su madre y me implora:*

*—Addison, necesito que me prometas que no le dirás a nadie lo que te he dicho…*

*—Pero Diane…—replico.*

*— ¡PROMETEMELO!*

*Su petición de silencio, su imploración para que guardara su secreto, me dejó con un peso en el alma. Prometí guardar su confidencia, pero con un corazón pesado, temiendo por lo que no se decía.*
*Diane estaba muy alterada, sus ojos inyectados en sangre y temía por ella, no sé qué es lo tan malo que le ha pasado, pero no le podía negar nada en este momento, así que solemnemente le aseguré.*

*Este recuerdo, tan vívido y doloroso, es ahora un reflejo de mi propio tumulto interno. La fuerza y la vulnerabilidad de Diane me recuerda la importancia de enfrentar nuestros secretos y miedos, no solo por nosotros mismos sino por aquellos que amamos y que, en silencio, luchan con sus propias batallas.*

***

Los rayos del sol me habían despertado hace unos minutos, sin embargo, no he movido ni un músculo. Un brazo que estoy segura de que es de Jayden reposa en mi cintura tranquila, pero me tiene pegado a su cuerpo, por su respiración acompasada sé que todavía duerme.

No tengo idea de cómo llegué a la cama, pero imagino que al quedarme dormida Jay simplemente me cargó y se quedó conmigo. Mi cabeza tiene un problemón más grande que mi pérdida de memoria. Primero está ese sueño tan confuso que ya no sé si son recuerdos o realidad y segundo estaba el hombre que tengo a mi lado y no quiero alejarlo de mí. Entiendo que se siente mal, pero ¿y si recupero mi memoria y entonces descubro que amo a este hombre?

Atrapada entre el deseo de conectarme y la realidad de mi distancia emocional, la mañana se convirtió en un espejo de mi confusión. No quiero seguir acostada y trato, por Dios que lo hago de no despertar a Jayden, pero fue imposible. Inmediatamente traté de quitar su brazo de mi cintura, respiró profundo y me acercó más a él. Abro los ojos al sentir una erección entre mis nalgas, no siento ningún tipo de placer simplemente es algo que no esperaba.

Pega su boca a mi cuello y con voz ronca me dice:

—Buenos días nena.

Mientras lo dice acaricia uno de mis pechos, sé lo que viene y no tengo fuerzas para alejarlo, me

siento culpable por no complacerle ni reaccionar a sus caricias.

—Buenos días…

Sin embargo, me pongo de pie, recojo mi pelo en una cola y me giro. A propósito, solo estoy con una blusa a tiros y en ropa interior, siento una vergüenza enorme que se supone no debo de tener.

Jayden abre los ojos y arruga la frente.

— ¿Estás bien?, vuelve a la cama amor.

—Lo siento, Jayden. No puedo. – le dije con voz temblorosa.

Su presencia me incomoda, ¡lo que no siento cuando estoy con Diego y joder! Es muy estúpido, este chico en la cama es MI novio, pero mi cerebro no lo entiende.

Refugiándome en la ducha, busqué en el agua un escape temporal de mis dilemas. El espejo empañado en el baño reflejaba no solo mi rostro sino también la indecisión que me consumía desde el interior. La decisión de salir, impulsada por la necesidad de respuestas y espacio, marcó el inicio de un día que cambiaría el curso de mi vida.

Salgo envuelta en una toalla y me alegro al ver que Jayden no se encuentra en mi cama. Me meto en unos jeans y un polo cualquiera, peino mi cabello, pero mientras, mi cerebro está a mil por hora pensando qué hacer.

Cuando siento que estoy más o menos presentable bajo a la cocina a comer algo, estoy hambrienta. Jay está aquí preparando desayuno y trato de no rodar los ojos con fastidio, tengo que agradecer que haga esto por mí a pesar de la situación.

El desayuno, cargado de un silencio ensordecedor, fue el preludio de que esto no iba por buen camino. Sé que está molesto y confundido, pero si estuviera en mi cabeza notaría que no es tan terrible como lo que estoy pasando yo.  Jayden se levanta sin decir nada.

Un mensaje llega a mi teléfono, al abrirlo leo detenidamente, los resultados de mis exámenes estaban listos por lo que termino de recoger la cocina y salgo directo al hospital para mi cita.

***

La oficina del Dr. Martínez estaba bañada en una luz suave, brindando un ambiente tranquilo que contrastaba con la tormenta que se generaba dentro de mí. Sentada frente al escritorio del doctor, mis manos se entrelazaban nerviosamente mientras esperaba.

El Dr. Martínez, con una carpeta en mano, se sentó frente a mí y me ofreció una sonrisa tranquilizadora antes de hablar.

— Addison, hemos revisado detenidamente todos los resultados de tus exámenes médicos. —comenzó el doctor, abriendo la carpeta— Y quiero comenzar diciéndote que, físicamente, tu cerebro está en óptimas condiciones. —Asentí, procesando sus palabras, pero sintiéndome aún más confundida.

—Entonces, ¿por qué no puedo recordar? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

— Es lo que nos tiene perplejos, —admitió el Dr. Martínez, cerrando la carpeta y mirándome directamente. — Tu amnesia no parece tener una causa física. A veces, la mente reacciona de maneras que aún no comprendemos completamente, especialmente bajo estrés o trauma.

— ¿Estás sugiriendo que algo... algo que no recuerdo, podría haber desencadenado esto? —inquirí, intentando dar sentido a sus palabras.

— Es una posibilidad, —confirmó el doctor—. La mente humana tiene formas complejas de protegernos, ocultando recuerdos dolorosos o traumáticos. Pero también es resiliente. Con el tiempo y la terapia adecuada, hay una posibilidad real de recuperación.

Tomé una respiración profunda, sintiendo una mezcla de alivio y frustración.

— Entonces, ¿qué sigue? ¿Cómo recupero mi vida?

— Recomendaría comenzar con sesiones regulares de terapia psicológica. Y tal vez, re-exponerte a lugares, personas y objetos de tu pasado pueda actuar como catalizadores para tus recuerdos, —sugirió el Dr. Martínez, mostrando un camino hacia adelante.

— Gracias, doctor, —dije mientras me levantaba de la silla con un nuevo sentido de propósito—. Esperaba respuestas más definitivas hoy, pero entender que hay esperanza... Eso significa mucho.

Mientras salía de la oficina, me sentía determinada. Aunque el camino hacia la recuperación de mi memoria parecía incierto, la claridad sobre mi salud y el apoyo del Dr. Martínez me daban la fortaleza para enfrentar los desafíos que vendrían. Sabía que sería un viaje largo y, posiblemente, difícil, pero estaba lista para comenzar a reconstruir mi vida, un recuerdo a la vez.

Y para poder organizar mi vida, debía poner varias cosas en orden y una de ellas era mi relación con Jayden. Sabía que sería más fácil dejar una carta e irme, pero mi corazón no me permite hacer algo así. A pesar de todo, es mi pareja y no tiene la culpa de que mi cabeza esté en pausa.

Le escribí un mensaje, para que llegara a la casa lo más rápido posible.

***

Me encontraba frente a Jayden, el peso de mi decisión anudado en la garganta. La habitación estaba impregnada de un silencio tenso, un preludio a la tormenta emocional que se avecinaba.

Jayden me miraba con una mezcla de confusión y preocupación, sus ojos buscaban respuestas en los míos, respuestas que temía dar.

—Jayden, —comencé, mi voz apenas un susurro—, necesitamos hablar. —Cada palabra era una lucha, cada pausa cargada de indecisión. Pero sabía que tenía que hacerlo, por ambos.

Él asintió lentamente, preparándose para lo que sabía que venía—. Addison, me tienes asustado. ¿Qué está pasando?

Tomé una profunda respiración, buscando en mi interior la fuerza para continuar.

—Es sobre nosotros, —dije, finalmente enfrentando su mirada—. Sobre lo que siento... o lo que no siento.

Jayden frunció el ceño, su expresión endureciéndose ligeramente. — No entiendo, Addie. ¿Acaso no somos felices juntos?

— Es complicado, Jayden. —Mis ojos se llenaron de lágrimas, la verdad pugnaba por salir—. Desde que perdí mi memoria, he estado tratando de poner las piezas de mi vida juntas, de entender quién soy. Y en ese proceso, me he dado cuenta... —Hice una pausa, el dolor de mis próximas palabras era casi insoportable—. Me he dado cuenta de que mis sentimientos hacia ti... no son los mismos, o al menos no lo recuerdo.

La confusión en su rostro se transformó en dolor. — ¿Estás diciendo que ya no me amas?

— No es que no te quiera, Jayden. Es que no sé si te quiero. No cuando estoy tan perdida, tan... rota por dentro. —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas—. Y no es justo para ti. No es justo que te quedes atrapado en esta incertidumbre conmigo.

Jayden se levantó, acercándose a mí con pasos vacilantes. — Addie, podemos superar esto juntos. No tienes que lidiar con esto sola.

Pero yo retrocedí, sacudiendo la cabeza. —No, Jayden. No puedes salvarme de esto. Y me duele más hacerte daño cada día que pasa. Necesito encontrar quién soy por mi cuenta, sin lastimar a las personas que amo... a ti. Recibí los resultados de mis exámenes y resulta que mi cerebro está en óptimas condiciones, pero desconocen la razón de mi amnesia y de verdad estoy tan, tan cansada…

La tristeza en sus ojos era desgarradora. —Si es lo que necesitas, Addison, no te detendré. Pero siempre estaré aquí para ti, lo sabes, ¿verdad?

Asentí, el corazón hecho trizas. —Lo sé, Jayden, y te lo agradezco. Pero es hora de seguir mi camino sola. Por favor, trata de entenderlo.

Nos abrazamos entonces, un abrazo largo y lleno de un amor que ya no podía ser lo que una vez fue. Al separarnos, supe que era el adiós más difícil de mi vida.

—Cuídate, Jayden.

—Siempre te amaré, Addison, —dijo él, antes de darme un último beso en la frente y salir de la habitación.

Me quedé allí, sola, con el corazón roto pero decidida. Sabía que el camino adelante sería difícil, pero necesario. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía decidida a enfrentar el futuro, sin importar lo incierto que pudiera ser.

***

El sonido de la cremallera resonaba en la habitación mientras mi maleta iba tomando forma, cada prenda cuidadosamente doblada representaba un paso más hacia una decisión que había tomado en soledad. La puerta se abrió suavemente, y sin necesidad de mirar, sabía que era Emma, mi hermana, la única que siempre parecía entender mi silencio tanto como mis palabras.

—Addison, ¿qué estás haciendo? — Su voz estaba teñida de preocupación, pero también de una suave resignación, como si una parte de ella ya conociera la respuesta.

Me giré para enfrentarla, encontrándome con sus ojos llenos de preguntas. -—Emma, —comencé, mi voz vacilante ante la magnitud de lo que estaba a punto de compartir—. He tomado una decisión.

Ella cruzó la habitación en unos pocos pasos, su mirada fija en la maleta abierta sobre la cama. -—¿Una decisión? —repitió, aunque el tono de su voz sugería que ya sabía a dónde llevaba esto.

—Los resultados de los exámenes médicos llegaron, —dije, desviando la mirada hacia la ventana, buscando algo de coraje en el cielo crepuscular—. Mi cerebro... está en perfectas condiciones. No hay explicación médica para mi amnesia. El doctor dice que con terapia podría mejorar, pero mis esperanzas se fueron junto con mi memoria.

Emma se sentó al borde de la cama, asimilando mis palabras. —Entonces, ¿eso significa que...?

Respiré hondo, enfrentando la realidad de mi situación. -—Significa que no hay nada físicamente malo conmigo. Que todo esto, —hice un gesto vago hacia mi cabeza—, es algo que debo resolver por mi cuenta.

—Y por 'esto' te refieres a irte, —dijo Emma, su voz apenas un murmullo.

Asentí, sintiendo un nudo en mi garganta. -—Necesito irme, Emma. Necesito encontrar respuestas por mi cuenta, lejos de todo lo que me recuerda a quien solía ser. Y tal vez... tal vez en el camino, pueda descubrir quién soy realmente.

Emma se levantó y me abrazó, un abrazo que contenía todo el amor y el apoyo del mundo. -—Siempre supe que este día llegaría, —admitió, su voz ahogada por la emoción—. Pero eso no

hace que sea más fácil dejarte ir.

—Lo sé, y lo siento, —murmuré, aferrándome a ella—. Pero siento que esta es la única manera de encontrar la paz. De encontrar mi camino de regreso a mí misma.

Se apartó ligeramente, secándose las lágrimas de los ojos. —Entonces, ¿cuándo te vas?

—Mañana, —respondí, sintiendo cómo la realidad de mi partida se hacía más palpable con cada palabra.

Emma asintió, fuerte en su vulnerabilidad. -—Entonces hagamos de esta noche algo memorable, ¿sí? Una despedida adecuada.

—Me encantaría eso, —dije, una sonrisa triste adornando mis labios.

Mientras Emma salía de la habitación para preparar lo que prometía ser una noche inolvidable, me quedé mirando la maleta medio llena. Este no era solo un viaje para alejarme; era un viaje hacia el autodescubrimiento, impulsado por la esperanza de que, en algún lugar allá afuera, encontraría las piezas faltantes de mí misma.

12

DIEGO



Un año...

Un largo y tortuoso año había transformado mi existencia en una montaña rusa de emociones, cada día una lucha entre el recuerdo y la aceptación. La ausencia de Violet era una sombra persistente, pero con el tiempo, esa sombra empezó a desvanecerse. No en olvido, sino en un recuerdo menos doloroso.

Alejarme de nuestro hogar fue mi salvación; los recuerdos me envolvían de una forma horrible y no estaba bien para mi salud mental. Estuve haciendo terapias unas semanas y me recomendaron que la mejor forma de lidiar con el dolor era alejarme de todo lo que no me diera paz.

En este tiempo no supe más de Addison, a pesar de que intenté contactarla una vez y no obtuve respuestas. Tiempo después, por casualidad, y cuando casi me da un mini infarto al ver a su hermana gemela (dos personas tan parecidas físicamente y tan diferentes en actitud), Emma me informó que Addison se había ido, pero no añadió más información al respecto.

Eso me preocupó un poco, por lo que le dije que cualquier información que obtuviera no dudara en llamarme. Sabía que Addison no lo estaba pasando nada bien con su pérdida de memoria y ella estuvo a mi lado en uno de los momentos más duros que he pasado. Le debía una. Sin embargo, su ausencia y su silencio eran preguntas sin respuestas que yacían en el fondo de mi mochila, pesadas y omnipresentes.

Decidí tomar un año sabático, dejé de dar clases en la universidad y, al no tener nada que hacer con mi tiempo, un día cogí ropa y unas pocas pertenencias y me fui de mochilero a visitar las islas del Caribe. Cada nuevo amanecer en tierras desconocidas era una oportunidad para redescubrir partes de mí casi perdidas.

Y debo admitir que estos días fuera de casa, de la ciudad donde todo me recuerda a mi esposa, me han sentado muy bien a pesar de todo. He ido sanando ese dolor y lo estoy convirtiendo en aceptación, y ya no me duele tanto al pensar en ella, o al menos ya no lloro a mares ni me pongo en posición fetal por horas.
Mi primera parada fue en Antigua y Barbuda, donde las olas no solo me hablaban de libertad, sino también de la constante renovación de la vida. Disfruté de su cultura y de las hermosas playas, del clima cálido. Duré poco tiempo aquí, dirigiéndome después hacia las Bahamas y Barbados.

Un poco cansado de las playas, decidí conocer una cultura diferente, algo con historia, y un amable señor en la pequeña isla me recomendó ir a Cuba, y fue la mejor decisión que hice desde que salí a este viaje sin rumbo ni tiempo. Aquí encontré solaz en su resistencia al tiempo, un eco de mi propia lucha por mantenerme íntegro.

Literalmente fue un viaje en el tiempo. Cuba era impresionante, pero no como las ciudades modernas llenas de lujo. Me sentía como si estuviera en el siglo pasado: autos antiquísimos, locales pescando en el muro de la costa norte de la capital con total normalidad; la música y sus

monumentos son extraordinarios. La batería del celular nunca me había durado tanto; el internet aquí era súper limitado, por lo que lo dejé de lado y me dediqué a disfrutar en mi soledad esta experiencia.

Hice algunos amigos aquí, compartí experiencias y todos fueron muy amables y serviciales. Cada encuentro, cada conversación con los locales o viajeros, me enseñaban algo nuevo sobre la vida, sobre cómo seguir adelante. Recuerdo a un anciano con sus historias de amor perdido y encontrado, me recordó que el corazón tiene la capacidad de sanar, de amar de nuevo.

Con el dolor de mi alma, partí de este pedazo de tierra tan hermoso y mis siguientes destinos fueron Dominica y Granada. En mi ruta estaba ir a Haití, pero los habitantes cubanos me habían informado que ahora mismo no era buen momento de visitarlo dado que la delincuencia y los secuestros estaban a la orden del día. Me asusté, por lo que continué mi viaje hasta República Dominicana, con quien Haití comparte la isla.

Al final, mi viaje no era solo huida, sino una búsqueda: de paz, de entendimiento, de un nuevo comienzo. Y, aunque aún me quedaban preguntas, especialmente sobre Addison, sabía que este viaje era solo el comienzo de mi camino hacia la sanación.

Quería descansar de tantos días caminando, y una vez aterricé en el aeropuerto de Santo Domingo, me senté en una banqueta, saqué mi teléfono y busqué recomendaciones de los mejores lugares para desconectarse de la isla.

Llegar a Samaná fue como abrir una puerta a otro mundo. La calma del eco hotel, con sus cabañas de madera y cañas de palma, y el canto matutino de los pájaros, ofrecía un bálsamo para mi alma cansada. Cada paso por la fina arena de la playa era un recordatorio de que, aunque el viaje de la vida puede estar marcado por la pérdida, también está lleno de bellezas y nuevos comienzos. La amabilidad con la que fui recibido al registrarme, además de la habitación con vistas al mar que me asignaron, reforzó mi decisión de buscar sanación lejos del hogar que una vez compartí con Violet. A pesar del dolor latente, sentía que este lugar me ofrecía la oportunidad de mirar hacia adelante, de aprender a vivir con mi pérdida, transformándola en parte de mi historia, no como un final, sino como un capítulo significativo.

No tuvieron que ayudarme con la maleta, ya que solo llevaba una mochila a cuestas; igualmente, un chico que debía tener unos 20 años me acompañó hasta mi habitación, abrió la puerta y me entregó la llave, deseándome una bonita estancia.

Mi habitación era grande, espaciosa y súper fresca. La cabaña contaba con dos grandes ventanales cubiertos de cortinas blancas que se movían con la brisa tibia, y luego una puerta que daba acceso a la playa. La cama era gigante y me dio tristeza saber que no la compartiría con Violet; esto siempre pasaba cuando llegaba a un lugar nuevo, el recuerdo de mi esposa siempre venía a mi mente.

En mi solitaria caminata matutina por el complejo, el sabor del café local en el restaurante me ancló al momento presente, recordándome que la vida aún tenía sabores por explorar, historias que vivir. Aunque probablemente el recuerdo de Violet nunca me abandonaría, comenzaba a

entender que llevarla en mi corazón no significaba detenerme en el pasado, sino permitirme avanzar, con ella siempre formando parte de mí.

Recomendado por los amables lugareños, alquilé una bicicleta para explorar más de Samaná. La brisa del mar y el sol abrasador, a veces demasiado eran mis compañeros constantes mientras los habitantes me saludaban con sonrisas genuinas. Llegar a la playa llamada El Valle fue como descubrir un oasis; el agua cristalina me llamaba, y no pude resistirme a sumergirme en su tranquilidad. Después, mi curiosidad me llevó a "Casa típica", una invitación de los locales que no esperaba, pero agradecía. La experiencia fue una ventana a la vida del Valle, donde el café y el chocolate no solo eran cultivos, sino también historias vivas de la tierra. Esta conexión con la tierra y su gente me llenó de una calidez que hacía tiempo no sentía.

Exhausto pero satisfecho, mi regreso a la cabaña fue una quietud de bienvenida. La ducha fría refrescó mi cuerpo y mi espíritu al regresar a mi cabaña, y mientras me acostaba desnudo en la cama, reflexioné sobre el día. Aunque el recuerdo de Violet todavía tejía sombras en mi corazón, las experiencias del día me habían ofrecido destellos de luz, enseñándome que, quizás, la sanación viene en formas que nunca esperé.

***

*Suena el timbre, indicándonos que la última hora de clases ha terminado.*

*Me levanto de la butaca, recojo mis libros y salgo al patio. A lo lejos diviso a Addison y a mi hermana, pero luego al acercarme más veo que están en una discusión muy acalorada. Diane está roja y furiosa.*

*—Diane, tienes que abrir los ojos, ese tipo no te conviene. Aléjate de él.*

*Esta vez fue a mi novia a quien escuché hablar a mi hermana.*

*—No te metas en mi vida Addison, no tienes derecho. Cris me ama, me lo ha demostrado.*

*—Ay por favoooor, si te amara no te tratara como lo hace, eso no es amor.*

*— ¿Sabes qué? Puedes irte muy al diablo, desde hoy no quiero que vuelvas a mi casa, ni quiero saber más de ti. Para mí, estás muerta!*

*Lo siguiente que vi fue a Addison en el suelo, mi hermana la había empujado. Corrí a ayudarla y ver si se había hecho daño.*

*— ¿Estás bien? — ella asintió con lágrimas en los ojos. Sus bonitos ojos grises estaban tristes.*

*—Me duele el trasero, pero estoy bien. — Se sacudió el pasto de su falda escolar, la tomé en mis brazos y la abracé.*

*— ¿Que ha pasado amor?, ¿por qué se están peleando?*

*Addison se quedó en silencio por un largo rato y luego de un suspiro contestó.*

*—Tu hermana es una cabezota Di, siento que algo malo le va a pasar, pero no me quiere hacer caso.*

*Esta vez me asuste un poco. Hace días que veía a mi hermana rara, huraña, de mal humor y con unas ojeras enormes. La chica risueña y llena de vida ya no estaba. Pero solo ahora lo notaba.*

*Unos meses más tarde mi hermana había sido hallada sin vida a las orillas de una playa.*

***

Desperté con el corazón acelerado; el sueño había sido tan vívido que por un momento me costó distinguir entre el pasado y el presente. La discusión entre Addison y Diane, tan llena de preocupaciones y sin escuchar, resonaba en mi mente como un eco doloroso de lo que no pude cambiar. Revisé mi reloj de muñeca y apenas eran las 4 de la mañana; el cielo aún estaba estrellado y negro, sin rastro del astro amarillo.

Reflexionando sobre aquellos últimos días de Diane, me di cuenta de lo ciego que había estado, envuelto en mi propia vida, ignorando las señales de que algo andaba mal. El sueño me recordó dolorosamente mi fallo en proteger a quienes amaba.

Mientras la luna me bañaba con su luz plateada, no podía evitar pensar en lo injusto que había sido con Addison. Aquella joven que siempre tuvo espacio en mi corazón, incluso cuando el dolor por Diane y luego por Violet consumía todo.

Ya que no pude volver a conciliar el sueño, me fui a dar un paseo por la playa frente a mi cabaña. La luna me acompañaba con su brillo y hacía que las aguas del mar brillaran como plata líquida. Recosté mi cuerpo en una de las hamacas y dejé que mi cuerpo flotara con la tranquilidad que emanaba el lugar.

Los tímidos rayos del sol me calentaban el rostro y fue entonces cuando me di cuenta de que me había quedado dormido. Levanté mi perezoso cuerpo camino a desayunar, muerto de hambre.

—Hola Julio, buenos días.

—Buenos días, joven, ¿cómo ha sido su estadía?

Julio es uno de los tantos amables trabajadores del lugar, normalmente lo veía en el bar, pero hoy estaba sirviendo en el área de desayuno.

—Este lugar es increíble, estoy muy a gusto aquí.

—Me alegra saberlo, ¿qué le sirvo?

Me quedé mirando el menú y vi el desayuno típico del país, lo que me dio curiosidad.

—¿Qué es el mangú?

Julio sonrió y, como si se llenara de orgullo, me contestó.

—Pues el mangú está compuesto por plátanos verdes hervidos que luego se vuelven un puré con mantequilla. Acompañado de queso blanco frito, salami y huevo frito con cebolla y, si desea mi consejo, puede agregarle aguacate.

—Eso suena delicioso. Quiero un mangú.

Julio anotó en su block mi pedido y luego de darme una sonrisa partió hacia la cocina. Mientras esperaba revisé mi celular, tenía días que no lo miraba siquiera. Llamé a mi madre, la cual estaba muy contenta de que estuviera mejorando y manejando mi depresión.

Mi terapeuta me había recomendado salir de la rutina y estoy haciendo todo al pie de la letra. Revisé mi correo basura y sin querer pulsé una tecla equivocada, que me llevó hasta una carpeta del correo que decía “cosas de guardar”; de verdad que la había olvidado por completo y lo primero que encuentro es un correo de Addison.

No sé por qué mi corazón brinca al momento de leer su nombre. No podía negar que ese día en que me hizo compañía tras la muerte de Violet me hizo muy bien. Lleno de curiosidad, abro el archivo y mis ojos se abren de par en par al ver un montón de fotos nuestras, riéndonos, besándonos, en el cine lleno de palomitas, en la feria local, en un concierto de Linkin Park y otras más… Cada foto era un golpe de nostalgia, recordándome momentos felices que parecían de otra vida. Cada sonrisa, cada abrazo capturado, evocaba en mí una mezcla de alegría y pesar. ¿Cómo había podido olvidar esos momentos de pura felicidad?

*“Hola mi amor,*

*Quiero dejarlo claro desde el primer momento: te sigo queriendo y no voy a dejar de hacerlo. No hay momentos tan malos que nos vayan a derribar. Que nunca se te olvide que podemos con todo.*

*Tenemos que coger fuerzas e ir a por todas. Sabes que cuando nos apoyamos el uno en el otro, no hay vendaval que nos pueda. Cogidos de la mano, somos más firmes que cualquier muro. Por eso, no podemos dejar escapar* esa fortaleza *gracias a la cual vamos a poder salir de esta y de todas las que se nos pongan por delante.*

*En estos momentos complicados, debemos saber perdonar, más que nunca. Sé que ahora mismo estás decepcionado de mí, pero hay cosas que van más allá de mí y no puedo traicionar a mi mejor amiga. La clave para que podamos salir de esta es desarrollar la capacidad para ponernos en la piel del otro. Dejemos a un lado los orgullos sin sentido y preocupémonos de la salud física y mental del otro, de nuestro otro ‘yo’.*

*Aprovechemos estos malos momentos por los que pasamos para salir reforzados. Dentro de un tiempo, podremos echar la vista atrás y nos daremos cuenta de que ahora nos queremos más, pero sobre todo mejor. Debemos ser capaces de extraer todo lo bueno de esta situación, aunque sea poco.*

*Ya sabes lo que dicen: después de una tormenta, siempre llega la calma. Y, te aseguro, que llegará ese día en el que la felicidad vuelva a guiar nuestras vidas.*

*Mantente fuerte, mi amor. Juntos lo vamos a conseguir.*

*Te quiero."*

Las lágrimas brotan inesperadamente, emborronando las palabras cargadas de promesas y esperanzas. Al alzar la mirada, buscando un respiro de la realidad, la veo. Ahí está, su cabello dorado danzando bajo el sol, una risa despreocupada iluminando su rostro. Mi corazón se detiene…

# 13

# ADDISON



—Gracias, Matilda, hasta el lunes.

Con mi tabla de surf en mano, que parece desafiar mi estatura con su longitud, me abro paso hacia mi habitación. Mi saludo va dirigido a cada uno de los empleados con quienes he compartido sonrisas y anécdotas durante el último año y medio, un tiempo que ha convertido este rincón caribeño en mi refugio, mi nuevo hogar donde la idea de partir no encuentra cabida en mi corazón.

Mis ahorros se esfumaron, dejándome en un limbo de incertidumbre. Fue entonces cuando Misha, quien se ha tornado en un pilar de amistad y confianza, sugirió que mis innatas habilidades para el baile podrían ser mi salvación. Me abrió los ojos hacia una oportunidad que jamás habría considerado por mi cuenta: entretener a los huéspedes del hotel con espectáculos nocturnos. La idea fue recibida con entusiasmo por el gerente y floreció en una realidad que ahora me convoca cada anochecer al escenario, junto con otras cuatro compañeras, para sumergirnos en el arte de la danza y la conexión humana.

Tras un refrescante día entre olas, retorno a mi habitación. La urgencia por despojarme del bañador húmedo me lleva directamente al cuarto de baño, donde el vapor de agua caliente ya comienza a llenar el espacio. Frente al espejo, contemplo el reflejo de mi piel, testigo del sol generoso y las jornadas en el mar, que han teñido mi cuerpo de un dorado canela, otorgándome una nueva identidad visual que me enraíza aún más a este lugar.

Envuelta en la calidez de la ducha, permito que el agua lave las últimas huellas de sal y sol de mi piel. Esta noche, sin compromisos pendientes, encuentro refugio en la tranquilidad de mi habitación, con un libro titulado *"Mi Adicción"* en las manos. Me sumerjo en historias ajenas que, por momentos, resuenan con la mía propia. Aunque mi memoria sigue siendo un enigma, he aprendido a convivir con su ausencia, encontrando en la rutina diaria y en los pequeños placeres una forma de reinventarme.

Leer siempre ha sido un escape para mí, intentando comprender otros mundos y perspectivas. Esta historia de una joven llamada Shantal, que ha enfrentado innumerables desafíos, desde escapar de un hogar disfuncional hasta encontrar en el sexo un refugio y un medio de vida, pone en perspectiva mis propios problemas, que en este momento no parecen tan abrumadores. Tengo la fortuna de haber nacido y crecido en el seno de una familia amorosa, lo que me ha ahorrado la necesidad de recurrir a medidas drásticas para sobrevivir.

Y hablando de mi familia, me he comunicado con mi hermana y está feliz por mí, a pesar de que estamos separadas y nunca habíamos pasado tanto tiempo la una sin la otra. La visita de Emma, aunque breve, fue un faro de normalidad en mi odisea personal. Sus palabras y abrazos fueron un recordatorio de que, a pesar de la distancia, los lazos que nos unen permanecen indestructibles.

Pero en las noches, en la soledad que precede al sueño, me enfrento al misterio de Diane y mi pasado. Las páginas de mi diario, cargadas de confusión y temor, son mi único vínculo con la

Addison que fui. Y mientras leo, busco señales, fragmentos de recuerdos que puedan guiarme de vuelta a mí misma, aunque hasta ahora, cada palabra leída solo profundiza el abismo de lo olvidado.

La muerte de Diane a pesar de todo sigue siendo un misterio para mí. He leído párrafos en donde estoy molesta por el actuar de mi amiga, otras me recuerdan triste y asustada, sobre todo en fechas cercanas de su muerte.

Después de leer un capítulo completo de mi novela favorita del momento, voy hasta el closet para buscar mi pijama cuando escucho un golpe seco detrás de mí. Mi bolso, testigo silencioso de mi viaje, se ha caído, al levantarlo a pesar de que entendía que estaba vacío siento un peso. Curiosa me fijo a ver si se ha quedado algo allí, había un pequeño cuaderno que no reconocía, nunca lo había visto pero para los fines de mi cabeza todo era nuevo.

Dejo el bolso en el piso y me voy hasta la cama a revisar lo que hay dentro. Quizás es alguna libreta de notas vieja mía. Con curiosidad, lo abro, descubriendo una letra que no reconozco. Las palabras que empiezan a fluir ante mis ojos son un puente hacia el pasado, una voz ajena que, quizás, pueda finalmente despejar la niebla que envuelve mi memoria.
*“Si tuviese que describir el peor día de alguien, mi reflejo aparecería en cada palabra. Decir que estoy destrozada sería minimizar mi tormento. Existen momentos tan sombríos en la vida que nuestra mente los esconde, hasta que algo los saca de las sombras y nos enfrenta a ellos. Nunca entendí mi comportamiento hacia los hombres, hasta hoy, derramando lágrimas sobre estas líneas en busca de un desahogo, después de que mi novio se marchara furioso por nuestra forzada intimidad.*

*¿Qué falla en mí? ¿Por qué no puedo disfrutar de una relación plena y sana como la de mi hermano y Addison? El mero contacto me repugna, sus besos desatan mi ira... Tal vez hoy haya descubierto la razón: me desprecio a mí misma y desearía poder liberarme de este dolor abrumador. Las imágenes vuelven a mi mente, imposibles de negar.*

*Durante ese acto despiadado, entre lágrimas, supliqué que se detuviera, y entonces comencé a recordar. Me vi de niña, jugando con Addi en el bosque trasero de mi casa, sobre una manta amarilla con rayas blancas. Observé a una de las personas que más quería acercarse. Su sonrisa se transformó en mi peor pesadilla cuando comenzó a acariciar mi pierna de forma indebida, susurrándome que todo estaría bien. Las lágrimas brotaban mientras le pedía que parara, que me dolía, hasta que Addi llegó, horrorizada.*

*Vi cómo me soltaba y corría hacia ella, intentando hacerle lo mismo. Ella luchó, logró morderle y huir hacia la casa. Mi tío, a quien casi consideraba un segundo padre, me había traicionado de la manera más vil posible.*

*Esta revelación me ha partido en dos. Entiendo ahora este abismo que me separa de la felicidad, este rechazo instintivo hacia el afecto. Las palabras se me hacen un nudo en la garganta al intentar narrar el terror que me ha acompañado desde entonces, escondido en las sombras de mi mente.”*

El eco de las últimas palabras del diario de Diane se desvanece a mi alrededor, dejando un silencio que pesa más que el propio aire. Me quedo inmóvil, con el cuaderno aún abierto en mis manos temblorosas. La tinta sobre el papel, testimonio de un horror que mi mente había elegido olvidar, ahora se graba en mi conciencia como una marca indeleble. La revelación actúa como la llave que abre una puerta cerrada hace mucho tiempo, detrás de la cual yacen recuerdos oscuros, esperando ser reconocidos.

El dolor de la traición se siente fresco, como si el tiempo no hubiera pasado. Diane, mi amiga, mi confidente, ahora la mensajera póstuma de una verdad que había enterrado en lo más profundo de mi ser. La habitación se siente más pequeña, como si las paredes se cerraran sobre mí, y el aire, antes refrescante, ahora es denso y difícil de respirar.

Cierro el diario lentamente, como si al hacerlo pudiera contener las emociones que amenazan con desbordarse. Me llevo una mano al corazón, sintiendo cómo late desbocado, eco de la confusión y el miedo que me embargan. Los recuerdos, fragmentados y dolorosos, comienzan a emerger de las sombras, piezas de un rompecabezas que no estoy segura de querer completar.

La imagen del tío de Diane, un monstruo disfrazado de protector me persigue. Las risas y los juegos inocentes transformados en una pesadilla de la cual no había escapatoria. La sensación de su piel contra la mía, una invasión violenta y repugnante, se siente vívida en mi memoria recién despertada. Me abrazo a mí misma, intentando encontrar consuelo en mi propio abrazo, una barrera frágil contra el torrente de emociones que me asalta.

El proceso de recordar es una tortura, cada fragmento de memoria que vuelve es una herida que se abre. Sin embargo, comprendo que enfrentarme a estos recuerdos es el único camino hacia la sanación. La verdad, por más dolorosa que sea, es el primer paso para liberarme de las cadenas del pasado.

Con el diario de Diane como mi guía, me prometo a mí misma enfrentar estos recuerdos, procesar el dolor y buscar justicia, no solo para mí, sino para mi amiga, cuya voz fue silenciada demasiado pronto. Me levanto, una figura temblorosa pero resuelta, sabiendo que el camino por delante estará lleno de obstáculos, pero también de posibilidades de redención y curación.

La lucha por recuperar mi identidad, fragmentada por el trauma y la pérdida, se ha convertido en mi nueva misión. A través de la introspección y el coraje, busco reconstruirme, pieza por pieza, hasta que pueda mirarme al espejo y reconocerme no solo como una superviviente, sino como una guerrera renacida de sus cenizas. La lectura del diario ha sido un despertar, un doloroso recordatorio de lo que fue, pero también una luz guía hacia lo que será.

La noche avanza lenta, cargada de pensamientos y sombras del pasado que se entremezclan con la oscuridad de mi habitación. La tenue luz del reloj marca las 11:21, demasiado tarde para desvelar secretos que podrían turbar el descanso de mi hermana. Opto por posponer la llamada hasta el alba, esperando encontrar en ella un refugio ante la tormenta que se avecina en mi interior.

Con la certeza de que el sueño será un visitante esquivo esta noche, me acomodo nuevamente en la cama, fijando la mirada en el techo, un lienzo blanco para mis pensamientos más turbios. Me pregunto si este episodio de mi vida había quedado sepultado en lo más recóndito de mi memoria, o si, al igual que con el diario de Diane, había sido un recuerdo deliberadamente ignorado hasta ahora.

En algún instante indeterminado de la madrugada, el cansancio vence mis demonios internos, y me sumerjo en un sueño intranquilo. Al despertar, los rayos del sol ya inundan la habitación, anunciando el inicio tardío de un nuevo día. Mis tripas protestan, demandando atención inmediata, lo que me impulsa a salir de la cama y prepararme para enfrentar el día.

Decido dejar fluir mi cabello al viento, adoptando un atuendo fresco y casual, adecuado para el eterno verano caribeño. El camino hacia el desayuno me lleva a cruzarme con Misha, quien trabaja en lugar de Julio esta mañana. Mi saludo es apagado, un reflejo del desasosiego que me acompaña.

— ¿Dormiste demasiado hoy, ¿no? — bromea Misha, intentando inyectar algo de normalidad a la situación.

Niego con la cabeza y tomo asiento, esperando a que Julio aparezca para poder ordenar algo de comer. Misha, conocedor de mis gustos, me sirve un jugo de fresa con limón, una bebida que se ha convertido en mi favorita desde mi llegada a este retiro caribeño.

Intentamos mantener una conversación ligera, evitando tocar temas profundos o dolorosos. A pesar de la confianza que me une a Misha, hay secretos que prefiero guardar solo para mí. Sin embargo, un toque inesperado en mi hombro interrumpe nuestro intercambio trivial. Al voltear, el mundo parece detenerse por un instante.

—Hola Addison.

Diego está aquí, delante de mí, desencadenando un torbellino de emociones con su mera presencia. Su apariencia ha cambiado; está más bronceado y delgado que en mi último recuerdo de él. Su sonrisa, aunque alegre, esconde una sombra de tristeza.

Mis pensamientos compiten por salir a la superficie, pero mi voz se queda atrapada en un simple:
— ¿Qué haces aquí, Diego?

Su explicación sobre la coincidencia de nuestro encuentro apenas logra penetrar la niebla de mi sorpresa. Mientras Julio nos rescata del incómodo silencio, invitándonos a ordenar, aprovecho para invitar a Diego a sentarse y compartir más sobre su vida reciente.

Diego comienza a relatar su viaje de sanación, una odisea que lo llevó a recorrer las islas del Caribe en busca de un respiro para su alma herida. Su historia me envuelve, recordándome la complejidad del proceso de curación, del dolor a la aceptación.

A medida que comparte su experiencia, no puedo evitar sentir una mezcla de admiración y

melancolía. Su valentía al enfrentarse a sus demonios y buscar nuevos horizontes resuena profundamente en mí, ofreciéndome una perspectiva distinta sobre cómo afrontar los propios abismos del alma.

Este reencuentro inesperado no solo reabre capítulos del pasado que creía cerrados, sino que también me invita a reflexionar sobre mi propio viaje de autodescubrimiento. Aunque los caminos que hemos tomado son distintos, ambos buscamos la misma luz al final del túnel, una salida al laberinto de recuerdos y dolor que nos ha confinado.

Mientras Diego y yo compartimos este momento, un puente se tiende entre nuestros mundos, ofreciendo la posibilidad de un nuevo comienzo, o al menos, la esperanza de entender y aceptar el pasado, forjando así nuestro propio camino hacia la redención.

Tras una pausa compartida, retomamos la conversación, interrumpida solo por mi desayuno compuesto de un plato de frutas tropicales.

— ¿Y tú? ¿Ha sido esta isla tu refugio desde que decidiste irte? — inquiere Diego con curiosidad.

Con un asentimiento, me sumerjo en un bocado de piña, saboreando su dulzura. —Sí, lancé un dardo al mapa y el destino me trajo aquí. La isla tiene sus defectos, pero es indudablemente hermosa.

— ¿Y tú memoria? ¿Ha regresado? — Su pregunta, predecible y cargada de interés genuino.

Le confieso sin rodeos: —No, no he recuperado nada. Pero tu aparición... es casi providencial. Anoche pensaba en llamarte o tratar de contactarte, aunque la hora era imprudente.

Diego se remueve, expectante, mientras concluyo mi desayuno.

—Entonces, aquí me tienes. Desembucha. — Su tono, a pesar de la ligereza, esconde una preocupación palpable.

—Sígueme. Es algo que debes ver con tus propios ojos. Aquí, entre el bullicio del desayuno, no es el lugar. — Me levanto, invitándolo a seguirme a un espacio más privado, mi habitación, donde guardo secretos demasiado pesados para llevar sola.

Cruzar el umbral de mi cuarto con Diego a mis espaldas reaviva una sensación olvidada, ese cosquilleo de nerviosismo juvenil al estar cerca de alguien que altera tu pulso.

—Entra, por favor. — Le indico, señalando el interior con un gesto tembloroso. Del cajón de la mesita extraigo el diario que lleva plasmado uno de los peores días de mi vida y el de Diane. - Será mejor que lo leas tú mismo. Este diario... acabó en mis manos de una manera que aún debo explicarte. Lo siento, en verdad, que tengas que enterarte así.

Un silencio cargado de tensión nos envuelve, solo interrumpido por el susurro del viento y el

canto distante de las aves. Diego, con manos temblorosas, acepta el diario, y conforme sus ojos recorren las confesiones de Diane, su rostro refleja una tormenta de angustia y desesperación. Al llegar a un punto crítico, el diario se desliza de sus dedos, y él se cubre el rostro, incapaz de contener el dolor.

—Esto... esto no puede ser real... — murmura entre lágrimas.

Mi corazón se parte al ver su sufrimiento, un eco del mío propio. Me acerco, intentando ofrecer un consuelo físico a su dolor, pero él se retrae, un gesto que hiere, aunque lo entiendo.

—Necesito... necesito aire — balbucea, apartándose.

Intento detenerlo, ofrecer palabras de apoyo, pero la puerta se cierra tras él. En su partida, una reflexión amarga asalta mi mente: ¿y si, de alguna manera, soy parte del tormento que ensombrece nuestras vidas?

Luego de cerrarse la puerta tras Diego, me dejo caer contra ella, sintiendo cómo cada latido de mi corazón resuena en el silencio de la habitación. La brisa que se cuela por la ventana abierta no logra disipar el calor que asciende por mi piel, ni la tormenta que se desata en mi interior. Mis manos tiemblan, aún marcadas por el peso del diario de Diane, ahora en manos de Diego. La imagen de su rostro descompuesto, atravesado por el dolor y la incredulidad, me persigue, clavándose en mi memoria como una promesa de angustia perpetua.

*¿Hice lo correcto?* La pregunta me atormenta, girando en espirales a través de mi mente. La decisión de revelarle la verdad a Diego, de arrastrarlo de nuevo a un pasado que ambos desearíamos olvidar, pesa sobre mí como una losa. Pero el silencio, ese cómplice de la desesperación, ya no era una opción. No cuando las sombras de lo que sucedió amenazan con devorarnos vivos, con mantenernos encadenados a un duelo interminable.

El recuerdo de su rechazo, cuando intenté ofrecerle consuelo, me lacera el alma. *"Necesito aire"*, dijo, y cada palabra resonó en mí como un eco de mi propia necesidad de escapar. Pero no de él, no de Diego, sino de esta realidad que se empeña en demostrarnos cuán frágil es la línea que separa la felicidad del abismo.

Cierro los ojos, intentando contener las lágrimas que pugnan por escapar. El dolor de Diego es también el mío, su lucha una extensión de esta batalla que libramos contra los fantasmas de nuestro pasado. ¿Cómo consolar a quien comparte tú mismo tormento? ¿Cómo ofrecer luz cuando te sientes consumida por la oscuridad?

*"Debe enfrentarse a esto"*, me digo a mí misma, aunque cada fibra de mi ser se rebela contra la idea. Diego merece conocer la verdad, por cruda y devastadora que sea. Solo así podrá, quizás, encontrar un camino hacia la sanación, hacia ese lugar donde el dolor no define nuestra existencia. Y quizás así hacer pagar de una vez por todas al culpable de este trauma.

Mientras el sol continúa su ascenso en el cielo, marcando el inicio de un nuevo día, me doy cuenta de que esta revelación es también un nuevo comienzo para mí. Aceptar la verdad,

enfrentarla, es el primer paso en el largo camino hacia la recuperación. No sé hacia dónde me llevará este sendero, ni si Diego y yo encontraremos alguna vez la paz que anhelamos. Pero en este momento de dolorosa claridad, comprendo que el verdadero coraje reside en la vulnerabilidad, en la capacidad de enfrentar nuestras sombras con la esperanza de, finalmente, liberarnos de ellas.

Respiro hondo, llenando mis pulmones de aire salado, y tomo la decisión de no dejar que este capítulo oscuro defina quién soy. Con Diego o sin él, debo aprender a vivir de nuevo, a encontrar la luz en medio de la oscuridad. Porque después de la tormenta, siempre llega la calma, y estoy decidida a encontrar mi propio cielo despejado, mi propia paz.

***

La noche había caído como un manto sobre el hotel, transformando cada rincón en un escenario de calma aparente. Los aplausos que resonaban tras cada espectáculo, que antes solían inyectarme de energía y gratitud, esta vez se desvanecían en el vacío de mi interior. A pesar de la sonrisa automática que adornaba mi rostro, un torbellino de emociones revolvía mi ser, dejándome con una sensación de desasosiego que me era imposible sacudir.

Tras despedirnos del público, el pequeño vestuario se llenó del habitual bullicio postfunción. Los comentarios y risas de mis compañeros, sin embargo, no lograban perforar la burbuja de pensamientos que me envolvía. "Hicieron un trabajo estupendo", les felicité, aunque mi voz parecía provenir de lejos. En cuanto se dispersaron, me encontré sola, enfrentándome al eco de mis propios suspiros en el cuarto ahora silencioso.

La ausencia de noticias de Diego desde nuestro último encuentro me había dejado en un estado de constante ansiedad. La incertidumbre de no saber cómo se encontraba, o si siquiera deseaba volver a verme, me consumía. Recogiendo mi bolso, decidí que la soledad de mi habitación sería demasiado abrumadora esa noche y tomé la decisión de buscar una distracción en el vestíbulo.

—Hola, Addison. Qué raro verte por aquí.

—Mechu, necesito un favor, urgentísimo. — le dije de manera sincera y ella abrió los ojos acercando su cuerpo a su mesa de trabajo.

—Claro, cuéntame en qué te puedo ayudar.

Mercedes, siempre tan eficiente y amable, accedió a mi inusual petición con una mezcla de sorpresa y complicidad. —Necesito ubicar a Diego Romhany— le expliqué, sintiendo cómo mi voz se cargaba de una urgencia que no podía disimular.

Ella me miró extrañada, miró a varios lados como si estuviera buscando a alguien y me susurró:

—Yo no estoy autorizada a dar información de los huéspedes, pero por ser tú y porque dices ser su amiga lo haré, pero me debes una.

—De acuerdo, pero, por favor.

Agradecida, tomé el papelito que me ofreció con la ubicación de Diego y partí hacia su cabaña con una mezcla de nerviosismo y determinación.

Al no encontrar respuesta a mis llamados, decidí rodear la cabaña hacia la playa, donde la figura solitaria de Diego se recortaba contra el horizonte nocturno. Su postura, encogida y sumida en pensamientos profundos, me golpeó con una oleada de empatía y tristeza. No pude evitar acercarme, impulsada por un instinto más fuerte que la racionalidad.

Me senté junto a él, adoptando su postura introspectiva, y nuestras miradas se encontraron. Los ojos de Diego, normalmente tan vivaces, ahora reflejaban una profundidad de tristeza que me cortaba el aliento. En ese momento, el mundo exterior se desvaneció, dejándonos solos con nuestro dolor compartido y las palabras no dichas.

Este encuentro, cargado de silencios y miradas que hablan más que mil palabras, se convierte en un puente frágil entre dos almas magulladas. La complicidad que surge en ese instante, bajo la luz de las estrellas, es un recordatorio silencioso de que, a pesar de todo, no estamos solos en este viaje turbulento que es la vida.

Observando el mar calmado frente a nosotros, Diego se pierde un momento en sus pensamientos, como si tratara de encontrar las palabras adecuadas en un océano intranquilo de sentimientos. Su silencio habla tanto como sus palabras, puede que más. Cada ola que besa la orilla lleva consigo un pedazo de la angustia que ambos compartimos. Cuando finalmente rompe el silencio, su voz lleva el peso de una tristeza profunda y un conflicto interno que me hace temblar.

—He estado reflexionando todo el día, Addison. La noticia... me ha impactado más de lo que puedo expresar...

Mis disculpas brotan precipitadamente, un torrente de remordimiento y dolor que he estado llevando desde que la tragedia golpeó nuestras vidas. Las lágrimas empiezan a deslizarse por mis mejillas, un reflejo del pantano que siento por dentro. La culpa por no haber actuado, por haberme quedado callada, se entrelaza con la pena por la pérdida de Diane, una herida que no sé si alguna vez sanará completamente.

Diego, con una gentileza que me sorprende dadas las circunstancias, limpia mis lágrimas. Su contacto breve pero lleno de significado. En ese momento, nuestros ojos se encuentran, y es como si pudiéramos ver el alma del otro, desnuda y temblorosa bajo la luz de la luna.

Mi voz se quiebra cuando hablo de hacer justicia, de enfrentar al pasado con la verdad en la mano, aunque sea demasiado tarde. La revelación de que el perpetrador de tanto dolor ya no está entre nosotros me deja sin habla. La oportunidad de buscar justicia para Diane, de alguna manera, se siente aún más lejana ahora, y la impotencia que siento se intensifica.

—Yo... — balbuceo, luchando por encontrar palabras que puedan aliviar el peso de mi conciencia.

Diego continúa, su voz cargada de una sabiduría nacida del dolor y la pérdida. Sus palabras resuenan profundamente, un recordatorio crudo de la fragilidad de la vida y de la injusticia que a menudo se cierne sobre aquellos que menos lo merecen.

Mientras lloro, abrumada por el remordimiento y la tristeza, Diego me asegura que, incluso si hubiera sabido, el pasado no habría cambiado. Su confesión de que él mismo, enfrentado a la verdad en aquel entonces, no habría podido aceptarla, me golpea con fuerza. La complejidad de nuestras emociones y recuerdos entrelazados forma un laberinto del que parece imposible escapar.

Estamos aquí, juntos en la desolación, enfrentando fantasmas del pasado que se niegan a descansar. Pero en esta conexión, en este compartir nuestro dolor más profundo, tal vez encontremos una forma de empezar a sanar. A pesar de todo, Diego está aquí, y eso tiene que significar algo. Quizás, en medio de este caos emocional, podamos encontrar un camino hacia la luz, un camino hacia la redención.

14

DIEGO



Reflexionando sobre las tempestades de mi vida, me encuentro sumido en un estado de introspección que jamás imaginé posible. La revelación sobre mi tío ha destrozado cualquier ilusión de inocencia que aún pudiera albergar sobre el mundo que me rodea. Es un golpe devastador, no solo por el acto en sí, sino por la daga de culpabilidad que ahora llevo clavada en el pecho por no haber visto las señales de auxilio que, sin duda, mi hermana envió.

Reconozco, con una amargura que me corroe el alma, mi propia ceguera. Durante años, creí vivir en un espectro de confianza y bondad inquebrantable, donde los monstruos solo habitaban en las historias diseñadas para asustar a los niños. Pero el monstruo vivía entre nosotros, vestido de familia y sonrisas cordiales, un lobo en piel de oveja que desgarró lo más preciado que teníamos.

La transformación de Diane, de una jovialidad radiante a una sombra de sí misma, me atormenta. Me pregunto, ¿cómo pude ser tan ajeno a su dolor? ¿Cómo pude atribuir su cambio a simples caprichos adolescentes? La culpa por mi negligencia, por mi inacción, es una cadena que arrastro, y debo seguir arrastrando, con pesar.

Addison, en este entramado de dolor y traición, emerge como una figura de lealtad y sacrificio. Pese a ser igualmente víctima, su fidelidad hacia Diane y su valentía al enfrentarse a este tormentoso pasado me obligan a replantearme mis propios juicios. No es justo cargarla con la culpa de decisiones que, en aquel entonces, estaban más allá de su comprensión y control.

Este descubrimiento, esta verdad horrenda, no hace más que profundizar el abismo de vacío que siento. La pérdida de Violet ya había dejado mi mundo en sombras; ahora, la oscuridad parece completa. Me siento desprovisto de cualquier esperanza, navegando sin rumbo en un mar de desesperación.

Decidir retornar a mi país, a enfrentar la realidad de mi existencia, lo que no es más que un intento de hallar algo de paz en medio del caos. Pero sé que el camino hacia la sanación es largo y tortuoso. La necesidad de volver a terapia es evidente; hay demasiado en mi mente que necesita ser desenredado, emociones y recuerdos que necesitan ser confrontados.

Los días posteriores a mi conversación con Addison han sido un refugio en la soledad, un intento fallido de digerir la magnitud de este golpe. La idea de reanudar mi vida, de alguna manera, de retomar mis clases, es un clavo ardiendo al que me aferro, buscando en la rutina un escape de mis propios pensamientos sombríos.

Mientras empaco mis maletas, cada objeto que guardo es un recordatorio de este viaje inesperado, de las lecciones dolorosas y las verdades ineludibles que he tenido que enfrentar. Mi alma, aunque rota, busca en la vulnerabilidad una fortaleza nueva, una razón para seguir adelante, aun cuando el futuro parezca incierto y la carga del pasado, insoportable.

El suave golpeteo en la puerta me saca de mis reflexiones, una interrupción inesperada en una jornada de introspección y despedidas silenciosas. Me levanto y cruzo la habitación hacia la puerta, preguntándome qué inesperada visita podría alterar el curso de mi último día en este

retiro caribeño.

Al abrir, encuentro a Addison, una silueta familiar y reconfortante, cuya presencia evoca tiempos más inocentes. Su equipo de surfear la acompaña, casi como una extensión de su ser aventurero, y sus ojos, esa mezcla de verde y gris, me miran con una curiosidad teñida de nostalgia.

—Buenos días — dice, su voz un eco suave que parece traer consigo la brisa del mar.

—Buenos días, Addie. ¿Todo bien? —, respondo, aunque su presencia aquí ya es una respuesta en sí misma.

Ella se apoya en su tabla, la seriedad de su mirada contrastando con la ligereza de su postura. —Solo quería ver cómo estabas. Pareces un ermitaño últimamente —comenta, su preocupación velada por un intento de ligereza.

Le abro paso para que entre, su curiosidad insaciable llenando el espacio tan pronto como cruza el umbral. —Quiero distraerte un poco. Vamos a la playa — propone, una invitación a dejar atrás, aunque sea por un momento, los pensamientos que me han mantenido prisionero de estas cuatro paredes.

Su propuesta me sorprende, un destello de luz en la monotonía de mis días recientes. Pero la gravedad de mis pensamientos me ancla, resistiéndome a la idea de dejarlos atrás, incluso temporalmente. —Creo que es hora de regresar a casa. Resolver ese enigma del pasado ha cerrado un capítulo de mi vida que ni sabía que estaba abierto —confieso, volviendo a la realidad de mi partida inminente.

Addison asiente, su comprensión un bálsamo para el alma. —Lamento que hayas tenido que descubrirlo de esta manera. Si mi pérdida de memoria ha servido de algo, al menos ha traído algo de claridad a este misterio— reflexiona, y en sus palabras encuentro un eco de mi propio deseo de comprensión y cierre.

En un impulso, me levanto y la envuelvo en un abrazo, un gesto de consuelo y agradecimiento. En ese abrazo, hay un reconocimiento de nuestras batallas compartidas y personales, una aceptación de los errores y los dolores que nos han moldeado. —Violet solía decir que reconocer nuestros errores y enfrentarlos es lo que nos engrandece. No tengo nada que perdonarte, Addie. Y lamento profundamente que hayas tenido que cargar con tanto dolor— murmuro, cada palabra un intento de aliviar las heridas del pasado.

Cuando nos separamos, veo las lágrimas en sus ojos, un reflejo de la emoción que compartimos. —Gracias— susurra, y en ese agradecimiento hay una promesa de nuevos comienzos, a pesar de los finales que enfrentamos. —Entonces, como este es tu último día, permíteme despedirte a la altura de esta isla—, insiste, su entusiasmo un recordatorio de que, a pesar de todo, la vida sigue.

Y en ese momento, decido dejar que la luz de su espíritu guíe este último día en el Caribe, un cierre no solo de un capítulo de mi vida, sino una apertura hacia la posibilidad de sanación y renovación.

***

—¡No me pienso subir allí, ni loco!

—¡No seas aguafiestas Diego, no te va a pasar nada!

Addison me llevó a rastras, literalmente, a la playa. No sé cómo tiene tanta fuerza para venir con su tabla de surf al hombro y llevarme directo a la orilla, donde enterrada en la tierra estaba otra tabla, y uní las piezas de lo que ella estaba tramando.

—¡Me voy a matar!

Ella echa una gran carcajada y niega.

—¿Confías en mí? Ya soy una experta en el área de las olas. No te pasará nada y será una experiencia muy gratificante. Anda, no seas una gallina.

¿Qué más daba? ¿Qué tenía que perder aparte de un hueso o los dientes?

—Ok, ok. Si me llega a pasar algo te hago responsable.

—Trato hecho.

El arte del surfeo, según descubro bajo su tutela, es una danza de equilibrio y concentración. A pesar de las numerosas caídas, hay algo en el esfuerzo y la risa compartida que ilumina la tarde. Addison, en su elemento, es una visión de gracia y destreza, una maestra paciente que celebra cada pequeño avance como una victoria.

No podía negar que era casi una profesional, imagino cuánto le costó obtener toda esta experiencia. Definitivamente no era nada fácil dominar las olas. Con cada caída, en vez de reírse, unas dos veces se puso muy seria y supe que allí había comenzado la clase.

—Vamos, Diego, ¡solo déjate llevar por la ola! —Su voz, llena de aliento y certeza, se convirtió en mi mantra. Cada caída, en lugar de desmotivarme, encendió una chispa de desafío dentro de mí. La observaba, elegante y segura sobre su tabla, deslizándose sobre las olas con una gracia que desafiaba la fuerza del mar, y algo dentro de mí quería alcanzar esa misma armonía.

—No puedo más, Addie, ya basta.

—Ok, paremos aquí.

La sesión, aunque plagada de tropiezos y salpicones de sal, se transformó en una experiencia catártica. Sentados sobre nuestras tablas mientras el sol comenzaba a esconderse, el silencio entre nosotros era cómplice, lleno de entendimiento mutuo y de un respeto renovado. La escena, iluminada por los últimos rayos del sol, pintaba el cielo y el mar con tonos de naranja y rosa,

reflejando la belleza del momento.

Addison, con su espíritu libre y su amor por el mar, había logrado arrancarme de la espiral de recuerdos y lamentos en la que me encontraba. Aunque el pasado aún pesaba, su compañía y este pequeño acto de compartir una tarde sobre las olas me recordaban que la vida continuaba, con nuevas lecciones y momentos de alegría esperando ser descubiertos.

No había cambiado mucho, todavía quedaba algunos de sus rasgos aniñados. Esos que una vez me enamoraron. Sin embargo, se le notaba madura, determinada y fuerte. Quizás todo este tiempo en el que perdimos contacto ella tuvo que lidiar con sus propios problemas y sentimientos.

Su suave voz me saca de mis pensamientos…

— ¿Recuerdas la última vez que nos vimos? — Su pregunta, simple pero cargada de significado, me sacó de mis reflexiones. La verdad es que ese recuerdo, aunque borroso por el tiempo y el dolor, seguía siendo una parte importante de mi historia. Ahora, sentado junto a ella en este atardecer dominicano, no podía evitar preguntarme qué nuevos capítulos nos esperaban a ambos, a medida que las olas seguían rompiendo en la orilla, eternas e invariables.

***

*Ese otoño se tiñó de sombras para nosotros, sombras que se extendían más allá de los días que acortaban y de las hojas que morían. La pérdida de Diane había cavado un abismo en nuestras vidas, uno que parecía insuperable. Mis días se sumieron en un silencio sepulcral, apenas perturbado por los intentos de Addison de romper mi autoimpuesto exilio.*

*—Diego, esto no es sostenible, tienes que reaccionar.*

*—Si prefieres irte, no te detendré. — mi alma estaba rota en dos, en mi cuerpo, la rabia por lo ocurrido no cabía en mí y esos sentimientos me tenían al borde del abismo.*

*Sus ojos, espejos de un dolor compartido, se empañaron con lágrimas que yo no tenía fuerzas para consolar. Mi mundo había encogido hasta caber entre las cuatro paredes de mi cuarto, un refugio sombrío que me aislaba del dolor, pero también del amor y la comprensión.*

*— ¿Cómo puedes decirme eso? He perdido a mi mejor amiga y, al parecer, también estoy perdiendo al hombre que amo. Un especial del dos por uno.*

*Su sarcasmo, aunque velado de dolor, encendió en mí una ira que no sabía que tenía reservada.*

*—No te atrevas a usar la memoria de mi hermana para tus juegos. Si hoy nos encontramos en este abismo de incertidumbre, es en parte por tu silencio.*

*La incredulidad y la negación se pintaron en su rostro, mientras negaba con la cabeza, rechazando mi acusación como si fuera un golpe físico.*

*— ¡Increíble! Si crees que culparme te hará sentir mejor, adelante. Pero es injusto que cargues todo el peso de esta tragedia sobre mis hombros. Diane había estado enviando señales de auxilio desde mucho antes, y cada vez que intenté hablar contigo, lo minimizaste a un simple capricho.*

*Su reproche me dejó sin palabras. ¿Había sido tan ciego? ¿Había ignorado señales evidentes por comodidad o miedo?*

*— ¿Acaso guardas secretos sobre lo que le sucedió a mi hermana? ¿Es esa tu lealtad? —escupí, más en un intento desesperado de herirla que por convicción.*

*—Soy leal a mi amiga, incluso más allá de su muerte. Algo que, al parecer, es un concepto ajeno para algunos aquí.*

*El estruendo de la puerta al cerrarse marcó el final de nuestra conversación y, quizás, de lo que una vez compartimos. Reflexionando en la soledad de mi cuarto, no pude evitar preguntarme si mis palabras habían sido impulsadas más por el dolor que por la verdad. Addison había sido un faro en mi tormenta personal, y yo, en mi dolor, había optado por apagar esa luz.*

*Los días siguieron su curso, cada uno un eco del anterior, llenos de un silencio que ahora pesaba más que las palabras no dichas. Esperaba, en algún rincón de mi alma, que Addison volviera, que encontráramos el camino de regreso el uno al otro. Pero ella no regresó, y el silencio se convirtió en mi único compañero, un recordatorio constante de lo que había perdido.*

***

—Tuvo que ser muy fuerte para ti lidiar con tu dolor esos días…

—No, lo que te hice no tuvo justificación, quería tirarte toda la culpa de lo que pasó con Diane para no tomar también cartas en el asunto.

—Ojalá pudiera recordar tantas cosas de las que ahora mismo estoy perdida, pero… ya sabes, solo me queda el diario que poco a poco dejé de usar.

—No te preocupes por el pasado, con lo que me has contado este caso está cerrado para mí, no hay nada que pueda hacer para vengar la muerte de mi hermana, ni lo que tuviste que pasar. Creo que el cielo o el karma se cobraron antes que yo y espero que ese… mal nacido esté ardiendo en las llamas del infierno.

En la penumbra del atardecer, con el mar acariciando la orilla y el cielo pintado de matices de despedida, encuentro el valor que me ha faltado durante tanto tiempo. Addison, con su mirada perdida en el horizonte, parece una escultura viviente de paz y melancolía, y yo, a su lado, me siento un intruso en su mundo de reflexión.

—Addison —comienzo, mi voz casi tragada por el murmullo de las olas—, he pasado demasiado

tiempo enredado en mi propio dolor, permitiendo que me ciegue... que me ensordezca a todo lo demás.

Ella gira su cabeza, sus ojos encuentran los míos, y en ellos leo una mezcla de sorpresa y cautela. Me anima a continuar.

—Hay tantas cosas que desearía poder cambiar, palabras que desearía no haber dicho y silencios que desearía haber roto. Pero si hay algo que lamento con cada fibra de mi ser, es el dolor que te causé... el no haberte escuchado cuando más lo necesitabas, cuando Diane más lo necesitaba.

Hago una pausa, buscando las palabras correctas en un mar de remordimientos. —No puedo retroceder el tiempo, no puedo borrar el daño hecho, pero quiero que sepas que lo siento. Lo siento por no haberte apoyado, por haberte herido cuando ya estabas lidiando con tanto. No tienes idea de cuánto desearía poder tomar todo ese dolor y hacerlo mío, solo para darte un poco de paz.

Addison permanece en silencio, escuchando, evaluando cada palabra como si pesara su sinceridad. Y entonces, en un acto que habla más fuerte que cualquier disculpa, me acerco, reduciendo el espacio que nos separa, ofreciéndole no solo palabras, sino mi presencia, mi arrepentimiento hecho carne.

—No espero que me perdones, no ahora, quizás ni nunca. Pero necesitabas saberlo, necesitaba que supieras que reconozco mis errores y que me duele haberte causado más dolor.

El sol se ha hundido completamente bajo el horizonte, dejándonos en un crepúsculo que parece contener nuestro aliento, nuestra historia. Addison me mira, y en ese momento, veo el reflejo de una posibilidad, la chispa de una comprensión que podría, con el tiempo, transformarse en perdón.

—Gracias, Diego —susurra ella finalmente, y esas palabras, tan simples y cargadas, me llenan de un atisbo de esperanza. No sabemos qué nos deparará el futuro, pero este momento, este acto de vulnerabilidad, podría ser el primer paso hacia la sanación.

Y mientras el cielo oscurece, nos quedamos allí, dos almas heridas buscando redención a orillas del mar, contemplando el vasto y oscuro océano que, de alguna manera, ya no parece tan imponente. Luego de nuestra conversación, el silencio se tiñe de contemplación. —Creo que necesitamos un respiro, ¿nos vamos? —sugiere Addison, su voz resonando con una mezcla de esperanza y resignación. Ella se alza de su asiento improvisado y, con un suspiro que parece liberar el peso de nuestro pasado, inicia el regreso a la orilla.

Al aproximarnos a tierra firme, un paso en falso hace que su equilibrio vacile. Actúo por instinto, envolviéndola en mis brazos para evitar su caída. La proximidad repentina nos envuelve en un halo de intimidad inadvertida, mis manos descansando en la suavidad de su vientre, sintiendo el latir acelerado de su corazón contra el mío.

—¿Estás bien? —pregunto, la voz cargada de una preocupación que va más allá del momento.

Por un instante, me permito perderme en la esencia de vainilla y sal marina que la envuelve, recordatorios de lo que una vez fue y lo que, tal vez, podría ser de nuevo.

Ella se recupera, tomando aire como si emergiera de las profundidades del mar, y se separa suavemente. —Sí, estoy bien, gracias —responde, su voz temblorosa revelando la turbulencia de emociones compartidas.

Retomamos el camino en silencio, ambos perdidos en un mar de recuerdos y posibilidades. —Entonces, ¿sigues decidido a volver? —inquiere, rompiendo la quietud que nos rodea.

Deposito mi tabla junto a la suya, siguiéndola con la mirada. —Sí, es hora de enfrentar mi realidad y seguir adelante. Este año sabático ha sido un viaje revelador en más de un sentido —confieso, las palabras cargadas de un sentimiento de cierre y renovación.

—Comprendo... Bueno, estaré en el salón de eventos esta noche. Sería agradable verte ahí, para darte una despedida digna del Caribe —dice, su tono ligero pero teñido de una melancolía que no logra ocultar.

Ella se aleja sin esperar respuesta, dejándome con la promesa no dicha de un encuentro que podría significar un nuevo comienzo, o el cierre definitivo de un capítulo que ambos habíamos pensado cerrado.

***

Regreso a mi habitación, sumido en reflexiones que giran en torno a la invitación de Addison para esta noche. Mi mente es un torbellino, agitada por la posibilidad de que antiguos sentimientos resurjan. ¿Será la soledad, o acaso los recuerdos de ese amor profundo que una vez nos envolvió? Algo se agita dentro de mí, y estoy seguro de que Addison experimenta una inquietud similar.

A pesar de los cambios evidentes en Addison, su esencia me es familiar, reconocible en gestos y miradas que solo la intimidad compartida desvela.

Opto por una ducha prolongada, esperando que el agua fría aclaré mis pensamientos. Finalizo la compra de mi boleto de regreso, cerrando así un capítulo pendiente, y después de asegurarme de que todo está listo, la indecisión me asalta. ¿Debería sumirme en el sueño, evitando complicaciones con Addison, o permitirme una última noche de despedida?

El impulso me lleva a vestirme con una camisa casual y dirigirme al área de eventos. Me recibe un ambiente vibrante, salpicado de risas y conversaciones. La decoración, una sinfonía de colores tropicales, con frutas y flores exuberantes, captura la esencia del Caribe. Una mesera, luciendo un tocado frutal que añade un toque de festividad, se acerca para tomar mi pedido.

La música suave, el murmullo de las conversaciones y el aroma embriagador de las flores nocturnas crean un escenario casi mágico, un contrapunto perfecto a la tormenta emocional que anidaba en mi interior.

A medida que la noche avanza, me sumerjo en observaciones y reflexiones. La presencia de Addison, aun en su ausencia física, es palpable. Este podría ser, de hecho, nuestro último encuentro en un contexto que ha marcado profundamente nuestras vidas.

*“Ladies and gentlemen, please settle into your seats to enjoy the evening's event.”*

*"Señoras y señores, por favor, tomen asiento y prepárense para disfrutar del espectáculo de esta noche."*

La voz resonó a través de los altavoces, tejiendo un velo de anticipación en el aire mientras las luces del salón empezaban a atenuarse, cediendo el escenario a la magia de la noche caribeña. Un ritmo de algo que los locales llaman merengue, contagioso y vibrante, empezó a fluir desde los altavoces, arrancando el telón para revelar a un grupo de bailarines que tomaban la pista con una energía desbordante.

Sus movimientos eran una danza de colores y pasión, los hombres con pantalones de tonos vibrantes y camisas que ondeaban al ritmo, y las mujeres, radiantes, con faldas cortas y blusas a juego que acentuaban su gracia y belleza.

Y entonces, la vi. Resplandecía bajo las luces, su piel bañada en el dorado del sol caribeño, moviéndose con una soltura que robaba el aliento. Su sonrisa, tan luminosa como siempre, transformaba su rostro en el epítome de la belleza.

Mi corazón no tardó en rendirse al frenesí, recordándome los días de juventud cuando su sola presencia era suficiente para hacerme sentir vivo. No pude contener la sonrisa que se esbozó en mis labios mientras admiraba su arte, su pasión por la danza evidente en cada paso, en cada giro.

Al finalizar su actuación, me levanté, aplaudiendo con fervor, un pequeño tributo a su talento y dedicación. Mientras el público estallaba en aplausos, nuestros ojos se encontraron en un momento suspendido en el tiempo, y supe que aquel reencuentro tenía un significado más profundo que el simple azar.

Luego, tan rápidamente como había aparecido, se desvaneció tras el escenario con sus compañeros, y la perdí de vista. Me quedé ahí, terminando mi bebida, esperando que volviera.

Y así fue. Regresó, extendiéndome una mano en una invitación silenciosa, su mirada cargada de una petición implícita. —Sígueme la corriente… por favor, — susurró con una voz que resonó en lo más profundo de mi ser.

Sin dudarlo, acepté su mano, dispuesto a seguirla a donde me llevara, aunque fuera al mismo infierno, porque en ese momento, nada más importaba que el lazo que se estaba reforjando entre nosotros, un lazo que el tiempo ni la distancia habían logrado desvanecer completamente.

Transitamos por los pasillos en un silencio cargado de expectativa, hasta que nos detuvimos ante una puerta que reconocí: solo una vez antes había cruzado su umbral. Al entrar, el aroma familiar

de la habitación me envolvió, evocando recuerdos de la última vez que estuve aquí, invitado a explorar los recuerdos más íntimos de Diane a través de su diario.

La habitación de Addison, aunque más modesta que la mía, exudaba su esencia. Cada detalle, desde las sábanas de color lavanda hasta los cojines que adornaban el espacio, reflejaba su personalidad única y el cuidado con el que había hecho suyo este lugar.

—Necesito pedirte algo... —Su voz, apenas un susurro, me arrancó de mis pensamientos. Me volví hacia ella, listo para escucharla, capturado por el brillo de sus ojos, un espejo de emociones que no me atrevía a descifrar.

—Por supuesto, lo que necesites.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, sus labios encontraron los míos en un beso profundo, sellando un momento suspendido fuera del tiempo y el espacio, un gesto que hablaba más allá de palabras y promesas.

# 15

# ADDISON



Creo que después de tomar un avión e irme sin rumbo a una isla del caribe, esto es lo más impulsivo que he hecho en mis años como adulto. Pero sabía desde el fondo de mi corazón que no podía resistirme, no podía soportar ni un segundo más sin probar esos labios que una vez que hicieron temblar de lujuria y placer, también de amor, pero en este momento no quería mezclar más sentimientos que me harían sufrir.

Para mi corazón y mi memoria solo existía Diego, nadie más. Lamentablemente mi mente seguía tan cual como ese día que desperté y no sabía ni mi nombre. Creo que simplemente me rendi ante idea de volver a ser la misma de antes y dejarme llevar aun sabiendo las consecuencias.

Solo necesitaba estos minutos, estas horas para estar con él. Sentir sus labios con los míos se sentía como aquel cielo que quería volver a tocar. Veo en sus ojos la perplejidad y el asombro, no obstante, sus manos se enrollaron en mi cintura atrayéndome hacia su cuerpo y se dejó llevar por el beso.

Todo se sentía normal, a rutina, como dos personas que se pertenecen una a la otra por años. Su toque en mi piel me quemaba y sentía que me faltaba el aire. Pero ¿quién necesita aire cuando estas besando con deseo y pasión?

La ropa comenzó a estorbar y fueron cayendo pieza por pieza sobre el piso de madera. Era tal y como lo recordaba, su cuerpo desnudo, maduro por los años que habían pasado se mostraba ante mí, sudoroso por el calor de esta noche de verano. Con una barriguita por la falta de ejercicio, pero aún marcados, una pelusa de pelo en el pecho y su ingle… mejor ni hablar.

Se que mis ojos ahora mismos estaban lujuriosos, pero cómo evitarlo. Me mordí el labio inferior de forma automática, cosa que hizo que una sonrisita picara se mostrara.

—No has cambiado nada chiquilla. —a pesar de que sus ojos mostraban deseo, en su mirada había un dilema entre si continuaba o no. Imagino quizás que pensara si era correcto lo que estábamos a punto de hacer.
Y me volvió a besar con más pasión que antes, pero sus besos eran más acompasados, calmados, como si no quisiera terminarlo nunca, contrario a nuestra juventud que todos nuestros encuentros eran frenéticos. Besa mi cuello con delicadeza, bajando despacio hasta mis pechos, y llenándolos de adoración mientras yo gemía profundo por cada toque. ¡Me estaba volviendo loca!

Mi espalda tocó delicadamente las sábanas mientras su cabeza viajaba a mi entrepierna, y ¡oh, Dios mío! Parecía una adolescente, como una mujer en su primera relación sexual pues fue solo tocarme con su lengua y estallé en un orgasmo descomunal. Mis dedos se quedaron blancos mientras arrugaba la tela entre mis manos y mi pelvis seguía palpitando del placer brindado.

No había que decir nada, ni comentarios fuera de lugar ni conversaciones sin sentido. Se sentía cómodo, se sentía como a hogar, al que siempre debí pertenecer. Subió hasta mi boca y volvimos a besarnos, su lengua tocando la mía con ese dulce sabor a sexo y a piña colada. Nuestras manos no dejaban de acariciar cada centímetro del cuerpo del otro, quería recordar cada toque, ese lunar en su pecho que descansaba cerca de su tetilla, aquella mancha de nacimiento en su nalga

derecha color rosado. Esa cicatriz en su pantorrilla que se hizo muy joven.

En un rápido movimiento me colocó encima de su cuerpo haciendo que mi centro rozara con su miembro que estaba más que listo. No quise demorar más ese momento porqué yo también estaba muy excitada por sentirlo.

Levanto un poco mis caderas acomodándolo en mi entrada y me dejo caer muy lentamente, sintiendo cada centímetro unirse a mi interior. Diego dejó salir un gemido ronco cuando mis caderas comenzaron su ritmo. Mis manos en su pecho para apoyarme mientras lo veía a los ojos, viendo el placer que estaba sintiendo.

No logro discernir si fueron minutos u horas los que transcurrieron en aquel abrazo de intimidad abrumadora, con nuestros cuerpos fusionados en el calor del deseo. Lo único certero es el amanecer infiltrándose por la ventana, sus rayos acariciando mi rostro. A pesar del dolor que impregna cada músculo, una sonrisa se dibuja en mis labios, saboreando la razón de mi felicidad.

Me volteo y contemplo a Diego, sumido en un sueño profundo, boca abajo. Las sábanas púrpuras apenas cubren su figura, una mano reposa bajo la almohada y su rostro irradia una serenidad envidiable. No deseo interrumpir su paz, así que me deslizo silenciosamente hacia el baño.

Frente al espejo, una risa me sorprende al ver mi cabello en desorden total. Empuño el cepillo, decidida a domar los rizos rebeldes, mientras mi reflejo revela mejillas sonrojadas y ojos que destellan felicidad.

Quizás sea cinismo, egoísmo o simplemente realismo, pero en este instante, el remordimiento es un sentimiento ajeno. Si este fuera nuestro último encuentro, lo guardaría en lo más profundo de mi ser eternamente. El vínculo que compartimos trasciende el deseo carnal; es una comunión de almas, donde un simple roce despierta un universo de sensaciones y da sentido a la existencia.

Un sobresalto me recorre cuando sus manos rodean mi cintura inesperadamente. Un beso en mi cuello, y al encontrarse nuestras miradas a través del espejo, un anhelo profundo me invade, deseando despertar así cada mañana. Aunque en lo más recóndito de mi ser, sé que es un sueño efímero.

—¿Qué pasa, por qué estás triste? —inquiere, su voz teñida de preocupación.

Me atrae hacia él, elevando mi rostro hasta encontrarse con el suyo, escudriñándome, como si pudiera descifrar mis pensamientos.

—No es nada, solo que yo… olvídalo. No tiene importancia. —intento sonreír, a pesar de sentir cómo mi corazón se fractura. Especialmente, cuando él simplemente asiente, deposita un beso en mi frente y se retira en busca de su ropa.

—Debo irme, mi vuelo sale en unas horas —dice Diego, mientras se viste. Sus palabras, aunque esperadas, retumban en el silencio de la habitación.

Entiendo. ¿Qué más puedo decir? Conozco el final de nuestra historia, o al menos el que debería ser. Tal vez, debería hacer lo mismo: dejar de huir de mi destino, de esa vida que puse en pausa al otro lado del mar. Tal vez sea hora de enfrentar mis propios errores.

Este tiempo solo ha reafirmado una dolorosa verdad: mi memoria no volverá. He aprendido a vivir en este presente continuo, en este limbo de sensaciones y recuerdos fragmentados.

—¿Me acompañas a la salida? —pregunta y me saca de mis reflexiones.

—Creo que es mejor que no. —Él asiente, con una resignación que me duele.

—Mantengamos el contacto, aunque sea por redes sociales. Si vuelves, podemos tomar un café… —

Es increíble, después de todo lo compartido, cómo puede mantener esa naturalidad, como si las horas entre sábanas no hubieran transformado el aire que respiramos. Pero quizás la confundida sea yo, quien desde el principio estableció las reglas de "una última noche". Nadie entiende a las mujeres, ni siquiera nosotras mismas.

—Que tengas un buen viaje. Y suerte en tu vida —digo, y mi voz suena más fría de lo que pretendía.

Él se aproxima con una sonrisa, deposita un beso ligero en la comisura de mis labios —un adiós que pretende ser un hasta luego— y cruza el umbral de mi cabaña, dejándome con el eco de su presencia y la certeza de que algunas historias, por más hermosas que sean, están destinadas a ser solo recuerdos.

***

La secuencia de días se desvaneció en una bruma de emociones encontradas, cada amanecer traía consigo el eco de decisiones pasadas y el susurro de lo que podría haber sido. Esta mañana, mientras veía mi Instagram una imagen llegó hasta mis ojos, contenía una frase que describía totalmente mi sentir en este momento: *“Después de tomar una gran decisión, alguien me preguntó, ¿Eres feliz? Y yo respondí: Feliz no, en paz si, en la vida aprendí que no siempre seré feliz, ahora estar en paz es mi gran necesidad.”*

Y nada más cerca de la verdad pues, aunque mi deseo era estar al lado de Diego, conocer cómo ha cambiado su personalidad con el tiempo, la idea de volver a estar juntos era algo emocionante. Sin embargo, el saber que asuntos se han aclarado con respeto a la muerte de Addison, y aspectos de mi vida que quizás mi mente había ocultado por mi propio bien me mantienen en paz. Sobre todo, el momento en el que Diego dejó de lado su ego y con total humildad me pidió perdón.

Terminada mi sesión matutina de surf, me entregaba al abrazo reconfortante de la playa. El mar,

con su eterno vaivén, me inspiraba una calma profunda, una serenidad que se tejía en cada fibra de mi ser.

—¡Addie! ¡Aquí estabas! —La voz de Misha rompió mi contemplación. Su energía inagotable me arrastró de vuelta a la realidad, su mano extendida era un puente hacia la cotidianidad.

—¿Sabes que siempre estoy aquí, me necesitas? —pregunto curiosa.

—Julio cumple años y su esposa quiere hacerle una fiesta sorpresa, por lo que te estoy invitando a que nos acompañes. En todo este tiempo aquí no has salido ni un día, ya das vergüenza.

Me sonrojo y suelto una carcajada. Y aunque me avergüence admitirlo es así. Me adentré tanto en querer sanar y recuperar mis recuerdos que solo me enfocaba en leer mi diario y trabajar, hacer surf y descansar.

—Pues estoy libre hoy, me parece una idea genial.

Con lo poco que había traído conmigo desde casa, al fondo de mi clóset se encontraba aquel vestido corto color lila metálico. No sé cómo se me ocurrió meter eso entre mis cosas, pero dada la necesidad me va a sacar de este apuro. Luego de ducharme y arreglarme me enfundo en el dichoso vestido y me queda como si lo compré hace poco. Marca perfectamente mis curvas y me siento diosa, me siento hermosa y sexy al mismo tiempo.

Me peino y maquillo mi rostro, dándome el toque final y me encamino en busca de Misha para así comenzar nuestra noche.

El ambiente en la discoteca local es un remolino de colores y sonidos, una perfecta distracción de mi tumultuosa vida personal. Misha, siempre el alma de la fiesta me arrastra hacia el centro de la pista, donde las luces estroboscópicas parpadean al ritmo de la música caribeña.

—¡Vamos, Addie! ¡Olvida todo y solo baila! —me grita Misha sobre la música, su sonrisa contagiosa y su energía inagotable.

Intento sumergirme en la música, dejar que los ritmos me lleven lejos de mis pensamientos, lejos de Diego. Pero cada vez que cierro los ojos, su imagen se cuela en mi mente, tan vívida como si estuviera aquí conmigo.

La calidez de sus brazos, la mirada intensa de sus ojos cuando se encontraban con los míos, esos momentos de pura conexión que trascendían el tiempo y el espacio. A pesar de mis esfuerzos por disfrutar la noche, no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo él en este mismo instante. ¿Estará pensando en mí? ¿O ya habré sido relegada a un rincón olvidado de su memoria?

—¡Addison! Estás a un millón de kilómetros de aquí, —Misha se inclina, su voz ahora suave y llena de preocupación. —Habla conmigo, ¿qué pasa?

Respiro hondo, mirándolo. La sinceridad y la preocupación en sus ojos son suficientes para

romper las compuertas de mi reserva.

—Es Diego, —confieso, mi voz apenas un susurro entre la cacofonía de la música y las risas a nuestro alrededor. Trato de hacerle un resumen de todo lo que ha acontecido en mi vida, desde mi pérdida de memoria hasta el último día que estuve con Diego. —No puedo sacármelo de la cabeza. Aunque traté de convencerme de que lo nuestro era solo algo de una noche, de que era solo una despedida... me doy cuenta de que mentía, no solo a él, sino a mí misma. Hacer eso fue una locura.

Misha me escucha sin interrumpir, ofreciéndome su incondicional apoyo. —Addie, el amor no es algo que puedas encender y apagar a voluntad. Es normal que te sientas así. Pero recuerda, lo importante es que te mantengas fiel a ti misma y a lo que sientes. No hay respuestas fáciles, pero sea lo que sea que decidas hacer, estoy aquí para ti.

Asentí, agradecida por su amistad y comprensión, lo abrazo, sabiendo que encontraré confort y apoyo. La noche sigue su curso, y aunque los fantasmas de mis pensamientos permanecen,

la compañía de Misha y el intento de perderme en la música me brindan un respiro momentáneo. Tal vez la clave no sea olvidar, sino aprender a vivir con esos recuerdos, darles un lugar en mi vida sin que dicten cada uno de mis pasos.

Mi amigo se aleja para tomar una llamada, al terminar se acerca a mí con gesto muy preocupado.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Tengo que irme, me han llamado del hotel, no te preocupes quédate aquí y disfruta, seguro que es cosa de nada.

—Está bien, pero por favor llámame cualquier cosa.

Él acepta con un gesto y después de un suave apretón en el brazo sale del bullicio de la discoteca. Tratando de disfrutar la noche me acerco al grupo para conversar, entre risas y tragos.

Por ahora, decido permitirme este momento de alegría, bailar con mis amigos y abrazar la incertidumbre del futuro. Porque a veces, la vida es simplemente eso: un baile bajo las luces parpadeantes, donde cada paso es una incógnita y cada canción una posibilidad.

***

El olor a quemado aún flotaba en el aire cuando llegamos al lugar donde una vez se erguía el eco hotel, ahora reducido a cenizas y escombros humeantes. Misha, con el rostro tenso y surcado por el hollín, se acercó a mí, sus ojos reflejaban la misma incredulidad que sentía.

—¿Qué ha pasado aquí, Misha? —pregunto, mi voz apenas un susurro ante la devastación.

Mi amigo sacudió la cabeza, la frustración evidente en su voz.

—Los Hermanos Rodríguez. Han ido demasiado lejos esta vez. Quemaron las tierras... todo el hotel, todo lo que Esteban Luna construyó, todo por una disputa de tierras que ni siquiera es legítima.

Sentía cómo la preocupación comenzaba a arder dentro de mí.

—¿Y Esteban? ¿Está bien? —pregunto, preocupada.

—Está bien, físicamente, —respondió limpiándose el sudor de la frente, —pero está devastado, por supuesto. Todo por lo que ha trabajado... se ha ido en una noche.

—Dios mío, no hay heridos ¿verdad? —estaba aterrada viendo como todo se volvió cenizas en unas pocas horas.

—No, solo pérdidas materiales. Pero esto no se va a quedar así, te lo prometo. Los Rodríguez la van a pagar caro.

El sol salió y todavia el humo seguía flotando en el aire, el olor a mar mezclado con madera quemada y devastación. No me había puesto a pensar hasta este momento que, entre todo este desastre, mi habitación seguramente había sido calcinada también. Fui corriendo hasta detenerme y lo que vi destrozó mi ser.

Caminaba por entre los escombros, cada paso un temblor en el suelo de mi devastación interna. Aquello que una vez fue mi refugio, ahora no era más que un manto de cenizas y desolación. La opresión en mi pecho se intensificaba con cada recuerdo que intentaba rescatar de entre los restos de mi vida anterior.

El crujir de las cenizas bajo mis pies se convertía en un lamento, una despedida silenciosa a los pocos momentos que había atesorado. Intentaba respirar, pero el aire estaba cargado de una pérdida insoportable. Buscaba, desesperada, algún rastro de lo que había sido, el único fragmento de mi pasado reciente que me ayudara a unir los pedazos de mi identidad, desgarrada por la amnesia.

Entre las ruinas, mi diario personal, el santuario donde había consignado cada atisbo de memoria recuperada, cada emoción y descubrimiento sobre mí misma, había sido devorado por las llamas. Esas páginas eran el mapa de mi reconstrucción, la llave para navegar en el océano de mi mente. Ahora, perdido, me sentía más a la deriva que nunca, sin rumbo en la vastedad de mi propia incertidumbre.

Y lo que más dolía, los últimos recuerdos físicos de Diane, mi amiga del alma, también se habían perdido en el incendio. Pequeños tesoros de una amistad que había sido mi faro en la oscuridad, reducidos a nada. Diane, quien había sido mi apoyo incondicional, mi luz en la penumbra. Todo lo que quedaba de ella ahora eran cenizas.

Me derrumbé, las lágrimas corriendo libres, mezclándose con el hollín de mi piel. Un sollozo se

desgarró de mi garganta, un lamento por todo lo perdido, por la cruel ironía de tratar de encontrar mi pasado solo para verlo consumirse ante mis ojos. Aunque estaba siendo egoísta ahora mismo, pues no fui la única que perdió cosas importantes, sé que nadie había perdido algo tan importante como su memoria.

Perder mi diario y los recuerdos de Diane no era solo la desaparición de objetos materiales. Era como si una parte vital de mí misma, de mi historia, hubiera sido extirpada sin piedad, dejándome aún más desorientada, más sola en la inmensidad de este mundo.

En ese momento, entre las sombras de lo que había sido mi vida, comprendí con dolorosa claridad la efímera naturaleza de nuestra existencia y el valor incalculable de cada instante compartido, de cada palabra escrita. A pesar del vacío que las llamas habían dejado, dentro de mí nacía una determinación feroz: reconstruirme a mí misma, paso a paso, recuerdo por recuerdo, incluso si debía hacerlo desde las cenizas.

En medio de esta devastación, me encuentro sola, envuelta en la magnitud de mi pérdida, hasta que Misha aparece. Su presencia es un bálsamo en medio del caos, un faro de esperanza en la oscuridad.

—Addison, — su voz resuena suave, llena de preocupación y empatía, — entiendo que lo que has perdido trasciende lo material. Estoy aquí para ti, para todo lo que necesites.

Levanto mi mirada hacia él, permitiendo que las barreras se desmoronen, revelando el torbellino de tristeza y resignación que llevo dentro.

—Misha, — comienzo, mi voz temblando tan fuertemente como mi corazón, — mis diarios se han perdido en el fuego. Eran la esencia de quién soy... o de quién era. Eran mi única vía para recordar, para intentar comprender mi vida antes de este caos.

Las palabras se me escapan entre sollozos, cada una un reflejo de la profundidad de mi desesperanza.

Él se sienta a mi lado, su presencia un consuelo silente en este mundo de ruinas.

—Lo lamento tanto, Addison. No me puedo imaginar lo importantes que eran esos diarios para ti, cómo cada página era un pedazo de tu alma, tus pensamientos más íntimos, tus recuerdos más queridos.

Asiento, las lágrimas fluyendo sin restricción alguna.

—Eran mi mapa, Misha. Ahora me siento aún más perdida, como si una parte de mí misma hubiera sido consumida por esas llamas.

Con un gesto protector, él me rodea con un brazo, su apoyo un faro de esperanza en la tormenta.

—Aunque los diarios hayan desaparecido, tú sigues aquí, Addison. Eres más fuerte que cualquier

adversidad que puedas enfrentar. Juntos, podemos reconstruir esos recuerdos, paso a paso. No tienes que hacerlo sola.

En ese instante, en la vulnerabilidad de nuestra conexión, Misha no solo me ofrece consuelo, sino también la promesa de la resiliencia, la fuerza para reconstruir y reescribir una historia aún inconclusa. En nuestra mirada compartida, hay una promesa tácita de superar juntos la desolación, de buscar y encontrar luz en medio de las cenizas.

—Vamos, tendremos que amanecer en un hotel y ver qué haremos de aquí en adelante, te acompaño.

Y bajo el abrazo de Misha nos encaminamos al refugio donde pasaríamos la noche después de este desastre.

***

*—¿Recuerdas el día que fuimos a hacérnoslos? —preguntó Diego, su mirada perdida en el intrincado diseño de su muñeca. — Madame Brish apenas pudo contener la risa cuando le explicamos lo que queríamos. Dijo que era el acto más romántico y cursi que había visto en años.*

*Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar. Madame Brish, con su presencia imponente y sus ojos que habían visto más historias de las que el tiempo podía contar, había sido parte fundamental de ese recuerdo. Su estudio de tatuajes, lleno de frascos de tintas de colores y paredes adornadas con diseños de otra época, fue el escenario perfecto para inmortalizar nuestra promesa.*

*—Sí, y también dijo que un amor como el nuestro merecía ser sellado no solo en la piel, sino en el alma, —respondí, acariciando suavemente el tatuaje, sintiendo bajo mis dedos la textura de una llave que parecía abrir más que solo un candado, sino también las puertas de un futuro incierto.*

*Diego tomó mi mano, entrelazando sus dedos con los míos, un gesto que decía más que mil palabras.*

*—Eso es exactamente lo que hemos hecho, Addison. Cada día, cada momento juntos, es como girar esa llave un poco más, descubriendo los secretos más profundos de nuestro ser.*

*La mención de Madame Brish no solo evocaba el recuerdo de aquel día, sino también el reconocimiento de la profundidad de nuestro compromiso. Era más que tinta en la piel; era un testimonio de nuestra historia, un relato de amor, desafíos y superación que continuábamos escribiendo con cada aliento.*

*En ese café, bajo el suave resplandor de la tarde, no solo recordábamos el acto de hacernos los tatuajes, sino también la esencia de lo que representaban. Era un recordatorio permanente de que, sin importar los obstáculos que la vida nos presentara, siempre tendríamos la llave para liberar lo mejor el uno del otro, para desbloquear la fortaleza en nuestra unión.*

*Madame Brish, con su arte, había capturado más que una promesa; había plasmado un pedazo de nuestra alma en aquellos tatuajes, uniendo nuestras vidas de una manera que palabras nunca podrían expresar. Y en ese recuerdo, en ese instante compartido, encontrábamos una vez más la certeza de nuestro amor inquebrantable.*

***

Desperté y fui totalmente consciente de ese sueño, fue como si un mundo se hubiese abierto ante mí, con respuestas a mis tantas preguntas. Pero entre todo, un nombre en específico llamó mi atención y algo dentro mí me dice que esa persona puede ser la clave para descubrir que pasa conmigo.

Mientras toco el tatuaje que llevo en la muñeca, me levanto de la cama de hotel y corro a llamar a Emma. Luego de dos tonos esta responde con voz somnolienta.

—Hola Media, ¿Por qué me llamas tan temprano?

—Emma, regreso pronto, ve por mí al aeropuerto. Hay un misterio que necesita ser investigado.

16

DIEGO



Volver a la rutina, a esa vida que había dejado en pausa, era como navegar en un sueño del que no podía, o quizás no quería, despertar. Las paredes de mi hogar, antes impregnadas del calor de Violet, ahora resonaban con el eco de su ausencia. Y Addison, dejada atrás en República Dominicana, tejía una capa adicional de melancolía en mi corazón, esparciendo sombras a lo largo de mi existencia. Cada rincón de esta casa me susurraba los nombres de las dos mujeres que habían dejado una marca indeleble en mi vida: Violet, mi amada esposa, cuyo adiós había dejado un abismo en mi ser, y Addison, mi primer amor, cuya reaparición había reavivado llamas que creí extinguidas.

Retornar a la universidad, sumergirme en la enseñanza de la ingeniería, era mi intento desesperado por encontrar algo de normalidad. Me refugiaba en el único lugar donde el dolor se diluía entre ecuaciones y tomos de conocimiento.

Un día, tras una clase que me había costado mantener el foco, me hallé absorto frente a la pizarra vacía, mi mente un torbellino de recuerdos y revelaciones. Fue entonces cuando Elena, una colega estimada y decana de ingeniería, hizo acto de presencia, tocando la puerta con delicadeza antes de adentrarse en mi santuario de soledad.

—Diego, ¿puedo interrumpirte un momento? — Su voz llevaba un matiz de preocupación auténtica.

Con un gesto de cabeza, la invité a entrar, agradeciendo internamente la distracción. —Por supuesto, Elena, ¿qué te preocupa?

Tomó asiento frente a mí, sus ojos escudriñando los míos con una mezcla de compasión y determinación. —He notado que has estado... ausente, más de lo habitual, — articuló con cuidado. —Aquí te valoramos mucho. Si hay algo que quieras compartir, o si necesitas apoyo...

Intenté sonreír, aunque sabía que mi gesto apenas disimulaba la tormenta que rugía en mi interior. —Gracias, Elena, pero estoy bien, —Mentí, deseando creer en mis propias palabras.

Sin embargo, era el descubrimiento reciente sobre Diane, mi hermana, lo que me consumía. El abuso perpetrado por nuestro tío, una verdad que había ensombrecido su vida y que, con su muerte, había dejado un vacío de justicia en el mío, me atormentaba. — ¿Cómo pude ser tan ciego? ¿Cómo pude fallarle a Diane de esa manera? —me repetía, sumido en un abismo de culpa y rabia impotente.

Esa noche, en el silencio de mi casa, las paredes parecían encogerse, encerrándome con mis fantasmas. Estaba sumido en estas sombras cuando el sonido de la puerta me sacó de mi ensimismamiento. Fui a ver de quien se trataba.

— ¿Diego? — La voz de Carla, una amiga cercana y también colega, rompió el silencio. — Estaba preocupada por ti. En la facultad mencionaron que parecías distante...-

Su presencia era un faro en la oscuridad, recordándome que, a pesar de todo, no estaba solo en el mundo. Invitándola a sentarse en la sala le conté lo que me pasaba.

—Carla, es... es sobre Diane. He descubierto algo atroz, —comencé, la emoción quebrando mi voz.

—Si te cuento, puede que no lo creas, pero necesito compartirlo... —empecé, anticipando su escepticismo.

Cuando le revelé cómo había encontrado a Addison en el mismo lugar donde me hospedaba, Carla elevó una ceja, su rostro un retrato de incredulidad. Sin embargo, no me interrumpió, permitiéndome narrar los sucesos que habían sacudido mi mundo. Le hablé de la amnesia de Addison, de cómo nuestros caminos se cruzaron de nuevo bajo circunstancias tan improbables, y de su presencia en el hospital el día que Violet falleció.

—Es... es mucho para procesar, Diego. ¿Y Addison recordaba algo de eso? — Carla preguntó, su voz teñida de una preocupación palpable.

—Prácticamente nada. Su memoria es un rompecabezas incompleto. Pero eso no es todo, —continué, sintiendo cómo el peso de mis palabras llenaba la habitación.

Le confesé lo descubierto sobre Diane, cómo una vieja libreta había revelado la verdad oculta del abuso que sufrió a manos de nuestro tío, y cómo Addison, de alguna manera, estaba conectada a ese pasado tormentoso. —Addison estuvo allí, Carla. Y casi sufre lo mismo a manos de él. No puedo... no puedo dejar de pensar en lo que Diane soportó, y cómo estuve tan ciego ante su dolor.

Carla se acercó, su mano encontrando la mía en un gesto de apoyo silencioso. —No estás solo en esto, Diego. Es una carga pesada, pero no tienes que llevarla solo.

A medida que la noche se desvanecía, compartimos más que historias; intercambiamos fuerzas. —Quizás nunca pueda hacer justicia por Diane, —dije, mirando hacia la oscuridad que nos rodeaba, —pero puedo vivir de manera que su recuerdo no sea en vano. Puedo luchar contra el silencio que permite que tales horrores continúen.

Carla asintió, su presencia un recordatorio de que, incluso en los momentos más oscuros, no estaba solo. —Y yo estaré aquí, Diego. Para lo que necesites.

En ese intercambio, encontré algo más que consuelo; encontré la determinación para enfrentar el futuro. Entre el dolor por Diane, el amor perdido por Violet y el reencuentro con Addison, mi vida se había transformado en un intrincado tapiz de dolor y amor, de pérdida y descubrimiento. Cada paso hacia adelante, aunque titubeante, era un acto de desafío contra la oscuridad, una promesa de buscar siempre la luz, por tenue que está fuera.

***

En este tiempo he vuelto a terapia, la necesitaba en mi vida como el aire que respiro. Si la gente supiera los beneficios que deja tratarse el cerebro y el alma, así como cualquier parte del cuerpo, estoy seguro que hubiese más personas felices.

La sala de terapia era un santuario de calma, con sus paredes en tonos suaves y una ventana que dejaba entrar la luz del día, filtrándola hasta convertirla en un abrazo cálido. Me senté frente a la Dra. Serrano, una mujer que había aprendido a leer entre líneas de mis silencios tanto como de mis palabras.

—Diego, —comenzó, su voz era un refugio seguro—, últimamente has estado navegando por aguas turbulentas. Hablemos de ello. ¿Qué ha pasado desde nuestro último encuentro?

Asentí, sintiendo el peso de mis historias como anclas en mi pecho. —Es... complicado. Tres tormentas, cada una arrastrándome en direcciones diferentes. —Tomé una respiración profunda antes de continuar—. Primero, está el duelo por Violet, mi esposa. Su ausencia es un vacío que no logro llenar.

La Dra. Serrano asintió, invitándome a profundizar. —Y en medio de ese duelo, Addison reaparece en tu vida, ¿correcto?

—Sí, Addison... es como un capítulo de mi pasado que nunca cerré. Su regreso ha revivido sentimientos que pensé olvidados, pero también ha traído confusión. No sé cómo encaja en mi vida ahora, o si debería.

—Es natural sentirse desorientado. Las relaciones del pasado, especialmente las inconclusas, pueden complicar el proceso de duelo. Y ¿cuál es la tercera tormenta? —preguntó, suavemente.

—Mi hermana, he descubierto que ha sido víctima de abuso por un familiar muy cercano… y Addison estuvo presente, ella… casi fue víctima también y… —se me fue la voz solo al imaginarme ese escenario. Ahí estaba, el tercer vórtice que me arrastraba hacia abajo.

Ella asiente, en su mirada solo existe compasión por la noticia que acabo de compartir con ella. —Lamento saber esto, Diego, has pasado por muchas cosas en tan poco tiempo.

—Lo de Diane... ha sido un golpe devastador. Descubrir que sufrió tanto y que yo... yo no vi las señales. Me siento culpable, impotente.

—Diane te amaba, Diego. Y es importante recordar que el abuso es una sombra que oculta sus marcas no solo a las víctimas sino también a quienes están alrededor. Tu dolor refleja el amor y la conexión que tenías con ella. La culpa es una reacción común, pero no es una carga que debas llevar solo.

Sus palabras eran un bálsamo, pero también un espejo que reflejaba la complejidad de mis emociones. —He escuchado tanto esa frase en estos días, pero ¿cómo navego por esto, Dra. Serrano? ¿Cómo encuentro paz?

—Reconociendo cada emoción, cada pensamiento como parte de tu proceso de curación. Estás atravesando un período de luto, redescubrimiento y enfrentamiento de verdades dolorosas. Permítete sentir, Diego, y recuerda, no estás solo en esto. La terapia es también un lugar para reconstruirte.

Sus palabras resonaban, ofreciendo un faro de esperanza en la tormenta. Reflexioné sobre su consejo, sobre la importancia de permitirme vivir cada emoción sin juicio. El camino hacia la sanación era intrincado y doloroso, pero era un camino que, con ayuda, estaba dispuesto a recorrer.

—Gracias, Dra. Serrano. Es difícil, pero... pero sé que es necesario enfrentar estas tormentas, no solo por mí, sino por aquellos que amo y que he perdido.

Ella me ofreció una sonrisa comprensiva, —Exactamente, Diego. Y cada paso que das, aunque pequeño, es un paso hacia adelante. —Creo que sería beneficioso para ti incorporar algunas actividades específicas en tu rutina diaria —comenzó con voz suave pero firme—. Te recomendaría empezar con algo de ejercicio suave, como caminatas al aire libre o clases de yoga, para ayudarte a liberar esas endorfinas que tanto necesitamos.

Hizo una pausa, asegurándose de que yo estaba siguiendo la conversación.

—También me gustaría que probaras la meditación o ejercicios de respiración profunda cada mañana. Y ¿qué te parece llevar un diario? Podrías escribir tus pensamientos y sentimientos, lo que podría darte una nueva perspectiva sobre ellos.

Asentí, mi interés despertado por la propuesta.

—Finalmente —concluyó la Doctora—, intentemos establecer algunas metas pequeñas y manejables que puedas alcanzar cada semana. Esto no solo te motivará, sino que también aumentará tu sensación de logro personal. ¿Te parece bien empezar con estas tareas?

Al salir de la sesión, me sentía un poco más ligero, como si hubiera dejado atrás un pedazo de la carga que llevaba. La terapia no ofrecía soluciones mágicas, pero sí ofrecía algo igualmente valioso: comprensión y herramientas para enfrentar mis tormentas internas, permitiéndome encontrar poco a poco mi camino hacia la paz.

Al regresar de la terapia, la llave giró en la cerradura con una familiaridad reconfortante, un presagio de la transformación que estaba por experimentar. Al entrar, la casa ya no se sentía como un laberinto de sombras y ecos dolorosos. Las paredes, antes testigos mudos de mi sufrimiento, parecían ahora abrazarme con la calidez de los recuerdos que albergaban.

Caminé lentamente por el pasillo, permitiéndome absorber la esencia de los momentos compartidos con Violet. Cada rincón, cada mueble, tenía una historia que contar, un fragmento de nuestra vida juntos que, hasta ahora, había temido recordar. Pero hoy, algo había cambiado.

Me detuve frente al marco de la puerta del salón, donde una vez bailamos descalzos, la música

apenas un susurro, mientras la lluvia golpeaba suavemente las ventanas. La risa de Violet resonaba en mi memoria, su sonrisa iluminando la habitación más brillantemente que cualquier rayo de sol. En ese momento, el mundo exterior se desvanecía, dejándonos solos en nuestro pequeño universo de felicidad.

Continué hacia la cocina, donde los aromas del pasado flotaban en el aire. Recordé las mañanas de domingo, con el aroma del café recién hecho y el sonido de las páginas del periódico. Violet, con su delantal puesto, me guiñaba un ojo mientras preparaba el desayuno. Era una danza de gestos cotidianos que, en su simplicidad, construían la esencia de nuestro amor.

Al pasar al jardín, las plantas que Violet tanto cuidaba seguían floreciendo de forma salvaje, por la falta de unas manos que las atendieran. Nos sentábamos allí, mano a mano, compartiendo sueños y risas, dejando que el tiempo se deslizara entre nuestros dedos como granos de arena. Cada flor, cada hoja, era un recordatorio de su presencia eterna en mi vida.

Finalmente, me dirigí a nuestro dormitorio, el santuario de nuestro amor. La cama, ahora meticulosamente hecha, aún guardaba el contorno imaginario de su figura. Cerré los ojos, permitiéndome sentir su abrazo, su calor, como si de alguna manera, a través del velo del tiempo, pudiera volver a tenerla cerca.

Sentado en el borde de la cama, una paz inesperada me envolvió. Los recuerdos de Violet, en lugar de traer dolor, me llenaban de una profunda gratitud por el amor que compartimos. La casa, nuestro hogar, ya no era un recordatorio de mi pérdida, sino un monumento a la vida y el amor que habíamos cultivado juntos.

En la quietud de ese momento, comprendí que el amor verdadero nunca se pierde. Se transforma, se convierte en parte del tejido de nuestra existencia, guiándonos incluso en la ausencia. Con cada paso que daba en esta casa, sentía a Violet a mi lado, no como un fantasma del pasado, sino como una luz que iluminaba mi camino hacia el futuro.

La terapia había abierto una puerta hacia la aceptación y la sanación, permitiéndome ver mi hogar, no como un lugar de tristeza, sino como un espacio lleno de amor y recuerdos preciosos. Cada vez que recordaba de Violet, encontraba no solo añoranza, sino también la fuerza para seguir adelante, llevando nuestro amor en mi corazón como el regalo más precioso.

Las palabras de la Dra. Serrano resonaban en mi mente, invitándome a ver mi entorno con nuevos ojos. Impulsado por esta nueva percepción, decidí enfrentar la tarea que había postergado por tanto tiempo: ordenar las pertenencias personales de Violet. Sabía que no sería fácil, pero era un paso necesario en mi camino hacia la sanación.

Sumergido entre cajas y armarios, cada prenda, cada libro, cada pequeño recuerdo, era un hilo más en el tejido de nuestra vida compartida. Fue entonces cuando encontré, escondido en el fondo de su cajón de bufandas, un paquete cuidadosamente envuelto, con mi nombre escrito en su elegante caligrafía. Mi corazón se detuvo. Era un regalo que Violet había preparado para mí antes de su fallecimiento, uno que nunca había tenido la oportunidad de entregarme.

Con manos temblorosas, deshice el lazo y revelé su contenido: un álbum de fotografías de nuestros momentos juntos, acompañado de una pequeña nota. *"Para mi esposito, para que nunca olvides cuánto te amo. Cada día contigo ha sido el regalo de mi vida. Te amo por siempre, Violet."*

Las lágrimas brotaron sin contención mientras pasaba las páginas del álbum, cada imagen una cápsula del tiempo que capturaba nuestra felicidad. La nota de Violet, sus palabras, eran un bálsamo para mi alma herida, un recordatorio palpable de que, aunque ella se había ido, nuestro amor seguía vivo, trascendiendo la barrera de la muerte.

Violet siempre tuvo un cariño especial por las películas de Disney, pero entre todas, *"Up"* ocupaba un lugar especial en su corazón. Recuerdo cómo sus ojos se iluminaban cada vez que veíamos juntos esa aventura de Carl y Ellie. Ella solía decir que la historia les recordaba a nosotros, cómo soñábamos con envejecer juntos, compartiendo una vida llena de pequeñas aventuras diarias y grandes sueños.

*"Es como nuestra promesa de llegar a viejos juntos, de nunca dejar de soñar y de apoyarnos el uno al otro, pase lo que pase,"* decía con esa sonrisa que tanto amaba. Esa película no era solo entretenimiento para Violet; era un reflejo de su deseo más profundo y sincero de crecer a mi lado, de construir y compartir una vida hasta que solo quedaran recuerdos.

Ahora, al pasar las páginas del álbum de fotografías que ella me dejó, cada sonrisa, cada abrazo capturado, me recordaba ese compromiso mutuo, esa esperanza compartida. La nota que acompañaba el álbum, las palabras *"Para mi esposito, para que nunca olvides cuánto te amo,"* resonaban en mi mente mientras las lágrimas seguían su curso. Era como si, a través de esas memorias y sus palabras, Violet todavía estuviera aquí, sosteniendo mi mano, prometiendo envejecer juntos, aún en su ausencia.

Este descubrimiento no solo me ofreció consuelo, sino que también reforzó la conexión profunda que siempre tendría con Violet. Me recordó que, aunque debía seguir adelante, ella siempre formaría parte de quién soy. En ese momento, comprendí que el amor verdadero no conoce de finales, vive en nosotros, en nuestros recuerdos, en los objetos cotidianos, y sí, incluso en los momentos de profundo dolor.

Con el álbum de fotos en mis manos, sentí una ola de gratitud. Violet, en su infinita sabiduría y amor, me había dado un último regalo: la fuerza para enfrentar el futuro sin ella, sabiendo que su amor me acompañaría en cada paso del camino. Este acto de amor póstumo fue un faro de luz en mi duelo, guiándome hacia un lugar de paz y aceptación.

***

Era un día común en la universidad, uno de esos días en los que las ecuaciones y teoremas llenaban el aire de la sala de ingeniería. Mis estudiantes, siempre ansiosos y a veces confundidos, seguían mis explicaciones con una mezcla de interés y ocasional frustración. Disfrutaba esos momentos, verlos desentrañar los misterios de la ingeniería, cada pequeño "¡Ajá!" un recordatorio de por qué amaba enseñar. Y no voy a negarlo, a veces era divertido jugar con sus

cabezas, como cualquier otro profesor.

Pero también al regresar, me encontré con una sorpresa que no esperaba: Rose, mi persistente alumna, seguía allí. A pesar de los años, su presencia era tan marcada como siempre, y su habilidad en la carrera no había mejorado notablemente. Sin embargo, lo que realmente me tomó por sorpresa fue su reacción al verme de nuevo. A pesar de mis intentos anteriores por mantener una distancia profesional, su coqueteo había escalado, especialmente tras enterarse del fallecimiento de mi esposa. Rose parecía creer que ahora tenía una oportunidad, una idea que me resultaba completamente descabellada.

En una ocasión, tras una clase, se acercó con esa confianza que siempre la caracterizaba, ignorando las señales de mi desinterés.

—Profesor, debe ser difícil estar solo después de... ya sabe, —dijo Rose, intentando sonar compasiva, pero con un brillo calculador en sus ojos.

Intenté mantener la calma y la cortesía. —Aprecio tu preocupación, Rose, pero te aseguro que estoy bien. Creo que deberíamos concentrarnos en tus estudios, especialmente en mejorar tus calificaciones.

Ella carcajeó, como si mi comentario fuera el preludio de un juego que solo ella entendía. —Oh, estoy segura de que hay muchas maneras en las que podría ayudar... fuera de clase, por supuesto.

Ese comentario fue la gota que colmó el vaso. No solo era inapropiado, sino que también cruzaba una línea que no estaba dispuesto a tolerar. Decidí que era momento de tomar cartas en el asunto y dirigirme al decanato.

—Rose, la universidad tiene políticas estrictas sobre la conducta y las interacciones entre estudiantes y profesores. Me veo en la obligación de informar al decanato sobre tus comentarios, que son inapropiados y no contribuyen a un ambiente de respeto mutuo, —le expliqué, con la esperanza de que comprendiera la seriedad de la situación.

Su expresión cambió de confianza a sorpresa, y por un momento, pensé ver un atisbo de comprensión. —No tenía la intención de... Lo siento, profesor Romhany, —balbuceó, claramente desconcertada por la firmeza de mi postura.

Mientras caminaba hacia el decanato, reflexioné sobre la importancia de establecer límites claros y mantener el profesionalismo en todo momento. Era fundamental no solo para mi bienestar, sino también para preservar la integridad del entorno educativo. Este incidente, aunque desagradable, reafirmaba mi compromiso con esos principios, recordándome que a veces, enfrentar directamente una situación es el único camino hacia una resolución.

Durante el receso, salí de la clase buscando un breve respiro en el bullicio académico. Fue entonces cuando los acordes suaves y melódicos de una guitarra capturaron mi atención. El sonido emanaba desde un rincón tranquilo del patio, donde un estudiante solitario dejaba fluir su pasión a través de las cuerdas.

Al acercarme, los recuerdos de los años en que la guitarra y yo éramos inseparables inundaron mi mente. Tiempos más simples, cuando la música era mi refugio, mi alegría.

—¿Te importaría si pruebo? —pregunté al joven guitarrista, mi voz cargada de una nostalgia inesperada.

Él, sorprendido pero complaciente, asintió y me entregó la guitarra con una sonrisa. Mis dedos encontraron su lugar entre las cuerdas como si el tiempo no hubiera pasado. Cada acorde, cada nota, aunque ligeramente doloroso en la punta de los dedos, iba reviviendo partes de mí que pensaba muertas. Cerré los ojos y dejé que la música fluyera, una canción que hablaba de recuerdos, amor y pérdida, una melodía que resonaba con mi alma.

Al terminar, los aplausos de los estudiantes que se habían reunido a mi alrededor me sacaron de mi ensimismamiento. Sus rostros reflejaban sorpresa y admiración, un espejo de cómo me sentía yo en ese momento: redescubierto.

—Muy bueno, profe, —dijo el joven guitarrista, recuperando su instrumento. —Debería tocar más seguido. Yo lo acompañaría con mucho gusto.

Mientras regresaba a clase, su comentario me acompañaba, entrelazándose con los aplausos aún resonando en mis oídos. ¿Por qué había dejado de tocar? La guitarra, una vez una extensión de mí mismo, había sido relegada a un rincón olvidado de mi vida, opacada por la rutina, el dolor, y las responsabilidades.

Ese breve interludio musical había sido como abrir una ventana a un lugar de mi corazón que había permanecido cerrado por demasiado tiempo. La alegría pura de crear música, la conexión profunda que se forma en esos momentos de expresión sincera, me recordaron que hay partes de nosotros que nunca deben ser abandonadas.

Quizás era hora de desempolvar la vieja guitarra que descansaba en mi casa, de darle vida a las canciones que aún yacían en mi interior esperando ser tocadas. La música, comprendí, era una parte esencial de quien soy, un puente hacia los recuerdos felices, hacia las personas que amé y perdí, hacia el hombre que quiero volver a ser.

Ese día en la universidad no solo enseñé ingeniería; aprendí, una vez más, que la vida está llena de acordes esperando ser tocados, y que, tal vez, era momento de empezar a tocar mi propia música de nuevo.

# 17

# ADDISON



El vuelo de regreso a casa había sido un remolino de emociones, cada kilómetro de recorrido a tierra firme era un paso más hacia una nueva realidad que apenas comenzaba a asimilar. Junto a mí, Misha, cuya presencia se había convertido en algo inesperadamente reconfortante, compartía el silencio cómplice de dos almas que, de alguna manera, habían encontrado consuelo la una en la otra en medio del caos.

La decisión de Misha de acompañarme de regreso no fue impulsiva. Tras los eventos en el eco-hotel, ambos buscábamos un nuevo comienzo. Misha, cuya vida había sido un caleidoscopio de experiencias desde que dejó su natal Ucrania, sumida en el conflicto con Rusia, veía en este viaje una oportunidad para reinventarse y sanar. Su viaje a República Dominicana, inicialmente un refugio de las tormentas de su pasado había sido solo el comienzo de su búsqueda por paz y asilo.

La migración no le había sido fácil. Las historias de sus desafíos, las vicisitudes que enfrentó para llegar a un lugar que finalmente le ofreció refugio, eran relatos de resistencia y esperanza. La República Dominicana le había abierto los brazos, pero también había sido el escenario de momentos difíciles que lo impulsaron a considerar nuevos horizontes.

—Quiero explorar más del mundo, Addison, — me confesó Misha una vez, su voz cargada de una mezcla de determinación y anhelo. —Cada lugar, cada experiencia, me enseña algo nuevo sobre mí mismo y sobre la vida. Y después de todo lo que ha pasado, siento que este es el momento para seguir adelante, para crecer.

Su resiliencia y su constante búsqueda de crecimiento eran inspiradoras. A pesar de los obstáculos, Misha se mantenía optimista, siempre mirando hacia el futuro con esperanza. Su decisión de venir conmigo era un paso más en su viaje personal, un testimonio de su inquebrantable espíritu y su deseo de vivir plenamente, sin dejarse definir por las adversidades de su pasado.

Esta nueva etapa, para ambos, no era solo un cambio de escenario. Era una oportunidad para sanar, para construir sobre las ruinas de nuestras experiencias pasadas y mirar hacia el futuro con una nueva perspectiva. Misha, con su historia de lucha y superación, me recordaba la importancia de seguir adelante, de abrazar el cambio y de encontrar la luz incluso en los momentos más oscuros. Juntos, estábamos listos para enfrentar este nuevo capítulo de nuestras vidas, lleno de incertidumbres, pero también de infinitas posibilidades.

Mientras descendíamos para aterrizar, la ansiedad y la expectativa se entrelazaban en mi estómago. Ver a Emma después de todo este tiempo, después de todo lo ocurrido, era el momento que más había anhelado y temido. Misha, percibiendo mi nerviosismo, me ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Todo va a estar bien, Addison, — dijo, tomando mi mano por un instante, —Estoy aquí contigo.

Sus palabras eran un bálsamo, y al descender del avión, me sentí un poco más fuerte gracias a su

apoyo. Emma estaba allí, justo como me la imaginaba, su rostro iluminado al verme, un espejo de mis propias emociones.

— ¡Addison! —exclamó, corriendo hacia mí y envolviéndome en un abrazo que contenía meses de separación. — ¡Cuánto te he extrañado!

—Yo también te he extrañado, Emma, —Logré decir, mi voz ahogada por la emoción.

—Fue entonces cuando su mirada se desvió hacia Misha, y pude ver el destello de sorpresa seguido de un brillo de interés. —Y tú debes ser Misha, —dijo, extendiendo su mano con una sonrisa encantadora. —Addison no mencionó que traería compañía.

Misha le devolvió la sonrisa, su carisma natural brillando a través de su sencillez. —En realidad mi nombre es Isaí Myshchenko, pero puedes decirme Misha también. Es un placer conocerte, Emma. Addison me ha hablado mucho de ti. —

El comentario hizo que Emma arqueara una ceja, evidentemente intrigada. —¿Ah, sí? Espero que solo sean cosas buenas, —bromeó, aunque no pudo disimular una mirada de apreciación hacia Misha.

—Todas buenas cosas, te lo aseguro, —respondió él, con un tono que dejaba entrever un toque de humor.

Lo miro y no evito preguntar: —¿Cómo es que te llamas y por qué me acabo de enterar de esto? —me río, aunque sigo esperando su respuesta. —¿De dónde viene el Misha?

—Pues como te habrás dado cuenta, los dominicanos son especiales poniendo apodos y pues el día que dije mi apellido, al ser impronunciable para ellos, me llamaron Misha. —responde encogiéndose de hombros.

Mientras nos dirigíamos hacia el auto, el ambiente se llenó de una energía ligera y alegre. Emma, siempre curiosa, lanzaba preguntas a Misha sobre cómo nos habíamos conocido, sobre su vida, manteniendo la conversación fluyendo de manera natural.

—Entonces, Misha, ¿qué te trae a nuestro rincón del mundo? —preguntó Emma mientras conducía.

—Fue un poco inesperado, para ser honesto, —comenzó Misha, lanzándome una mirada cómplice. —Pero estoy aquí para apoyar a Addison. Y después de conocerla mejor, me di cuenta de que no había otro lugar en el que preferiría estar en este momento.

Sus palabras calaron hondo, y sentí cómo una calidez desconocida se extendía por mi pecho. Emma me miró a través del espejo retrovisor, una sonrisa sabedora en sus labios. —Parece que has hecho un nuevo y muy interesante amigo, hermanita.

El viaje a casa fue una mezcla de risas, historias compartidas y un sentimiento de camaradería

que, hasta hace poco, me habría parecido imposible. La presencia de Misha no solo había cambiado mi trayectoria, sino que también prometía tejerse en el tejido de mi vida de una manera que aún estaba por descubrir. En ese momento, rodeada de familia y amigos, el futuro parecía un poco menos aterrador y mucho más lleno de opciones.

El trayecto de regreso, después de dejar a Misha en su lugar temporal de estadía, se desarrollaba bajo un manto de silencio contemplativo. La presencia de mi amigo había traído un aire fresco a nuestras vidas, pero ahora, con su ausencia transitoria, los pensamientos y preocupaciones que había mantenido a raya volvían a asaltarme.

Fue Emma quien rompió el silencio, su voz suave pero firme, cargada de una noticia que, intuía, cambiaría el curso de mis próximos días.

—Addison, —comenzó, lanzando breves miradas en mi dirección mientras manejaba, —nuestros padres regresan de España en dos días.

El impacto de sus palabras me golpeó como una ola inesperada. No había visto a mis padres desde hace años, mucho antes de que mi memoria decidiera borrarse y comenzar de nuevo. Un nudo se formó en mi garganta, y el miedo, un viejo conocido, se instaló pesadamente en mi pecho.

—¿En serio? —Mi voz apenas era un susurro, la incertidumbre y el miedo tejiendo una red alrededor de mis palabras. —Ay Emma, no sé si estoy lista para esto.

Emma me dirigió una mirada llena de comprensión y apoyo. —Lo sé, hermana. Esto es mucho para procesar, especialmente ahora, —dijo, su mano encontrando la mía y apretándola con firmeza. —Pero recuerda, yo estaré contigo en cada paso.

—¿Y si no los recuerdo? —La maraña de pensamientos y miedos se agolpaba en mi mente, cada escenario más aterrador que el anterior.

Emma suspiró, aparcando el coche frente a nuestra casa antes de girarse para enfrentarme directamente. —Addison, ellos te aman. Sí, ha pasado mucho tiempo y las cosas han cambiado, pero nada de eso alterará el hecho de que eres su hija. Y sobre la decepción, ¿cómo podrían estar decepcionados de alguien que ha luchado tanto por reconstruir su vida?

Sus palabras eran un bálsamo, pero el miedo no se disipaba tan fácilmente. —Pero he olvidado tanto, Emma. Temo no ser la hija que ellos recuerdan.

—Entonces serás la hija que descubren de nuevo, y eso es igual de valioso. Lo importante es que estaremos juntas en esto. Ellos necesitan saber todo lo que has pasado, lo fuerte que has sido. Y cuando lo hagan, estoy segura de que estarán tan orgullosos de ti como yo lo estoy.

La determinación en su voz era innegable, y poco a poco, la semilla de la esperanza comenzó a germinar en mi interior. Tal vez Emma tenía razón; tal vez este reencuentro era una oportunidad para sanar viejas heridas y reconstruir puentes desgastados por el tiempo y la distancia.

—Gracias, Emma. No sé qué haría sin ti, —dije finalmente, permitiéndome sentir un atisbo de optimismo ante la incertidumbre del futuro.

Juntas, entramos a nuestra casa, el refugio compartido que pronto recibiría a dos piezas fundamentales de nuestro pasado. Con Emma a mi lado, sentía que podía enfrentar lo que viniera, incluso el miedo a lo desconocido. Porque al final del día, no importaba cuánto hubiera olvidado; lo importante era recordar que, en los momentos más difíciles, no estaba sola.

En el refugio de mi habitación, el simple acto de desempacar se transformó en una ceremonia de desentrañamiento emocional, liberando los recuerdos, las revelaciones y los traumas que habían estado latentes en las sombras de mi mente. Emma, sentada al borde de mi cama, proyectaba una presencia calmada, aunque sus ojos delataban una mezcla de curiosidad y preocupación. Se palpaba en el aire la anticipación de las historias que estaban a punto de ser compartidas, historias de mi reciente viaje que habían redefinido mi existencia.

—Media, hay tanto que necesito compartir contigo...—dije, rompiendo el velo de silencio que se había tejido entre nosotras.

Ella se reacomodó, apoyándose contra las almohadas, y me animó con un gesto a que continuara, su mirada fija en mí como si intentara descifrar los misterios antes incluso de que fueran revelados.

—Todo empezó con la llegada inesperada de Diego al eco-hotel, —empecé, la sola mención de su nombre evocando una marea de emociones que luchaba por contener. —Era como si el pasado hubiera cruzado océanos y tiempo para confrontarme.

Mi hermana interrumpió con suavidad, una sombra de sorpresa cruzando su rostro. —¿Diego? ¿Estás hablando de nuestro Diego? ¿El mismo del que tanto me hablaste?

Asentí, extrayendo una prenda de mi maleta sin prestarle verdadera atención. —Exactamente él. Pero lo que realmente sacudió mi mundo no fue solo verlo de nuevo, sino lo que su presencia desató.

Haciendo una pausa, busqué en ella el coraje para revelar los secretos que había desenterrado. —Justo antes de su llegada, encontré un diario, escondido y olvidado. Al principio no lo reconocí, pero lo que descubrí dentro... Emma, aún me cuesta creerlo.

Tomé una profunda respiración, fortaleciéndome ante la incredulidad anticipada en sus ojos.

—Dentro, Diane había vertido su alma, revelando una verdad que la había atormentado en silencio... algo que nunca supimos.

Emma extendió su mano hacia la mía, un gesto de apoyo silencioso. —¿Qué escribió Diane? ¿Qué es lo que te ha dejado tan afectada?

Con voz temblorosa pero firme, confesé, —Diane fue abusada, Emma, por alguien que debería haber sido nuestro protector. Y lo más aterrador es que yo... yo también estuve cerca de sufrir lo mismo. Hay fragmentos de aquel tiempo que recién ahora comienzan a cobrar sentido, oscuros y dolorosos.

El silencio que siguió fue un testigo mudo de la gravedad de mis palabras. Mi gemela, con lágrimas asomándose en sus ojos, pero aún sin derramar, encontró su voz. —Addison, lo lamento más de lo que puedo expresar. Es inimaginable el peso que has estado cargando.

—Yo tampoco lo sabía, hasta que todos estos recuerdos empezaron a volver, impulsados por el diario y la presencia de Diego. Fue... abrumador, para decir lo menos. Pero a la vez, fue un paso necesario para empezar a sanar," admití, sintiéndome vulnerable pero aliviada por compartir mi carga.

—Y hay más, —continué, —Diego lo sabe. Todo esto salió a la luz debido a su aparición y al diario de Diane. Fue abrumador para ambos. Y, por si fuera poco, el incendio en el hotel... perdí casi todo, incluidos los diarios, nuestro único vínculo con la verdad de Diane.

Emma me envolvió en un abrazo, uno lleno de calor y comprensión. —Estamos juntas en esto, siempre lo estaremos. Enfrentaremos este dolor y encontraremos la manera de sanar, te lo prometo.

Este momento de vulnerabilidad compartida no solo marcó el inicio de un difícil camino hacia la sanación; también reafirmó el indestructible lazo que Emma y yo compartíamos. A pesar de la oscuridad revelada, había un hilo de esperanza, tejido por el amor incondicional y el soporte mutuo. Sabía que el camino sería arduo, pero con Emma a mi lado, enfrentar los fantasmas del pasado ya no parecía una batalla imposible. Juntas, empezaríamos a reconstruir, paso a paso, en busca de la luz que sabíamos, estaba al final de este oscuro túnel.

La atmósfera en mi habitación había cambiado drásticamente desde nuestra conversación anterior. Después de compartir los momentos más oscuros y dolorosos de mi viaje, sentí la necesidad de aligerar el ambiente, de compartir algo que, a pesar de todo, me hacía sonreír en los momentos más inesperados.

—Emma, hay algo más... algo un poco menos dramático, pero igual de sorprendente, —dije, una sonrisa juguetona asomándose en mis labios.

Ella me miró, una ceja arqueada en anticipación, su interés claramente picado por el cambio de tono. —¿Más sorpresas? Addison, realmente tu viaje fue para escribir un libro. Vamos, suelta la sopa.

Tomé una almohada, abrazándola contra mi pecho, y me lancé. —Bueno, resulta que Diego y yo... vamos a decir que hemos redefinido 'reconectar' a un nivel completamente nuevo.

La expresión de Emma cambió instantáneamente a una de asombro fingido antes de estallar en una risa contagiosa. —¡No me digas! ¿La señorita “Yo nunca volveré a caer en los brazos de

Diego” ha sucumbido ante sus encantos de nuevo?

—No es exactamente así, además yo no recuerdo haber dicho eso, —me defendí, aunque la risa me ganaba. —Fue algo que... simplemente sucedió. Uno no planea estas cosas, Emma. Mentira fue todo planeado y él me siguió la corriente. Es más, te diré, es como si hubiéramos vuelto a tener dieciocho, pero con mejor... um, técnica.

Emma se cubrió la boca, tratando de contener otra carcajada. —¡Oh, por favor! ¡Detalles, necesito detalles! Aunque espera, ¿mejor técnica? ¡Addison! Eso es información privilegiada. Aunque, ahora que lo mencionas, siempre supe que había algo de “química” entre ustedes dos.

Rodé los ojos, aunque no podía contener mi propia diversión. —Vamos, no es como si fuera el tema del siglo. Pero sí, fue... especial. Y complicado. Y totalmente inesperado. Es decir, ¿quién hubiera pensado?, Apenas y ha perdido a su esposa y todo este tema tan delicado de Diane. Pero en ese momento fue egoísta, lo admito.

—Bueno, yo siempre pensé que había una chispa entre ustedes, me sentí mal cuando su historia terminó, —dijo Emma, adoptando un tono exageradamente serio. —Pero dime, ¿cómo se siente volver a… ya sabes, después de tanto tiempo?

—Eh, como montar en bicicleta. —bromeé, y ambas estallamos en risas.

—Por favor, sólo prométeme que no vas a empezar a escribir poesía de amor cursi o algo por el estilo. Aunque, si decides hacerlo, al menos compártela conmigo primero para poder burlarme adecuadamente, —dijo Emma, guiñándome un ojo.

—Trato hecho, —respondí, sintiéndome increíblemente agradecida por tener a alguien como Emma en mi vida. —Y bueno, fue algo de una noche y luego huyó al otro día de vuelta a su casa así que nada.

Entre risas y bromas, sentí una inmensa oleada de alivio. A pesar de los desafíos y las complejidades de mi relación con Diego, poder compartir este aspecto de mi viaje con Emma, con ligereza y humor, era un recordatorio de que la vida sigue adelante, llena de momentos inesperados y, a veces, de alegres reencuentros.

***

Después de pasar una noche de confesiones, decidimos dormir juntas como los viejos tiempos. Ya que nuestros padres llegaban mañana, decidí llevar a Misha a Disney. Estaba segura de que nunca había ido así que eso seguro que lo hacía muy feliz.

La emoción palpable en sus ojos al entrar al parque era contagiosa, haciendo que tanto Addison como Emma se sumergieran en un estado de alegría y asombro que solo un lugar así podía ofrecer.

—Así que este es el famoso Disney del que tanto he oído hablar? — Misha no podía dejar de

mirar a su alrededor, su voz teñida de asombro infantil. —Es... es increíble.

Me río, encontrando una dulzura inesperada en la sinceridad de Misha. —Espera a que veas el castillo de cerca. Y prepárate para la parada; te dejará sin palabras.

Emma, que había adoptado el rol de guía turística no oficial, les guiñaba el ojo con complicidad. —Y no olvidemos las montañas rusas. Te prometo que la Space Mountain es una experiencia que no querrás perderte, Mish.

A lo largo del día, los tres nos sumergimos en un mundo de atracciones, risas y, por supuesto, algo de coqueteo inocente entre Emma y Misha. Cada vez que Misha se mostraba impresionado por una atracción o un espectáculo, Emma aprovechaba para acercarse sutilmente, compartiendo comentarios y risas que no pasaban desapercibidos para mí.

—¿Notaste cómo Emma y Misha parecen estar en su pequeño mundo? —murmuré a mi amigo mientras hacíamos fila para un paseo. —Creo que alguien está disfrutando su primera visita un poco más de lo esperado.

Misha, con un brillo juguetón en sus ojos, respondió con una sonrisa. —¿Quién podría culparme? Es difícil no estar feliz aquí. Y, bueno, la compañía no hace más que mejorar la experiencia.

Emma, escuchando la última parte de la conversación, se sonrojó ligeramente pero rápidamente se recuperó con una réplica ingeniosa. —Bueno, si vamos a hablar de compañía agradable, debo decir que Disney realmente saca lo mejor de ti, Misha. Aunque, para ser honesta, no esperaba menos.

El día avanzó entre atracciones, espectáculos y momentos compartidos que se grabarían en su memoria para siempre. Misha, maravillado por la magia de Disney, no dejaba de agradecernos por hacer de su primera visita algo tan especial.

Mientras el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos rosados y naranjas, nos encontramos frente al castillo de Cenicienta, un lugar emblemático que parecía encapsular toda la magia y el encanto del parque.

—Este día ha sido... increíble, —dijo Misha, su voz llena de gratitud. —Gracias por hacerme parte de esto. No creo que alguna vez lo olvide.

Emma, con una sonrisa que iluminaba su rostro, apoyó su cabeza en el hombro de Misha por un momento fugaz. —Lo importante es que lo disfrutaste. Y, quién sabe, quizás esto sea solo el comienzo de muchas otras aventuras juntos.

Entre risas, abrazos y promesas de futuras visitas, el día en Disney se convirtió en un recuerdo preciado, un testimonio de la amistad, el coqueteo inocente y, sobre todo, de la alegría compartida que solo lugares como este podían inspirar. Un tesoro digno de guardar, aunque sea en una mente que borra todo en una noche.

***

Después de un día lleno de magia y risas en Disney, Emma y yo encontramos un momento de calma en la terraza de nuestra casa, observando cómo el crepúsculo teñía el cielo de tonos suaves. La frescura de la noche traía consigo una tranquilidad que invitaba a conversaciones más profundas, esas que solo se pueden tener bajo el manto de las estrellas.

Con dos tazas de té humeante entre nosotras, el de Emma con un poco de leche, no pude evitar notar el brillo especial en los ojos de Emma cada vez que mencionaba a Misha. La curiosidad, mezclada con un poco de complicidad de hermana, me llevó a romper el silencio cómodo que nos rodeaba.

—Emma, tengo que preguntarte... ¿Hay algo más entre tú y Misha? No puedo evitar notar cómo se ilumina tu rostro cada vez que hablas de él.

Emma, sorprendida al principio por mi pregunta directa, dejó escapar una risa suave antes de mirarme. Su sonrisa era cálida, reflejando una mezcla de sorpresa y felicidad por la pregunta.

—¿Te refieres a si me gusta Misha? —preguntó, una chispa juguetona en su mirada. —Pero si apenas lo conozco hace un día, ¿qué dices?

—¿Y eso qué? A veces hay cosas que no se pueden ocultar y una de ellas es cuando la llamada del amor llega a ti. No tiene nada de malo.

Ella rueda los ojos. —No vayas a hacerte una novela, Addison, que nos conocemos… —luego de un silencio nada incómodo entre las dos, dice —Supongo que es bastante obvio, ¿no? Sí, hay algo en él... Su gentileza, su fuerza, la manera en que ve el mundo... Me atrae, no puedo negarlo, pero solo eso.

Observé a Emma mientras hablaba, notando la sinceridad y la profundidad de sus sentimientos en sus palabras. Era hermoso verla así, vulnerable y fuerte a la vez, dispuesta a abrir su corazón a la posibilidad de algo nuevo.

—Él no te gusta, ¿verdad?

—Nooo, siempre lo he considerado un amigo, sabes que mis pensamientos van directos a alguien más, lamentablemente…

—Pero quiero que sepas que me alegra escuchar eso, Emma. Misha es increíble, date la oportunidad de conocerlo si quieres, quién sabe lo que pueda pasar…

Emma sonrió, mirando hacia el cielo estrellado, como buscando confirmación en las constelaciones. —Es un poco aterrador, ¿sabes? Empezar a sentir algo por alguien después de tanto tiempo... Pero con Misha, todo parece natural, fácil. Y tener tu apoyo significa el mundo para mí, Addison.

Le tomé la mano, asegurándole que siempre tendría mi apoyo, sin importar qué. —Siempre estaré aquí para ti, Emma. Somos un equipo, ¿recuerdas? Y sea lo que sea que decidas explorar con Misha, estaré animándote desde la banca

La noche avanzó mientras seguíamos conversando sobre sueños, miedos y esperanzas. Fue uno de esos momentos perfectos, otro recuerdo para atesorar. La conversación con Emma no solo reforzó el vínculo inalterable que compartíamos como hermanas, sino que también me recordó la belleza de abrirse al amor y al apoyo incondicional. En esa terraza, bajo el vasto cielo nocturno, nos prometimos estar ahí la una para la otra, sin importar los desafíos o las alegrías que el futuro nos deparará.

En el crepúsculo de nuestra conversación, un recuerdo fugaz atraviesa mi mente, tan claro y súbito como un rayo en una noche despejada. Mi atención se desvía hacia el tatuaje en mi muñeca, esa marca indeleble que compartía con Diego, un símbolo de una conexión profunda que alguna vez juramos ser eterna.

—Emma, ¿recuerdas dónde me hice este tatuaje? —La pregunta flota en el aire, cargada de un significado que aún trato de descifrar.

Ella me observa, un destello de curiosidad en sus ojos, mientras acomoda sus pies bajo ella en la silla y toma un sorbo de su bebida antes de responder. —La verdad, no estoy segura. Recuerdo aquel día en la playa; tú y Diego se fueron juntos y al volver, ahí estaba, ese diseño en tu muñeca. Los tatuajes a juego... era evidente que significaban algo especial entre ustedes.

Asiento, sumergida en mis pensamientos, considerando la importancia de ese gesto compartido. —Es que hace unos días, no sé si fue un recuerdo o un sueño, Diego me mencionaba esta historia. Y un nombre emergió en mi mente como si llevara años oculto, esperando ser recordado... Madame Brish. —La mención de ese nombre parece encerrar un pedazo clave del rompecabezas que es mi memoria.

—Creo que, en esa historia, en ese nombre, puede estar la clave para desbloquear más recuerdos —continuo, una mezcla de esperanza y determinación tejiéndose en mi voz. —Pero hay solo una persona en este mundo que posee esa información... y estoy bastante segura de que sabes a quién me refiero.

Un suspiro escapa de mis labios mientras sacudo la cabeza, contemplando la posibilidad de reabrir canales de comunicación con Diego, solo para toparme con la realidad de nuestra última despedida. —Intentar contactar a Diego sobre esto podría parecerle absurdo. Podría pensar que es solo una excusa, y la verdad, no quiero molestarlo con mis problemas. No después de cómo nos separamos la última vez.

Emma me mira, su expresión suave y comprensiva. —Addison, tal vez sea absurdo, tal vez no. Pero si hay una posibilidad de que esto te ayude a recuperar tus recuerdos, ¿no vale la pena intentarlo? Diego formó parte de tu vida, de tus recuerdos. Y algo me dice que, si le explicas la situación, entenderá.

Su apoyo incondicional y su perspectiva me ofrecen un nuevo ángulo, una luz entre las sombras de la duda. Quizás, en el fondo, lo que necesito es enfrentar el pasado para poder avanzar. — Tienes razón. Quizás lo absurdo sea dejar que el miedo me impida buscar respuestas.

La conversación con Emma no solo reavivó recuerdos y sentimientos que creía enterrados, sino que también me recordó el valor de enfrentar el pasado, por doloroso que sea, para hallar paz en el presente. Con cada palabra de apoyo de mi hermana, me sentía más fortalecida y lista para enfrentar lo que viniera, incluso si eso significaba volver a abrir un capítulo de mi vida que había intentado cerrar.

18

DIEGO



La luz suave del amanecer me acompañaba mientras caminaba por los senderos silenciosos del cementerio, un ramo de flores en mis manos. Cada paso que daba resonaba no solo en el suelo, sino en mi corazón, marcando el ritmo de un dolor y una culpa que había llevado en silencio durante demasiado tiempo. El viento, suave y consolador, parecía llevar consigo palabras de tranquilidad, un susurro de la naturaleza que intentaba aliviar el peso de mi alma.

Al llegar a la tumba de Diane, me detuve, las emociones acumuladas amenazando con desbordarse. —Hermanita, —dije, mi voz temblando bajo el peso de las palabras no dichas. —He venido para decirte lo mucho que lo siento. Siento no haber visto el dolor que estabas sufriendo, siento no haber estado ahí para ti en tus momentos de necesidad.

Coloqué las flores frente a su lápida, cada pétalo representando un susurro de amor y arrepentimiento. —He descubierto la verdad, —continué, las lágrimas brotando sin contención, —y aunque ya no estés aquí para escucharlo, quiero que sepas que llevaré tu historia conmigo. Me comprometo a luchar contra el silencio que envolvió nuestras vidas, para que nadie más tenga que soportar lo que tú soportaste.

En ese instante de vulnerabilidad, me sentí más cerca de Diane que nunca, como si, de alguna manera, pudiera escucharme y ofrecerme el perdón que tanto buscaba.

Con el corazón todavía dolido, pero sintiendo los primeros pasos hacia la sanación, me dirigí al lugar favorito de Diane, un pequeño parque junto al río donde habíamos compartido incontables risas y sueños. El parque, con sus árboles y el suave murmullo del agua, era un recuerdo vivo de tiempos más inocentes, de promesas hechas en la serenidad de su entorno.

***

*El parque junto al río siempre había sido el lugar favorito de Diane, un santuario de paz donde los problemas del mundo parecían desvanecerse al ritmo suave del agua. Recuerdo un día, particularmente claro y fresco, cuando ella me pidió que la acompañara. Aunque Diane intentaba mantenerse alegre, había una sombra en su mirada que, en ese entonces, no supe interpretar.*

*—¿No crees que el río tiene su propia música? —dijo Diane, sentándose en nuestra banca habitual, mirando cómo el agua reflejaba los destellos del sol.*

*—Claro que sí, —respondí, sentándome a su lado. —Es como una melodía que nunca se detiene, ¿verdad? —intenté sonar animado, aunque noté la melancolía en su voz.*

*Diane asintió, perdida en pensamiento. —A veces me pregunto cómo sería sumergirse en esa corriente, dejarse llevar completamente por el agua... ser parte de esa música.*

*Su tono, aunque suave, llevaba un peso que me hizo mirarla con preocupación. —Di, siempre estás aquí para escuchar la música del río. Me preocupa que te sientas... perdida.*

*Ella me regaló una sonrisa triste, sus ojos fijos en el movimiento del agua. —A veces, me siento como si esa corriente me arrastrara, y luchar contra ella es agotador. Pero estando aquí, contigo, es uno de los pocos momentos en los que no me siento ahogada por la corriente.*

*—Siempre estaré aquí para ti, hermanita, para ayudarte a mantener la cabeza fuera del agua, —le aseguré, tomando su mano.*

*Diane se recostó en mi hombro, suspirando. —Lo sé, y te lo agradezco. Es solo que hay cosas, sentimientos, que son difíciles de explicar. Como si llevara una oscuridad dentro de mí que no sé cómo iluminar.*

*—Juntos encontraremos la forma de encender esa luz, Diane. No importa lo que pase, también tienes a Addison a tu lado. —dije, con la firmeza de un hermano que, sin entender completamente la profundidad de su dolor, se comprometía a ser su apoyo incondicional.*

*Aunque en ese momento no comprendía completamente el alcance de sus palabras, ese día en el parque junto al río marcó el comienzo de mi comprensión del dolor oculto que Diane llevaba. Fue un momento de conexión profunda entre nosotros, un recordatorio silencioso del vínculo inquebrantable que compartíamos como hermanos. En ese parque, bajo la sombra de los árboles y al ritmo de la corriente eterna, prometí protegerla y apoyarla, sin saber que el tiempo para hacerlo sería más limitado de lo que jamás imaginé.*

*Sentado en una de las bancas, observé el río fluir, llevándose consigo pedazos de mi dolor y culpa. —Te recordaré por la luz que trajiste a este mundo, no por las sombras que te tocaron vivir, —prometí al viento, esperando que mis palabras encontraran su camino hacia ella, dondequiera que estuviese.*

*Ese día, al enfrentarme a mi pasado y honrar la memoria de Diane, comencé un camino hacia la sanación que sabía sería largo y complicado. Pero también comprendí que los recuerdos que compartimos y el amor que nos unía eran luces que nunca se apagarían, faros en mi viaje hacia el perdón y la paz.*

***

—Hola, Carla, ¿qué me cuentas? —dije al responder el teléfono.

—Joshua y yo vamos con los niños a comer fuera, quisiera que nos acompañaras, ¿puedes? —propuso Carla.

Miré el reloj de mi muñeca, era casi la hora del almuerzo y no tenía clases hasta la noche.

—Sí, claro, mándame la ubicación y llego.

—Perfecto, nos vemos en un rato.

El sol brillaba con fuerza ese mediodía cuando llegué al restaurante. Agradecí la distracción, anhelando algo de normalidad en medio de mi tumultuosa vida. La idea de compartir un momento ameno y sin complicaciones innecesarias era un calmante para mi espíritu agitado.

Nos sentamos en una terraza acogedora, el murmullo de las conversaciones circundantes creaba un telón de fondo vivaz.

—Qué gusto verte después de tanto tiempo, Joshua, gracias por invitarme —le dije con sinceridad al esposo de Carla, luego de darle un abrazo.

—No hay de qué, hermano, siempre es bueno tener a los amigos cerca.

Saludé a los niños, que estaban más grandes desde la última vez que los vi. Nos adentramos en un ambiente muy placentero, lleno de las risas de los niños. Carla me estaba poniendo al día con su vida mientras estuve fuera y de sus nuevos proyectos como familia, interrumpida esporádicamente por la inquietud característica de cualquier niño.

Mientras revisaba el menú, una figura en la mesa contigua captó mi atención. Allí estaba Addison, su presencia inconfundible incluso de perfil. A su lado, un hombre que no reconocí, ambos sumidos en una charla animada.

Sentí cómo mi pecho se tensaba, una emoción desconocida y perturbadora comenzaba a brotar en mi interior: celos. Era una sensación extraña, inesperada, considerando que Addison y yo habíamos tomado caminos separados. Sin embargo, verla allí, compartiendo un momento aparentemente íntimo con otro hombre, encendió en mí un fuego que creía extinguido.

Intenté disimular mi turbación, concentrándome en la conversación en mi propia mesa, pero mis ojos traicionaban mi interés, volviendo una y otra vez hacia Addison y su acompañante. Carla, percibiendo mi distracción, siguió mi mirada.

—¿Conoces a la chica de la mesa de al lado? —preguntó, curiosa.

Solté un suspiro, mi mente enredada en un mar de pensamientos y emociones. —Sí, es Addison —respondí, intentando sonar despreocupado.

—Ahhh, entiendo —dijo Carla, con una sonrisa comprensiva. —Parece estar pasándola bien.

Asentí, forzando una sonrisa. —Sí, parece.

Aunque traté de reenfocarme en el almuerzo y disfrutar del tiempo con Carla, una parte de mí se quedó atrapada en esa otra mesa. La presencia de ese hombre, quien para mí era un completo desconocido, me hacía preguntarme sobre la naturaleza de su relación con Addison. ¿Era solo un amigo o algo más? La incertidumbre me carcomía, y con cada risa compartida que se escapaba de su mesa, los celos se afianzaban un poco más en mi corazón.

Este encuentro inesperado me llevó a reflexionar sobre mis propios sentimientos. A pesar de

todo lo que había sucedido, de todas las razones que teníamos para estar separados, la simple visión de Addison con otro hombre me recordaba que, tal vez, no había cerrado completamente ese capítulo de mi vida. Los celos eran un indicio de algo más profundo, un lazo emocional que aún persistía a pesar de mis esfuerzos por seguir adelante.

El almuerzo concluyó sin incidentes, y aunque nuestras miradas nunca se cruzaron, la imagen de Addison acompañada se quedó grabada en mi memoria, un recordatorio silencioso de los sentimientos no resueltos que aún danzaban en las sombras de mi corazón.

Esa noche, en la soledad de mi estudio, las imágenes del almuerzo se repetían en mi mente como un carrusel que se negaba a detenerse. La visión de Addison, riendo y disfrutando la compañía de otro hombre, me había dejado con una mezcla de emociones que luchaba por comprender. Los celos, esa sensación tan cruda y visceral, me habían tomado por sorpresa, revelando una verdad incómoda: mis sentimientos por Addison no habían desaparecido como creía.

Me recosté en el sofá, permitiendo que los recuerdos fluyeran. La última vez que Addison y yo estuvimos juntos, la intimidad que compartimos había sido un momento de conexión profunda, una pausa en el caos de nuestras vidas. Aquella noche había sido un recordatorio de todo lo que habíamos significado el uno para el otro, una chispa de lo que una vez fue.

Sin embargo, la mañana siguiente, me había ido de manera fría, casi abrupta. La realidad de nuestra situación, el peso de mi duelo por Violet y la confusión sobre lo que Addison y yo éramos el uno para el otro, me habían empujado a alejarme. Temía que, al permitirme quedarme más tiempo, más cerca, las líneas entre el pasado y el presente se difuminarían hasta desaparecer.

Reflexionando sobre el evento de esa tarde, comprendí que mi reacción había sido más que un simple destello de celos. Era el temor a enfrentar la verdad de mis propios sentimientos, la realidad de que Addison aún ocupaba un espacio en mi corazón, un espacio que había tratado de sellar bajo capas de negación y duelo. Verla con alguien más no solo había avivado la llama de los celos, sino que también había encendido la chispa de la reflexión sobre los caminos no tomados, sobre las decisiones impulsadas por el miedo y la incertidumbre.

La noche avanzaba mientras me perdía en estos pensamientos, buscando respuestas en el silencio de mi hogar. La distancia que había puesto entre Addison y yo, en un intento de protegerme, de protegernos, ahora se sentía como una barrera que quizás había sido un error. La frialdad de aquella mañana después de reencontrarnos no había sido más que un escudo, una forma de huir de enfrentar la complejidad de nuestros sentimientos.

El reconocimiento de que Addison todavía tenía el poder de evocar tales emociones en mí era desconcertante, pero también liberador. Quizás era el momento de admitir que el amor, a pesar de todo el dolor y la pérdida, todavía tenía cabida en mi vida. La verdadera valentía, comprendí, no radicaba en proteger mi corazón de más heridas, sino en permitirme sentir plenamente, incluso si eso significaba enfrentar la posibilidad de más dolor.

En la quietud de esa noche, hice la promesa de explorar esos sentimientos, de darle sentido a lo

que Addison significaba para mí. Aunque el camino hacia la claridad emocional parecía largo y lleno de incertidumbres, estaba dispuesto a emprenderlo, guiado por la luz tenue de la esperanza y la posibilidad de redención.

La sorpresa de ver un mensaje nuevo en mi teléfono fue algo fuera de este mundo, un giro inesperado en la trama de mi vida cotidiana que de repente se llenó de un suspenso palpable. Era de Addison.

**Addison:** *"Hola, quizás sea un poco inoportuno, pero ¿podemos hablar?"*

Leí, varias veces, y cada palabra parecía resonar con una importancia que iba más allá de su sencilla formulación.

De pie en medio de mi sala, me encontré caminando en círculos, con grandes emociones invadiéndome. La posibilidad de hablar con ella después de todo este tiempo, después de todo lo que había reflexionado, encendió una mezcla de esperanza y nerviosismo que no lograba apaciguar.

Con manos temblorosas y una ansiedad que parecía devorarme, logré teclear una respuesta.

**Yo:** *"Hola, claro que sí."*

Apenas pulsé enviar, una ola de dudas me inundó. ¿Demasiado frío? ¿Demasiado distante? ¡Por Dios, Diego, ¡podrías haber sido un poco más cálido!

Casi de inmediato, el indicador de "escribiendo..." apareció, y cada segundo de espera se sintió como una eternidad. Finalmente, su respuesta llegó, añadiendo más leña al fuego de mi intriga.

**Addison:** *"De antemano te explico que no te escribo como una excusa."*
**Addison:** *"Necesito tu ayuda con una corazonada que tengo sobre mi amnesia y creo que eres el único que puede guiarme."*

Mi corazón dio un vuelco. ¿Amnesia? ¿Una corazonada? Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, llevándome a territorios desconocidos de nuestra historia.

Tecleé rápidamente, impulsado por una mezcla de curiosidad y el deseo de estar ahí para ella, de alguna manera.

**Yo:** *"Por supuesto, Addison. Estoy aquí para lo que necesites."*
**Yo:** *"¿De qué se trata tu corazonada?"*

Mientras esperaba su respuesta, las dudas y el pasado giraban en mi mente. Sin embargo, una parte de mí no podía dejar de sentirse aliviada, incluso emocionada, de tener la oportunidad de reconectar, de ayudarla.

**Addison:** *"Es un poco complicado de explicar por mensaje. ¿te puedo llamar?"*

Su siguiente mensaje llegó, cargado de una seriedad que me hizo tomar una decisión instantánea.

**Yo:** *"Sí, dale."*

El teléfono comenzó a vibrar entre mis manos, al segundo lo tomé no sin antes aclarar mi garganta para bajar un poco el nerviosismo. Mi corazón palpitaba con fuerza mientras esperaba que ella iniciara la conversación. Cuando finalmente escuché su voz al otro lado de la línea, una mezcla de alivio y tensión se apoderó de mí.

—*Diego, gracias por tomar mi llamada,* — empezó Addison, su voz contenía un matiz de urgencia que no había detectado en sus mensajes.

—Siempre, Addison. Me tienes intrigado con lo de tu corazonada. ¿Cómo crees que puedo ayudarte? —pregunté, intentando sonar lo más calmado y apoyador posible.

Respiró hondo antes de responder, como si ordenara sus pensamientos.

—*Bueno, es un poco complicado. He estado teniendo destellos, fragmentos de recuerdos... Y hay algo que se repite constantemente: el nombre de Madame Brish. Sé que tiene que ver con el tatuaje que tú y yo nos hicimos, pero hay más, siento que ella podría tener respuestas sobre mis recuerdos perdidos.*

Su mención de Madame Brish me transportó de vuelta a aquel día, a ese momento impregnado de significado, pero también de una simplicidad conmovedora.

—Madame Brish, sí... ella nos hizo los tatuajes. Es una persona super extraña, así la recuerdo yo… ¿Crees que hablar con ella podría ayudarte a desenterrar más de tus recuerdos?

—*Exactamente eso,* — dijo Addison con firmeza. —*Diego, necesito encontrarla. Creo que, si puedo hablar con ella, quizás algo se active en mi memoria. Pero no tengo idea de dónde empezar a buscarla.*

Pensé por un momento, recordando la pequeña tienda de tatuajes en un rincón apartado de la ciudad, el muelle cerca de la playa que aquel día visitamos juntos, un lugar que Madame Brish llamaba su santuario.

—Sé dónde podemos encontrarla. Su estudio no es un lugar que se publicite mucho, es más bien un espacio personal donde crea sus obras. Hace tanto tiempo que sería una suerte si la encontramos ahí aún. Pero puedo llevarte allí, si estás dispuesta.

—*¿De verdad harías eso por mí?* — La sorpresa en su voz era evidente, mezclada con una nota de esperanza que me conmovió.

—Por supuesto, Addison. Si hay alguna posibilidad de que esto te ayude, estoy allí. Podemos ir juntos mañana si te parece bien, — ofrecí, sintiendo que este era un paso crucial no solo para

ella, sino para nosotros.

Hubo una pausa, un suspiro suave al otro lado de la línea. *—Gracias, Diego. Eso significaría mucho para mí. Mañana, entonces.*

—Mañana, —confirmé, con una sensación de determinación anidando en mi pecho.

Colgamos el teléfono con planes hechos, y me quedé mirando al vacío, pensando en lo que el día siguiente podría depararnos. La búsqueda de respuestas de Addison se había convertido en nuestra búsqueda, un camino que estábamos dispuestos a recorrer juntos, sin importar a dónde nos llevara. Este era un nuevo capítulo en nuestra complicada historia, uno que, esperaba, nos brindaría algo de claridad y, con suerte, sanación.

# 19

# ADDISON



Después de colgar el teléfono, me quedé sentada en silencio por un momento, el resplandor de la pantalla lentamente desvaneciéndose en la oscuridad de mi habitación. La conversación con Diego había despertado una maraña de sentimientos dentro de mí, emociones que había tratado de ordenar y comprender sin mucho éxito. Hablar con él, escuchar su voz y saber que estaba dispuesto a ayudarme, me llenó de una sensación contradictoria de esperanza y miedo.

Me levanté, sintiendo una necesidad urgente de compartir lo sucedido con Emma. Caminé hacia su habitación, donde la encontré leyendo. Al ver mi expresión, marcada por la intensidad del momento, cerró su libro de inmediato y me miró con preocupación.

—¿Todo bien, Addie? —preguntó, su voz suave pero llena de inquietud.

—Acabo de hablar con Diego —comencé, mi voz temblorosa pero emocionada—. Vamos a vernos mañana. Creo que... creo que hay algo importante que necesito descubrir, algo relacionado con mi amnesia y Madame Brish.

Emma se acercó, su presencia reconfortante en medio de la tormenta de mis pensamientos.

—Eso suena prometedor, pero ¿cómo te sientes al respecto? Hablar con Diego después de todo este tiempo, y ahora esto... —preguntó.

—Honestamente, no lo sé —admití, dejándome caer en su cama—. Es como si cada parte de mí estuviera en guerra. Una parte de mí está aterrada, pero otra parte... otra parte está emocionada, esperanzada. Diego parece genuinamente dispuesto a ayudarme, y eso significa mucho.

Emma asintió, entendiendo la complejidad de mis emociones.

—Es un gran paso. Y no importa lo que pase, recuerda que estoy aquí para ti. Siempre.

Hablar con Emma me ayudó a poner en orden mis pensamientos. A pesar de las incertidumbres, sabía que enfrentarme a mi pasado y explorar la corazonada sobre Madame Brish era algo que necesitaba hacer, no solo por mi bienestar, sino también para cerrar un capítulo que había quedado abierto durante demasiado tiempo.

La idea de ver a Diego de nuevo, en circunstancias tan diferentes a nuestras últimas interacciones, avivaba cenizas en mi interior. Pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba tomando control de mi vida, de mi historia. La posibilidad de desentrañar los misterios de mi amnesia con Diego a mi lado me daba fuerzas.

Me acosté esa noche con una sensación de determinación. El día siguiente podría traer respuestas o más preguntas, pero estaba lista para enfrentarlo. La conversación con Diego no solo había animado viejos sentimientos, sino que también había encendido una chispa de esperanza en la oscuridad. Con Emma a mi lado y la posibilidad de respuestas en el horizonte, sentí que, finalmente, estaba avanzando hacia la luz.

***
El regreso de nuestros padres de España llenaba la casa con una tensión palpable, una mezcla de anticipación y ansiedad que flotaba en el aire como una niebla invisible. Emma y yo habíamos preparado todo para su llegada, pero a medida que se acercaba el momento, mi corazón latía con una fuerza que amenazaba con escaparse de mi pecho. La amnesia, el vacío en mi memoria que había luchado por comprender y aceptar, ahora se erigía como un muro entre mis padres y yo.

— ¿Crees que lo entenderán? ¿Qué aceptarán todo lo que ha pasado? —murmuré a Emma mientras esperábamos en la sala, mis dedos jugueteando nerviosamente con el borde de mi camisa.

Emma me lanzó una mirada reconfortante, su mano encontrando la mía y apretándola con firmeza. —Van a entender, Addison. Son nuestros padres. Ellos nos aman, sin importar nada.

La llegada de nuestros padres fue una mezcla de abrazos, risas y lágrimas. Las primeras horas se desvanecieron en actualizaciones, historias de su viaje y preguntas sobre que habíamos hecho nosotras. Sin embargo, el elefante en la habitación no tardó en reclamar su espacio.

Sentados todos juntos en el comedor, con los últimos rayos del sol tiñendo la habitación de un cálido dorado, encontré el coraje para hablar.

—Mami, papi, hay algo importante que debo contarles, — comencé, mi voz apenas un susurro. —Desde hace algún tiempo, he estado luchando con... con pérdidas en mi memoria. Hay partes de mi vida que simplemente no están.

El silencio que siguió fue denso, mis palabras colgando en el aire como una nube oscura. Nuestros padres intercambiaron miradas, la confusión y la preocupación dibujadas en sus rostros.

—Oh Addison, ¿cómo...? ¿Qué pasó? — preguntó mi madre, su voz temblorosa y angustiada

—Ha sido difícil, —admití, sintiendo cómo Emma apretaba mi mano bajo la mesa —Pero he estado recibiendo ayuda, viendo a un especialista. Es un proceso lento, aun así estoy aprendiendo a vivir con ello.

Mi padre, siempre el más calmado, asintió lentamente. —Lo importante es que estás buscando ayuda, hija. Y no importa qué, nunca olvides que estaremos aquí para ti, apoyándote en cada paso del camino.

Las confesiones que siguieron, donde detallé los desafíos, los miedos y las pequeñas victorias en mi batalla contra la amnesia, fueron recibidas con una mezcla de tristeza y determinación. Nuestros padres, aunque claramente afectados por la noticia, se mantuvieron firmes en su apoyo, prometiendo estar a mi lado, ayudándome a reconstruir los pedazos perdidos de mi historia.

Este día, después de conversaciones profundas y muchas lágrimas, sentí una ligereza que no había experimentado en mucho tiempo. Revelar mi lucha con la amnesia a mis padres, y además

de recibir su incondicional amor y apoyo de una manera incondicional, era un paso crucial en mi camino hacia la sanación, tanto mental como emocional. Aunque el futuro se presentaba incierto, sabía que, rodeada de mi familia, podría enfrentar cualquier cosa que viniera. En su aceptación y amor, encontré una nueva fuerza para seguir adelante, reconstruyendo mi vida pieza por pieza, con ellos a mi lado.

***

La mañana del reencuentro estaba teñida de una luz suave, casi etérea, que parecía presagiar un día fuera de lo común. Mi corazón latía con fuerza, anticipando el momento en que volvería a ver a Diego después de tanto tiempo, y en circunstancias tan diferentes a las de nuestro último adiós.

Me había cambiado prácticamente una docena de veces y nada me resultaba adecuado. Quería estar presentable para verlo de nuevo. Misha y mi hermana me daban ánimos y también se burlaban de mi en la misma medida. Ruedo los ojos mirándolos con indignación.

Me encontraba frente a mi casa, intentando calmar los nervios que danzaban en mi estómago, cuando su auto se detuvo frente a mí.

—Hola, Addison —dijo finalmente Diego, con una sonrisa que me recordó tantos momentos compartidos.

—Diego —respondí, permitiéndome sumergirme en la familiaridad de su presencia. Subí al coche y nos dirigimos hacia el muelle, un lugar cargado de recuerdos y decisiones impulsivas de nuestra juventud.

El viaje se desarrolló entre conversaciones entrecortadas y miradas furtivas, una danza delicada entre el pasado y el presente. Al llegar al muelle, el aire salado nos recibió como un viejo amigo, y sin necesidad de palabras, comenzamos a caminar por ese lugar que una vez simbolizó un capítulo tan importante de nuestra historia. Un capítulo apto para escribir una novela, considerando lo que contenía.

—¿Recuerdas? —pregunté, deteniéndome para mirar el agua reflejar los rayos del sol—. Aquí fue donde decidimos hacernos esos tatuajes... impulsados por un momento de locura juvenil y un sentimiento que creíamos eterno.

Diego asintió, una sonrisa melancólica dibujándose en sus labios.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. No dejo de pensar que fue una locura incentivada por ti. Y luego, la visita a Madame Brish... Creíamos que era el inicio de algo inquebrantable.

Con ese recuerdo flotando entre nosotros, continuamos nuestro camino hacia el lugar donde una vez estuvo el estudio de Madame Brish, esperando encontrar alguna pista que pudiera ayudarme con mi amnesia. Sin embargo, al llegar, nos encontramos con una realidad inesperada: el estudio había desaparecido, reemplazado por una pequeña librería que no guardaba rastro alguno de la

enigmática tatuadora.

—¿Estás seguro de que era aquí? —pregunta Addison, su voz teñida de incertidumbre mientras escudriñaba el lugar, como intentando hacer aparecer el estudio de Madame Brish con su mirada.

—Era aquí... juro que aquí era el lugar... —dice Diego, mirando el lugar con evidente decepción.

La desilusión fue palpable en el aire, un golpe a las esperanzas que habíamos alimentado durante el camino.

—Parece que Madame Brish se ha ido —dije, intentando ocultar mi decepción.

Diego miró la nueva librería por un momento antes de volver su atención hacia mí.

—Addison, sé que esto parece un golpe duro ahora, pero no podemos dejar que esto detenga tu búsqueda. Hay más maneras de encontrar respuestas.

—Lo sé, Diego, pero me había aferrado a la idea de que Madame Brish podría ayudarme de alguna manera mística. Era una especie de... esperanza —admití, luchando contra la sensación de estar de vuelta en un punto muerto.

—¿Y si entramos a la librería? —sugirió Diego de pronto, una chispa de determinación en sus ojos—. Quizás alguien allí sabe algo sobre Madame Brish, o al menos dónde podría haberse mudado su estudio.

Le miré, sorprendida por su propuesta, pero entonces la determinación en su voz avivó algo dentro de mí.

—Eso... eso podría funcionar —dije, sintiéndome ligeramente más optimista—. Gracias por no dejarme rendirme.

—Vamos, veamos qué podemos descubrir —respondió él, ofreciéndome una sonrisa alentadora.

Caminamos hacia la librería juntos, la puerta de madera antigua chirriando suavemente al abrirse. El aroma a libros viejos y café nos envolvió, un pequeño consuelo frente a la incertidumbre.

—Disculpe —comenzó Diego, acercándose al mostrador donde un hombre de mediana edad nos observaba con curiosidad—. Estábamos buscando el estudio de tatuajes que solía estar aquí, ¿sabe algo sobre eso?

El hombre se quitó las gafas, considerando la pregunta.

—Ah, Madame Brish. Sí, se mudó hace unos años. No estoy seguro de dónde, pero dejó atrás algunos de sus libros. Dijo que ya no los necesitaba, que había encontrado un nuevo camino.

Mis ojos se iluminaron con interés ante la mención de los libros.

—¿Sería posible ver esos libros? Tal vez haya algo en ellos que pueda ayudarnos.

—Por supuesto, jóvenes. Síganme —dijo el señor, guiándonos hacia un rincón apartado de la librería.

Mientras seguía a Diego y al librero, sentí como la desilusión inicial se transformaba en una renovada esperanza. Aunque el camino hacia la verdad parecía más enigmático que nunca, la perspectiva de descubrir algo nuevo, con Diego a mi lado, hacía que la búsqueda pareciera menos intimidante.

Quizás, pensé, la magia que buscábamos no residía en un lugar o en una persona, sino en la conexión que compartíamos y en nuestra determinación conjunta de enfrentar el pasado, sin importar hacia dónde nos llevara.

Bajo la luz tenue de la librería, Diego y yo nos sumergimos en la búsqueda de respuestas entre las páginas de los libros que Madame Brish había dejado atrás. Con cada libro que abríamos, el aroma del papel antiguo se mezclaba con el del café recién preparado, creando un ambiente cálido y reconfortante a pesar de la incertidumbre de nuestra misión.

Nos sentamos en una mesa apartada, rodeados de montones de libros esotéricos y manuales de tatuaje.

—¿Crees que encontraremos algo aquí que pueda ayudarte? —preguntó Diego, pasando cuidadosamente las páginas de un grueso volumen sobre simbolismo en el arte del tatuaje.

—No lo sé, pero siento que estamos en el camino correcto —respondí, sintiendo una chispa de optimismo—. Solo el hecho de estar buscando ya me hace sentir... más cerca de entender lo que pasó.

El tiempo parecía dilatarse y contraerse a nuestro alrededor mientras nos dedicábamos a la tarea. Cada tanto, nuestras manos se rozaban accidentalmente al pasar un libro o compartir una taza de café, enviando pequeñas descargas eléctricas a través de mi piel. Era imposible ignorar la familiaridad y el confort que encontraba en su presencia, sensaciones tanto nuevas como viejas.

En un momento, Diego encontró una sección en uno de los libros que hablaba sobre la memoria y los tatuajes como anclas emocionales. —Mira esto, Addison —dijo, señalando un párrafo—. Habla de cómo ciertos símbolos pueden servir como llaves a recuerdos específicos o emociones olvidadas.

Leí en voz alta el pasaje que indicaba, y algo en esas palabras resonó profundamente en mí.

—¿Crees que nuestro tatuaje podría ser una de esas llaves?

Diego levantó la mirada, sus ojos encontrándose con los míos.

—Es posible. Tal vez eso explique la corazonada que tenías sobre Madame Brish y el tatuaje.

Nuestro trabajo conjunto en la librería, el compartir descubrimientos y teorías, nos había unido de una manera que ninguno de los dos había anticipado. En el silencio compartido, lleno de susurros de páginas y sorbos de café, pude sentir cómo algo entre nosotros comenzaba a renacer. No era solo el deseo de respuestas lo que nos había reunido; era también la necesidad de reconectar, de entender lo que aún significábamos el uno para el otro.

—Diego, gracias por estar aquí, por hacer esto conmigo —dije, sintiendo una sinceridad abrumadora en mis palabras.

—No hay de qué, Addie. No podía ser de otra manera —respondió él, su voz baja y cargada de una emoción apenas contenida.

Al mirarnos, ambos sabíamos que esta búsqueda por respuestas había empezado a cerrar la brecha que el tiempo y las circunstancias habían creado entre nosotros. Lo que comenzó como una necesidad de entender el pasado estaba evolucionando hacia la posibilidad de un futuro compartido, aunque todavía incierto.

A medida que el día daba paso a la tarde, y la librería comenzaba a envolverse en sombras, ambos sentimos la reluctancia de dejar este espacio compartido. Sin embargo, con libros en mano y un camino aún por explorar, nos prometimos continuar esta búsqueda juntos, no solo por las respuestas sobre mi pasado, sino también por lo que nuestro futuro podría deparar. En esa librería, entre tazas de café y susurros de recuerdos, habíamos encontrado algo más que pistas: habíamos encontrado una nueva oportunidad para nosotros.

Después de horas sumergidos entre libros antiguos y sin encontrar las respuestas que buscábamos, Diego y yo decidimos hacer una pausa. El aire de la librería, cargado de misterio y café, había sido nuestro refugio, pero el mundo exterior nos llamaba, recordándonos que había vida más allá de nuestra búsqueda.

—¿Te gustaría cenar algo? —Diego propuso, cerrando el último libro con delicadeza. Su oferta fue un bálsamo, una invitación a reconectar no solo con el mundo, sino también el uno con el otro de una manera más terrenal.

Agradecí con un asentimiento, y nos dirigimos a un pequeño restaurante cercano, un lugar tranquilo que prometía un espacio para conversaciones más profundas. Mientras nos sentábamos frente a frente en una mesa apartada, el ambiente íntimo del lugar parecía invitarnos a abrir nuestros corazones.

La cena comenzó con charlas ligeras, pero pronto, guiados por la serenidad del momento, nos encontramos navegando por temas más profundos. Fue entonces cuando Diego, tomando una respiración profunda, rompió el silencio que se había tejido entre nosotros.

—Addison, hay algo que necesito decirte... Sobre la última vez que estuvimos juntos —comenzó, su voz cargada de una sinceridad palpable—. Sé que me fui de manera fría, casi

abrupta. Y por eso, lo siento.

Lo miré, sorprendida por su apertura, pero agradecida por la oportunidad de entender sus razones. — Significa mucho para mí que lo menciones. Siempre me pregunté...

—Estaba asustado y confundido —continuó, interrumpiendo mis pensamientos—. Asustado de lo que sentía por ti, asustado de lo que eso significaba después de todo lo que había pasado con Violet. No quería herirte, pero al intentar protegernos, creo que lo hice de todos modos.

Sus palabras resonaron conmigo, un eco de mis propias incertidumbres y miedos. La vulnerabilidad en su expresión me movió a extender mi mano sobre la mesa, buscando la suya.

—Gracias por decírmelo. Saber eso cambia muchas cosas —le aseguré, sintiendo un alivio paulatino en mis hombros.

Aprovechando el momento de apertura entre nosotros, Diego añadió, —Y hay algo más... Lo que pasó con Diane. Nunca me perdonaré por no haber estado allí para ella, por no haber visto lo que estaba sufriendo. Y sé que eso te afectó profundamente a ti también. Por eso, desde lo más profundo de mi corazón, te pido perdón.

Las lágrimas amenazaron con brotar de mis ojos ante su confesión. -Di, no tienes que pedir perdón por eso. Es algo que ambos vivimos y que, de alguna manera, nos ha marcado. Pero hablar de ello ahora, juntos, creo que es parte de sanar.

El rápidamente quitó las lágrimas de mis ojos, reconfortándome y haciéndome sentir querida y protegida. Tenía los sentimientos a flor de piel y en silencio muy dentro de mí me dije que si tenía que perder mis recuerdos para llegar a tener esta paz que no sabía que había perdido hace tantos años pues bienvenido sea mil veces.

La conversación continuó fluyendo, más libre y profunda que nunca, mientras compartíamos recuerdos, miedos, y esperanzas para el futuro. Esa cena se convirtió en un puente sobre las aguas turbulentas del pasado, ofreciéndonos la posibilidad de reconstruir, de curar.

Al salir del restaurante, la noche nos envolvía con su manto estrellado, un testigo silencioso del renacimiento de nuestra conexión. Aunque todavía había incógnitas por resolver, ese momento compartido en el restaurante había reforzado un lazo que, a pesar de las adversidades, se negaba a romperse. Juntos, estábamos listos para enfrentar lo que viniera, con los corazones abiertos y la esperanza renovada.

Al volver a casa con Diego después de una noche que había superado todas las expectativas, cada calle que recorríamos bajo la luz de la luna parecía tejerse con una electricidad sutil, una corriente silenciosa de emociones y conexiones renovadas. La atmósfera dentro del coche era densa, cargada de palabras no dichas y miradas que decían de mas. Al llegar, ninguno de los dos parecía dispuesto a romper el silencio que se había convertido en nuestro cómplice durante el trayecto.

Frente a mi puerta, bajo la luz suave del porche, las palabras de agradecimiento se quedaron cortas para expresar la maraña de sentimientos que Diego había despertado en mí esa noche.

—Gracias por esta noche, ha significado mucho —dije, intentando transmitir con mi mirada todo lo que no podía decir en voz alta.

—Para mí también, más de lo que puedo expresar —respondió él, y por un momento, el mundo exterior se desvaneció, dejándonos suspendidos en un espacio donde solo existíamos nosotros dos.

Nos acercamos, casi sin pensarlo, movidos por una fuerza que parecía inevitable. Como si hiciéramos esto todas las noches para despedirnos. Mi corazón comienza a latir frenético, las manos me sudan y mi respiración deja de existir… Justo en ese instante, cuando nuestros labios estaban a punto de sellar la promesa no verbalizada de esta nueva cercanía, una voz irruptiva rompió el hechizo.

—¡Addison, olvidaste tu tenaza prendida en el... oh! —La voz de Emma, teñida de sorpresa y luego de diversión, hizo que nos separáramos bruscamente, como dos polos opuestos repelidos por la misma fuerza que, momentos antes, nos había unido.

—¡Vaya, vaya, no quería interrumpir el clima tropical que se está formando aquí! —añadió, con una sonrisa pícara que iluminaba su rostro.

Diego y yo nos miramos, compartiendo una mezcla de incomodidad y diversión ante la situación inesperadamente cómica en la que nos encontrábamos. —Eh, Emma, justo estábamos... eh... —balbuceé, incapaz de encontrar las palabras adecuadas mientras un calor invadía mis mejillas.

—¡Sí, sí, claro! Estaban... despidiéndose, ¿verdad? —continuó Emma, haciendo que la situación se sintiera aún más surrealista.

Diego, con un intento de gravedad que solo logró aumentar la comicidad del momento, dijo, —Exactamente, sólo una despedida. Muy educada, por cierto. —Su seriedad forzada contrastaba de tal manera con el contexto, que no pude evitar soltar una risa nerviosa.

Mi hermana nos dio espacio, retrocediendo con una última mirada llena de insinuaciones cómplices. -Bueno, no los voy a detener. No todos los días se ve un intento de beso tan... educadamente interrumpido.

Con una promesa de llamada al día siguiente, Diego se despidió, y mientras lo veía alejarse, sentí un cúmulo de emociones chocar dentro de mí. La interrupción de Emma, aunque frustrante, no había logrado apagar la chispa que se había encendido entre nosotros esa noche. Al cerrar la puerta detrás de mí, no podía evitar sentir que, a pesar de los momentos incómodos y las risas nerviosas, algo profundo y significativo había renacido entre Diego y yo.

20

DIEGO



El viaje de regreso a casa luego de dejar a Addison fue un ejercicio de introspección, cada kilómetro recorrido un espejo reflejando la dualidad de mis emociones. La noche, con su oscuridad envolvente y estrellas titilantes, parecía comprender el tumulto en mi interior, ofreciendo un silencio que invitaba a la reflexión.

Los momentos compartidos con Addison esa noche habían reavivado sentimientos que, por mucho tiempo, creí sepultados bajo el peso del duelo por Violet. La química ineludible entre nosotros, la facilidad con la que volvíamos a caer en patrones de intimidad y entendimiento, todo ello se contraponía a la memoria persistente de mi esposa fallecida, cuya ausencia aún dolía como una herida abierta.

Al entrar a la quietud de mi hogar, las paredes parecían guardar ecos de un pasado feliz y, al mismo tiempo, recordatorios de lo que había perdido. Fotos de Violet y yo adornaban estantes y mesas, cada una narrando un capítulo de nuestra vida compartida. Su sonrisa, congelada en el tiempo, me saludaba desde esos marcos, y no pude evitar preguntarme qué pensaría ella de los sentimientos que estaba comenzando a albergar hacia Addison.

Sentado en el sofá del salón, me permití sumergirme en mi propia cabeza. La culpa y la lealtad hacia Violet luchaban contra el deseo de explorar lo que Addison y yo podríamos ser ahora. ¿Era posible amar de nuevo sin sentir que traicionaba la memoria de mi esposa? ¿Podría el corazón expandirse para abrazar un nuevo amor sin desplazar el viejo?

Recordé el casi beso con Addison, cómo en ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse, dejándonos solo a nosotros y la promesa de lo que podría ser. Y luego, la interrupción, tan abrupta como un despertar de un sueño, que me había dejado preguntándome sobre los límites entre el pasado y el presente, entre el recuerdo y la posibilidad.

— ¿Qué harías, Violet? — susurré al vacío, casi esperando una respuesta. Pero solo el silencio me devolvió la mirada, un silencio que, en su vastedad, parecía contener todas las respuestas y ninguna a la vez.

La noche avanzaba, y con ella, mi resolución comenzaba a tomar forma. Entendí que el camino hacia el amor y la sanación no era uno de olvido, sino de aceptación. Aceptar que el amor por Violet siempre sería parte de mí, pero que también había espacio para nuevos comienzos, para permitirme sentir y amar de nuevo, sin culpa.

Al acostarme esa noche, llevaba en mi corazón la promesa de enfrentar el futuro con apertura, honrando mi pasado con Violet, pero también dándome permiso para explorar lo que podría surgir con Addison. Era un equilibrio delicado, uno que requeriría tiempo, paciencia y, sobre todo, compasión hacia mí mismo y hacia los recuerdos que cada uno de nosotros llevamos dentro.

***

La decisión de finalmente despejar el espacio físico y emocional ocupado por las pertenencias de Violet había sido una de las más difíciles de mi vida. Cada objeto, cada prenda de ropa, llevaba consigo recuerdos de un tiempo más feliz, de una vida compartida que había terminado demasiado pronto. Sin embargo, sabía que era hora de seguir adelante, de dar un paso hacia el futuro, aunque eso significara enfrentar el dolor del pasado.

Llevé las cajas llenas de recuerdos de Violet a un albergue local, donde sabía que sus pertenencias podrían ayudar a otros, brindando algo de consuelo en medio de sus propias luchas. Al dejar las cajas en el albergue, sentí una mezcla de alivio y desolación. Estaba a punto de dar media vuelta y marcharme cuando una voz me detuvo.

— ¡Señor! ¡Espere, por favor! — Un joven se apresuró hacia mí, sosteniendo un sobre amarillento en su mano. —Esto... esto estaba entre las cosas que dejó. Parece importante.

Tomé el sobre, mi nombre escrito en la letra familiar de Violet. Mi corazón se detuvo por un momento, y el peso del papel en mis manos se sintió como el último mensaje de un mundo que ya no existía. Con manos temblorosas, rompí el sello y extraje la carta, una pieza final del rompecabezas de mi vida con Violet.

La carta contenía palabras de amor, de despedida y de esperanza. Violet escribió sobre su dolor al enfrentar la enfermedad, su lucha por aceptar el destino que le había sido impuesto y, más que nada, su amor inquebrantable por mí. *"Querido Diego, mi amado esposo,"* decía la carta,

*Mientras escribo estas líneas, siento una mezcla de tristeza y paz. Tristeza por todos los momentos que ya no podremos compartir, por todas las palabras no dichas y los sueños no cumplidos. Pero hay paz, también, porque sé que he sido amada, y he amado, profundamente y sin reservas. Ese amor es mi refugio, incluso ahora, cuando las sombras de mi enfermedad crecen.*

*He luchado, amor mío, luchado con todas mis fuerzas, no tanto por miedo a dejar este mundo, sino por el dolor de dejarte a ti. Mi corazón se rompe al pensar en todo lo que te espera, en el vacío que mi ausencia dejará en tu vida. Sin embargo, en medio de este dolor, hay una luz, una esperanza que me impulsa a escribirte esta carta.*

*Amor, mi mayor deseo es que encuentres la felicidad después de que yo haya partido. Sé que el duelo te envolverá, que la tristeza te parecerá un compañero constante. Pero te pido, te suplico, que no dejes que esa tristeza te defina. La vida es un mosaico de experiencias, de alegrías y penas, y cada momento vivido aporta color a ese cuadro mayor. Quiero que sigas pintando tu vida con los colores más brillantes, incluso cuando el mío se haya desvanecido.*

*No te aferres a la culpa o al remordimiento, mi vida. Nuestra historia juntos siempre será una parte de ti, pero no debe ser una cadena que te impida avanzar. Deseo que abras tu corazón de nuevo, que encuentres a alguien que te ame y te valore tanto como yo lo he hecho. No es una traición a nuestro amor, Diego, sino un testimonio de él. Nuestro amor fue un regalo, y el mejor honor que puedes hacerme es compartir ese regalo de nuevo, vivir plenamente, amar plenamente.*

*Resulta irónico que, a pesar de ser una chef con estrella Michelin, lo que más disfrutaba no eran los aplausos ni los reconocimientos, sino simplemente cocinarte a ti, Diego. Nada me hacía más feliz que verte disfrutar de cada plato que preparaba en nuestra propia cocina, especialmente tu favorito: un sencillo pad thai en salsa de maní y jengibre.*

*No sé qué te depara el futuro, pero sé que hay amor esperándote, si estás dispuesto a abrir tu corazón a él. Permítete ser feliz, permítete amar y ser amado de nuevo. Esa es mi última voluntad, mi último deseo para ti.*

*Te amo, Diego, ahora y siempre. Gracias por cada sonrisa, cada lágrima, cada momento que compartimos. Lleva esos recuerdos contigo, pero no dejes que te anclen al pasado. Hay un mundo de posibilidades esperándote, mi amor. Explóralo, vívelo, ámalo.*

*Con todo mi amor,*
*Vi.*

Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras leía, cada palabra resonando en lo más profundo de mi ser. Violet hablaba de su deseo de que me permitiera amar de nuevo, de rehacer mi vida sin ella. La carta en si misma tenia unas marcas que desteñían un poco la tinta, como si al momento de escribirla había estado llorando, lo cual hace que se me estruje un poco mas el corazón.

Entre las líneas desteñidas por las lágrimas, mencionaba el pad thai en salsa de maní y jengibre, mi plato favorito que ella solía prepararme. Al probar una versión más sencilla de este plato durante el viaje a Samaná, inmediatamente me acordé de ella. El sabor no solo evocaba los momentos que compartíamos en nuestra cocina, sino que también reavivaba la sensación de cercanía y cariño que Violet siempre ponía en cada detalle, especialmente cuando cocinaba para mí. Cada bocado era un dulce recordatorio de su amor y dedicación.

La claridad y el amor con los que Violet se había despedido me conmovieron hasta el alma. Ella, incluso en sus últimos días, había pensado en mi bienestar, en darme permiso para seguir adelante.

Con el corazón lleno de una mezcla de dolor y gratitud, guardé la carta cerca de mi pecho. Violet me había dado un último regalo: la libertad de buscar la felicidad sin culpa, de abrir mi corazón al amor una vez más.

Mientras me alejaba del lugar de donación, sentí que un capítulo de mi vida se cerraba suavemente, permitiéndome mirar hacia el futuro con una nueva luz y quizás abrir uno nuevo. La carta de Violet no solo había sanado una herida, sino que también me había mostrado el camino a seguir, un camino que, esperaba, me llevara de vuelta a Addison, con el corazón dispuesto y listo para amar de nuevo.

***

Inspirado por la determinación de Addison de descubrir la verdad detrás de su amnesia más el

sentimiento provocado por leer las últimas palabras de Violet, encontré un nuevo propósito. La idea de que Madame Brish podría ser la clave para desbloquear los recuerdos de Addison me impulsaba, alimentando una necesidad urgente de actuar. Así que, una vez solo en la intimidad de mi estudio, rodeado de la quietud de la noche, me sumergí en la búsqueda de cualquier pista que pudiera llevarnos a ella.

Comencé por los medios más obvios: internet, redes sociales, foros relacionados con el arte del tatuaje y la espiritualidad. Sin embargo, Madame Brish era escurridiza, casi como si se hubiera desvanecido en el aire. Frustrado, pero no derrotado, decidí cambiar de táctica. Recordé que los artistas del tatuaje a menudo se mueven dentro de una comunidad bastante unida. Tal vez, pensé, alguien en ese círculo podría saber algo.

Al día siguiente, visité varios estudios de tatuaje de la ciudad, mostrando la imagen del tatuaje que compartía con Addison y preguntando por Madame Brish. En la mayoría de los lugares, recibí respuestas negativas o miradas de confusión. Pero no me rendí. Sentía que cada "no" me acercaba un paso más a un "sí".

Finalmente, en un estudio pequeño y algo apartado del centro, una tatuadora de ojos perspicaces me ofreció la primera chispa de esperanza. —Madame Brish, ¿eh? Hace años que no oigo ese nombre. Se rumoreaba que se había mudado a un lugar más tranquilo, alejado de la ciudad. Algunos decían que había encontrado un nuevo propósito, algo relacionado con la sanación y la espiritualidad más allá del tatuaje, —explicó, mientras limpiaba su equipo.

— ¿Tienes idea de dónde podría haber ido? — pregunté, el corazón latiendo con fuerza ante la posibilidad de estar finalmente en la pista correcta.

La tatuadora se encogió de hombros. —No muchos conocen los detalles, pero escuché que se dirigió hacia el norte, a una pequeña comunidad en las montañas. Es todo lo que sé.

Armado con esa información, regresé a casa para compartir las noticias con Addison. La idea de un viaje en busca de Madame Brish, aunque llena de incertidumbres, también estaba cargada de posibilidades. Era una oportunidad no solo para desentrañar el misterio de la amnesia de Addison, sino también para explorar lo que el futuro podría tener reservado para nosotros.

—Addison, — dije, cuando finalmente la tuve al teléfono, —creo que tengo una pista sobre Madame Brish. Podría llevarnos a un pequeño pueblo en las montañas. ¿Qué te parece si emprendemos este viaje juntos? Podría ser nuestra mejor oportunidad para encontrar las respuestas que buscas.

El entusiasmo en su voz fue todo lo que necesité para saber que estábamos tomando la decisión correcta. *—No tengo dudas, sé que en este viaje encontraré las respuestas. ¡Hagámoslo!*

Así, con un destino en mente y un sinfín de esperanzas, nos preparamos para partir. Este periplo no era solo una búsqueda de respuestas; era una promesa de redescubrimiento, de enfrentar juntos lo desconocido y, quizás, de encontrar un nuevo camino a seguir, mano a mano.

El día del viaje amaneció claro y prometedor, un cielo sin nubes presagiando la aventura que teníamos por delante. Mi corazón latía con una mezcla de emoción y nerviosismo mientras conducía hacia la casa de Addison, ansioso por comenzar nuestra búsqueda de Madame Brish. Lo que yo no sabía, sin embargo, era que esta jornada tomaría un giro inesperado desde el comienzo.

Al llegar, encontré a Addison esperándome, pero no estaba sola. A su lado estaban Emma y, para mi sorpresa, el mismo joven que había visto con ella en el restaurante aquella noche. La sorpresa debió notárseme en el rostro porque Addison rápidamente intervino para hacer las presentaciones.

—Diego, me alegro de que hayas llegado. Quiero que conozcas a Misha, un buen amigo que también nos acompañará en este viaje —dijo, señalando al joven que había sido el origen de mis celos no tan tiempo atrás.

El reconocimiento golpeó como un rayo. Así que él era Misha, el amigo sobre el cual había construido toda una historia en mi mente, alimentando celos infundados. Intenté mantener la compostura, aunque por dentro, un torbellino de emociones me asaltaba.

—Un placer —dije, extendiendo una mano hacia Misha, quien me la estrechó con una sonrisa amistosa, ajeno a la tormenta que se agitaba en mi interior.

Emma, siempre perceptiva, pareció notar la tensión en el aire. —Vamos a tener una aventura increíble, ¿no creen? Los cuatro juntos —dijo, intentando aligerar el ambiente.

El viaje que había imaginado como una oportunidad para reconectar con Addison, ahora se sentía complicado por la presencia de Misha. Cada mirada compartida entre ellos, cada risa, avivaba el fuego de los celos que luchaba por sofocar.

Durante los preparativos finales para partir, el ambiente en casa de Addison se cargó de una tensión palpable, al menos para mí. Mis pensamientos giraban en torno a la relación entre Addison y Misha, preguntándome cuánto de lo que había imaginado correspondía a la realidad.

Mientras Emma y Misha cargaban el último de los bolsos en el coche, encontré el momento para hablar a solas con Addison en la cocina. La necesidad de despejar la incertidumbre que me carcomía por dentro era más fuerte que cualquier intento de mantener la compostura.

—Addison —comencé, deteniéndola con una mano en el brazo antes de que pudiera seguir a los demás. —Antes de que nos vayamos, hay algo que tengo que preguntarte.

Ella se detuvo, girándose hacia mí con una expresión de preocupación. —¿Qué sucede?

Respiré hondo, buscando las palabras correctas para expresar lo que sentía sin sonar acusatorio. —Es sobre Misha... La otra noche, en el restaurante, pensé que... —Tragué saliva, sintiendo lo irracional de mis celos ahora que estaba a punto de verbalizarlos. —¿Él es importante para ti?

Addison me miró fijamente, y por un momento, el mundo pareció detenerse. Luego, con una suavidad en sus ojos que siempre lograba desarmarme, respondió: —Diego, Misha es mi amigo. Un amigo que estuvo ahí cuando lo necesité, sí, pero solo eso. No hay nada entre nosotros que deba preocuparte.

La sinceridad en su voz y su mirada directa me hicieron darme cuenta de lo infundados que eran mis temores. —Lo siento —dije, sintiendo un peso levantarse de mis hombros. —No sé qué me pasó. Solo la idea de perderte otra vez, o de no tener la oportunidad de explorar lo que aún podría haber entre nosotros... Me asustó.

Addison dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia física que nos separaba. — No tienes por qué tener miedo. Sí, Misha es mi amigo, y Emma es parte de mí. Nos están ayudando, eso es todo. Lo nuestro... lo que está pasando entre nosotros, que no sabemos ni que es… eso es lo que importa ahora.

Sus palabras, claro y sin ambigüedades, me envolvieron en un sentido de calma. — Gracias, Addison. Gracias por ser tan comprensiva, — dije, permitiéndome por primera vez en mucho tiempo mirar hacia el futuro con algo de esperanza.

Ella sonrió, ese tipo de sonrisa que siempre me había cautivado. —Vamos a encontrar a Madame Brish, Diego. Vamos a encontrar tus respuestas y, quien sabe, quizás algo más.

Sus palabras debieron haberme ofrecido consuelo, pero la semilla de los celos ya había germinado, complicando mis sentimientos hacia el viaje que teníamos por delante. Sin embargo, al mirar en los ojos de Addison, vi la sinceridad y la confianza que me ofrecía. Era el momento de dejar a un lado mis inseguridades infundadas y centrarme en el propósito de nuestro viaje.

Con un suspiro, dejé atrás la casa de Addison, los cuatro juntos, embarcándonos en una jornada que prometía ser tanto una búsqueda de respuestas como un viaje hacia la comprensión y, quizás, la reconciliación con mis propios demonios internos.

Mientras el coche devoraba kilómetros hacia nuestro destino desconocido, el ambiente dentro se cargó de una energía renovada. Emma, sentada junto a Misha en el asiento trasero, no tardó en asumir el papel de animadora oficial del viaje, lanzando comentarios y observaciones ocurrentes que mantenían a todos en una constante mezcla de risas y asombro.

— ¿Sabían que Diego aquí presente es un talento no descubierto en el karaoke? Una vez lo convencí de cantar 'Despacito', y déjenme decirles, fue una revelación, —bromeó Emma, provocando una carcajada generalizada.

—Emma, eso se suponía que era un secreto entre nosotros, — protesté, fingiendo indignación, mientras Addison se reía a mi lado, sus ojos brillando con diversión.

—Oh, espera, ¿hay video de eso? Porque definitivamente necesito verlo,
— intercedió Misha, uniéndose a la broma. Su facilidad para encajar en nuestro grupo, a pesar de mis reservas iniciales, era innegable.

—Desafortunadamente, ese tesoro está bien guardado, — respondió Addison, mirándome con una sonrisa cómplice que me recordó tantos momentos compartidos.

La conversación fluyó libremente, saltando de anécdotas embarazosas a teorías absurdas sobre las posibles ubicaciones de Madame Brish. — Quizás se convirtió en una ermitaña y vive en una cueva, sólo saliendo para tatuar a los dignos, — sugirió Emma, provocando risas y una serie de historias cada vez más fantásticas sobre el paradero de la misteriosa tatuadora.

A pesar de la ligereza del momento, no pude evitar notar la facilidad con la que Addison y Misha se comunicaban, sus risas compartidas y miradas ocasionalmente prolongadas. Aunque sabía, racionalmente, que mi preocupación era infundada, los celos se arrastraban por mi pecho con la tenacidad de una sombra persistente.

Intenté disimular mi malestar, concentrándome en la carretera y en participar de la conversación, pero una parte de mí no podía dejar de observarlos. La conexión entre ellos, aunque platónica, era evidente, y me encontré deseando poder borrar esa inseguridad que me roía por dentro.

— ¿Todo bien, Diego? — preguntó Addison, su voz suave interrumpiendo mis pensamientos oscuros.

—Sí, todo perfecto, — mentí, regalándole una sonrisa que esperaba pareciera convincente.

A medida que el viaje continuaba, me prometí a mí mismo que superaría estos sentimientos de celos. Después de todo, Addison había elegido emprender este viaje conmigo, no con Misha. Y eso tenía que significar algo.

El camino por delante era largo, aproximadamente nueve horas y yo estaba decidido a disfrutar de cada momento, de cada risa y cada historia compartida, dejando que el tiempo y la compañía de Addison, Emma y sí, incluso Misha, me mostraran que lo más importante era el viaje en sí, no los fantasmas de inseguridad que podía llevar en el equipaje.

—Estoy segura de que existe una conspiración para poner todas las estaciones de servicio justo después de que pasamos, —se quejó Emma, cruzándose de piernas en el asiento trasero. La primera vez fue gracioso, pero después de la tercera parada, ya se estaba volviendo un asunto serio.

—Emma, solo avísame antes de que sea una emergencia, —le dije, tratando de ocultar mi sonrisa mientras seguía conduciendo por la carretera adornada de árboles.

—¡Es que no me doy cuenta hasta que es una emergencia! —exclamó ella, provocando la risa de Addison, quien iba manejando el GPS en su teléfono.

—Podríamos comenzar un blog de viajes, —bromeó Misha desde el asiento del copiloto. —"Las paradas de baño de Emma: una guía para los viajeros con vejiga pequeña."

—Muy gracioso, Misha, —respondió Emma, aunque no pudo evitar reírse. —Y asegúrate de comentar sobre la calidad del papel higiénico y la potencia del secador de manos.

—No te preocupes, estoy grabando todo esto, —dijo Addison, levantando su teléfono para capturar la risa que llenaba el coche.

—Este es el tipo de contenido que el mundo necesita, —agregué yo, justo cuando hacíamos otra parada en una estación de servicio. Emma saltó del coche antes de que incluso llegáramos a detenernos completamente, desatando otra ola de carcajadas.

Una vez de regreso en la carretera, con Emma finalmente cómoda, la conversación se desplazó hacia lo que esperábamos de nuestra visita a Madame Brish.

—Dicen que puede leer el aura a través de los guantes, —comentó Addison, con una mezcla de entusiasmo y escepticismo.

—Espero que no pueda leer vejigas, porque la de Emma es un libro abierto, —apunté, provocando que incluso Emma soltara una carcajada.

—¡Hey! Al menos mi vejiga nos da excusas para estirar las piernas, —se defendió Emma. —Y quién sabe, tal vez Madame Brish nos ofrezca algún insight sobre cómo mejorar nuestras paradas.

Todos reímos y continuamos nuestro camino, cada vez más convencidos de que, independientemente de lo que encontráramos en el estudio de Madame Brish, el viaje ya valía la pena por los momentos y recuerdos que estábamos creando juntos.

***

El camino hacia la pequeña comunidad en las montañas había sido eterno, pero la promesa de estar un paso más cerca de encontrar a Madame Brish nos mantenía animados. Al llegar, el paisaje pintoresco nos recibió con su serenidad, un mundo lejos del bullicio de la ciudad. El hotel en el que decidimos hospedarnos era un edificio acogedor y rústico, perfectamente en sintonía con el entorno montañoso.

Con la fatiga del viaje asentándose, la idea de descansar y recargar energías se volvía cada vez más atractiva. En mi mente, había imaginado compartir habitación con Addison, no solo por la comodidad, sino como una oportunidad para continuar reconectando en este viaje tan cargado de significado personal.

Sin embargo, al presentarse la oportunidad de elegir, Addison optó por quedarse con Emma. —Creo que será mejor si comparto con Emma, ¿está bien? — Su pregunta, aunque razonable, no dejó de pinchar un poco mi corazón. Por supuesto, no podía objetar su decisión, así que simplemente asentí, disimulando mi decepción.

Eso dejaba a Misha y a mí compartiendo la otra habitación disponible, debido a que el hotel,

pequeño y aparentemente muy popular entre los visitantes de la zona, no tenía más opciones. - Parece que seremos compañeros de cuarto, entonces, - dije, intentando infundir un tono de camaradería en mi voz mientras me dirigía a Misha.

—Estoy seguro de que será una experiencia... interesante, —respondió él con una sonrisa amable, claramente dispuesto a hacer lo mejor de la situación.

La asignación de habitaciones, aunque no era lo que había esperado, no dejó de tener su lado cómico. Ahí estábamos, dos hombres unidos por su relación con Addison, en una especie de tregua implícita, preparándose para compartir un espacio durante nuestra estadía.

La habitación era pequeña pero acogedora, con dos camas separadas por una mesita de noche. Después de decidir quién dormiría dónde, Misha y yo pasamos un rato desempacando en silencio, el ambiente cargado de una extraña mezcla de camaradería forzada y la conciencia de nuestra situación compartida.

—Espero no roncar, — bromeó Misha, rompiendo el silencio. —Y si lo hago, siéntete libre de lanzarme una almohada.

—Lo tendré en cuenta, — respondí, permitiéndome reír. Quizás, después de todo, la situación no sería tan mala.

A pesar de las circunstancias inesperadas, ese primer día en la comunidad montañosa terminó con una sensación de anticipación. Aunque había esperado compartir más momentos a solas con Addison, la realidad era que estábamos aquí por un propósito común: encontrar a Madame Brish y ayudar a Addison a recuperar sus recuerdos. Y si eso significaba compartir habitación con Misha y enfrentar mis celos e inseguridades de frente, entonces así sería.

Mientras me preparaba para dormir esa noche, los pensamientos de Addison, del viaje que teníamos por delante y de todo lo que aún esperaba ser descubierto giraban en mi mente. A pesar de los contratiempos y los arreglos inesperados, algo en mi interior sabía que este viaje cambiaría nuestras vidas de maneras que apenas comenzábamos a imaginar.

# 21

# ADDISON



Mientras me acomodaba en la habitación que compartiría con Emma, una sensación de serenidad me envolvía, contrastando con lo que había experimentado durante el viaje. La decisión de compartir habitación con Emma, en lugar de con Diego, había sido impulsada por la necesidad de mantener cierta distancia, de proteger el frágil equilibrio entre mis sentimientos emergentes y la complicada maraña de nuestro pasado. Sin embargo, no podía negar la pequeña punzada de decepción, una sombra de lo que podría haber sido.

—Esto va a ser como los viejos tiempos, ¿eh? —comentó mi hermana, sacando algunas cosas de su bolso y distribuyéndolas alrededor de la habitación. Su voz, llena de entusiasmo, trajo un toque de ligereza a mi reflexión.

—Definitivamente, — respondí, sonriendo ante la familiaridad de estar juntas en un espacio compartido. —Solo espero que esta vez no terminemos discutiendo por quién se queda con la cama cerca de la ventana.

Emma rio, y en ese momento, agradecí tenerla conmigo. Su presencia era un recordatorio constante de apoyo incondicional, un ancla en medio de la incertidumbre.

Mientras nos preparábamos para la noche, la conversación fluyó naturalmente hacia el viaje y todo lo que habíamos vivido hasta ahora. — ¿Cómo te sientes sobre todo esto, Addie? Sobre Diego, sobre la búsqueda de Madame Brish... sobre Misha, —preguntó Emma, su tono suave, invitando a la confidencia.

Respiré hondo, ordenando mis pensamientos. —Es complicado. Estoy agradecida por cómo Diego ha estado ahí, apoyándome en esta búsqueda. Pero hay momentos, Emma, en los que no puedo evitar preguntarme qué significa todo esto para nosotros. Y lo de Misha... — hice una pausa, buscando las palabras adecuadas. —Me preocupa que Diego piense que hay algo más entre nosotros.

Emma asintió, entendiendo. -Diego parece seguir siendo un buen tipo. Y sobre Misha, bueno, supongo que lo único que puedes hacer es asegurarte de que él entienda la verdad. La comunicación es clave.

—Sí, lo sé. Es solo que todo se siente tan frágil en este momento. —admití, sintiendo el peso de la situación.

Mi gemela se acercó y me dio un abrazo reconfortante. —Vamos a superar esto juntas, — dijo con convicción. —Y recuerda, este viaje es sobre ti y recuperar tus recuerdos. Diego, Misha, yo... todos estamos aquí por ti. Pero al final del día, lo más importante es lo que tú descubras sobre ti misma y lo que quieres para tu futuro.

La charla me había dado una dosis de perspectiva necesaria. Sí, las dinámicas entre Diego, Misha y yo eran importantes, pero no debían desviarme del objetivo principal de este viaje: hacer llegar a mi cerebro los recuerdos de mi corazón.

Con renovada determinación, me acosté esa noche, pensando en los días que nos esperaban. Estaba lista para enfrentar lo que viniera, armada con la esperanza de desentrañar los misterios de mi pasado y, tal vez, descubrir un camino claro hacia mi futuro.

La noche envolvía todo en un manto de silencio, un silencio que se rompió bruscamente por los fragmentos de un sueño perturbador que se abalanzaron sobre mí. En mi pesadilla, me encontraba en un laberinto oscuro, interminable, donde cada giro me llevaba más profundamente hacia una niebla espesa de olvido. Podía oír voces, susurros que parecían llamarme, pero cada vez que me acercaba, se desvanecían en el aire, dejándome sola en la oscuridad.

De repente, ante mí aparecía una figura sombría, su rostro oscurecido por las sombras, extendiendo su mano hacia mí. Sentía un impulso irrefrenable de alcanzarla, de buscar la familiaridad en esa oscuridad, pero justo cuando nuestras manos estaban a punto de tocarse, la figura se deshacía como cenizas llevadas por el viento, y yo caía, caía sin fin en un vacío que me robaba el aliento.

Desperté de golpe, el corazón golpeando contra mi pecho con una fuerza que me dejó sin aliento, un sudor frío cubriendo mi piel. La oscuridad de la habitación parecía pulsar con los ecos de mi pesadilla, y por un momento, me sentí incapaz de distinguir entre el sueño y la realidad.

Con cuidado, me deslicé fuera de la cama, tratando de no despertar a Emma, quien dormía plácidamente ajena a la tormenta que acababa de atravesar mi mente. Necesitaba aire, algo que me anclara de nuevo a la realidad, así que tomé una decisión impulsiva de buscar refugio en la normalidad de una bebida fría.

En puntillas, salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí con un clic apenas audible. El pasillo del hotel estaba bañado en una luz tenue proveniente de las lámparas de emergencia, ofreciendo un contraste reconfortante con la oscuridad de mis pensamientos. Me dirigí hacia la máquina dispensadora, cada paso alejándome un poco más de los vestigios de la pesadilla.

La máquina zumbó suavemente cuando introduje las monedas, y el sonido de una botella deslizándose hacia abajo fue inesperadamente tranquilizador. Tomé la bebida, sintiendo el frío del plástico contra mi piel, un recordatorio tangible de la realidad.

Me apoyé contra la pared, tomando pequeños sorbos, permitiendo que el frescor calmara mi garganta y, de alguna manera, mi espíritu. La pesadilla se desvanecía lentamente, reemplazada por la conciencia de mi entorno y la misión que tenía por delante. A pesar del miedo y la incertidumbre que había sentido en el sueño, sabía que no estaba sola en esta búsqueda. Diego, Emma, Misha... todos estábamos unidos por un propósito común.

Al regresar hacia mi habitación, la figura solitaria de Diego en el pasillo me tomó por sorpresa. Estaba apoyado contra la pared, mirando hacia la ventana al final del corredor, bañado en la luz plateada de la luna. Parecía perdido en sus pensamientos, una silueta contemplativa y serena que contrastaba con la turbulencia de mis propias emociones recientes.

— ¿Diego? — Mi voz, baja pero clara en el silencio del pasillo, lo sacó de su ensimismamiento. Se giró hacia mí, y en sus ojos vi reflejada la misma luna que iluminaba su rostro.

— ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí afuera? — preguntó, con una preocupación que calentó un rincón de mi corazón.

—Solo necesitaba... aire, supongo, - admití, sosteniendo la botella aún fría en mi mano como una especie de escudo. —¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Diego se encogió de hombros, su mirada volviendo un momento hacia la ventana antes de fijarse de nuevo en mí. —No podía dormir. Pensé que un poco de tranquilidad del pasillo podría ayudar. — explicó, con una sonrisa tenue que no alcanzaba del todo sus ojos.

Nos quedamos en silencio, compartiendo el espacio con una comodidad que había crecido entre nosotros a pesar de, o quizás debido a, los vaivenes de nuestro viaje juntos. La luz de la luna filtrada a través de la ventana creaba un halo alrededor de Diego, dándole un aire etéreo, casi como si fuera una aparición.

— ¿Quieres hablar de ello? — pregunté, acercándome un poco. —Sobre lo que te mantiene despierto, quiero decir.

Él me miró, luego asintió lentamente. —Es todo este viaje, la búsqueda de respuestas para ti, y... la carta de Violet. — Su voz era apenas un susurro, cargado de un peso emocional palpable.

La mención de Violet me recordó la complejidad de los sentimientos de Diego, la lucha interna que debía estar enfrentando —Violet te quería feliz, Diego. Eso es algo hermoso, — dije suavemente, queriendo ofrecerle consuelo sin invadir el sagrado espacio de su duelo.

Él asintió, mirándome ahora con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara. —Y tú, Addie, me haces querer buscar esa felicidad, — confesó, dando un paso hacia mí.

En ese momento, bajo la luz suave de la luna, el mundo exterior se desvaneció, dejándonos solo a nosotros dos, nuestros corazones latiendo en un ritmo compartido. Diego levantó su mano, acariciando mi mejilla con una ternura que me robó el aliento. La proximidad, la carga emocional del momento, todo parecía conducirnos hacia un umbral que ambos habíamos evitado cruzar hasta ahora.

—Addison, yo...— comenzó Diego, pero las palabras se perdieron en el espacio entre nosotros.

No necesitábamos palabras. Me incliné hacia él, y en un acto impulsivo pero lleno de certeza, nuestros labios se encontraron en un beso que selló nuestras promesas no dichas, nuestras luchas compartidas y la esperanza de un nuevo comienzo. Fue un momento de conexión profunda, un reconocimiento del amor que había crecido, a su propio ritmo, en el espacio que habíamos dado.

El mundo regresó a nosotros lentamente, el sonido de nuestros propios corazones latiendo fuerte en nuestros oídos. Nos separamos ligeramente, compartiendo una sonrisa que hablaba de

entendimiento, de aceptación.

—Eso fue... —empezó Diego, su voz llena de asombro.

—Inesperado, pero necesario, — completé, sintiéndome más viva de lo que había estado en mucho tiempo.

Después de aquel beso, un silencio cargado de significado nos rodeó, un silencio que, lejos de ser incómodo, se sentía como una pausa necesaria, un espacio para respirar y comprender la magnitud de lo que acababa de suceder entre nosotros.

Diego fue el primero en romper el silencio, su voz un susurro que parecía temer interrumpir la magia del momento. —Esto... esto me ha tomado por sorpresa. No porque no lo deseara, sino porque no sabía si... si era posible sentir todo esto de nuevo.

Asentí, sintiendo un eco de sus palabras en mi propio corazón. —Yo también estoy sorprendida. Hay tanto de nosotros en el pasado, tanto amor que creíamos perdido... Y ahora, este momento, siento que todo se ha reavivado, pero también es nuevo, desconocido.

Hubo una vulnerabilidad en sus ojos, una apertura que rara vez había visto. —Es como si te conociera de toda la vida y, al mismo tiempo, necesitara redescubrirte. Hemos cambiado, ambos hemos crecido... Hay una parte de mí que teme asumir esto y descubrir que ya no encajamos.

—Lo entiendo, — dije, encontrando valor en su honestidad. —Y comparto ese temor. Pero también siento una emoción, una curiosidad por conocer al Diego del presente, por explorar lo que significa amarnos como los adultos en los que nos hemos convertido.

Diego tomó una de mis manos, su tacto firme y cálido. —Eso es todo lo que puedo pedir, Addie. La oportunidad de conocernos nuevamente, de darnos la posibilidad de ver qué puede surgir de este amor que, de alguna manera, ha sobrevivido a través de los años y las pruebas.

—Si digo que no siento lo mismo, mentiría. Quiero eso también. Quiero ver dónde nos puede llevar este camino, sin expectativas, solo con la esperanza de que lo que construyamos ahora sea tan fuerte o más que lo que teníamos antes, — expresé, sintiendo una mezcla de nostalgia y anticipación.

—Entonces, hagámoslo. Vamos a tomarlo día a día, paso a paso. Sin prisas, sin presiones, solo... dejándonos llevar por lo que sienta correcto, — propuso, y algo en su tono de voz me llenó de una calma profunda.

—Me parece perfecto, — sonreí, apretando su mano en señal de acuerdo.

Diego y yo nos quedamos allí, en el pasillo, bajo la luz de la luna, compartiendo un momento de comprensión y aceptación. Era el comienzo de un nuevo capítulo para ambos, uno lleno de posibilidades y del dulce reto de redescubrir el amor en medio de la madurez y las experiencias que habíamos acumulado. En ese instante, bajo el cielo nocturno, sentí que, a pesar de todas las

dudas y temores, estábamos listos para embarcarnos en este viaje de reencuentro, juntos.

Con la promesa silenciosa de ese beso sellando nuestro pacto hacia el futuro, sabíamos que, sin importar lo que encontráramos en nuestra búsqueda, enfrentaríamos juntos lo que viniera, con nuestros corazones abiertos y dispuestos a amar una vez más.

***

Al amanecer, el pueblo montañoso nos recibió con su habitual tranquilidad, las primeras luces del día bañando las calles en tonos dorados y prometedores. Sin embargo, bajo esa aparente calma, los cuatro compartíamos un sentimiento de determinación, la resolución de desentrañar el misterio que rodeaba a Madame Brish.

Armados con la escasa información que habíamos conseguido, comenzamos nuestra búsqueda visitando los locales más concurridos del pueblo: desde la pequeña cafetería que servía como punto de encuentro para los residentes, hasta la tienda de artesanías en la esquina, cuya dueña se decía conocía a todo el mundo.

En cada parada, presentábamos nuestra pregunta con cautelosa esperanza: "¿Conocen a Madame Brish? Estamos tratando de encontrarla." Sin embargo, cada vez, las respuestas variaban entre encogimientos de hombros y negaciones corteses, lo que incrementaba nuestra frustración.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar, — murmuró Emma después de otro intento infructuoso, su espíritu normalmente indomable mostrando signos de desgaste.

Misha, revisando una vez más el mapa del pueblo que había conseguido en el hotel, suspiró. —Quizás estamos acercándonos mal a esto. Madame Brish parece ser alguien que valoraría su privacidad. Tal vez deberíamos buscar lugares más aislados, menos obvios.

—Es una buena teoría, pero incluso, es como si se hubiera evaporado en el aire, —respondió Diego, sintiendo la presión del tiempo y nuestras expectativas no cumplidas.

Y yo, siempre el faro de optimismo entre nosotros trato de levantar el ánimo. —No podemos rendirnos ahora. Hemos venido demasiado lejos para dejar que unos cuantos callejones sin salida nos detengan. Madame Brish quizás es la clave para recuperar mis recuerdos, tenemos que seguir intentándolo.

Mi determinación renovó algo de nuestra energía gastada, pero Diego no pudo evitar expresar la frustración que burbujeaba dentro de él. —Addison, quiero ayudarte más que nada, pero siento que estamos en un punto muerto. No sabemos nada más de lo que sabíamos cuando llegamos.

La tensión entre nosotros era palpable, un reflejo de la incertidumbre y el desánimo que nos invadía. —Quizás... quizás deberíamos considerar hablar con la gente de una manera diferente. No preguntar directamente por Madame Brish, sino tratar de sacar información de manera más... indirecta, — sugirió Diego, intentando encontrar una nueva estrategia en medio de nuestra

frustración.

—Eso podría funcionar, — concedió Misha, —hablar de tatuajes, de arte, ver si eso lleva a alguna mención de ella de forma natural.

Acordamos probar esta nueva táctica, aunque la duda seguía rondando en esta cuatro cabezas. A medida que el día avanzaba, nuestras conversaciones se tornaban cíclicas, alternando entre la esperanza y la frustración, pero siempre volvíamos a la misma conclusión: no estábamos listos para renunciar.

La búsqueda de Madame Brish en el pueblo se convirtió en un reflejo de nuestra propia determinación, una prueba de cuánto estábamos dispuestos a enfrentar juntos. A pesar de las tensiones y los momentos de desaliento, había algo en esa lucha compartida que nos unía aún más, una promesa silenciosa de que, sin importar el resultado, no dejaríamos que la frustración nos venciera.

***

Tras horas de infructuosa búsqueda por el pueblo, la decisión unánime de tomar un descanso y recargar energías nos llevó a un pequeño restaurante local, un lugar acogedor que prometía un respiro del día agotador. La atmósfera dentro era cálida y acogedora, un contraste bienvenido con la frustración que habíamos acumulado.

Emma y yo decidimos ir al baño antes de comer, buscando un momento para refrescarnos y, de alguna manera, sacudirnos la tensión del día. Al regresar, listas para unirnos a Diego y Misha y compartir una comida reconfortante, nuestra tranquila tarde dio un giro inesperado.

Un grupo de hombres en una mesa cercana, claramente en estado de ebriedad, comenzaron a lanzar comentarios inapropiados en nuestra dirección. Al principio, intentamos ignorarlos, acelerando el paso, esperando que nuestra indiferencia extinguiera su interés. Sin embargo, uno de ellos se puso de pie, bloqueando nuestro camino y elevando el nivel de acoso con palabras que me hicieron sentir una mezcla de miedo y enfado.

Fue entonces cuando Diego y Misha intervinieron. —Creo que las damas dejaron claro que no están interesadas. Sería mejor si las dejaran en paz, —dijo Diego, su voz calmada, pero con un filo de advertencia que no admitía réplica.

El hombre, lejos de retroceder, soltó una risa burlona, incitando a sus amigos a unirse a él. — ¿Y qué vas a hacer al respecto? — desafió, dando un paso hacia Diego.

Misha se puso a su lado, su postura firme. —No queremos problemas, pero tampoco vamos a permitir que las molesten.

Lo que siguió fue un vaivén de movimiento y confusión. Los hombres, impulsados por el alcohol y la arrogancia, lanzaron el primer golpe, pero Diego y Misha respondieron, defendiéndonos de

su avance no deseado. La pelea fue rápida, los empleados del restaurante interviniendo para apaciguar la situación y, finalmente, echando a los hombres del lugar.

Emma y yo estábamos conmocionadas, mirando la escena que se había desarrollado tan rápidamente. Una vez que los hombres fueron expulsados, nos apresuramos a asegurarnos de que Diego y Misha estuvieran bien. Afortunadamente, no habían sufrido más que unos golpes menores y pocos rasguños.

—Lo siento mucho, no queríamos que esto terminara en una pelea, — me disculpé, sintiendo una mezcla de gratitud y preocupación por los riesgos que habían corrido por nosotras.

Diego me miró, tomando mi mano entre las suyas. —No tienes porqué disculparte. Lo importante es que estén bien. No iba a permitir que esos tipos las molestaran.

Misha asintió, agregando con una sonrisa cansada, —Exactamente. Un poco de acción inesperada, pero nada que no pudiéramos manejar.

El incidente, aunque breve, dejó una marca en el resto de la tarde, una tensión residual que intentamos disipar con conversaciones ligeras y risas forzadas. Sin embargo, en lo profundo, no pude evitar sentirme conmovida y agradecida por la rápida intervención de Diego y Misha, una muestra de protección y cuidado que profundizó aún más el lazo que nos unía en esta extraña y complicada travesía.

Después del incidente en el restaurante, y una vez que el ambiente se calmó, decidí que era necesario aligerar la tensión que aún flotaba entre nosotros. Inspirada por un juego que solíamos jugar Emma y yo cuando éramos más jóvenes, sugerí: — ¿Qué tal si jugamos a algo? Podría ser divertido y nos ayudaría a olvidarnos de... bueno, de lo que acaba de pasar.

Diego, siempre dispuesto a seguirme la corriente, sonrió. —Suena bien. ¿Qué tenías en mente?

—Un juego de preguntas y respuestas. Nada complicado, solo para conocernos mejor. Podemos hacer preguntas sobre cualquier cosa, desde el matrimonio hasta la crianza de hijos... cualquier tema es válido, — expliqué, esperando que la idea fuera bien recibida.

Emma aplaudió con entusiasmo. —Me encanta. Yo empiezo. — Se aclaró la garganta dramáticamente antes de preguntar, —¿Alguna vez han pensado en cómo serían como padres?

Misha, sorprendentemente el primero en responder, dijo: —Sí, de hecho. Siempre me ha gustado la idea de enseñar a un pequeño sobre el mundo, verlo crecer... Aunque me asusta un poco la responsabilidad que implica.

—Completamente de acuerdo, -respondió Diego. —A veces me pregunto si seré capaz de equilibrar la necesidad de protegerlos con permitirles cometer sus propios errores. Es un equilibrio delicado.

Mi turno llegó, y confesé: —He pensado en ello, especialmente en transmitirles lo mejor de mí, y en cómo inculcarles la importancia de ser amables y comprensivos con los demás. Pero, la idea de moldear una vida... es intimidante.

Emma sonrió. —Bueno, yo creo que sería la tía divertida que les enseña travesuras. Pero en serio, me gustaría enseñarles a ser fuertes e independientes.

La conversación fluyó, cada uno compartiendo perspectivas y risas, hasta que llegó el turno de Diego de hacer una pregunta. —Está bien, aquí va. Si pudieran elegir cualquier lugar del mundo para vivir, ¿dónde sería y por qué?

Emma no dudó. —Algún lugar con playa. Amo el sol y el mar, y la idea de despertarme cada día con la vista del océano es mi definición de paraíso.

Misha se inclinó por algo completamente distinto. -Las montañas. Hay algo en la tranquilidad y la majestuosidad de estar rodeado de naturaleza que me hace sentir en paz.

Miré a Diego, esperando su respuesta. —Siempre he tenido un lugar especial en mi corazón para la ciudad. La energía, la gente, las oportunidades. Aunque, estar aquí, rodeado de montañas... empiezo a ver su encanto.

Cuando llegó mi turno, dije: —Me atrae la idea de vivir en un lugar con mucha historia, tal vez Europa. Poder explorar y aprender sobre el pasado directamente... sería como vivir en un cuento de hadas.

El juego continuó, cada pregunta y respuesta revelando un poco más sobre nosotros, tejiendo una tela de complicidad y afecto. A pesar de los momentos difíciles, esos intercambios ligeros y genuinos nos recordaron la importancia de las conexiones humanas, de encontrar alegría incluso en las circunstancias más adversas.

Quería ponerle un poco más de sabor a este día tan extraño, lleno de emociones desafiantes. Ahora, con el juego de "Yo nunca" y la adición de un giro un poco más atrevido con shots de tequila, la noche prometía convertirse en una de esas memorias que se cuentan años después con una sonrisa cómplice.

Emma, con la chispa de travesura brillando en sus ojos, fue la primera en subir la apuesta. —Yo nunca he saltado en bungee, —anunció. Misha y yo intercambiamos miradas antes de tomar cada uno nuestro shot, aceptando la derrota con una risa. Diego y Emma, por otro lado, se jactaron de su cautela con una sonrisa.

Con el juego avanzando, las preguntas se tornaron gradualmente más íntimas, más personales. Misha, con una sonrisa ladeada, lanzó la siguiente. —Yo nunca he estado secretamente enamorado de un amigo. — Mis ojos se encontraron con los de Diego por un momento, ambos conscientes del peso de esa afirmación en nuestro propio viaje. Con una sonrisa tímida, tomé mi shot, mientras Diego hacía lo mismo, ambos admitiendo silenciosamente nuestros sentimientos pasados.

Diego, con un brillo de desafío en sus ojos, elevó aún más el nivel. —Yo nunca he tenido un amor a primera vista. — Emma, con una risa, fue la única que no tomó su shot, proclamando con orgullo su escepticismo hacia tales nociones románticas. Los demás, incluido yo, compartimos una mirada y reímos, aceptando el reto y bebiendo. Yo la mire con ojos muy abiertos y al final terminó tomándoselo. ¡La muy mentirosa!

Llegó mi turno, y con una mezcla de nerviosismo y audacia, dije, —Yo nunca he besado a alguien bajo la lluvia. — A excepción de Emma, quien rodó los ojos dramáticamente, todos tomamos nuestro shot, compartiendo historias breves de momentos románticos dignos de película.

El juego continuó, cada "yo nunca" revelando capas de nuestras historias, nuestras inseguridades y nuestros sueños. A través de la risa y las confesiones, sentí cómo los lazos entre nosotros se fortalecían, cómo las barreras se desvanecían dejando espacio para una honestidad cruda y hermosa.

—Yo nunca he querido tanto volver a empezar con alguien como ahora, —murmuré, más para mí misma que como parte del juego. La mesa quedó en silencio por un momento, todos conscientes del peso de mis palabras. Diego me miró, su expresión suave, y sin necesidad de shots esta vez, supe que compartía mi sentimiento.

A medida que la noche se desvanecía y los últimos shots se consumían, nos dimos cuenta de que, más allá del juego, habíamos compartido un momento de vulnerabilidad y conexión verdadera. Las risas, las confesiones y los tequilas consumidos no fueron solo parte de un juego, sino pasos hacia un entendimiento más profundo el uno del otro, un recordatorio de que, a pesar de todo, estábamos juntos en este viaje, listos para enfrentar lo que viniera, con corazones abiertos y la voluntad de empezar de nuevo.

22

DIEGO



A medida que avanzábamos, las preguntas se tornaron más personales, más íntimas. —Yo nunca he tenido un amigo con derechos, —lanzó Emma, con un brillo desafiante en los ojos. Esta vez, todos tomamos nuestros shots, una admisión silenciosa que provocó una explosión de risas y un intercambio de miradas cómplices y sorprendidas.

El juego tomó un giro más serio cuando Misha, con una mirada pensativa, dijo: —Yo nunca he sentido celos de un amigo. — El silencio se instaló por un momento, cargado de la tensión no resuelta entre nosotros. Con una respiración profunda, tomé mi shot, enfrentando las emociones que había tratado de esconder. La mirada que intercambié con Misha fue una de entendimiento mutuo, una promesa tácita de dejar atrás los celos y avanzar.

Cuando llegó mi turno, decidí profundizar en nuestras emociones. —Yo nunca he estado realmente enamorado. — dije. Mis palabras colgaron en el aire, cargadas de significado. Addison y yo nos miramos, una corriente eléctrica de entendimiento pasando entre nosotros. Ninguno tomó shot alguno.

El juego nos había llevado a un punto de vulnerabilidad y sinceridad. —Esto... ha sido revelador, — admití, sintiendo cómo la atmósfera había cambiado, volviéndose más íntima, más conectada.

Addison asintió, su mano buscando la mía debajo de la mesa. —Gracias por esta noche, por la honestidad. Me siento... más cerca de todos ustedes. —expresó.

La noche terminó con promesas de hacer más de esas listas de sueños y planes futuros, incluso de bailar bajo la lluvia juntos alguna vez. A pesar de la incomodidad inicial y las tensiones, "Yo nunca" se convirtió en un puente hacia un entendimiento más profundo entre nosotros, reforzando nuestra unidad y determinación para enfrentar juntos lo que el futuro nos deparará en la búsqueda de Madame Brish y más allá.

Mientras nos retirábamos a nuestras habitaciones, sentí una renovada esperanza y una conexión fortalecida no solo con Addison, sino con Emma y Misha también. La noche había sido una sorprendente mezcla de revelaciones y confirmaciones. Me acosté con la sensación de que, sin importar lo que nos esperara, estábamos en esto juntos, unidos por lazos recién forjados y viejos lazos reafirmados.

Después del juego y una noche de revelaciones íntimas, nuestro espíritu de equipo estaba más fuerte que nunca. La mañana siguiente, mientras tomábamos el desayuno en el pequeño comedor del hotel, decidimos intentar una vez más preguntar a los locales sobre Madame Brish, pero con un enfoque más sutil. Fue entonces cuando un anciano, que había escuchado nuestra conversación desde una mesa cercana, se acercó.

—He oído que buscan a Madame Brish, —comenzó, su voz ronca pero clara. —No muchos aquí saben de ella, o prefieren no hablar. Pero si realmente necesitan encontrarla, hay una casita al final del sendero que atraviesa el bosque al este del pueblo. Eso sí, no es un camino fácil.

Armados con esta nueva información y un renovado sentido de propósito, Emma, Misha, Addison y yo agradecimos al anciano y partimos inmediatamente. El cielo estaba cubierto, y pronto, gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer, como si el mismo cielo quisiera probar nuestra determinación.

El sendero era exactamente como el anciano había descrito: tortuoso y pesado, ahora embarrado y resbaladizo por la lluvia. En varias ocasiones, alguno de nosotros resbalaba, provocando caídas que terminaban en risas a pesar de la incomodidad y la humedad que calaba hasta los huesos. Estas pequeñas pruebas, lejos de desanimarnos, parecían fortalecer aún más nuestro lazo, como si cada desliz y cada sonrisa compartida nos acercara más a nuestro objetivo.

Después de lo que pareció una eternidad luchando contra el lodo y la persistente lluvia, finalmente llegamos a una pequeña casita desvencijada que parecía surgir de la mismísima niebla, como algo sacado de un cuento antiguo. La vista de la humilde vivienda, con su techo a dos aguas y paredes que contaban historias de tiempos mejores, nos llenó de una mezcla de alivio y anticipación.

Nos detuvimos un momento para contemplarla, recuperando el aliento y la compostura antes de acercarnos. La casita, aislada y rodeada de una espesura que apenas dejaba pasar la luz del día, tenía un aire de misterio, casi como si guardara secretos olvidados por el tiempo.

— ¿Creen que realmente sea aquí? —preguntó Emma, mirando la estructura con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Supongo que solo hay una manera de averiguarlo, —respondió Misha, dando un paso adelante.

Tomé la delantera, sintiendo la responsabilidad y el peso de nuestras esperanzas sobre mis hombros. Cada paso hacia la puerta de la casita incrementaba la tensión entre nosotros, un silencio expectante que solo era interrumpido por el sonido de la lluvia golpeando el techo y el suelo a nuestro alrededor.

Al llegar a la puerta, tomé una respiración profunda antes de llamar. No sabíamos qué o quién nos esperaría al otro lado, pero estábamos juntos en esto, unidos por un viaje que había comenzado con la búsqueda de respuestas para Addison. Una travesía que nos había llevado a enfrentar desafíos y descubrir fortalezas que no sabíamos que teníamos.

En ese momento, justo antes de llamar a la puerta de la casita desvencijada, supe que, sin importar el resultado, esta aventura ya había cambiado nuestras vidas para siempre.

Después de un momento de vacilación, toqué la puerta de la casa, cada golpe resonando con una mezcla de esperanza y ansiedad. La puerta se abrió lentamente, revelando a una figura que, a pesar de los años, reconocí de inmediato: Madame Brish. Su apariencia había cambiado, el tiempo había dejado su huella, pero sus ojos conservaban la misma intensidad penetrante que recordaba.

—Diego, Addison, — dijo con una voz que resonó con una familiaridad inesperada. —Parece que fue ayer cuando los vi por última vez. — Su reconocimiento inmediato de nosotros nos tomó por sorpresa, una muestra de la profunda impresión que habíamos dejado en ella, o quizás, de su inusual habilidad para recordar a las personas que cruzaban su camino.

Madame Brish nos hizo un gesto para que entráramos, su hospitalidad evidente a pesar de las circunstancias inesperadas de nuestra visita. —Entren, deben estar agotados y fríos. Pueden bañarse y quitarse ese lodo. He puesto a calentar agua para ustedes.

Nos miramos entre nosotros, sorprendidos pero agradecidos por su cálida bienvenida. Emma y Misha compartieron una mirada de alivio y curiosidad, claramente aliviados de finalmente estar en un lugar seco y cálido. Seguimos a Madame Brish al interior de la casita, que, a pesar de su aspecto deteriorado en el exterior, era acogedora y cálida por dentro, con un fuego crepitante que llenaba el espacio tanto de luz como calor.

—Vamos, quítense el frío. — insistió Madame Brish, señalando hacia el baño, donde había toallas y ropa seca esperándonos. Uno por uno, tomamos turnos para limpiarnos del barro y el frío, cambiando nuestros ropajes mojados por la comodidad de algo de ropa seca que nos había proporcionado.

Una vez limpios y cambiados, nos reunimos alrededor del fuego, cada uno sintiéndose más cómodo y en paz en el cálido resplandor de las llamas. Madame Brish nos observaba con una mirada que sugería una profunda sabiduría y comprensión, como si pudiera ver más allá de nuestras apariencias exteriores y alcanzar la esencia de nuestros seres.

—Debe haber una razón poderosa para que hayan venido a buscarme después de tanto tiempo, — comenzó, su voz suave pero firme. —Y estoy segura de que no es solo para recordar viejos tiempos.

Su declaración abrió el camino para que compartiéramos nuestra búsqueda, las razones detrás de nuestro viaje y la esperanza de que ella pudiera ayudar a Addison a recuperar sus recuerdos perdidos. Aunque todavía no habíamos abordado el tema directamente, su disposición a escucharnos, a acogernos después de un viaje tan desafiante, nos llenó de esperanza.

Ese encuentro con Madame Brish, en la intimidad y calidez de su hogar, marcó el inicio de una conversación que, sentíamos, podría cambiarlo todo. Si bien estábamos agotados, sumado a las pruebas que habíamos enfrentado para llegar hasta aquí, la sensación de estar exactamente donde necesitábamos estar era innegable. Nos acomodamos, preparados para compartir nuestra historia y escuchar lo que Madame Brish tenía para decir, sabiendo que este era un momento crucial en nuestro viaje juntos.

La señora nos condujo a sentarnos en un círculo cerca del fuego, su luz parpadeante lanzaba sombras danzantes sobre las paredes, creando un ambiente sin lugar a dudas místico. Nos acomodamos en los cojines dispuestos en el suelo, mientras el aroma de hierbas y madera quemada llenaba el espacio, invocando una sensación de antigua sabiduría y tranquilidad.

Con los ojos de todos posados sobre ella, Addison comenzó a relatar nuestra historia, la voz temblorosa al principio, pero ganando fuerza con cada palabra. Habló de cómo nos conocimos, de los momentos compartidos, de la intensidad de nuestro amor, y cómo, tras nuestra separación, una parte de ella se perdió, desembocando en el vacío de sus recuerdos.

Madame Brish escuchaba atentamente, asintiendo ocasionalmente, sus ojos nunca dejando el rostro de Addison. —El corazón y la mente tienen formas misteriosas de protegernos del dolor, —comentó suavemente después de que Addison terminara su relato. —A veces, en un esfuerzo por salvarnos, nos quitan recuerdos, momentos, hasta que estamos preparados para enfrentarlos de nuevo.

Se levantó y se acercó a nosotros, sus movimientos gráciles y medidos. —Vuestros tatuajes, — dijo, señalando la marca compartida entre Addison y yo, —son más que simple tinta en la piel. Son un vínculo, una conexión que va más allá de lo físico, arraigada en lo espiritual.

Explicó que la separación y el tiempo aparte habían servido como una barrera, no solo física sino emocional, que impedía que esos recuerdos aflorarán. —La llave para desbloquear esos recuerdos perdidos, —continuó, —no se encuentra en buscar incansablemente en el pasado, sino en perdonarse a sí mismos y el uno al otro por cualquier dolor causado, por cualquier camino tomado que los llevó a separarse.

La habitación quedó en silencio, sus palabras resonando profundamente en nosotros, especialmente en Addison, cuyos ojos se llenaron de lágrimas ante la revelación. —El perdón..., —murmuró, la idea pareciendo encajar en piezas de un rompecabezas que había estado tratando de resolver.

—El perdón les permitirá abrir sus corazones de nuevo, — afirmó Madame Brish, —y solo entonces, los recuerdos volverán, fluyendo como un río que finalmente encuentra su camino al mar. Vuestra conexión es poderosa, vuestra unión, sellada por esos tatuajes, es un recordatorio constante de que, a pesar de cualquier adversidad, el amor puede perdurar.

Nos instó a pasar la noche en reflexión, considerando sus palabras y lo que significaban para nosotros. —Mañana, — dijo, —cuando el sol ascienda, empezarán el proceso de sanación verdadera, juntos.

Esa noche, bajo el techo de Madame Brish, fue una de introspección y revelación. Mientras Emma y Misha dormían en una habitación contigua, Addison y yo compartimos miradas de comprensión y promesa. Las palabras de Madame Brish sobre el perdón y la recuperación de los recuerdos habían abierto una nueva vía de esperanza, una que estábamos dispuestos a explorar juntos, paso a paso, con nuestros corazones abiertos al amor y al perdón, unidos por siempre por la misteriosa magia de nuestros tatuajes.

Después de un rato charlando con Madame Brish, Addison y Emma decidieron quedarse adentro para conocer más sobre su interesante colección de arte y talismanes. Misha y yo, por otro lado, estábamos ansiosos por estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco.

—Oye, Misha, ¿qué te parece si exploramos el bosque de atrás? Me han dicho que las vistas son impresionantes, —le sugerí mientras nos preparábamos para salir. La idea de una caminata me parecía perfecta para sacudirnos el largo viaje en coche.

—Claro, hermano, pero si encuentro un bicho raro, lo voy a nombrar en tu honor, —respondió Misha con una sonrisa traviesa. Eso era típico en él, siempre listo para convertir cualquier actividad en una aventura.

Nos adentramos en el bosque, siguiendo un sendero que serpenteaba entre los árboles. La tierra estaba húmeda y el aroma a tierra mojada llenaba el aire.

—Así que, ¿cómo van las cosas con Addison? —preguntó Misha mientras esquivábamos un charco de barro.

—Todo bien, bro. Cada día es algo nuevo. Es como estar en una montaña rusa emocional, pero de las buenas, —respondí, y ambos reímos.

—Espero que no tan emocionante como esta caminata, —bromeó Misha justo antes de dar un pequeño salto para evitar otra zona embarrada.

No mucho después de esa conversación, Misha se detuvo de repente, agitando su pierna con una mueca de molestia. —Mierda, algo me picó, —murmuró, examinando su pantorrilla.

—Espero que no sea nada serio. —respondí examinando su pierna.

Apenas unos pasos más adelante, mientras me reía de un chiste que Misha acababa de contar sobre su última cita fallida, mis pies perdieron tracción en el lodo resbaladizo. Mis brazos se agitaron en el aire, buscando algo a qué aferrarse, pero fue en vano. Con un grito ahogado, terminé de espaldas en el lodo, cubierto de tierra y hojas.

—¿Estás bien, hombre? —preguntó Misha, tratando de contener su risa mientras me extendía una mano para ayudarme a levantar.

—Sí, solo mi ego está un poco magullado, —contesté, sacudiéndome el barro. —Vamos a llamarlo un día, antes de que terminemos necesitando una búsqueda y rescate.

Después de decidir dejar a Addison y Emma explorando los misterios de Madame Brish, Misha y yo nos aventuramos al bosque cercano para despejarnos un poco. La idea de sumergirnos en la naturaleza siempre había sido un buen escape para ambos.

—Hombre, tienes que contarme más sobre tu tiempo en Ucrania. Nunca profundizamos en eso, —comenté mientras evitábamos una rama baja.

Misha, usualmente reservado sobre su pasado, se tomó un momento antes de responder. Miró hacia el sendero cubierto de hojas, como si estuviera desenredando sus pensamientos.

—Bueno, fue una época complicada, —empezó, su tono más serio de lo habitual. —Crecí en una pequeña ciudad cerca de Lviv. La vida allí... era dura, sabes. No teníamos mucho, y a veces, solo el hecho de conseguir lo básico era un desafío diario.

Asentí, dándole espacio para continuar.

—Pero fue allí donde aprendí a ser resiliente, a apreciar las pequeñas cosas. Mi abuela, ella era una fuerza de la naturaleza. Me enseñó a cocinar, a cuidar de las plantas, a escuchar más y hablar menos. Esas lecciones... creo que son la razón por la que me he manejado bien hasta ahora.

—Suena como una mujer increíble, —dije, genuinamente impresionado.

Misha sonrió con algo de tristeza. —Lo era, y me duele que no haya vivido lo suficiente para ver dónde estoy ahora. Creo que habría estado orgullosa.

—No lo dudo, hermano, —respondí. —Y hablando de lecciones, ¿qué te trajo a este lado del mundo?

—La promesa de una vida mejor. Sabes, oportunidades que simplemente no teníamos allá. Mi padre siempre decía que el mundo era grande y que no debíamos limitarnos a nuestro pequeño rincón.

Su historia me resonó profundamente. Mientras continuábamos caminando, el paisaje nos ofreció un respiro visual, pero nuestras conversaciones se volvían cada vez más profundas, tocando temas de pérdidas, esperanzas y sueños renovados.

Riendo y charlando sobre nuestras pequeñas desventuras, regresamos a la casa de Madame Brish, donde Addison y Emma nos esperaban con tazas de té caliente y curiosidad por nuestras aventuras en el bosque. A pesar de los pequeños percances, la tarde se había convertido en otra excelente historia para compartir.
***

Al amanecer, con los primeros rayos de sol filtrándose por las ventanas de la casita, nos reunimos nuevamente alrededor del fuego, ahora reducido a brasas que aún desprendían un calor reconfortante. Madame Brish nos esperaba, su presencia serena y sabia parecía invitar a la apertura y la sinceridad.

—La noche trae consejo, — comenzó ella, mirándonos con ojos que parecían haber visto más allá de lo que nosotros podíamos imaginar. —Espero que hayáis tenido tiempo para reflexionar sobre lo que hablamos ayer.

Addison fue la primera en tomar la palabra, su voz más firme que en cualquier otro momento del viaje. —Madame Brish, sus palabras sobre el perdón resonaron profundamente en mí. He estado pensando... sobre todo lo que Diego y yo hemos atravesado, y cómo, a pesar de todo, aquí estamos. Juntos.

Giré mis ojos hacia Addison, sintiendo una oleada de amor y admiración por su valentía. —Sí, — añadí, —y yo he estado reflexionando sobre lo que significa realmente perdonar, no solo a Addison, sino a mí mismo por las decisiones que tomé, por el camino que elegí seguir sin ella.

Madame Brish asintió, satisfecha. —El perdón es, a menudo, el primer paso hacia la sanación. Pero no es solo perdonar a los demás; es también perdonarse a sí mismos. Su separación, aunque dolorosa, les ha permitido crecer, aprender, convertirse en las personas que están destinados a ser.

— ¿Cómo sabemos si estamos listos para perdonar? ¿Cómo sabemos si los recuerdos volverán? — preguntó Addison, la incertidumbre teñida de esperanza en su voz.

—El perdón llega cuando el amor supera al dolor, cuando la presencia del otro los llena de paz y no de resentimiento, —explicó Madame Brish. —En cuanto a los recuerdos, ellos buscarán su camino de regreso a ustedes cuando sus corazones estén listos para recibirlos. No se puede forzar, solo permitir que fluyan naturalmente.

— ¿Y nuestros tatuajes? Mencionaste que son más que tinta en la piel, que son un vínculo entre nosotros. ¿Cómo juegan un papel en todo esto? — indagué, curioso sobre la conexión que Madame Brish había establecido entre nuestra unión y los tatuajes que compartíamos.

—Los tatuajes son manifestaciones físicas de su conexión, símbolos de su viaje tanto juntos como por separado. Actúan como anclas, recordatorios de lo que han superado y de la fuerza de su vínculo. A medida que sanen, podrán encontrar en ellos una fuente de poder y consuelo, — dijo con una certeza que parecía infundirnos coraje.

Madame Brish se levantó, acercándose a nosotros y tomando nuestras manos.

—Ahora, miraos el uno al otro, recordad por qué habéis emprendido este viaje, por qué habéis luchado tanto para encontraros de nuevo. En ese recuerdo, en ese amor, encontraréis la clave para desbloquear lo que se ha perdido.

Nos miramos, los ojos de Addison encontrando los míos, y en ese momento, algo se movió dentro de mí, un reconocimiento de todo lo que habíamos sido y de todo lo que aún podríamos ser. Las palabras de Madame Brish no solo habían sido una guía, sino también una bendición, un impulso hacia un futuro en el que, juntos, podríamos reconstruir y redescubrir los lazos que nos unían.

La conversación con Madame Brish, en esa mañana tranquila y luminosa, no solo marcó el inicio de nuestra sanación, sino que también reafirmó nuestra determinación de enfrentar juntos lo que viniera, armados con un entendimiento más profundo de nuestro amor, de nuestro pasado y del camino hacia el perdón.

***

Los cuatro nos encontramos reunidos en un pequeño claro frente a la casa de Madame Brish, cada uno sumido en sus pensamientos, pero compartiendo una sensación palpable de alivio. La conversación había sido reveladora, y ahora, mientras el sol se ponía, derramando su luz dorada a través de las ventanas, el peso de la incertidumbre parecía aligerarse ligeramente sobre nuestros hombros.

—Me siento... no sé, como si finalmente hubiéramos encontrado un pedazo del rompecabezas que hemos estado buscando, —comenzó Addison, rompiendo el silencio que nos había envuelto desde que regresamos. Su voz reflejaba un cauteloso optimismo, una chispa de esperanza que había estado ausente.

Emma asintió, apoyando a su hermana. —Sí, Madame Brish tenía una forma de hablar que hacía que todo pareciera más claro, ¿no es así? Como si de alguna manera supiera exactamente lo que necesitábamos escuchar.

Miré a Addison, encontrando en sus ojos una profundidad renovada. —Hablar de perdón, de enfrentar nuestros miedos y abrir nuestros corazones... es un camino difícil, pero siento que es el correcto. Madame Brish nos dio más que respuestas; nos ofreció una dirección a seguir, —dije, sintiendo cómo las palabras de la anciana resonaban aún en mi interior, guiándome.

Misha, siempre el pragmático del grupo, añadió: —Y no olvidemos la parte sobre los tatuajes, sobre cómo están conectados a todo esto. Es fascinante pensar que algo que decidieron hacer juntos podría tener tanta significación en el gran esquema de las cosas.

La conversación giró entonces hacia los próximos pasos, hacia cómo podríamos aplicar lo que Madame Brish nos había enseñado en nuestro viaje hacia la sanación y la recuperación de los recuerdos perdidos de Addison. —Creo que lo más importante ahora es concentrarnos en el aquí y el ahora, en sanar, 3 dijo Addison, su voz firme. —Todo lo demás vendrá a su tiempo.
—Exactamente, — coincidí, asintiendo tanto verbalmente como con la cabeza —Y estamos juntos en esto, pase lo que pase. No tienes que enfrentar esto sola, Addison. Ni tú ni nadie.

La determinación compartida fortaleció el lazo entre nosotros, una unión forjada no solo por la búsqueda de respuestas sino también por la comprensión de que lo que realmente importaba era el viaje, el proceso de curación y crecimiento que estábamos emprendiendo juntos.

A medida que la noche se cernía sobre nosotros, el ambiente se llenó de una sensación de propósito y determinación. Aunque el camino por delante era incierto y, sin duda, lleno de desafíos, la conversación con Madame Brish nos había brindado un poco de claridad y dirección. Y con eso, por el momento, era suficiente. Con corazones definitivamente más ligeros y mentes más abiertas, estábamos listos para enfrentar lo que viniera, sabiendo que, siempre que permaneciéramos unidos, podríamos superar cualquier cosa.

Después de nuestra reunión grupal, donde habíamos compartido nuestras esperanzas y miedos, Addison buscó un momento a solas con ella, buscando profundizar en las revelaciones que Madame Brish había esbozado sobre su amnesia. Yo observé desde lejos, ofreciéndoles privacidad, mientras ellas se adentraban en una conversación más íntima.

—Madame Brish, mencionaste que algo de mi pasado reciente es lo que realmente desencadenó mi amnesia... que no está relacionado únicamente con Diego. ¿Puedes decirme más sobre eso? —Addison preguntó, la ansiedad y la esperanza mezclándose en su voz.

La señora, con su mirada serena y profunda, asintió lentamente. —Addison, lo que te ha sucedido es complejo. Tu mente ha elegido olvidar para protegerte de un dolor insoportable. Y sí, parte de ese dolor involucra tu relación con Diego, pero hay más... algo más reciente que actuó como el catalizador final para tu amnesia.

Addison absorbía cada palabra, su postura tensa denotando la tormenta de emociones que debía estar sintiendo. — ¿Qué puedo hacer para enfrentarlo, para recuperar mis recuerdos? Necesito saber, por difícil que sea.

—Para ayudarte a desbloquear esos recuerdos y enfrentar lo que ocurrió, debemos realizar un ritual esta noche, — explicó Madame Brish, su tono lleno de una gravedad calmada. —Es importante que te prepares mental y emocionalmente para lo que pueda surgir. Debes estar lista para aceptar y enfrentar la verdad, sin importar lo dolorosa que pueda ser.

La idea de un ritual sumió a Addison en un profundo pensamiento, probablemente sopesando la magnitud de lo que estaba por venir. —Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario. Quiero... necesito entender qué me pasó.

Madame Brish le ofreció una sonrisa reconfortante. —Será un viaje desafiante, pero no estarás sola. Tienes a personas que te quieren y te apoyarán a través de esto. La verdad puede ser dolorosa, pero también es el camino hacia la sanación y la libertad.

Addison asintió, la determinación en sus ojos. —Gracias, Madame Brish. Haré lo que sea necesario.

La noticia del ritual y las implicaciones de las palabras de Madame Brish resonaron en todos nosotros. Aunque solo Addison y Madame Brish sabían los detalles de su conversación, el acuerdo de quedarnos una noche más y participar en el ritual luego de esa puesta de sol nos unió significativamente. Esto reafirmó nuestro compromiso de apoyar a Addison en cada paso del camino hacia la recuperación de sus recuerdos y su sanación.

Esa noche, alrededor del fuego, bajo el cielo despejado y bien estrellado, nos reuniríamos en un círculo de confianza y amor, listos para enfrentar juntos lo que viniera, armados con la esperanza de que al final del ritual, Addison estaría un paso más cerca de la verdad y de volver a ser ella misma.

***

Después de que Addison tuviera su conversación con Madame Brish, buscó un momento para estar a solas conmigo, necesitando hablar sobre el próximo ritual y, supongo, desentrañar juntos el nudo de emociones y expectativas que ambos sentíamos.

Encontramos un pequeño rincón tranquilo afuera de la casita, un lugar donde la brisa suave y el susurro de las hojas creaban un espacio íntimo para nosotros. Allí, bajo la sombra de un viejo roble, nos sentamos lado a lado, mirando hacia el horizonte donde el cielo comenzaba a teñirse con los colores del atardecer.

Addison rompió el silencio primero. —Diego, Madame Brish dice que hay algo... algo de mi pasado reciente que desencadenó mi amnesia. Y que vamos a hacer un ritual esta noche para enfrentarlo. — Su voz era firme, pero noté la ligera vibración de ansiedad en sus palabras.

Asentí, tomando su mano entre las mías para ofrecerle algo de confort. —Lo sé. Y quiero que sepas que estaré contigo en cada paso del camino, Addi. No importa lo que ese ritual revele, lo enfrentaremos juntos.

Ella apretó mi mano en respuesta, un gesto simple pero cargado de significado.

—Tengo miedo, Diego. Tengo temor de lo que voy a recordar... de cómo esas memorias de mi corazón pueden cambiar la forma en que veo mi vida, mi pasado... incluso a nosotros.

—Es comprensible tener miedo, — dije suavemente, buscando sus ojos. —Pero recuerda, lo que sea que descubras sobre tu pasado, no tienes que enfrentarlo sola. Estoy aquí, y lo que hemos construido juntos, lo que sentimos el uno por el otro... eso es real, Addison. No va a cambiar. Aunque haya que hacer un ritual con Madame Brish, debemos tener un ritual entre nosotros de compartir todo, tanto pesares como bondades.

Ella se recostó contra mí, consolándose con mi cercanía. — ¿Y si lo que encuentro es terrible? ¿Y si...? —Su pregunta se perdió, dejada sin terminar, pero entendí la profundidad de su preocupación.

—Entonces lo superaremos. Juntos, — afirmé. —Nuestro pasado no define nuestro futuro, Addison. Lo importante es cómo elegimos enfrentar esos momentos, cómo crecemos a partir de ellos.

Por un momento, el mundo pareció detenerse a nuestro alrededor, y en ese silencio compartido, sentí la fuerza de nuestra conexión, un lazo que, a pesar de los desafíos y las incertidumbres, nos mantenía unidos.

—Gracias, Diego. Por estar aquí, por ser mi roca— susurró ella, con voz emocionada.

—No hay nada que agradecer. Estamos en esto juntos, recuérdalo siempre, — le dije,

Y en ese momento, bajo el crepúsculo que se desplegaba ante nosotros, sentí una renovada determinación. El ritual de esa noche sería un desafío, sí, pero también una oportunidad. Una oportunidad para sanar, para entender, y más que nada, para avanzar juntos hacia lo que esperábamos fuera un futuro lleno de esperanza y amor.

# 23

# ADDISON



La noche había caído con una tranquilidad engañosa, el cielo estrellado y la suave brisa de la montaña formaban el telón de fondo para el ritual que estaba a punto de comenzar. Madame Brish nos había preparado, hablando suavemente sobre la importancia de la mente abierta, el corazón dispuesto a enfrentar y aceptar la verdad, sin importar cuán dolorosa pudiera ser. Diego, Emma, y Misha estaban a mi lado, un faro de apoyo incondicional en la oscuridad que se cernía.

Nos reunimos alrededor de un pequeño fuego que Madame Brish había encendido, las llamas danzando y lanzando sombras sobre nuestros rostros. La anciana comenzó a murmurar palabras en un lenguaje que no reconocía, su voz tejiendo una melodía antigua y poderosa alrededor nuestro. En sus manos, sostenía lo que parecía ser un pequeño puñado de hierbas y objetos personales que le había entregado previamente, elementos que, según explicó, ayudarían a canalizar los recuerdos perdidos.

A medida que el ritual avanzaba, sentía una calidez creciente en mi pecho, un cosquilleo que se extendía por mis extremidades, conectándome de alguna manera con las llamas frente a mí. Cerré los ojos, dejando que la voz de Madame Brish me guiara a través de la oscuridad que había envuelto mis recuerdos.

Y entonces, sin previo aviso, las imágenes comenzaron a inundar mi mente, vívidas y abrumadoras. Recordé los momentos felices y los dolorosos, el amor y la pérdida, la risa y las lágrimas. Recordé a Diane, mi amiga de la infancia, nuestra conexión inquebrantable y los secretos compartidos bajo la sombra de viejos árboles. Y recordé a Diego, nuestro amor intenso y puro, un vínculo que parecía desafiar el tiempo y la distancia.

Pero entonces, la escena cambió, y me vi a mí misma con Jayden, en un momento que había sido borrado de mi conciencia.

En el corazón del ritual, las imágenes y sonidos del pasado comenzaron a envolverme, tan reales y palpables como si estuviera viviendo esos momentos de nuevo. El recuerdo emergió de las sombras de mi mente, una secuencia de eventos desencadenados por la ira y el miedo, proyectándose ante mí como una escena de un sueño intensamente vívido.

*Estábamos Jayden y yo, en su apartamento, rodeados por las paredes que habían sido testigos de nuestra relación en sus mejores y peores momentos. La atmósfera estaba cargada de tensión, un presagio del tormento que estaba por desatarse.*

*—¿Cómo pudiste hacerme esto, Jayden? — mis palabras brotaban entre sollozos, una mezcla de incredulidad y dolor ante la traición que acababa de descubrir. —Creí en ti... confié en ti...*

*Jayden, con el rostro tenso y los puños apretados, dio un paso hacia mí. Su voz, cuando finalmente habló, estaba teñida de una frialdad que nunca había sentido dirigida hacia mí. — ¿Qué querías que hiciera, Addison? ¿Que simplemente me quedara de brazos cruzados mientras arruinas todo lo que hemos construido?*

*—No estoy arruinando nada. ¡Estás exagerando, como siempre! — replicaba, tratando de*

*defenderme, aunque el miedo comenzaba a enraizarse en lo más profundo de mi ser.*

*— ¡Exagerando! Todo este tiempo, tratando de hacerte ver la realidad, pero tú... tú simplemente no quieres escuchar. — La voz de Jayden escalaba con cada palabra, hasta que no fue más que un rugido lleno de frustración y desesperación.*

*Intenté dar un paso atrás, queriendo poner distancia entre nosotros, pero el espacio en el apartamento era limitado. —Jayden, por favor, cálmate. Podemos hablar de esto sin...*

*—No, ¡ya he tenido suficiente de 'hablar'! Tú nunca entiendes, — gritó, y antes de que pudiera anticipar su movimiento, Jayden me tomó del brazo, su agarre fuerte y doloroso.*

*— ¡Suéltame, me estás lastimando! — exclamé, el miedo ahora completamente cristalizado en pánico, mientras trataba inútilmente de liberarme.*

*En ese momento, la barrera que contenía la ira de Jayden se rompió completamente. Con un movimiento impulsado por un arrebato de ira, me empujó. La fuerza de su acción me tomó por sorpresa, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. El golpe fue duro, el frío del piso contrastando con el calor de las lágrimas que corrían por mi rostro.*

*— ¡Addison! —Jayden pareció recuperar la conciencia de sus actos, su voz ahora llena de pánico y arrepentimiento. Se acercó para ayudarme, pero yo lo rechacé con un gesto de mi mano, el miedo y la traición anidados en mi corazón.*

*Pero el golpe fue tan fuerte que me desvanecí y no supe más de mí, solo sabía que el miedo de que me hiciera más daño me recorría el cuerpo aun en la inconciencia.*

El recuerdo se desvaneció tan abruptamente como había comenzado, dejándome temblorosa en la realidad del ritual. Las palabras no dichas, los sentimientos de traición, el miedo y el dolor... todo había regresado con una claridad devastadora. Jayden, la persona que una vez amé, había cruzado un límite que nunca imaginé posible, marcando el comienzo de mi amnesia como un acto desesperado de mi mente para protegerme del dolor insoportable.

Cuando finalmente abrí los ojos, las lágrimas corrían por mis mejillas, pero también sentía una extraña sensación de alivio. El ritual había terminado, y aunque el peso del recuerdo recién descubierto era abrumador, no estaba sola. Diego me envolvió en sus brazos, su presencia un recordatorio de que, a pesar de las sombras del pasado, había luz y esperanza en el futuro.

—Estoy aquí pequeña, estoy aquí— Diego me mecía entre sus brazos dándome palabras de consuelo, sin siquiera saber por lo que estaba pasando ahora mismo. No quería hablar, de verdad que a este punto prefería olvidar todo nuevamente… ¿tanto pedí mis recuerdos para esto?

Mientras las secuelas del ritual se desvanecían y me encontraba envuelta en la calidez del fuego y el apoyo incondicional de aquellos que me rodeaban, un recuerdo específico comenzó a tomar forma, emergiendo desde las profundidades de mi mente recién desbloqueada. Era un recuerdo que implicaba a Jayden en los días siguientes al incidente, un momento de fingimiento y

manipulación que había olvidado hasta ahora.

*Estábamos en el hospital, yo confundida y vulnerable, luchando por comprender la bruma que envolvía mi memoria. Jayden estaba a mi lado, su expresión cuidadosamente compuesta para mostrar preocupación y amor, pero sus ojos... había algo en sus ojos que ahora, con el conocimiento de lo que realmente había sucedido, revelaba la verdad de su engaño.*

*—Addison, cariño, ¿cómo te sientes? — Su voz era suave, el tono perfectamente ajustado para transmitir cuidado y preocupación.*

*—Confundida, — admití, con voz leve. —Los doctores dicen que no recuerdo lo que pasó... que mi mente está bloqueando algo. Pero no entiendo por qué.*

*Jayden tomó mi mano, su agarre era firme, casi demasiado. —No tienes que preocuparte por eso ahora. Lo importante es que estás a salvo y que yo estoy aquí para cuidarte.*

*Pero había algo más, una capa subyacente en su promesa que no había detectado antes. —Pero ¿qué pasó, Jayden? Debe haber algo que desencadenó esto.*

*Él vaciló por un momento, su mirada desviándose antes de volver a encontrarse con la mía. — Fue solo un accidente, Addison. Te caíste y te golpeaste la cabeza. Fue mi culpa... no estaba allí para atraparte. Lo siento mucho.*

*La facilidad con la que mintió, el modo en que manipuló la verdad para esconder su propia violencia era ahora dolorosamente evidente. Estaba controlando la narrativa, esperando ansiosamente, quizás temerosamente, que los detalles del trauma permanecieran ocultos en las sombras de mi mente.*

*En los días y semanas siguientes, su comportamiento controlador se intensificó bajo el disfraz de protección y preocupación. Me alejó de amigos y familiares, insistiendo en que necesitaba tiempo y espacio para recuperarme, todo mientras vigilaba de cerca cualquier signo de que los recuerdos estaban regresando. Era una jaula dorada construida de mentiras y medias verdades, diseñada para mantenerme bajo su influjo y, más crucialmente, para evitar que descubriera y denunciara su acto de violencia física.*

Reflexionando sobre este recuerdo, la magnitud de la traición y manipulación de Jayden se hizo aún más clara. No cabe duda que mi cerebro decidió bloquear todo recuerdo en definitiva pues estaba sufriendo a consecuencia. Esos días en su apartamento sin ver a mi familia, a mi hermana me duelen. Había utilizado mi vulnerabilidad y confusión no solo para protegerse de las consecuencias de sus acciones sino también para intentar reescribir nuestra historia. Pero ahora, con la verdad revelada, me sentía empoderada, no como la víctima de su narrativa, sino como la arquitecta de mi propio camino hacia la sanación y la justicia.

Madame Brish me miraba con una mezcla de compasión y orgullo. —Ahora comienza el verdadero viaje de sanación, Addison, — dijo suavemente. —Con la verdad revelada, puedes enfrentar y superar el dolor. No será fácil, pero tienes a personas que te aman y te apoyarán en

cada paso del camino.

Después del ritual con Madame Brish, me sentía como si estuviera atrapada en una tormenta de emociones sin fin. Los recuerdos que había recuperado, particularmente aquellos que rodeaban a Jayden y el trauma que había experimentado, me sumergieron en un estado de shock. Aunque las palabras de apoyo y los intentos de consuelo por parte de Diego, Emma y Misha llegaban a mí, parecían hacerlo desde lejos, amortiguadas por el velo del dolor y la incredulidad que me envolvía.

Madame Brish, observando con una serenidad que contrastaba agudamente con mi turbulencia interna, se acercó y compartió su perspectiva. —Es completamente normal sentirse abrumada después de una experiencia tan intensa, — explicó con calma. —Tu mente y tu espíritu necesitan tiempo para procesar y empezar a sanar. Ahora, lo más importante es que descanses.

Después de la profunda conversación con Madame Brish, salí de la habitación sintiéndome como si llevara el peso del mundo sobre mis hombros. Su consejo resonaba en mi mente, un eco suave recordándome la importancia del descanso. Mientras caminábamos de regreso al hotel, noté cómo el aire fresco de la tarde comenzaba a calmar mis pensamientos agitados.

Diego, siempre atento, tomó mi mano y apretó suavemente, ofreciendo su apoyo silencioso. Emma y Misha caminaban un poco adelante, discutiendo en voz baja, probablemente sobre las revelaciones del día. Agradecí ese momento de quietud entre Diego y yo, un pequeño oasis de paz en medio del caos emocional.

Al llegar al hotel, el contraste entre la energía de la ciudad y nuestra necesidad de silencio y soledad se hizo más evidente. Subimos a nuestra habitación y, una vez dentro, el mundo exterior pareció desvanecerse. Diego cerró la puerta suavemente detrás de nosotros y, sin necesidad de palabras, entendió que necesitaba unos momentos para mí misma.

En la habitación, Diego me ayudó a acostarme en la cama, su preocupación y cuidado envolviéndome como un cálido abrazo. Me aseguró de que estuviera cómoda, ajustando las mantas a mi alrededor y apagando las luces para dejar solo una pequeña lámpara encendida, su luz suave ofreciendo un consuelo modesto en la oscuridad que me rodeaba.

—Voy a estar justo aquí, Addison. No estás sola, —me aseguró Diego, su voz firme pero llena de una empatía que rozaba el dolor. Sentí la presión de su mano sobre la mía, un ancla en el tumultuoso mar de mis emociones.

Una vez que estuve sola, las palabras de Madame Brish retumbaron en mi mente. Descansar, algo que parecía tan simple y, sin embargo, tan inalcanzable en ese momento. Sabía que tenía el apoyo de mis amigos, su amor y preocupación formaban un bálsamo contra las heridas de mi alma. Pero también sabía que el camino hacia la sanación era uno que tenía que recorrer por mí misma, paso a paso, enfrentando los recuerdos y las verdades que ahora se desplegaban ante mí.

Mientras me rendía al sueño, una parte de mí se aferraba a la esperanza de que, con el nuevo día, vendría una nueva fuerza. Una fuerza para enfrentar el pasado, para reconciliarme con los

recuerdos recuperados y, finalmente, para encontrar un camino hacia adelante, hacia una sanación real y profunda. En ese momento, entre la vigilia y el sueño, me permití creer en la posibilidad de un futuro donde el dolor de ayer no definiría mi mañana.

***

A la mañana siguiente, desperté envuelta en una sensación de fragilidad, como si cada parte de mí estuviera expuesta y vulnerable. El sol se filtraba suavemente a través de las cortinas, ofreciendo un contraste con la tormenta de emociones que había experimentado la noche anterior. Emma estaba ya despierta, sentada en el borde de su cama, mirándome con una preocupación que no necesitaba palabras para ser entendida.

— ¿Cómo te sientes, media? — preguntó, su voz llena de una suavidad reconfortante.

Me incorporé lentamente, sintiendo el peso de las revelaciones del ritual aún sobre mí. —Estoy... no estoy segura, — admití, intentando encontrar las palabras para expresar el torbellino dentro de mí sin revelar demasiado.

—Emma, necesito preguntarte algo sobre los días antes de... antes de mi amnesia.

Emma se acercó, su expresión ahora teñida de curiosidad y una inquebrantable disposición a ayudar. —Claro, lo que necesites. ¿Qué quieres saber?

Respiré hondo, sabiendo que tenía que ser cuidadosa con mis palabras. —Jayden, ¿te dijo algo sobre por qué no debía regresar a casa antes de mi amnesia?

Emma frunció el ceño, como si tratara de desenterrar un recuerdo específico. —Sí, lo hizo. Jayden dijo que habían decidido tomar unas pequeñas vacaciones, que necesitabas espacio para aclarar tus pensamientos y que había sido tu decisión mantenerte desconectada por unos días.

La sencillez con la que Emma relató la versión de Jayden me golpeó con una nueva ola de claridad. No había duda ahora de que había sido una mentira cuidadosamente construida por él, diseñada para mantener a Emma y a cualquier otro que pudiera ayudarme, alejados y en la oscuridad.

—Y tú le creíste? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta. Emma siempre había tenido un buen juicio, pero Jayden había manipulado la situación con una habilidad que dejaba poco espacio para la duda.

Mi gemela suspiró, su expresión complicada. —En ese momento, sí. No tenía motivos para no hacerlo. Dijo que en pocos días volverían, ya que querían tener un momento de reconexión como pareja. Pero... siempre sentí que algo no encajaba, Addie. Lo siento, debería haberlo cuestionado más.

—No, Emma. No es tu culpa. Jayden... él sabía exactamente qué decir, cuándo y cómo decirlo, — respondí, sintiendo un pesar que iba más allá de la mentira misma. Era la realización de cuán profundamente había permitido que Jayden se entrelazara en mi vida, al punto de alterar mi

realidad.

Ella se acercó y me tomó de la mano, su contacto firme y seguro. —Lo que importa ahora es que estás aquí, y vamos a averiguar la verdad juntas. Addie. Estoy contigo, pase lo que pase.

—El problema es Emma, que la verdad ya la sé, y es … dolorosa.

***

Después de nuestra conversación matutina, Emma y yo decidimos dar un paseo por los jardines del hotel. El aire fresco y el suave murmullo de la naturaleza parecían ofrecer el espacio perfecto para conversaciones difíciles. A medida que nos alejábamos de los demás huéspedes, encontramos un banco aislado bajo la sombra de un árbol frondoso, más recurrente en esta zona. Nos sentamos, y el silencio entre nosotras se extendió, cargado de anticipación y nerviosismo.

Finalmente, las palabras comenzaron a brotar de mí, como si una presa se hubiera roto. —Emma, hay algo que necesito contarte... sobre lo que recordé anoche. — Mi voz temblaba, y sentía las lágrimas acumulándose, listas para derramarse en cualquier momento.

Emma se volvió hacia mí, su expresión era todo apoyo y preocupación. —Lo que sea, Addie, estoy aquí para ti, —dijo, tomando mi mano entre las suyas.

Respiré hondo, intentando reunir el valor para verbalizar los recuerdos que habían resurgido. — Fue Jayden, — comencé, mi voz apenas un susurro. —La razón de mi amnesia... fue por algo que él me hizo. Hubo una discusión, una pelea, y... él se volvió violento. — Las palabras salían entrecortadas, cada una acompañada de un dolor punzante.

Las lágrimas empezaron a correr libremente por mis mejillas mientras los detalles del incidente se derramaban, cómo la discusión había escalado y cómo la violencia de Jayden no solo me había sorprendido, sino que me había aterrorizado hasta el núcleo. —Yo... yo nunca pensé que sería capaz de algo así. Pero me empujó, y caí... y después de eso, todo se volvió borroso. Mi mente... mi mente decidió olvidar para protegerme.

Emma me rodeó con sus brazos, ofreciéndome un consuelo físico mientras yo luchaba con el dolor emocional de mis recuerdos. —Oh, Addie, lo siento tanto. ¡Voy a matar a ese animal! — murmuró, su voz temblaba por la emoción.

—Lo peor es que... después de eso, él actuó como si nada hubiera pasado. Incluso fingió estar preocupado por mí en el hospital, inventando historias sobre lo que paso, y porque era mejor que descansara en su casa… —continué, sintiendo una mezcla de ira y desolación al recordar la manipulación de Jayden.

Emma se separó ligeramente para mirarme a los ojos, su mirada firme y decidida. —Vamos a buscar justicia, Addie. Lo que Jayden te hizo fue imperdonable, y no vamos a dejar que se salga con la suya. Tienes mi apoyo, y vamos a asegurarnos de que enfrentes esto de la manera más saludable posible. No estás sola en esto, nunca lo has estado.

Las palabras de Emma, llenas de determinación y amor incondicional, eran como un faro de esperanza en la tormenta de mis emociones. Aunque el camino hacia la sanación parecía largo y lleno de desafíos, saber que tenía a mi hermana a mi lado me daba la fuerza para enfrentar lo que venía. Juntas, encontraríamos una manera de sanar las heridas del pasado. Ya por lo menos se podía ver cómo construir un futuro donde el dolor y el miedo no tuvieran cabida.

***

El viaje de regreso a casa fue un ejercicio de introspección y silencio. A pesar de las conversaciones ocasionales que surgían entre Emma, Diego y Misha, intentando llenar el espacio con algo de normalidad, no podía evitar sentirme como si estuviera envuelta en una burbuja, distante y desconectada de todo y de todos. Mis pensamientos giraban en torno a los recuerdos recuperados, cada uno un recordatorio palpable de mi vulnerabilidad y del dolor que Jayden me había causado.

Sentada en el asiento trasero del auto, mirando por la ventana, pero sin ver realmente el paisaje que pasaba, me sumergí en mis propias reflexiones. Aunque había compartido parte de lo ocurrido con Emma, y sabía que contaba con el apoyo incondicional de mis amigos, una parte de mí se retraía instintivamente ante cualquier proximidad física o emocional. La desconfianza se había enraizado profundamente en mi ser, una sombra fría que se extendía incluso hacia aquellos que no tenían la culpa de mi trauma.

Cuando Diego intentó tomar mi mano, buscando ofrecerme consuelo en un gesto que antes hubiera acogido con gratitud, me sorprendí a mí misma retirándola rápidamente. Su rostro reflejó la sorpresa y el dolor ante mi reacción, pero no pude articular las palabras para explicarle que no era por él, que era una respuesta involuntaria nacida del miedo y la desconfianza sembrados por otro.

Misha, siempre perceptivo, notó mi incomodidad y optó por mantener su distancia, lo cual agradecí silenciosamente, aunque me dolía saber que mi estado actual afectaba nuestra dinámica grupal, esa facilidad de interacción que una vez disfrutamos.

Al llegar a casa, el alivio de estar en un espacio familiar no hizo nada para aliviar la tormenta interna que se agitaba dentro de mí. Emma, Diego y Misha se mostraron comprensivos, respetando mi necesidad de espacio, pero podía sentir la preocupación en sus miradas, una intranquilidad que reflejaba mi propio desconcierto sobre cómo navegar por este nuevo paisaje emocional.

Esa noche, mientras me acostaba en mi cama, el silencio del hogar parecía amplificar mis pensamientos ansiosos. La idea de enfrentar a Jayden, de tener que lidiar con las consecuencias de sus acciones y las mías, me llenaba de una ansiedad paralizante. Sabía que el camino hacia la sanación apenas iniciaba, que habría momentos en los que la presencia y el toque de aquellos que me querían serían cruciales para mi recuperación. Sin embargo, en ese instante, me encontraba atrapada en una neblina de miedo y desconfianza, luchando por encontrar la manera de

permitirme volver a confiar, a sentir, sin el temor de ser herida de nuevo.

Este camino, me di cuenta, sería largo y tortuoso, lleno de altibajos, y aunque me sentía afortunada de tener a personas como Emma, Diego y Misha a mi lado, sabía que la verdadera cruzada se libraría dentro de mí. Era una batalla que debía enfrentar no solo contra los fantasmas del pasado, sino también contra las barreras que yo misma había erigido en mi corazón.

Definitivamente estaba determinada a buscar ayuda, y a lidiar de nuevo con mis recuerdos. No quería hundirme en mi tristeza, pero el primer paso fue levantarme esta mañana, después de una ducha y un buen desayuno tomé las llaves de mi auto enfrentando mi destino y que bien se siente salir sin necesidad de usar el GPS porque recuerdo todos los caminos.

Decidí buscar ayuda profesional, consciente de que los traumas que arrastraba requerían más que tiempo y el apoyo de mis amigos y familia. Reconocer esa necesidad fue, en sí misma, un paso gigante hacia mi mejoría. Esta mañana que tenía mi primera cita con la terapeuta, sentí una mezcla de nerviosismo y esperanza. Era como si estuviera al borde de un precipicio, lista para saltar hacia lo desconocido, buscando desesperadamente un paracaídas en forma de entendimiento y paz.

La oficina de la terapeuta estaba bañada en una luz suave y acogedora, las estanterías llenas de libros que prometían sabiduría sobre la condición humana. Ella me recibió con una sonrisa cálida y una presencia que irradiaba calma, haciendo que parte de mi ansiedad se disipara al sentarme frente a ella.

—Addison, me alegro de que hayas venido, — comenzó, su voz suave pero firme. —Hablar sobre nuestras experiencias puede ser un proceso difícil, pero también increíblemente valioso. Estoy aquí para ayudarte a navegar por esto.

Tomé una respiración profunda, intentando reunir el valor para verbalizar los recuerdos y sentimientos que tanto me habían atormentado. —Hay tanto que no entiendo, tantas emociones encontradas. Y el miedo... el miedo parece estar siempre presente, —- reconocí, las palabras saliendo en un torrente ahora que había empezado a hablar.

Hablamos sobre el incidente con Jayden, sobre cómo la violencia que experimenté de su parte había sido el detonante de mi amnesia. Exploré la sensación de traición y cómo había socavado mi capacidad de confiar, no solo en las relaciones íntimas sino también en mí misma. La terapeuta escuchaba atentamente, ofreciendo reflexiones que me ayudaban a ver mi experiencia desde nuevas perspectivas.

—La violencia en una relación íntima es una de las traiciones más profundas que alguien puede experimentar. Es natural que te sientas así. Pero también quiero que sepas que es posible superar, Addison. No estás definida por lo que te ha sucedido, — me aseguró.

Discutimos estrategias para enfrentar el miedo y la desconfianza, incluyendo técnicas de atención plena y ejercicios de exposición gradual que podrían ayudarme a reconstruir mi sensación de seguridad. Hablamos sobre la importancia de establecer límites saludables y cómo podría

empezar a reconectar con Diego, Emma y Misha de manera que respetara mi ritmo y mis necesidades.

Al final de la sesión, me sentí agotada pero extrañamente aliviada, como si hubiera comenzado a desenredar un nudo que había estado apretado durante demasiado tiempo. La terapeuta me recordó que el camino hacia la sanación es personal y no lineal, que habría días buenos y días malos, pero que cada paso, incluso los que parecen pequeños o inciertos, me llevaría más cerca de donde quería estar.

Al salir de su oficina, sentí por primera vez en mucho tiempo un ligero destello de esperanza. No estaba sola en esto, tenía apoyo, y ahora, un conjunto de herramientas para ayudarme a avanzar. Sabía que el camino sería difícil, pero también sabía que estaba lista para enfrentarlo, paso a paso, hacia un futuro donde pudiera sentirme completa y segura de nuevo.

24

DIEGO



Desde el momento en que iniciamos este viaje con la esperanza de ayudar a Addison a recuperar sus recuerdos, sabía que nos esperaban desafíos. Pero nada me podría haber preparado para la intensidad de las emociones que experimentaríamos, especialmente durante y después del ritual con Madame Brish.

El ritual fue un momento de pura vulnerabilidad y revelación. Ver a Addison sumergirse en las profundidades de su mente y emerger con fragmentos de su pasado fue, al mismo tiempo, desgarrador y esperanzador. Aunque como grupo nos habíamos preparado para enfrentar cualquier resultado, la realidad de verla luchar con el peso de sus recuerdos recién descubiertos me golpeó más fuerte de lo que había anticipado.

Después del ritual, Addison se retraía más con cada hora que pasaba. Aunque hablamos y tratamos de ofrecerle nuestro apoyo, era evidente que la carga de lo que había recordado la estaba abrumando. La desconfianza parecía envolverla, creando una barrera invisible pero palpable entre ella y el resto de nosotros. Su rechazo, especialmente hacia mí, me cortó profundamente. Intenté acercarme, ofrecer consuelo con un toque o unas palabras suaves, pero cada intento era rechazado. Aunque intentaba no tomarlo como algo personal, no podía evitar sentir un dolor punzante en mi pecho ante su rechazo.

Lo más difícil de todo esto era no saber exactamente qué había recordado. Sabía que debía estar relacionado con su ex, Jayden, dada la reacción visceral que tenía al mencionarlo antes de que iniciáramos el viaje de regreso. Sin embargo, los detalles, la profundidad de lo que había sucedido entre ellos, permanecían ocultos para mí. Mi mente no podía evitar imaginar escenarios, cada uno más sombrío que el anterior, tratando de explicar el cambio en Addison.

Me encontraba en un estado de incertidumbre constante, queriendo desesperadamente ayudar a la mujer que amaba una nueva vez, pero sintiéndome impotente ante su dolor. El no saber más el temor a lo que esos recuerdos podrían significar para nuestro futuro juntos me mantenían despierto noches enteras, mirando hacia el techo y preguntándome cómo podríamos superar esta nueva prueba.

La decisión de Addison de buscar ayuda profesional fue un pequeño consuelo, un rayo de esperanza en medio de la tormenta. Sabía que este camino sería largo y posiblemente lleno de más momentos de rechazo y dolor, pero también presentía que estaba haciendo lo correcto, para ambos. Lo que sentía por ella no había mermado; si algo, este desafío solo lo había ampliado.

Mientras tanto, me comprometí a ser paciente, a darle el espacio que necesitaba, manteniendo la esperanza de que, con el tiempo, podríamos reconstruir la confianza y la intimidad que una vez compartimos. A pesar de la incertidumbre sobre el futuro, tenía una convicción inequívoca: estaría a su lado, sin importar qué. Porque eso es lo que haces cuando amas a alguien; te quedas, a través de lo bueno y lo malo, esperando juntos la luz después de la tormenta.

Una semana después del ritual, la tensión y la distancia entre Addison y yo parecían un abismo insalvable, hasta que un mensaje inesperado iluminó la pantalla de mi teléfono.

**Addison:** *"Diego, ¿podemos vernos? Me gustaría invitarte a un helado. Hay cosas sobre las que necesito hablar contigo."*

La sorpresa y la esperanza se entrelazaron en mi pecho al leer sus palabras. La respondí de inmediato. Aunque estaba nervioso por lo que Addison quería compartir, la posibilidad de reconectar, aunque fuese ligeramente, era algo que no podía dejar pasar.

Nos encontramos bajo el sol de la tarde, si bien el encuentro inicial fue algo torpe, pronto encontramos un ritmo familiar en nuestra conversación. Llegamos a nuestra heladería favorita, un espacio lleno de recuerdos más felices. Addison parecía nerviosa, jugueteando con la cucharilla de su helado antes de mirarme directamente.

—Lamento haberme alejado de esa forma, creo que mi propia mente no confiaba en mí misma. Estos días era algo que necesitaba para así darle forma al proceso de mi sanación y el poder estar aquí hablando contigo.

Asentí, tratando de transmitirle mi empatía y que entendía sus decisiones. —No te preocupes por mí, yo solo esperaba que todo saliera bien para ti.
Compartimos helados y risas, relatos de los buenos momentos que pasamos juntos en ese viaje y por un momento, parecía que la sombra de las últimas semanas comenzaba a disiparse.

Después de un rato, Addison se volvió hacia mí, su expresión seria. —Hay algo de lo que necesito hablarte. Algo importante que recordé. — Su voz era firme, pero noté la ligera vibración de ansiedad en sus palabras.

Buscamos un banco en un rincón apartado del parque, lejos de oídos curiosos. Una vez sentados, Addison tomó una respiración profunda antes de comenzar.

—Es sobre lo que recordé en el ritual, — comenzó, su voz temblorosa pero decidida. —Es sobre mi exnovio... y lo que pasó entre nosotros antes de mi amnesia, —- continuó, las palabras saliendo lentamente. —Hubo una noche, una discusión que... qué se volvió violenta. Jayden... él me atacó, Diego. Fue ese atropello lo que desencadenó mi amnesia.

Cada palabra era como un golpe directo a mi estómago, un torbellino de rabia e impotencia comenzando a hervir dentro de mí. — ¿Cómo pudo hacerte algo así? —mi voz temblaba de ira, incapaz de imaginar el dolor y el miedo que Addison debió haber sentido. — ¡Debería pagar por lo que te hizo! — exclamé, incapaz de contener mi furia.

Mi mente corría, llenándose de pensamientos oscuros sobre lo que le haría a Jayden si tuviera la oportunidad. Pero viendo el rostro de Addison, su vulnerabilidad y el coraje que le había tomado compartir esto conmigo, sabía que mi ira no ayudaría en nada. Lo que necesitaba era mi apoyo, no mi venganza.

Addison continuó, revelando cómo Jayden había manipulado la situación después del incidente, inventando historias para mantener a todos alejados y en la oscuridad sobre lo sucedido.

—Estaba tan confundida, y él... él simplemente actuó como si nada hubiera pasado, como si realmente quisiera protegerme, cuando en realidad era la razón de todo mi dolor. Creo que vio su salvación cuando vio que olvidé todo. Ahora entiendo por qué se fue sin poner ningún tipo de objeciones cuando decidí dejarlo.

—Addie, lo siento tanto que hayas tenido que pasar por algo tan horrible, — dije, sintiendo una mezcla de tristeza por su sufrimiento y furia contra el hombre que le había causado tanto daño. —Te prometo, vamos a encontrar la manera de superar esto. — le aseguré, tomando su mano entre las mías. Gesto que ella aceptó, lo cual me dio paz.

Ella asintió, las lágrimas brillando en sus ojos, pero también había una determinación en su mirada. —Lo sé, y gracias. Hablar de esto, sacarlo a la luz... siento que es el primer paso para realmente sanar. Ella me miró, una mezcla de agradecimiento y tristeza en sus ojos. — Solo quería que supieras la verdad. Aunque parte de mí temía cómo reaccionarías... necesitaba que lo supieras.

—Siempre vamos a enfrentar la verdad juntos cualquiera que sea. Mi deber es protegerme mientras sanas, a tu propio ritmo. No estás sola en esto. Nunca lo has estado, y nunca lo estarás, — dije, sintiendo una férrea determinación de protegerla y apoyarla en cada paso de su camino.

Aunque la conversación fue increíblemente difícil, marcó el inicio de un nuevo capítulo en nuestra relación. Uno donde la honestidad, el apoyo y el amor formarían la base sobre la cual reconstruiríamos lo que había sido dañado. En ese banco del parque, bajo la sombra de los árboles, nos comprometimos a enfrentar juntos el futuro, sin importar los desafíos que nos esperaran.

Finalmente, rompí el silencio, sintiendo que era esencial abordar el próximo paso.

—Pequeña, —comencé, mi voz cargada de una mezcla de determinación y cautela, —lo que Jayden te hizo... es imperdonable. Tienes el derecho de llevar esto a la justicia, de denunciarlo si es lo que deseas hacer. ¿Has pensado en ello?

Ella desvió la mirada, contemplando la pregunta. Su expresión era una mezcla de conflicto y resolución. —Lo he pensado, sí. Parte de mí quiere que enfrente las consecuencias de sus acciones, que no pueda hacerle daño a nadie más, — dijo, sus palabras deliberadas y medidas. — Pero al mismo tiempo, la idea de revivir todo eso... en un juicio, enfrentarlo... me aterra.

La sinceridad en su voz y la vulnerabilidad en sus ojos me tocaron profundamente. —Cualquier decisión que tomes, estaré a tu lado, —le aseguré, queriendo que sintiera mi apoyo incondicional. —Si decides denunciarlo, te acompañaré en cada paso del proceso. Y si decides que no es el camino que quieres tomar, también te apoyaré. Lo más importante es lo que sientas que es mejor para ti.

Addison asintió, apreciando mis palabras. —Gracias, Diego. Significa mucho para mí saber que tengo tu apoyo, sin importar lo que decida. Necesito algo de tiempo para pensarlo, para sopesar todas las opciones y las consecuencias.

—Por supuesto, — dije, apretando su mano en señal de apoyo. —Tómate todo el tiempo que necesites. Y recuerda, esto no es algo que tengas que decidir sola. Estoy aquí para ti, para ayudarte a navegar por esto, para darte fuerza cuando la necesites.

Ella me ofreció una sonrisa débil, pero genuina, un atisbo de la mujer fuerte y decidida que conocía y amaba. —Eso significa todo para mí, de verdad. Saber que no estoy sola en esto... hace que enfrentar lo que viene sea un poco menos aterrador.

En ese momento, comprendí que el camino que teníamos por delante no sería fácil. Habría desafíos y decisiones difíciles que tomar, pero mientras estuviéramos juntos, mientras nos tuviéramos el uno al otro, podríamos enfrentar cualquier cosa. La tarde comenzaba a ceder ante el crepúsculo, y con ella, la promesa de un nuevo día, lleno de posibilidades y la esperanza de sanación y justicia.

***

Luego de despedirnos, prometimos volver a vernos más adelante, tomando en cuenta la situación y de seguir sus ritmos sin presiones. Me permitió darle un abrazo, uno que trate de transmitirle mi apoyo y mi amor, que no había sido capaz en esta situación de confesarle.

En la búsqueda de comprender cómo podía apoyar mejor a Addison en su proceso de sanación, decidí buscar la orientación de mi propia terapeuta. La sala de espera estaba tranquila, un remanso de paz que precedía a la conversación que sabía sería intensa y posiblemente reveladora. Cuando llegó mi turno, me adentré en el consultorio, un espacio familiar que siempre me había brindado confort y seguridad.

—Diego, ¿cómo estás hoy? — preguntó mi terapeuta con su acostumbrada calidez.

—Hay algo importante en lo que necesito tu orientación. He venido porque... bueno, es sobre Addison — comencé, sintiendo la pesadez de las palabras incluso antes de pronunciarlas. Le relaté todo lo ocurrido con Addison, desde el ritual que desencadenó el retorno de sus recuerdos traumáticos hasta su reacción posterior, incluyendo su distanciamiento y el rechazo que había experimentado de su parte

—Estoy tratando de apoyarla lo mejor que puedo, pero a veces siento que no es suficiente. ¿Cómo puedo ayudarla mejor en su proceso de sanación?

—Lo primero que debes recordar, Diego, es que el proceso de sanación es profundamente personal y varía enormemente de una persona a otra. Estar ahí para Addison, ofreciendo apoyo y comprensión sin presionarla, es fundamental. Debes permitirle tomar la delantera en su propio proceso, siguiendo su ritmo y respetando sus necesidades.

—Y hay algo más, —añadí, una confesión que se sentía tanto como una admisión a mí mismo como a ella. —Nunca le he dicho claramente a Addison cuánto la amo. Con todo lo que está pasando, no estoy seguro de si es el momento adecuado o si podría serle de ayuda... o si simplemente añadiría más peso a lo que ya está cargando.

—Respecto a tus sentimientos hacia ella, —continuó, —es importante que cualquier revelación sobre tus emociones sea considerada y oportuna. La honestidad es fundamental en cualquier relación, pero también lo es la sensibilidad hacia lo que la otra persona está atravesando. Si crees que tus sentimientos hacia ella pueden proporcionarle consuelo y seguridad, podría ser beneficioso compartirlos. Sin embargo, es crucial que antes evalúes si está en un espacio emocional donde pueda recibir esa información sin que se sienta abrumada.

—Así que, ¿debería esperar para decirle cómo me siento? —pregunté, buscando claridad.

—Puede ser prudente esperar hasta que veas señales de que Addison está encontrando algo de estabilidad en su proceso de sanación. Mientras tanto, asegúrate de comunicarle tu apoyo incondicional y tu disposición a estar allí para ella, de la manera que ella necesite, — aconsejó mi terapeuta.

—Entiendo, — dije, una sensación de claridad comenzando a formarse. —Quiero que ella sepa lo que siento, pero más que nada, quiero que se sienta segura y apoyada. Supongo que es cuestión de encontrar el momento adecuado y asegurarme de que mi amor sea una fuente de fortaleza para ella, no una carga.

—Exactamente, — sonrió la terapeuta. —Y recuerda, también es importante cuidar de ti mismo en este proceso. Buscar apoyo para tus propias emociones y preocupaciones te permitirá estar presente y ser el soporte que Addison necesita. Estás haciendo un trabajo importante, y es evidente cuánto te importa.

Salí de la sesión sintiéndome más centrado y con una mejor comprensión de cómo navegar mi relación con Addison en este período tumultuoso. Sabía que el camino hacia su sanación sería largo y posiblemente tortuoso, pero estaba decidido a ser la roca sobre la que pudiera apoyarse, ofreciéndole un refugio seguro lleno de paciencia, comprensión y, cuando el momento fuera el adecuado, amor incondicional.

***

Planear esa salida fue algo que hice con un propósito claro: quería ver a Addison sonreír de nuevo, recordarle que siempre hay espacio para la alegría en su vida a pesar de todo lo que había sucedido, si se sabe buscar. Sabiendo lo mucho que le gustaba bailar, cómo se transformaba totalmente en la pista de baile, dejando atrás las preocupaciones del mundo. Con la ayuda de Misha y Emma, decidí llevarla a su lugar de baile favorito.

Ver la hesitación inicial en los ojos de Addison al llegar se sintió como un pequeño golpe al corazón, pero la determinación de brindarle una noche libre de las sombras del pasado me impulsó a seguir adelante. La música, esa vibrante energía que llenaba el lugar, poco a poco comenzó a trabajar su magia sobre nosotros, especialmente sobre Addison.

En la pista, con la música resonando a nuestro alrededor, me sorprendió cómo, por unos momentos, la carga del recuerdo parecía aligerarse en los hombros de Addison. Verla reír, ver esa chispa en sus ojos que había estado ausente durante tanto tiempo, me llenó de una profunda

sensación de gratitud y esperanza.

Entre pasos de baile y el murmullo constante de la multitud, nuestras conversaciones fluían con una facilidad y alegría que hacía tiempo no experimentábamos.

— ¡Vamos, Diego! No sabía que tenías esos movimientos guardados, — exclamó Emma, riendo mientras me observaba intentar seguir el ritmo de la música de reggaetón de Daddy Yankee, “Con calma”.  A su lado, Misha asentía con una sonrisa cómplice.

—No subestimes al profesor aquí presente. Puede que enseñe ingeniería, pero en el baile, soy todo un estudiante, — respondí, uniendo a Addison a nuestra pequeña competencia improvisada de baile. Ella sonrió, dejándose llevar por la música y por el momento, olvidando, aunque fuera brevemente, las sombras que la habían seguido hasta aquí.

— ¡Mira eso! Addison definitivamente se lleva el premio, — dijo Misha, aplaudiendo sus movimientos. —Aunque, debo admitir, la competencia es feroz.

La noche se desplegaba ante nosotros como un tapiz de momentos ligeros y risas compartidas. Entre cada canción, nos retábamos unos a otros a imitar los movimientos más extravagantes que veíamos a nuestro alrededor, creando una serie de recuerdos que, esperaba, ayudarían a Addison a ver la luz incluso en sus días más oscuros.

—Deberíamos hacer esto más a menudo, — sugirió Misha, tomando un sorbo de su bebida. — No hay nada como la música y el baile para hacer que el mundo desaparezca, aunque sea por un rato.

—Así es, —coincidió Emma. —Es como si, por una noche, pudiéramos dejar todos nuestros problemas en la puerta y simplemente ser nosotros mismos.

Mirando a Addison, cuyos ojos brillaban con una mezcla de felicidad y melancolía, supe que esta salida había sido la decisión correcta. —Siempre estaremos aquí para ti. Para bailar, para hablar, o simplemente para escuchar, — le dije, dándole a entender que no estaba sola, que juntos podríamos enfrentar cualquier cosa.

Ella asintió, su sonrisa ampliándose. —Lo sé, y no tengo palabras para agradecerles a todos. Esta noche ha sido... increíble.

Cuando Emma y Misha se distrajeron, tomé la oportunidad de acercarme más a Addison. —Te ves increíble cuando bailas, como si recuperaras un pedazo de ti misma, —le dije, guiándola suavemente hacia un rincón más íntimo de la pista. Era cierto; su risa, su libertad en cada movimiento, era un recordatorio de la mujer fuerte y vibrante que conocía.

Addison me miró, y en ese instante, el mundo alrededor pareció silenciarse. —Gracias, Di. No sabía cuánto necesitaba esto... olvidarme de todo, aunque sea por un momento.

La música cambió a un merengue que había escuchado en República Dominicana, *"Entre tu*

*cuerpo y el mío"* de Milly Quezada, y era perfecto para el momento. Mientras bailábamos, sentí cómo nuestra conexión se intensificaba; nuestras manos se exploraban mutuamente y nuestros cuerpos se acercaban con una familiaridad que hablaba de intimidad y afecto. La letra resonaba profundamente: "Entre tu cuerpo y el mío, todo es conocido. Yo puedo volar sin temor a caer en el mar del olvido." En ese abrazo, en esos gestos de ternura, se forjaba una promesa tácita de estar siempre ahí el uno para el otro, sin importar los desafíos futuros.

Después de horas de risas y baile, Addison y yo sentimos la necesidad de tomar un respiro del calor y la energía apabullante de la discoteca. Con una mirada que comunicaba nuestro entendimiento recíproco, tomándola de la mano, nos abrimos paso a través del tumulto hacia la salida, buscando la frescura de la noche.

Una vez afuera, el contraste del aire gélido con el calor de dentro fue inmediato, y ambos suspiramos al unísono, disfrutando del cambio. La noche estaba tranquila, con solo el murmullo distante de la música y las risas que se filtraban desde el interior. Caminamos un poco, alejándonos del bullicio hasta encontrar un lugar apartado, donde la luz de la luna bañaba el suelo y creaba un ambiente casi mágico.

Nos apoyamos contra la barandilla, mirando hacia el cielo diáfano, y por un momento, simplemente disfrutamos del silencio, de estar el uno al lado del otro. La tensión e intimidad que se habían estado construyendo entre nosotros a lo largo de la noche se hicieron más palpables en ese silencio compartido, como si todo el mundo se hubiera reducido a este momento, a este lugar.

Addison rompió el silencio primero, su voz apenas un susurro en la noche. —Esta noche... ha sido increíble. No sabía cuánto necesitaba algo así. Gracias por estar aquí para mí.

Su agradecimiento me tocó profundamente, y sin pensarlo, me encontré diciendo,
—No tienes nada que agradecerme. Estar aquí para ti, en los buenos y malos momentos, es lo que más deseo. Y... hay algo que necesito que sepas. — mi corazón latía con fuerza, consciente de que estaba a punto de cruzar un umbral que había evitado desde su regreso.

— ¿Qué es? —preguntó, girándose para enfrentarme, sus ojos buscando los míos bajo la luz de la luna.

Tomé una profunda respiración, encontrando finalmente el valor. —Te amo, Addison. Te he amado desde el momento en que te conocí, y quizás en mi interior nunca dejé de hacerlo, ni siquiera cuando estabas lejos. No espero nada a cambio, solo quería que lo supieras.

El aire entre nosotros se cargó con una nueva intensidad tras cada palabras. Por un momento, ella no respondió, simplemente me miró. Luego, vi en sus ojos vi una mezcla de sorpresa, miedo y algo que osaba esperar que fuera amor.

Entonces, todavía aparentemente afásica, Addison se acercó a mí, cerrando la distancia que nos separaba. Y en un gesto que habló más que mil palabras, me besó. Fue un beso que contenía todas las emociones no dichas, todo el dolor, la esperanza y el amor que habíamos compartido y

soportado. Era un beso de reencuentro, de promesas no pronunciadas, tan esperado y tan profundamente sentido como la última vez que nuestros labios se habían encontrado en la playa.

En ese beso, el mundo desapareció una vez más, dejándonos suspendidos en el tiempo y el espacio, recordándonos que, a pesar de todo lo que había pasado, nuestro amor seguía siendo una constante, un faro en la oscuridad. Y mientras nos separábamos, sabiendo que el camino que teníamos por delante sería desafiante, también sabíamos que juntos podríamos enfrentar cualquier cosa.

Al momento de separarnos, luego de haber descargado todas las emociones acumuladas, nos miramos a los ojos en busca de respuestas a las preguntas no formuladas que vibraban en el aire entre nosotros.

—Diego, — comenzó Addison, su voz temblorosa pero clara en la noche tranquila, —no sabes cuánto he esperado... cuánto he necesitado oír esas palabras. Y tengo miedo, miedo de lo que viene, pero saber que me amas... eso me da una fuerza que no sabía que tenía.

Le tomé la mano, entrelazando nuestros dedos, sintiendo la conexión profunda que siempre habíamos compartido. —Enfrentaremos esos miedos juntos. Es juntos contra todo y todos. Te amo, y eso es lo único de lo que estoy completamente seguro en este mundo.

Ella apoyó su cabeza en mi hombro, y yo rodeé su cintura con mi brazo, atrayéndola más cerca de mí. —Me haces sentir segura, incluso cuando todo lo demás parece estar cayendo a pedazos. Yo también te amo... he estado tan perdida, pero cuando estoy contigo, es como si encontrara mi camino de vuelta a casa.

En ese momento, bajo la luz de la luna, nos permitimos simplemente estar, envueltos en el calor del abrazo del otro, dejando que el mundo exterior se desvaneciera. El tiempo parecía detenerse, y en esa pausa, encontramos consuelo en nuestra cercanía, una promesa silenciosa de apoyo y amor incondicional.

—Addie, sea lo que sea que decidas hacer con respecto a Jayden, con respecto a todo... estaré a tu lado. —le dije, queriendo asegurarme de que entendiera que mi apoyo era inquebrantable.

Ella levantó la mirada hacia mí, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. —Lo sé. Y eso significa todo para mí. Estoy lista para enfrentar lo que venga, porque te tengo a ti.

Nos quedamos así, abrazados bajo el cielo nocturno, permitiéndonos disfrutar de la paz que venía con la aceptación y la promesa de un futuro juntos. A pesar de las incertidumbres y los desafíos que sabíamos que enfrentaríamos, había una certeza en el amor que compartíamos, un faro que nos guiaría a través de cualquier tormenta.

Esa noche, al regresar a la discoteca, no éramos las mismas personas que habían salido a tomar aire. Éramos más fuertes juntos, unidos por un amor renovado y la determinación de enfrentar el futuro mano a mano, con corazones abiertos y esperanzas compartidas. Similar a como había explicado en una de mis recientes lecciones en la universidad, Addison y yo habíamos generado

sinergia, una interacción que dio lugar a un todo que es mayor que la simple suma de sus partes.

# 25

# ADDISON



Después de semanas navegando por la tormenta emocional que significó recuperar mis recuerdos, decidí que era hora de compartir esta parte de mi viaje con mis padres y Emma. Organizamos un día juntos en la casa de la infancia, un lugar que siempre había sido sinónimo de amor y seguridad para mí.

La mañana estaba llena de la luz suave del sol filtrándose a través de las cortinas, y el olor del café recién hecho llenaba la casa, creando una atmósfera acogedora y familiar. Mis padres estaban en la cocina, preparando el desayuno, mientras Emma y yo nos sentábamos en la mesa, rodeados de risas y charlas casuales.

— ¿Saben? — comencé, capturando la atención de todos. —He estado pasando por mucho últimamente... y hay algo importante que quiero compartir con ustedes. —Hice una pausa, buscando las palabras adecuadas. —He... he recuperado mi memoria.

Las reacciones fueron inmediatas: sorpresa, alegría y, por supuesto, un sinfín de preguntas. Mis padres se acercaron, abrazándome fuertemente, sus expresiones llenas de alivio y felicidad.

— ¡Mi niña, eso es maravilloso! — exclamó mi madre, las lágrimas brillando en sus ojos.

— ¿Cómo te sientes, cariño? ¿Hay algo que podamos hacer por ti? — preguntó mi padre, su voz cargada de preocupación y amor paternal.

Les sonreí, sintiéndome abrumada pero agradecida por su apoyo incondicional. —Me siento... es difícil de explicar. Es como si hubiera despertado de un largo sueño. Pero estoy bien, realmente lo estoy. Y teneros a todos aquí, sabiendo que puedo contar con ustedes, significa mucho para mí.

Emma, siempre la más perceptiva, inclinó la cabeza, estudiándome con una mirada pensativa. — Estamos aquí para ti, Addie, no importa qué. Y sabemos que has sido fuerte, pero recuerda que te amamos pase lo que pase tu familia está aquí.

La conversación fluyó naturalmente a partir de ahí, hablando sobre los pequeños momentos que había comenzado a recordar, las piezas de mi vida que se estaban juntando nuevamente. Evité mencionar a Jayden y lo que había sucedido; aún no estaba lista para enfrentar ese capítulo con ellos. No quería teñir este momento con la oscuridad de esas memorias.

Risas, anécdotas del pasado y planes futuros llenaron el resto del día. Era reconfortante, estar rodeada de mi familia, sintiendo el amor y la aceptación incondicional que siempre me habían brindado. En sus sonrisas, en sus abrazos, encontré la fuerza para seguir adelante, para enfrentar los próximos retos con la cabeza en alto.

Ese día con mis padres y Emma fue un recordatorio de lo valiosa que es la familia, de cómo, a pesar de los desafíos y las incertidumbres, el amor que compartimos es una constante, un faro de esperanza. Y aunque el futuro aún guardaba muchas preguntas, sabía que, con ellos a mi lado, podía enfrentar cualquier cosa.

Después de un día cargado de emociones más las revelaciones compartidas, Emma y yo nos encontramos solas en la habitación que solíamos compartir de pequeñas. Nuestros padres se habían retirado, dejándonos sumidas en el confortable silencio que solo la noche sabe ofrecer. Estábamos acostadas en nuestras camas, mirando el techo, pero nuestras palabras flotaban en el aire, creando un puente de intimidad y complicidad entre nosotras.

—Entonces, señorita Addison, — comenzó Emma con un tono juguetón, rompiendo el silencio. — ¿Cuál es el plan de acción con el innombrable? ¿Vamos a contratar un escuadrón de ninjas para hacerle una visita sorpresa? —terminó la pregunta haciendo muecas con las manos, incluyendo la famosa del pulgar cruzando la garganta.

No pude evitar soltar una carcajada, la imagen mental de ninjas persiguiendo a Jayden era demasiado para mi imaginación. —Esa definitivamente es una opción, —respondí, entrando en el juego. —Pero creo que prefiero el camino menos... ninja de la situación. Aún estoy decidiendo qué hacer, pero sé que quiero hacerlo de la manera correcta, sea lo que eso signifique.

Emma asintió, su expresión se suavizó, y su tono se volvió más serio. —Lo que decidas media, estoy aquí para ti. Y sabes que Diego también. El bailador te adora, se le nota demasiado.

El nombre de Diego trajo un cálido rubor a mis mejillas, y cambié de posición para mirar a Emma. —ya que hablamos de adorar, —trasladé el tema, un brillo travieso en mis ojos. — ¿Cómo van las cosas entre el señor Isaí y tú? La última vez que los vi, hubiera jurado que había chispas volando.

Emma se sonrojó visiblemente, una sonrisa tímida adornando sus labios. —Oh, bueno, digamos que hemos estado... explorando la posibilidad de conocer más el uno del otro, —dijo, sus palabras cuidadosamente elegidas.

— ¿Explorando, ¿eh? —- repetí, levantando una ceja. —Eso suena misterioso. ¿Debo esperar una invitación a una boda próximamente?

— ¡Addison Smith! — exclamó Emma, lanzándome una almohada que esquivé por poco. —No exageres. Estamos tomando las cosas con calma, viendo a dónde nos lleva.

Nuestra conversación se deslizó hacia el territorio de las risas y las bromas, un recordatorio del vínculo inquebrantable que compartíamos. En medio de la incertidumbre que aún marcaba mi vida, estos momentos de ligereza y amor fraterno eran mi ancla.

—Mira, Addie, sin importar lo que pase, con Jayden, con Diego, con el mundo... siempre tendrás una compañera de travesuras en mí, —dijo Emma, su voz llena de afecto y determinación, mientras además estiraba el puño.

—Sé que sí, Emma. Y no sabes cuánto significa para mí, — respondí, la gratitud llenando mi corazón, mientras le respondía a lo que seguro había aprendido de Misha,

Nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche, entre risas y confidencias, fortaleciendo nuestro lazo con cada palabra y cada carcajada compartida. En esos momentos, me recordé a mí misma que, sin importar los desafíos que enfrentara, siempre tendría un hogar y un refugio en el amor de mi familia.

***

En la tranquila y acogedora oficina de mi terapeuta, me senté frente a ella, la ansiedad y la determinación mezclándose en mi pecho. Después de semanas de terapia, había llegado el momento de abordar una de las decisiones más difíciles que enfrentaba: qué hacer con respecto a Jayden y los traumas que me había causado.

—Addison, — comenzó mi terapeuta, su voz calmada y reconfortante, —has logrado un progreso significativo en tu proceso de recuperación emocional. Sin embargo, comprendo la cuestión como enfrentar las acciones de Jayden sigue siendo una fuente de conflicto para ti.

Asentí, tragando con dificultad. —Es algo en lo que no dejo de pensar. Siento... siento tanta ira hacia él, y parte de mí quiere que enfrente las consecuencias de sus acciones. Pero al mismo tiempo, la idea de revivir todo en un proceso legal... me aterra.

—Eso es completamente comprensible, —respondió con empatía. —Enfrentar a quien te ha causado tanto daño nunca es fácil. Hay diversas opciones disponibles para tu caso, cada una contando con sus propias ventajas y desafíos.

— ¿Podrías ayudarme a explorar esas opciones? Necesito entender qué sería lo mejor para mi sanación, — solicité, anhelando algún tipo de claridad.

—Por supuesto, — asintió. —Llevar a Jayden ante la justicia mediante un proceso legal, es una opción viable. Esto podría proporcionarte un sentido de cierre y justicia. Sin embargo, es importante que estés preparada para el proceso emocionalmente desafiante que esto puede conllevar.

Hizo una pausa, permitiéndome procesar sus palabras antes de continuar. —Otra opción es enfocarte en tu sanación personal, sin involucrar el sistema legal. Esto puede significar trabajar a través de tus emociones y traumas en terapia, encontrando maneras de liberar tu ira y dolor sin buscar una resolución legal.

—Y finalmente, está la opción de buscar algún tipo de venganza, aunque te recomendaría considerar seriamente las consecuencias de tal acción. La venganza puede parecer satisfactoria en el corto plazo, pero rara vez trae el alivio o la sanación a largo plazo que uno espera.

Suspiré, sopesando cada palabra. —Quiero... quiero que pague por lo que hizo. Pero más que eso, quiero encontrar paz. No quiero que este odio y esta ira me consuman.

—Esa es una perspectiva muy saludable, —dijo ella con una sonrisa alentadora. —Recuerda, la

decisión final es tuya, y debe ser lo que sientas que es correcto para ti y tu camino hacia la sanación. Sea cual sea la ruta que elijas, estaré aquí para apoyarte.

Salí de la sesión sintiéndome un poco más ligera, armada con el conocimiento de que tenía opciones y el poder de elegir mi camino hacia adelante. La decisión no sería fácil, pero sabía que, con el apoyo de mi terapeuta, familiares y amigos, encontraría la manera de navegar por este desafío y, con suerte, encontrar la paz que tanto anhelaba.

Después de salir de la sesión con mi terapeuta, sentía una mezcla de determinación y nerviosismo. Sabía que el siguiente paso era crucial, pero también sabía que no quería darlo sola. Mientras me detenía en la acera, bajo el cálido sol de la tarde, saqué mi teléfono y busqué el nombre de Diego. A pesar de todo lo que había pasado, su amor y apoyo se habían convertido en mi faro.

Cuando contestó, su voz inmediatamente me envolvió en una sensación de seguridad. —*Hola, cariño, ¿cómo estás?* — preguntó Diego, y solo escucharlo decir “cariño" hizo que mi corazón se acelerara un poco.

—Hola, Di, —respondí, intentando contener la emoción en mi voz. —Acabo de salir de mi sesión de terapia y... hay algo sobre lo que he estado pensando mucho. Algo que necesito hacer.

—*Estoy aquí para ti, Addie. Dime, ¿qué pasa?* — Su voz era suave, llena de una preocupación genuina que me reconfortaba.

—Es sobre Jayden... y lo que me hizo. He estado considerando hablar con una abogada, solo para entender mis opciones. No estoy segura de nada aún, solo quiero informarme mejor. Pero no quiero hacerlo sola. ¿Crees que podrías ayudarme a encontrar a alguien? Y, quizás, ¿estar allí conmigo? — mi voz temblaba ligeramente al final, revelando la vulnerabilidad que sentía al pensar en enfrentar ese capítulo oscuro de mi vida.

Por un momento, hubo silencio al otro lado de la línea, y luego Diego habló con una firmeza que me envió olas de alivio.

—*Por supuesto. Haré lo que sea necesario para ayudarte a través de esto. Conozco a alguien que podría ser perfecta para ayudarnos a entender mejor tus opciones y te guiará en este proceso. Y estaré a tu lado en cada paso del camino, té lo prometo.*

Las lágrimas brotaron de mis ojos ante sus palabras, no de tristeza, sino de gratitud. —Gracias, amor. Eso significa todo para mí. Estar juntos en esto... me hace sentir que puedo enfrentar cualquier cosa.

—*Haremos esto juntos*, — afirmó, su voz llena de un cariño que me envolvía como un cálido abrazo. —*Y no importa lo que decidas, estoy contigo. Siempre lo estaré.*

Colgamos con planes de hablar más tarde para coordinar los detalles, y me quedé parada allí, sintiendo un nuevo sentido de fortaleza. Saber que Diego estaba conmigo, no solo en palabras

sino con acciones y amor incondicional, hacía que el camino adelante pareciera un poco menos intimidante. Juntos, estábamos listos para enfrentar lo que viniera, apoyándonos mutuamente con cada paso hacia adelante.

Al regresar a casa después de mi conversación con Diego, mi mente estaba ocupada con mil pensamientos sobre el futuro y los pasos que estaba a punto de tomar. Tan absorta estaba en mis reflexiones que, al abrir la puerta de nuestra casa, la última cosa que esperaba encontrar era a Emma y Misha en un momento bastante íntimo en la sala.

El sonido de la puerta al cerrarse los hizo saltar, separándose rápidamente con las mejillas teñidas de un rojo intenso. Por un momento, los tres nos quedamos allí, en un incómodo silencio, hasta que no pude contener una risita ante la escena.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? — pregunté, tratando de inyectar un tono juguetón a la situación para disipar la tensión.

Emma, claramente avergonzada pero también incapaz de ocultar una sonrisa, se aclaró la garganta. —Esto no es lo que parece, —empezó, antes de darse cuenta de lo cliché que sonaba y soltar una carcajada. —Vale, quizás es exactamente lo que parece.

Misha, por su parte, se pasó una mano por el cabello, visiblemente incómodo, pero también divertido. —Parece que nos has pillado en un momento... inoportuno.

Me acerqué a ellos, aun sonriendo. —No sabía que había una película romántica en desarrollo aquí en nuestra sala. ¿Debería empezar a llamar a Misha 'cuñado' ahora o esperamos al final del rodaje?

Emma me lanzó una mirada juguetona, fingiendo estar ofendida. — ¡Oh, por favor! Como si tú y Diego no fueran el epítome de una novela romántica en sí mismos. Al menos nosotros mantenemos las cosas interesantes.

—Hey, no me arrastres a esto, —- protesté, riendo —aunque, debo admitir, es bueno verte feliz, Em. Y tú, Misha, cuídala, o te las verás conmigo.

Misha asintió solemnemente, aunque la diversión en sus ojos era evidente. Lo prometo, tienes mi palabra.

El ambiente se relajó, y lo que había comenzado como una situación potencialmente incómoda se convirtió en un momento de risas y camaradería. Emma y Misha compartieron una mirada cómplice, y supe que, sin importar lo que el futuro nos deparara, momentos como este, llenos de amor y risas, serían los que nos mantendrían a flote.

Misha se acercó a mí, su expresión cambiando a una más seria. Emma, aún con una sonrisa, se excusó para ir a la cocina a buscar algo de picar, dejándonos un momento para conversar.

—Addison, —comenzó Misha, su tono ahora suave pero firme—, quería decirte que,

independientemente de lo que decidas hacer respecto a... bueno, a lo de Jayden, estoy aquí para ti. Sé que no hemos hablado mucho sobre esto, pero quiero que sepas que cuentas con mi apoyo.

Le agradecí con una sonrisa genuina. —Gracias, Misha. Significa mucho para mí. Es un poco abrumador, todo esto. Aún estoy tratando de procesarlo y decidir qué hacer.

Misha asintió, comprensivo. —Lo entiendo. Y sea lo que sea que decidas, será la decisión correcta, porque será tuya.

En ese momento, Emma regresó de la cocina con una bandeja de bocadillos, rompiendo la tensión con su característico entusiasmo. —¿A quién tenemos que golpear? Solo dime la palabra, y estoy lista, —dijo en broma, aunque había un destello de seriedad en sus ojos.

Reí, agradecida por la ligereza que Emma siempre lograba inyectar en cualquier situación. —Bueno, en realidad estaba pensando en algo un poco menos... físico.

La curiosidad brilló en los ojos de Emma y Misha. —¿Oh? ¿Tienes algún plan maestro en mente? —preguntó Emma, sentándose a mi lado.

—Bueno, estaba pensando... Si vamos a hacer algo al respecto, debería ser algo que realmente le llegue. Algo ingenioso, algo que... bueno, algo que no espere, —dije, mi mente comenzando a dar vueltas con posibilidades.

Misha se inclinó hacia adelante, claramente intrigado. —Me gusta la dirección en la que va esto. ¿Qué tienes en mente?

—¿Qué tal si...? —Comencé, y lo que siguió fue una sesión de lluvia de ideas entre los tres, mezclando humor y seriedad mientras elaborábamos un "plan de venganza" contra Jayden. Aunque algunas ideas eran claramente más fantasiosas que prácticas, el proceso de idear juntos este plan nos unió aún más.

Y aunque el plan que discutimos esa noche pudo haber sido más un ejercicio de catarsis que una estrategia a implementar, sirvió como un recordatorio poderoso de que, juntos, podíamos enfrentar cualquier cosa. Más que un plan de venganza real, lo que se forjó en esa cocina fue un pacto de apoyo inquebrantable y amor entre amigos, dispuestos a enfrentar juntos los desafíos del futuro.

***

Era una mañana de cielo claro y sol suave cuando Diego llegó a mi casa. A pesar de la belleza del día, mi estómago estaba lleno de mariposas, anticipando la reunión con la abogada. Este paso hacia la justicia, hacia enfrentar a Jayden y todo lo que eso implicaba, era aterrador pero necesario.

Cuando Diego tocó el timbre, tomé una respiración profunda antes de abrir la puerta. Su presencia inmediatamente me brindó un sentido de calma y seguridad. Estaba vestido de manera casual, pero la seriedad en sus ojos reflejaba la importancia de lo que estábamos a punto de

hacer.

—Lista para ir?  preguntó, su tono suave pero firme.

Asentí, intentando sonreír. —Lo estoy. Gracias por estar aquí.

—No estaría en ningún otro lugar, — respondió, ofreciéndome una sonrisa reconfortante antes de guiarme hacia su auto.

El viaje fue tranquilo, ambos perdidos en nuestros pensamientos y a veces participando en una canción. Diego tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos, y el gesto simple me ofreció un ancla a la realidad, un recordatorio de que no estaba sola en esto.

Al llegar a la oficina de la abogada, Diego aparcó el auto y se volvió hacia mí. -Sea lo que sea que decidas después de hoy, Addison, estoy contigo. Y si decides seguir adelante con esto, lucharemos juntos.

Sus palabras me llenaron de una determinación renovada. —Gracias, Diego. Significa todo para mí saber que te tengo a mi lado.

Al entrar nos recibe una recepcionista, quien nos dirigió a una sala de espera decorada con calidez y profesionalismo. No pasó mucho tiempo antes de que la abogada nos llamara a su oficina.

Una vez sentados frente a la abogada, una mujer cuya presencia irradiaba competencia y empatía, ella comenzó la reunión con una pregunta directa pero comprensiva.

—Antes de que comencemos, quiero que sepan que este es un espacio seguro.

—¿Podrías contarme, en tus propias palabras, lo que te sucedió, Addison?

Tomé una respiración profunda, encontrando el coraje para vocalizar los hechos. Mientras relataba los eventos, la abogada escuchaba atentamente, tomando notas ocasionalmente.

—Gracias por compartir tu historia conmigo, comprendo que no es fácil, —dijo la abogada una vez terminé. —Quiero que sepas que tienes opciones. La primera y más importante es considerar una orden de restricción contra Jayden, para protegerte de cualquier contacto futuro. ¿Cómo te sientes al respecto?

Asentí, sintiendo un alivio al saber que había medidas de protección disponibles. —Eso suena como un buen primer paso, —respondí.

—En cuanto a reportar el incidente, es fundamental actuar pronto. La ley está de tu lado, y hay caminos legales que podemos seguir para buscar justicia. Esto incluye presentar una denuncia ante la policía y, potencialmente, iniciar un proceso legal contra Jayden por agresión, —explicó con claridad, asegurándose de que entendiera cada paso.

Diego apretó mi mano, ofreciéndome su apoyo incondicional. —¿Cuáles son los riesgos o desafíos que podríamos enfrentar en el proceso legal? —preguntó Diego, siempre atento a los detalles.

—Es una pregunta importante, —reconoció la abogada. —El proceso puede ser emocionalmente exigente, y habrá un período de investigación donde se recopilarán evidencias. Es vital contar con un soporte emocional sólido durante este tiempo. Además, aunque cada caso es único, el resultado puede variar. Sin embargo, estoy aquí para guiarte en cada paso y luchar por la justicia.

—¿Y qué pasa con la confidencialidad y mi privacidad? —inquirí, preocupada por las repercusiones personales y sociales.

—Tu privacidad es primordial. Trabajaremos juntos para proteger tu identidad y asegurarnos de que te sientas segura y respetada durante todo el proceso, —aseguró con firmeza.

Al finalizar la reunión, me sentí empoderada, a pesar de las emociones encontradas que surgían al pensar en el camino legal que tenía por delante. Diego y yo agradecimos a la abogada por su tiempo y orientación, saliendo de la oficina con una sensación de claridad sobre los pasos a seguir.

—Con solo haber venido estás haciendo algo muy valiente, Addison. Y estaré contigo en cada paso del camino, —dijo Diego mientras salíamos a la luz del día.

Al salir del bufete, el peso de la decisión que acababa de tomar se asentaba sobre mis hombros, una mezcla de determinación y un temor residual que me hacía dudar de mis propias fuerzas. Diego, siempre atento, notó mi silencio y agarró mi mano, entrelazando nuestros dedos mientras caminábamos hacia su auto.

Una vez dentro, el espacio cerrado del vehículo se sintió como un refugio, un pequeño universo aparte donde podía expresar mis pensamientos y emociones sin reservas. Me volví hacia él, encontrando en sus ojos una profunda preocupación y amor incondicional.

—Diego, — comencé, mi voz temblorosa pero firme, 3he decidido seguir adelante con el caso contra Jayden. No solo por mí, sino por Diane también. Por su memoria, y porque ella no tuvo la oportunidad de hablar, de buscar justicia por lo que le hicieron.

Diego apretó suavemente mi mano en señal de apoyo, sus ojos llenos de una emoción que reflejaba la gravedad de lo que acababa de compartir. —Addie, eso es increíblemente valiente de tu parte. Estoy aquí para ti, para lo que necesites. No te imaginas como eso me hace sentir…

Las lágrimas comenzaron a formarse en mis ojos, no solo de tristeza, sino también de gratitud. —Sé que no será fácil, y hay una parte de mí que está aterrada. Pero cuando pienso en Diane... siento que es lo correcto. Que debo hacer esto, no solo como una forma de cerrar mi propio capítulo con Jayden, sino también para darle voz a Diane de alguna manera.

—Lo entiendo, y respeto profundamente tu decisión, —dijo Diego, su voz cargada de sinceridad. —Y tienes razón, no será fácil. Pero te prometo que estaré contigo en cada paso del camino. Ya sea en los días buenos o en los malos, en los momentos de duda o de victoria, estaré a tu lado.

Tomé una respiración profunda, permitiéndome sentir el peso de su promesa, el confort que ofrecía. —Gracias, amor. Saber que te tengo a ti, que tengo a alguien en quien confiar y apoyarme, hace que todo esto se sienta un poco menos abrumador.

—Siempre, mi pequeña — afirmó él, con una sonrisa que llevaba la promesa de un futuro en el que, juntos, podríamos superar cualquier obstáculo.

En ese momento, al compartir mis emociones y decisiones con Diego, sentí una renovada sensación de propósito. La batalla que se avecinaba sería desafiante, pero no estaba sola. Con Diego a mi lado, y llevando conmigo el recuerdo y el espíritu de Diane, estaba lista para enfrentar lo que viniera, buscando justicia y, con suerte, un cierre que nos permitiera a ambos encontrar paz.

26

DIEGO



Desde que Addison decidió llevar a Jayden ante la justicia, supe que mi papel era estar a su lado, no solo como su compañero emocional sino también como un pilar de apoyo práctico. Me sumergí en la tarea de comprender todo lo que pudiera sobre el proceso legal que nos esperaba. No era abogado, pero estaba determinado a aprender lo suficiente para poder estar al lado de Addison de manera informada.

Pasé horas en línea, leyendo sobre casos similares y los derechos de las víctimas de abuso. También acudía a la librería de la universidad para contrastar lo que iba aprendiendo con evidencia más robusta. Los artículos legales y los foros de discusión se convirtieron en mi lectura diaria, cada página absorbiendo mi atención mientras trataba de construir un marco mental sobre lo que Addison podría enfrentar.

Una tarde, decidí que era hora de ir más allá de la investigación autodidacta. Llamé a la abogada que Addison había consultado, buscando su perspectiva profesional sobre cómo podría ser de mayor ayuda durante este proceso.

— ¿Sra. Martínez? Soy Diego, el... bueno, soy cercano a Addison. Ella me mencionó a usted como su abogada en el caso contra Jayden. Me preguntaba si podría tener unos minutos para hablar sobre cómo puedo apoyar mejor a Addison a través de esto, — dije cuando ella respondió.

Por supuesto, — hubo una pausa, una comprensible vacilación debido a la confidencialidad del cliente. Pero después de confirmar con Addison, la Sra. Martínez accedió a hablar conmigo. Aunque estuve presente cuando hablamos, ya se va a proceder de verdad así que como abogada su deber es con su cliente.

—Diego, es importante que Addison se sienta apoyada no solo emocionalmente sino también entendiendo el proceso que está a punto de enfrentar. Puede ser abrumador, -comenzó, su voz clara y calmada. —Estar allí para ella, escuchar sin juzgar, es fundamental. Pero también, ayudarla a prepararse para lo que vendrá. Habrá interrogatorios, declaraciones... Es un proceso que puede revivir traumas pasados.

Escuchaba atentamente, tomando notas. — ¿Hay algo específico que debería saber para ayudarla mejor durante esos momentos? ¿Alguna manera de ayudarla a prepararse para esos interrogatorios o declaraciones?

—Ser su constante recordatorio de que no está sola en esto. Asegurarse de que descanse bien antes de cualquier declaración, que coma... Parece básico, pero es fácil de olvidar bajo estrés. Y después, estar allí, para lo que necesite, sea desahogarse o simplemente buscar distracción, — aconsejó la abogada.

Le agradecí por su tiempo y colgué, sintiéndome un poco más preparado, pero también sobrecogido por la magnitud de lo que Addison enfrentaría. Sin embargo, la determinación de estar a su lado, de ser su roca, se fortalecía con cada nuevo pedazo de información que adquiría.

Esa noche, compartí con Addison lo que había aprendido, asegurándole que estaría a su lado en cada paso del camino, listo para ofrecerle el apoyo práctico y emocional que necesitara. —Juntos, vamos a superar esto, mi vida. No solo como testigos del proceso legal, sino como compañeros en cada desafío que nos depare el futuro. — Su sonrisa, llena de gratitud y un atisbo de esperanza, fue todo lo que necesité para saber que estábamos en el camino correcto.

En la tarde de un viernes que prometía ser como cualquier otro, decidí sorprender a Addison con una idea que había estado gestando en mi mente. La tensión del proceso legal contra Jayden había sido una prueba constante, y vi cómo el peso de la situación comenzaba a afectarla más de lo que admitía. Quería ofrecerle un respiro, un momento de paz y conexión lejos de todo.

Llegué a su casa con un ramo de sus flores favoritas en una mano y la emoción burbujeando en mi pecho. Cuando abrió la puerta, su sonrisa al verme iluminó mi mundo.

—¿A qué debo el honor y las flores? —preguntó Addison, su curiosidad despertada por mi inesperada visita.

—Porque sí, —dije, entregándole las flores antes de tomar una respiración profunda para compartir mi plan. —Addison, he estado pensando... necesitamos una pausa. Todos los procedimientos legales, todo lo que ha estado pasando, es mucho. Así que, ¿qué te parece si nos tomamos este fin de semana solo para nosotros? Una pequeña escapada.

La sorpresa se dibujó en su rostro, seguida de una mezcla de duda y entusiasmo. —¿Una escapada? Diego, no sé... Con todo lo que está pasando...

—Es precisamente por eso —interrumpí suavemente, tomando sus manos entre las mías. —Necesitamos recordar por qué estamos luchando, por qué es importante no perder de vista lo que tenemos juntos. Un fin de semana, solo tú y yo, lejos de las presiones y el estrés. Un lugar donde podamos recargar, hablar, o simplemente ser.

Vi cómo la idea comenzaba a seducirla, cómo la tensión en sus hombros se relajaba ligeramente. —¿Y a dónde nos escaparíamos, señor romántico? —preguntó, una sonrisa tímida apareciendo en sus labios.

—¿Qué te parece si vamos a la cabaña junto al lago? Es tranquilo, está rodeado de naturaleza... Podemos hacer caminatas, sentarnos junto al fuego, mirar las estrellas. Solo nosotros, sin interrupciones, —describí, observando cómo sus ojos se iluminaban con cada palabra.

Addison se mordió el labio, pensativa, pero luego asintió. —Suena... perfecto, Diego. Sí, vamos a hacerlo. Una escapada suena como exactamente lo que necesitamos.

Abrazándola, sentí cómo mi corazón se llenaba de gratitud por este momento, por la oportunidad de estar juntos en medio de la tormenta. —Te prometo, Addie, este fin de semana será sobre nosotros, sobre recargar y recordar las pequeñas cosas que hacen grande nuestro amor.

Y así, con planes hechos y corazones llenos de esperanza, nos preparamos para nuestra pequeña

aventura. Sabíamos que los desafíos no desaparecerían, pero por un fin de semana, podríamos poner el mundo en pausa, recordándonos el uno al otro el poder del amor y el apoyo mutuo. Era nuestro momento de fortaleza en la intimidad, una promesa silenciosa de enfrentar juntos lo que viniera.

***

El viaje hasta la cabaña fue un trayecto lleno de expectativas y, a medida que nos adentrábamos en el corazón del bosque, la serenidad del entorno comenzó a calmar el torbellino de pensamientos y preocupaciones que habían sido nuestros constantes acompañantes las últimas semanas. Luego de un rato me percaté que tenía un extraño parecido del lugar donde actualmente residía Madame Brish.

Llegamos justo cuando el sol comenzaba a teñir el cielo de tonos naranjas y rosas, un espectáculo que nos recibió con la promesa de paz y desconexión. Mientras descargábamos el auto, no pude evitar sentirme agradecido por este momento de escape, por la oportunidad de ofrecerle a Addison y a mí mismo un respiro.

—Espera a ver la cena que he planeado, —dije a Addison, queriendo sorprenderla con algo especial. —Nada demasiado extravagante, pero sí muy nuestro.

Mientras Addison inspeccionaba los platos con una mezcla de sorpresa y curiosidad, su broma sobre mis habilidades culinarias me arrancó una carcajada genuina. La suavidad del crepúsculo nos envolvía, creando un ambiente perfecto para la honestidad y la risa.

—Vaya, parece que has estado tomando clases en secreto, ¿eh? —continuó ella, sirviéndose un poco de ensalada. —A este paso, voy a empezar a preocuparme por mi título no oficial de chef de la casa.

Le pasé la botella de vino, aun sonriendo. —Bueno, digamos que he tenido una excelente maestra en el pasado, —dije, permitiéndome un momento de reflexión, pero sin agregar nada más pues Violet fue la encargada de mis adquiridos dotes culinarios. —Pero la verdad es que quería hacer algo especial para ti. Esta noche será sobre nosotros, sobre crear nuevos recuerdos.

Ella sostuvo mi mirada, el tenue brillo de las velas reflejado en sus ojos. —Eso es muy dulce, Di. Y créeme, este es un recuerdo que guardaré por siempre.

Comenzamos a cenar, y la conversación fluyó tan fácilmente como el vino. Hablamos de todo y de nada, desde planes futuros hasta las pequeñas anécdotas del día a día que nos habíamos perdido.

—¿Recuerdas esa vez que intentamos hacer esa receta de pasta que terminó siendo un desastre? —pregunté, recordando uno de nuestros primeros intentos de cocinar juntos.

Addison soltó una risa. —¿Cómo olvidarlo? Terminamos pidiendo pizza. Pero, sabes, esas son

las cosas que hacen que todo valga la pena. Esos pequeños desastres son tan importantes como los grandes éxitos.

Asentí, compartiendo la nostalgia. —Exacto. Y hablando de pequeños desastres, espero que este intento de cena no termine en otro pedido de pizza.

Ella probó un bocado, cerrando los ojos como saboreándolo. —Mmm, definitivamente no habrá pizza esta noche. Esto está delicioso, Didi el chef. Tal vez debas considerar una carrera en la gastronomía.

Reímos, y en ese momento, con el cielo estrellado como testigo de nuestra noche, sentí una profunda gratitud por tener a Addison a mi lado. Las estrellas brillaban intensamente, pero ninguna tan brillante como el amor y la conexión que compartíamos, alimentada por momentos tan simples y hermosos como una cena en el balcón.

La noche avanzó suavemente, marcada por risas, conversaciones profundas y momentos de cómodo silencio. Era una de esas noches que deseas que nunca termine, un perfecto oasis de paz en medio del caos de la vida. Con ella a mi lado, todo parecía posible, y el peso de los desafíos por venir se sentía un poco más ligero.

Después, decidimos que era hora de desconectar completamente del mundo exterior: apagamos nuestros teléfonos, alejándonos conscientemente de cualquier distracción que pudiera sacarnos de nuestro pequeño oasis de tranquilidad.

La luz de la chimenea danzaba en las paredes, proyectando sombras suaves que se movían al ritmo de la música de fondo. Era una de esas raras noches donde el mundo exterior parecía desvanecerse, dejándonos solos en nuestra burbuja de calidez y cercanía.

— ¿Sabes? — comenzó Addison, levantando la cabeza para mirarme directamente. —Nunca pensé que podría sentirme así de nuevo... segura, amada, en paz. Después de todo lo que ha pasado, es... es un regalo.

Le sonreí, acariciando su mejilla con el dorso de mi mano. —Eres un regalo para mí, amor. Cada día contigo, incluso los difíciles, me hace sentir el hombre más afortunado del mundo. No creí volver a ser feliz…

Ella se sonrojó levemente, una sonrisa tímida adornando sus labios. —No exageres, —murmuró, aunque la manera en que se acurrucó más cerca indicaba que mis palabras habían calado hondo. Besé su frente dándole a demostrar todo el amor que sentía por ella.

El libro que habíamos estado leyendo juntos yació olvidado en nuestro regazo mientras nos perdíamos en los labios del otro, en caricias suaves y furtivas, en conversaciones más profundas, explorando sueños, miedos y esperanzas. Cada revelación, cada pedazo compartido de nosotros mismos, tejía un lazo más fuerte entre nosotros.

— ¿Recuerdas nuestra primera cita? — pregunté, un brillo juguetón en mis ojos. —Cuando

derramaste tu bebida por estar nerviosa.

Addison soltó una carcajada. — ¡Cómo olvidarlo! Estaba mortificada. Pero luego, tu manera de hacer que todo pareciera una pequeña aventura... me ayudó a relajarme. Eso es algo que siempre he amado de ti, Di. Encuentras la magia en los momentos más simples.

Le devolví la sonrisa, sintiendo un calor que iba más allá del fuego de la chimenea. —Y tú traes luz a mi vida, Addison. Incluso en los días más oscuros, tu fuerza, tu sonrisa... me recuerdan que hay tanto por lo que luchar, tanto por lo que estar agradecido.

El fuego crepitaba, la única fuente de sonido en un momento donde las palabras empezaban a sobrar. Nos miramos, y en ese instante, sin decir nada, todo fue dicho. Mis labios encontraron los suyos en un beso suave, lleno de promesas no dichas, de amor incondicional.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras frentes permanecieron juntas, compartiendo el mismo aire, el mismo momento. —Te amo, Addison, —susurré, sintiendo cómo esas palabras resonaban con una verdad profunda.

—Y yo a ti, Diego. Siempre.

Nos envolvimos en el silencio una vez más, pero ahora era un silencio lleno de paz, de amor, de un entendimiento mutuo. La noche avanzó, y aunque el fuego eventualmente se redujo a brasas, el calor que compartíamos solo creció, un recordatorio silencioso de que, juntos, podíamos enfrentar cualquier cosa que el mundo nos arrojara.

***

La luz del sol filtrándose a través de las cortinas de la cabaña nos despertó suavemente. Hoy no había lugar para las prisas ni el estrés, solo para la promesa de un día dedicado a la conexión con la naturaleza y entre nosotros. Preparé el desayuno mientras Addison se estiraba en el balcón, respirando el aire fresco del bosque.

—Espero que te gusten los pancakes, —dije cuando ella entró a la cocina, guiñándole un ojo.

—¿Acaso hay algo que no sepas hacer? —bromeó Addison, su sonrisa iluminando la habitación.

Después del desayuno, propuse nuestro plan para el día. —¿Qué te parece si exploramos los senderos cercanos? Podría ser una buena forma de despejar la mente.

La idea le entusiasmó y, tras prepararnos, salimos a sumergirnos en la calma del bosque. Los sonidos de la naturaleza nos rodeaban, desde el canto de los pájaros hasta el susurro del viento entre los árboles. Caminamos en silencio, dejando que la serenidad del lugar nos llenara.

—¿Sabes? —empezó Addison, deteniéndose para mirar un árbol particularmente imponente. —Creo que nunca había apreciado tanto el silencio.

Reímos al descubrir que ninguno de los dos tenía un gran talento para el boceto, pero eso solo

añadió más risas a nuestro día. —Bueno, al menos nadie podrá acusarnos de tomarnos demasiado en serio, —dije, observando su intento de dibujar un pato que se parecía sospechosamente a una nube.

El picnic junto al lago fue otro momento de paz. Mientras nos acomodábamos sobre la manta, el agua tranquila reflejaba la luz del sol como si fuera un espejo. —Este lugar... es como si fuera un secreto que la naturaleza decidió compartir solo con nosotros, —comentó Addison, su voz llena de asombro.

—¿Alguna vez te imaginas cómo será nuestro futuro, Diego? —preguntó, su curiosidad teñida de una seriedad suave.

La pregunta me hizo pausar, mirando el lago como buscando respuestas en su superficie calmada. —A menudo, —admití. —Pero la verdad es que, mientras esté contigo, siento que cualquier futuro es el correcto.

Ella sonrió, pero su mirada seguía inquisitiva. —Pero ¿qué quieres en ese futuro? ¿Qué sueños tienes que aún no hemos explorado?

Era una pregunta cargada, que invitaba a la introspección. —Quiero seguir creciendo, tanto individualmente como juntos. Explorar, aprender, tal vez incluso construir algo duradero... una familia, —dije, sintiendo la importancia de cada palabra.

Addison asintió, tomándose un momento antes de compartir sus propios pensamientos. —Cuando teníamos diecisiete, todo parecía tan simple, ¿verdad? Nuestros sueños eran más sobre el próximo viernes por la noche que sobre los próximos diez años.

Reí ante la verdad de sus palabras. —Es cierto. Aunque, si lo piensas, esa simplicidad tenía su propia belleza. Pero ahora, los sueños son más grandes, más reales.

—Y más aterradores, —agregó ella, medio en broma. —Pero estoy de acuerdo. Es como si, al crecer, las piezas del rompecabezas comienzan a encajar. Aunque algunas piezas hayan cambiado desde que teníamos diecisiete.

Tomé su mano, entrelazando nuestros dedos. —¿Sabes? Una de las cosas que más valoro ahora, que quizás no apreciaba tanto antes, es esto... la capacidad de compartir silencios cómodos, de disfrutar simplemente de la presencia del otro.

Ella apretó mi mano en respuesta, una sonrisa iluminando su rostro. —Eso, y la habilidad de apreciar un buen picnic junto a un lago tranquilo sin preocuparnos por lo que el resto del mundo está haciendo.

—Exactamente, —dije, devolviéndole la sonrisa. —Aunque, siendo honestos, a los diecisiete probablemente hubiéramos olvidado empacar el almuerzo.

—¡No tengo pruebas, pero tampoco dudas! —Se carcajeó, acercándose para apoyar su cabeza en

mi hombro. —Pero mira cuánto hemos madurado.

Y ahí, junto al lago, bajo el sol suave del mediodía, me di cuenta de que, a pesar de cómo habían cambiado nuestras prioridades y sueños desde que éramos adolescentes, una cosa permanecía constante: nuestra conexión. Esa era la verdadera magia que, independientemente de la edad o el futuro, siempre nos mantendría unidos.

***

Al regresar a la cabaña, tenía una sorpresa más para Addison: una sesión de spa casero que había preparado con cuidado. — ¿Lista para relajarte aún más? — pregunté, guiándola hacia el baño donde había velas aromáticas y sales de baño esperando.

La sorpresa en su rostro se transformó rápidamente en deleite. — ¿Cómo es que siempre sabes exactamente lo que necesito? - preguntó, mientras preparaba el baño para ambos. Sus ojos, llenos de un mar profundo de agradecimiento.

La sesión de spa casero realmente marcó el cierre perfecto para un día lleno de momentos compartidos y risas. Entre el aroma de los aceites esenciales y la calidez reconfortante del agua, había algo profundamente terapéutico en el acto de darnos masajes mutuos. Cada gesto era una expresión tangible de nuestro cuidado mutuo, una manera de comunicar amor sin necesidad de palabras.

Mis manos seguían el contorno de su espalda con movimientos suaves y meditados, consciente de la confianza que implicaba este intercambio. Aunque nuestra cercanía física había crecido, me esforzaba por mantener el respeto y la consideración por sus límites. La única noche de intimidad que habíamos compartido en la isla había sido un paso significativo para nosotros, pero desde entonces, nos habíamos mantenido en un terreno de ternura y respeto mutuo.

Mientras la suavidad del agua nos envolvía, ella rompió el silencio con una voz que llevaba la curiosidad teñida de un tono juguetón.

— ¿Sabes? Aún tengo una duda…— su voz flotaba en el aire, añadiendo un matiz de misterio a la atmósfera ya íntima.

Mis dedos se detuvieron en su espalda, y le besé suavemente el hombro antes de responder. — ¿Y cuál sería tu duda? Estoy aquí para intentar aclararla, si puedo.

Ella se giró ligeramente para mirarme, sus ojos reflejando el brillo de las velas a nuestro alrededor. —A pesar de aquella noche en la isla, aún me queda por comprobar si somos tan buenos en la intimidad como antes…— Su voz era baja, pero en la quietud de nuestro refugio, cada palabra resonaba claramente.

Un momento de silencio se extendió entre nosotros, cargado de una anticipación tácita. La profundidad de su mirada me invitó a considerar el futuro de nuestra conexión, a reconocer que,

mientras nuestro respeto mutuo formaba la base de nuestra relación, también existía un deseo de explorar más allá.

Con una sonrisa que buscaba equilibrar la tensión con ligereza, respondí, —Esa es una duda bastante interesante… Creo que es algo que solo podemos descubrir juntos, con el tiempo y cuando ambos estemos listos.

Ella asintió, una sonrisa cómplice dibujándose en sus labios mientras se acomodaba de nuevo contra mi pecho. —Entonces, espero con ansias descubrirlo, juntos.

Y así, en la tranquilidad de la noche, con solo el crepitar suave de las velas y la calidez que compartíamos, nos permitimos sumergir en el confort del momento presente, sabiendo que el futuro nos reservaba la oportunidad de explorar todas nuestras dudas, juntos, a nuestro propio ritmo.

—Gracias, Diego, por todo esto. Hoy ha sido... perfecto, — susurró Addison, su voz cargada de emoción y gratitud.

Y mientras el día se desvanecía en la noche, entendí que estos momentos de tranquilidad, de risas compartidas y cuidado mutuo, eran los ladrillos con los que construíamos nuestra fortaleza contra el mundo exterior. Estos días eran un recordatorio de que, sin importar lo que enfrentáramos, siempre tendríamos este refugio en nosotros mismos y en nuestro amor.

# 27

# ADDISON



En la quietud que precedía al amanecer, un silencio lleno de promesas y secretos compartidos me encontraba envuelta en un abrazo con Diego, cuya presencia era un faro de tranquilidad en la oscuridad. La habitación estaba sumida en una suave penumbra, el tiempo parecía detenerse, permitiéndonos un momento de paz y cercanía antes de que el día reclamara su inicio.

Sus caricias eran como pinceladas de amor en el lienzo de mi piel, trazos suaves y seguros que hablaban de un cuidado y una ternura profundas. —Estos momentos contigo... son mi refugio, — le susurré, maravillándome de cómo su simple cercanía podía llenarme de tal sensación de plenitud y seguridad.

Mientras, su boca recorría cada centímetro, con calma, como si quisiera permanecer para siempre allí. Con cada gesto, cada toque, Diego comunicaba su amor, un lenguaje sin palabras que resonaba en lo más profundo de mi ser. Mis propias manos no se quedaban atrás, explorando con reverencia la textura de su piel, memorizando cada curva, cada contorno, como si pudiera guardar en mí la esencia de su ser.

Nuestras miradas se encontraron, un universo entero reflejado en el brillo de sus ojos. Era una conexión que trascendía lo físico, un lazo espiritual que nos unía más allá de cualquier circunstancia o adversidad. —Todo estará bien, — me dijo sin palabras, su mirada llenándome de una confianza y una esperanza renovadas.

Con estas palabras nuestros cuerpos se unieron a la sincronía más delicada de placer y deseo, de amor y lujuria. La melodía de nuestros gemidos era todo lo que nos acompañaba mientras simulábamos olas del mar llenando la orilla.

La calidez de nuestro amor llenaba la habitación, un calor que emanaba no solo de nuestros cuerpos entrelazados, sino también de la profundidad de nuestros sentimientos. Era una danza de sombras y luz, un acto de amor que trascendía lo terrenal para tocar nuestras almas. En la vulnerabilidad de esta entrega, encontramos una fuerza nueva, un refugio en el otro que prometía soportar cualquier cellisca.

Si pudiera comparar diría que nuestra primera vez no fue nada, este momento es todo. Los recuerdos afloran cada parte de mi mente a como éramos, a como fuimos y he de decir que del pasado no se vive. Diego se transformó en el hombre de mis sueños, en mi hogar, en paz, deseo y calidez.

Este momento de unión era más que un acto de amor físico; era una afirmación de nuestro compromiso, un sello de la confianza y el amor profundo que habíamos cultivado. Juntos, habíamos trazado un camino a través de la vulnerabilidad hacia un lugar de conexión inquebrantable, un lugar donde cada gesto y cada silencio hablaba de un amor eterno y renovado con cada nuevo día.

Mientras la oscuridad comenzaba a ceder ante los primeros destellos del amanecer, nos miramos a los ojos, encontrando en ellos el reflejo de nuestros propios corazones. En ese instante, sin

necesidad de palabras, ambos entendimos que estábamos listos para explorar la expresión más íntima de nuestro amor. Y sucedió, los fuegos artificiales llenando el espacio, el cielo en penumbra se iluminó de esa fuerza que solo el placer puede brindarles a los cuerpos que se aman. Era un paso natural en nuestro viaje juntos, un deseo compartido de unirnos completamente, de rendirnos al amor que nos envolvía.

Y cuando nos acomodamos para recibir el nuevo día, aún enredados el uno en el otro, la primera luz del amanecer comenzó a teñir el cielo de colores. En ese momento, entre el sueño y la vigilia, supe que, sin importar lo que nos deparará el camino, siempre encontraríamos refugio en nuestro amor, siempre tendríamos este santuario de paz y conexión mutua.

Este amanecer no era solo el comienzo de un nuevo día, sino también el símbolo de nuestro viaje juntos, lleno de posibilidades, desafíos y, sobre todo, lleno de amor. En la intimidad de esos primeros rayos de luz, reafirmamos nuestro compromiso el uno con el otro, listos para enfrentar juntos lo que fuera que nos trajera la vida.

***

En la tranquilidad que seguía a nuestra unión, el mundo parecía haberse reconfigurado a nuestro alrededor, lleno de una nueva luz y significado. Mientras Diego se levantaba para preparar el desayuno, decidí darme un momento a solas en el baño, necesitando el espacio para envolverme en mis pensamientos y emociones, tan vivos y tumultuosos como el amanecer que nos había acompañado.

El agua tibia corría por mi piel, cada gota un recordatorio del acto de amor compartido, de la vulnerabilidad y la fuerza encontradas en los brazos del otro. Mientras el vapor llenaba el espacio, permití que mis reflexiones fluyeran libremente. Hacer el amor con Diego no había sido simplemente el cruce de un umbral físico; había sido una danza de almas, una comunión que resonaba con una verdad más profunda sobre lo que significaba amar y ser amado.

*"Era como si cada toque, cada suspiro, cada mirada compartida tejiera un nuevo capítulo en nuestra historia,"* pensé, las palabras formándose en mi mente con claridad prístina. Nuestra conexión, ya fuerte, se había profundizado, revelando capas de confianza y comprensión que solo podían haber sido descubiertas a través de la expresión más íntima de nuestro amor.

El acto de hacer el amor había sido un reflejo del respeto y la adoración que nos teníamos el uno al otro, una afirmación de que, sin importar los desafíos que enfrentáramos, siempre encontraríamos refugio y fortaleza en nuestra unión. —Esto es solo el comienzo, —me dije a mí misma, sintiendo una oleada de gratitud por él, por quien llegó a ser y es el amor de mi vida, por su paciencia, su ternura, y su inquebrantable apoyo.

Al terminar y envolverme en una toalla, tomé un momento para mirarme en el espejo.

Aquel día que desperté sin mis recuerdos ,cuando me miré en el espejo, la mujer que me devolvía la mirada era una desconocida. Mis ojos reflejaban desconcierto y una sutil desesperación, fragmentos de una identidad que no podía reconocer ni entender. Me sentí perdida, como si mirara a través de un vidrio empañado que distorsionaba quién era realmente.

Ahora, al mirarme de nuevo en el espejo, veo una transformación radical. La certeza de ser amada profundamente y de amar con igual fuerza ha marcado mi rostro con una nueva luz. Mis ojos ahora reflejan alegría y el asombro de los descubrimientos hechos y los que aún están por venir. Este cambio no solo muestra una recuperación de mi memoria, sino un redescubrimiento y una aceptación profunda de mi verdadero ser.

Cuando salí del baño, el aroma del café y el sonido de Diego tarareando suavemente en la cocina llenaron el aire, anclándome de nuevo al presente. Me acerqué a él, envuelta no solo en la calidez de la toalla sino también en la certeza de nuestro amor.

—¿Hueles eso? Es el aroma de un nuevo comienzo, —dijo Diego, girándose para mirarme con una sonrisa que iluminaba toda la habitación.

Y tenía razón. Lo que habíamos compartido iba más allá de la física, más allá de la emoción. Había sido un renacimiento, el comienzo de una nueva etapa en nuestra vida juntos, repleta de promesas, sueños y, sobre todo, amor.

Mientras Diego terminaba de preparar el desayuno, la luz del amanecer se colaba por las ventanas, tiñendo la cocina de un resplandor cálido y acogedor. Aún me envolvía la sensación de un mundo renovado, uno que habíamos tejido juntos en la intimidad del amanecer. Me acerqué a él, llevando en mí la ligereza de un corazón rebosante de amor y una pizca de curiosidad por lo que el día nos depararía.

—Entonces, ¿se han despejado todas tus dudas? —preguntó Diego, girándose hacia mí con esa chispa de humor en sus ojos que tanto me encantaba. Su sonrisa era juguetona, y en su voz, un eco de la complicidad que habíamos compartido.

—Creo que has pasado con nota alta, —respondí con una sonrisa, entrando en su juego. —Supongo que eso te convierte en el maestro de la materia, ¿no es así?

Él asintió solemnemente, aunque el brillo divertido en sus ojos decía lo contrario. —Exactamente. Pero, hablando de superar expectativas... tengo una propuesta para ti, —comenzó, y aunque su tono mantenía su suavidad, había en él una seriedad nueva, una profundidad que atrajo toda mi atención.

—¿Una propuesta? —repetí, intrigada por el cambio en su actitud y por el suspenso que construía en el aire entre nosotros.

—Sí. Estaba pensando que 'novios' ya no nos define adecuadamente. Lo que tenemos... es mucho más que eso, —explicó, buscando mis ojos con los suyos, donde leí la sinceridad y el afecto profundo que nos unía. —Necesitamos algo que realmente capture lo que somos el uno para el otro.

La anticipación crecía dentro de mí, cada palabra suya añadiendo peso a la importancia de este momento. —Me tienes en vilo. ¿Qué sugieres?

—¿Qué te parecería si nos llamáramos 'cómplices eternos'? —propuso, su voz llena de un tenue nerviosismo y mucha esperanza. —Porque eso es lo que realmente somos, ¿no? Cómplices en esta aventura de la vida, enfrentando juntos lo que venga, compartiendo sueños, desafíos y, por supuesto, un amor que nos fortalece.

No pude evitar soltar una carcajada, no por burla, sino por la alegría pura que me provocaba la idea. —Cómplices eternos, -repetí, saboreando las palabras, encontrándolas perfectas en su singularidad y significado. —Me encanta. Sí, tiene un aire de aventura, un compromiso profundo y promete muchas travesuras juntos.

— Entonces, ¿quieres ser mi cómplice eterna para siempre? — preguntó, extendiendo su mano hacia mí, en un gesto que sellaba nuestro nuevo pacto.

—Es un sí rotundo, mi cómplice eterno, — afirmé, colocando mi mano en la suya, uniendo nuestras vidas con un título que encapsulaba nuestra esencia compartida. Un beso, acompañó este momento como el más dulce y cursi de la historia, pero esta era mi historia, de nadie más.

Compartimos el desayuno bajo el nuevo día, entre risas y conversaciones sobre el futuro. Era evidente que, más allá de un simple cambio de denominación, ser 'cómplices eternos' era una promesa de caminar juntos a través de la vida, enfrentando cada nuevo desafío con amor y un inquebrantable sentido de compañerismo. En ese momento, con el sol bañándonos con su luz, supe que no importaba lo que nos deparara el camino, porque juntos, como cómplices eternos, podríamos enfrentarlo todo.

***

Los días en este paraíso habían llegado a su fin.  Mientras recogíamos nuestras pertenencias, cada movimiento era agridulce, marcado por la serenidad de los últimos días y la anticipación de los desafíos que nos esperaban. Este fin de semana, refugiados en la calma de la naturaleza y en el calor de nuestro amor, había sido un bálsamo para nuestras almas, pero ahora, debíamos regresar a la realidad, enfrentarnos a la tempestad que se avecinaba.

Mientras empacaba, mis pensamientos vagaban inevitablemente hacia el juicio contra Jayden. Era un capítulo de mi vida que necesitaba cerrarse, no solo por mí, sino también por la justicia que merecía ser servida. Aunque el miedo y la incertidumbre anidaban en algún rincón de mi corazón, la fuerza que había encontrado en los brazos de Diego me recordaba que no estaba sola en esta batalla.

— ¿Estás lista? — preguntó Diego, interrumpiendo mis cavilaciones. Su voz era firme, pero sus ojos reflejaban la misma mezcla de determinación y preocupación que sentía.

Tomé una respiración profunda, asintiendo. —Lo estoy. O al menos, lo estaré cuando llegue el momento. — Le ofrecí una sonrisa, intentando transmitir una confianza que esperaba fortalecer con el paso del tiempo.

Mi nuevo cómplice eterno se acercó, envolviéndome en un abrazo que parecía fortificar mi

resolución. —Juntos en esto, —murmuró, y esas palabras se convirtieron en mi mantra, un recordatorio de la unión inquebrantable que compartíamos.

Al terminar de empacar, dimos una última mirada a la cabaña, agradeciendo en silencio por el refugio y la paz que nos había brindado. Luego, con todo en el vehículo, nos detuvimos un momento antes de partir.

—Estos días han sido un regalo, — dije, mirando hacia la cabaña y luego al lago, cuyas aguas tranquilas habían sido testigo de nuestro amor y complicidad. —Pero sé que lo que nos espera es algo que también podemos enfrentar juntos.

Diego asintió, tomando mi mano. —Lo enfrentaremos. Y no importa lo que pase, recuerda que esto, — señaló hacia su corazón y luego al mío, —es lo más importante. Nuestro amor, nuestra fortaleza.

Así, con el corazón lleno de amor y la mente enfocada en los desafíos por venir, iniciamos el viaje de regreso. Los próximos días traerían su propia marea de emociones y pruebas, pero la certeza de nuestro amor y el apoyo incondicional que nos teníamos el uno al otro eran faros que nos guiarían a través de cualquier oscuridad. Juntos, como cómplices eternos, estábamos listos para enfrentar el mundo, comenzando con el juicio contra mi expareja.

***

Al cruzar el umbral de casa, el familiar aroma de lo cotidiano me envolvió, haciéndome sentir instantáneamente enraizada. El fin de semana en la cabaña había sido un paréntesis de tranquilidad y conexión profunda, un respiro necesario antes de enfrentar los desafíos que se avecinaban. Ahora, de vuelta en casa, estaba lista para compartir esos momentos preciosos y las decisiones que habían surgido de ellos.

Emma estaba en la sala, envuelta en la luz suave del atardecer que se filtraba por las ventanas. Su sonrisa, amplia y acogedora, iluminó aún más la habitación cuando me vio.
—¡Addie! ¿Cómo te fue? —preguntó, levantándose para darme un abrazo cálido y lleno de hermandad.

—Media, fue... increíble, — comencé, correspondiendo al abrazo con un sentimiento de gratitud por tener a alguien con quien compartir no solo los momentos de alegría sino también los de incertidumbre. Nos acomodamos en el sofá, donde las palabras comenzaron a fluir, narrando los detalles del fin de semana, desde la belleza serena del amanecer junto al lago hasta las risas compartidas y las conversaciones que tocaban el alma.

Reajustándome en el sofá, capté la mirada atenta de Emma, quien parecía ansiosa por absorber cada detalle de mi relato. La calidez de la sala, bañada por el crepúsculo, creaba el escenario perfecto para nuestras confidencias.

— ¿Cómo fue realmente el ambiente allí? ¿Tuvieron tiempo de... reconectar? — preguntó Emma con un tono lleno de curiosidad y un toque de picardía moviendo sus cejas de arriba abajo.

No pude evitar sonreír ante su insinuación. —Fue más que eso, Emma. Fue como si redescubriéramos partes de nosotros mismos y de nuestra relación que pensábamos olvidadas. Y sí, reconectamos, de todas las maneras posibles, —confesé, sintiendo cómo el rubor coloreaba mis mejillas.

Emma soltó una risita, su interés claramente picado. —Oh, vaya, parece que la cabaña trabajó su magia en ustedes. Me alegro tanto, Addie. Después de todo lo que has pasado, te mereces cada momento de felicidad.

Levanté una ceja, animada por su entusiasmo. —Y hablando de momentos felices, ¿cómo van las cosas con Misha? La última vez que hablamos, parecías bastante... intrigada por él.

El turno de Emma para sonrojarse llegó, su sonrisa creciendo a medida que evadía mi mirada. —Bueno, digamos que hemos estado pasando más tiempo juntos. Es... interesante. Y divertido. Y guapo. Muy guapo.

Reímos juntas, disfrutando del giro ligero de nuestra conversación. —Me alegra oír eso. Solo recuerda, si necesitas consejos de la 'experta en relaciones' aquí presente, ya sabes dónde encontrarme, — bromeé, dándole un codazo suave.

— ¡Oh, por favor! La experta en relaciones que acaba de inventar 'cómplices eternos' como el nuevo estado de relación. Pero gracias, lo tendré en cuenta, — replicó Emma, su tono juguetón.

La conversación continuó fluyendo naturalmente, entre risas, confesiones y planes a futuro. A pesar de la sombra del juicio contra Jayden que se cernía sobre nosotros, ese momento con Emma fue un recordatorio de la ligereza y el apoyo que siempre encontraríamos la una en la otra.

—Prométeme algo, Addie, —dijo Emma, su expresión tornándose seria por un momento. -Prométeme que no dejarás que esto te defina. Eres mucho más que lo que te pasó.

Mirándola a los ojos, sentí una oleada de gratitud por tener una hermana como ella. —Lo prometo, Em. Y gracias, por estar aquí, por todo.

Nuestro abrazo selló la promesa, un lazo inquebrantable que nos unía más allá de las palabras. Con Emma a mi lado, y Diego esperándome, supe que enfrentaría lo que viniera con una fortaleza renovada, sostenida por el amor incondicional de mi familia elegida.

Esa noche, mientras me preparaba para dormir, reflexioné sobre el fin de semana y todo lo que se avecinaba. A pesar de la incertidumbre, me sentía fortalecida por el amor y el apoyo de las personas más importantes en mi vida. Con ellos a mi lado, me sentía lista para enfrentar el juicio contra Jayden y cualquier otra cosa que el destino tuviera reservado. La fuerza no venía solo de mí, sino del lazo inquebrantable que nos unía, una red de apoyo que me recordaba que, juntos, podíamos superar cualquier cosa.

***

La mañana se presentaba gris y pesada, como si las nubes reflejaran el tumulto en mi interior al enfrentarme a lo que sería uno de los días más desafiantes de mi vida. La incertidumbre me envolvía mientras caminábamos hacia la estación de policía. Contaba con el apoyo de mi cómplice eterno, mi media, mi mejor amigo y a mi abogada, Marianne, era el único faro de certeza en la tormenta de mis emociones.

— ¿Estás lista para esto, Addison? — preguntó Emma, su voz cargada de preocupación y apoyo. Sus palabras intentaban ser un consuelo, pero cada paso hacia la estación solo hacía crecer mi nerviosismo.

—Trataré de estarlo, — respondí, intentando engañar a mi propio miedo con una apariencia de valentía que no sentía. Diego me apretó la mano más fuerte, como si quisiera transferirme su propia fuerza.

Al entrar en la sala de declaración, el aire se sentía cargado de una solemnidad que me pesaba en el pecho. El detective nos saludó, su semblante serio, pero no desprovisto de empatía. —Vamos a tomar su declaración ahora, señorita. Por favor, cuéntenos lo ocurrido con el señor Jayden.

Al sentarme, sentí la mirada de cada uno de mis acompañantes en mi espalda, un recordatorio silencioso de que no estaba sola. Aun así, al comenzar a hablar, mi voz temblaba, las palabras se enredaban en mi lengua. —Nuestra... nuestra relación comenzó bien, pero... —hice una pausa, tragando el nudo de miedo que amenazaba con ahogarme. -Pero las cosas cambiaron. Hubo... un incidente.

— ¿Puede describir el incidente con más detalle? ¿Hubo algún tipo de agresión? —preguntó el detective, su pluma suspendida sobre el papel.

Cada pregunta me sumergía más en el recuerdo de aquella noche, los detalles aflorando a pesar del miedo. —Sí, hubo... fue una noche, él... perdió el control. — Mis palabras eran un hilo frágil en el silencio de la sala.

— ¿Y usted cómo respondió a esa situación? — su tono era cuidadoso, consciente de la dificultad de mis recuerdos.

—Luché, traté de defenderme. Pero me sentí tan... impotente. Luego de este evento mi cuerpo como método de defensa borró parte de mis recuerdos y él se aprovechó de eso para ocultar lo ocurrido.
Las lágrimas bordeaban mis ojos, pero las retuve. No por orgullo, sino por la necesidad de ser fuerte, de hacer que mi voz y mi verdad fueran escuchadas.

Marianne intervino en varios momentos, su voz firme y protectora, asegurándose de que mi relato fuera respetado y tomado en serio. —Estamos aquí no solo para denunciar un acto de violencia, sino para resaltar la valentía de mi cliente al enfrentarse a ello.

Al terminar, me sentía físicamente agotada, como si cada palabra pronunciada hubiera sido una

batalla. Pero al levantarme, envuelta en el abrazo silencioso de mis seres queridos, sentí una chispa de algo que se parecía a la esperanza. Quizás, finalmente, comenzaba el camino hacia la justicia y la sanación.

—Lo hiciste increíblemente bien, — susurró Diego mientras salíamos de la sala, sus palabras y el apretón de su mano en la mía un recordatorio tangible de que, a pesar del miedo y la incertidumbre, no estaba sola en esta lucha.

Este día, con su peso de nerviosismo y ansiedad, marcaba solo el inicio del proceso. Pero al enfrentarlo rodeada de amor y apoyo incondicional, sentía que, quizás, podría atravesar la tormenta y encontrar finalmente la calma.

Después de la intensidad de la declaración en la estación de policía, la idea de tomar un café con Emma, Misha y Diego en un lugar cercano me pareció reconfortante. La familiaridad del café, con su aroma a granos recién molidos y el murmullo suave de conversaciones a nuestro alrededor, ofrecía un breve respiro de la carga emocional del día.

Nos acomodamos en una mesa apartada, un pequeño oasis de tranquilidad en medio del bullicio. Diego tomó mi mano sobre la mesa, ofreciéndome una sonrisa llena de comprensión y apoyo.
—Addie, has sido increíblemente valiente hoy, —comenzó Emma, su voz cálida y firme—. Sé que revivir todo eso no fue fácil, pero estuviste formidable.

—Sí, estamos todos muy orgullosos de ti. Es un paso enorme hacia adelante, —asintió Misha, su habitual jovialidad reemplazada por una seriedad reflexiva.

Tomé un sorbo de mi café, permitiendo que el calor del líquido y sus palabras me calentaran por dentro. —Gracias, chicos. No sé si podría haberlo hecho sin ustedes a mi lado, —dije, sintiendo cómo la tensión comenzaba a disiparse un poco.

Diego apretó suavemente mi mano. —Siempre estaremos aquí para ti, amor. Hoy, mañana y en todos los días que vengan. Este es solo el comienzo del camino hacia la justicia, y lo recorreremos juntos.

—Y ahora que has dado este paso, ¿cómo te sientes? —preguntó Emma, inclinándose hacia adelante, su mirada llena de preocupación y cariño.

Respiré hondo, buscando las palabras. —Aliviada, en cierto modo. Y también... más fuerte, creo. Como si al fin estuviera tomando el control de mi historia.

—Exactamente, —intervino Marianne, que había estado escuchando atentamente—. Has dado voz a tu verdad, Addison. Eso es algo poderoso. Y recuerda, el proceso legal es solo una parte de tu viaje. La verdadera victoria es cómo te levantas y avanzas a partir de aquí.

—Eso suena a algo que Marianne diría, —bromeó Misha, tratando de aligerar el ambiente. Todos soltamos una risa, agradecidos por el momento de ligereza.

—Mira, lo importante es que estás rodeada de personas que te quieren y te apoyan, —dijo Diego, mirándome directamente a los ojos—. No importa lo difícil que pueda parecer el camino, no estás sola en esto.

El resto de nuestra estancia en el café transcurrió entre conversaciones más ligeras, risas y planes para los próximos días. Aunque el camino por delante estaba lleno de incertidumbres, en ese momento, rodeada por la calidez y el amor de mis seres queridos, sentí una chispa de esperanza. Sabía que, sin importar lo que enfrentáramos, lo superaríamos juntos. Y esa certeza, más que nada, me daba la fuerza para seguir adelante.

28

DIEGO



La mañana en la universidad transcurría como cualquier otra, con el zumbido de mentes jóvenes ansiosas por aprender y el intercambio energético de ideas en el aula. Me encontraba en medio de explicar un concepto complejo a mis estudiantes de ingeniería, disfrutando de la chispa de comprensión que veía encenderse en sus ojos, cuando mi teléfono vibró en mi bolsillo. Instintivamente, lo ignoré, concentrado en la lección.

Sin embargo, cuando la clase finalizó y revisé mi teléfono, vi varias llamadas perdidas y un mensaje de texto de Emma que heló mi sangre:

**Emma:** *"Addison recibió mensajes de Jayden. Está muy alterada. Necesitas venir a casa, urgente."*

El mundo pareció detenerse por un momento. El aire se sintió más pesado alrededor mío, cargado de una urgencia y preocupación que me impulsaron a actuar. Me disculpé rápidamente con un colega que intentaba entablar una conversación, mi mente ya fuera del campus, corriendo hacia Addison.

Durante el trayecto, mi corazón latía con fuerza contra mi pecho, cada latido un eco de mi ansiedad creciente. ¿Cómo había conseguido Jayden contactarla después de todo lo que habíamos hecho para protegerla? ¿Qué tan dañina había sido su comunicación para dejar a Addison en un estado de histeria?

Al llegar a casa, me precipité hacia adentro, encontrando a Emma intentando calmar a una muy alterada Addison, que temblaba en el sofá, un manojo de nervios.

—Addison, — dije, acercándome con cautela, mi corazón rompiéndose al verla en tal estado.

—Diego, — sollozó, lanzándose a mis brazos en busca de consuelo. Su cuerpo se estremecía con cada gemido, y mi única respuesta fue envolverla con mis brazos, ofreciéndole todo el calor y seguridad que podía.

Emma me miró, sus ojos llenos de preocupación. —No sabemos cómo, pero Jayden le mandó mensajes. No los hemos leído todos, pero fue suficiente para... para esto.

Asentí, agradeciéndole con la mirada por estar allí cuando Addison más lo necesitaba. —Gracias por llamarme, Emma. Me ocuparé de esto, — aseguré, aunque una furia helada comenzaba a crecer dentro de mí hacia Jayden por atreverse a perturbar la paz de Addison.

Una vez que ella se calmó lo suficiente como para hablar, me contó entre sollozos sobre los mensajes, su voz quebrada por el miedo y el shock. Con cada palabra, sentía cómo mi propia ira y determinación se solidificaban. Jayden había cruzado una línea, y yo haría todo en mi poder para proteger a Addison.

—Tranquila, te prometo que no te pasará nada, — le prometí, mirándola a los ojos, tratando de

transmitirle toda la fuerza y el amor que sentía por ella. —Voy a contactar a Marianne ahora mismo y asegurarme de que Jayden no pueda hacerte daño.

Después de tranquilizarla y asegurar que Emma se quedaría con ella, me retiré a otra habitación para llamar a Marianne, nuestra abogada, informándola de la situación y solicitando su intervención inmediata. Estaba claro que el camino por delante sería duro, pero no dejaría que Jayden intimidara o hiriera a Addison nunca más. La protegería, sin importar qué.

En la habitación de Addison, el ambiente se sentía cargado con la tensión residual de los mensajes que había recibido. Las sombras proyectadas por la tenue luz de la lámpara parecían danzar con cada susurro del viento contra la ventana, creando un escenario que resonaba con la inquietud que ambos sentíamos. Cuando Addison se volvió hacia mí, sus ojos buscaban algo más que compañía; buscaban un refugio.

—Di, ¿podrías... quedarte conmigo esta noche? No quiero estar sola, — dijo, su voz temblando con una vulnerabilidad que me partía el corazón. Su solicitud no necesitaba justificación; el miedo era palpable en su voz, un eco de la ansiedad que los mensajes de Jayden habían sembrado en su interior.

—Claro que si mi amor. No te dejaré sola con esto, — aseguré sin un ápice de duda, tomando su mano para transmitirle todo el apoyo y la seguridad que pudiera. Nos acomodamos en la cama, manteniendo la luz encendida a petición suya, un pequeño faro en la oscuridad que amenazaba con envolvernos.

La proximidad física parecía insuficiente para calmar el torbellino de emociones que Addison enfrentaba, así que rompí el silencio, animándola a hablar. —Puedes contarme lo que sientas, estoy aquí para escucharte, — le dije, esperando que mis palabras le brindaran el consuelo que necesitaba.

Ella se aferró a mí, buscando en mi abrazo una fortaleza que sentía esfumarse. —Esos mensajes... me hicieron sentir tan vulnerable, Diego. Como si todo el progreso que he hecho no importara, — confió con la voz quebrada, dejando al descubierto la profundidad de su angustia.

La idea de que Jayden pudiera deshacer el arduo trabajo de Addison en su sanación me llenaba de una ira impotente. —Tu viaje hacia la sanación es real y nadie, ni siquiera ese tipo, puede arrebatarte eso. Eres más fuerte de lo que crees, — afirmé, tratando de infundir en ella una fracción de la fe que yo tenía en su resiliencia.

—¿Y si esto me supera? ¿Y si me rompe? — Las palabras salieron de ella como un susurro, cargadas de un temor que no quería admitir.

Mirándola a los ojos, intenté transmitirle toda la certeza que sentía. —Entonces lucharemos juntos, y si caes, estaré allí para sostenerte. Juntos, somos invencibles, Addison. No tienes que enfrentar tus miedos sola.

A medida que la conversación fluía, abriendo paso a confesiones y promesas de apoyo

incondicional, sentí cómo la atmósfera en la habitación cambiaba lentamente, como si nuestras palabras tejieran un capullo protector alrededor nuestro. Al final, cuando el silencio se instaló, fue un silencio lleno de entendimiento y paz.

Con Addison a mi lado, su respiración volviéndose más profunda y regular en el abrazo del sueño, sentí una renovada determinación. No importaba qué desafíos nos deparara el futuro, enfrentaríamos cada uno, juntos, con la fortaleza que nacía de nuestro amor. En la quietud de esa noche, con la promesa del amanecer esperándonos, supe que, pase lo que pase, estaríamos bien. Juntos, siempre juntos.

***

Siento un leve cosquilleo en la cara, trato de quitar la molestia, pero un leve susurro en mi oído me despierta:

—Amor, te necesito…

Abro los ojos enseguida y aun en la oscuridad de la habitación puedo ver perfectamente a Addison, mirándome mientras acaricia mi cabello.

— ¿Paso algo? – pregunto aun un poco desorientado.

Pero su respuesta fue abalanzarse sobre mí y besarme, me besó como si fuera el ultimo día, como si quisiera desaparecer. Me sentí acongojado, sabiendo en mi interior que estaba buscando la forma de olvidar.

—Amor, ¿estas bien? — preguntaba mientras ella seguía un camino de besos por mi cuello. Trataba de buscar que hablara conmigo, pero Addison no quería hablar. Así que me dejé llevar por sus caricias, su toque suave pero firme en mi pecho.

Mis manos volaron hacia su espalda, haciendo círculos en su columna mientras su boca me devoraba con pasión. Esta vez hacer el amor iba a un nuevo nivel pues más que suavidad ella transmitía una fuerza salvaje, como si sus miedos en este momento se estaban convirtiendo en deseo.

Nos giro y la dejo sobre la cama mientras quito cada pieza de ropa que llevo puesta, ella mientras tanto lo tiene más fácil y se despoja de su ropa interior, con la misma rapidez. Vuelvo a acercar nuestros cuerpos, en un beso feroz, quería transmitirle mi amor, pero sobre todo que ella entendiera que estaba con ella aquí y que no me iría a ningún lugar jamás.

Cada roce, cada caricia la llevaba al cielo, ella me dejaba saber lo que sentía mientras la melódica sinfonía que salía de su ser me guiaba a que continuara por ese camino. Su placer era mi responsabilidad ahora y siempre, así que puse todo mi empeño en ello, en acariciarla como nadie lo hizo, en tocar cada centímetro de su piel.

La madrugada solo me alentaba a sellar este momento, una y otra vez, a amarla sin condiciones.

Nuestros cuerpos se unieron, se volvieron uno, creí perder la cordura al sentirla tan mía, al sentirla temblar de placer en cada oleada de este mar de emociones. El vaivén de sus caderas fueron mi perdición, quería que este espacio en el tiempo se detuviera para siempre.

—Te amo Diego, te amo— fue lo último que dijo antes de irse al nirvana y arrastrarme con ella fuera del planeta, a las estrellas o a otra galaxia.

Mientras mi respiración volvía a su normalidad, la abracé contra mí. —Si no existiera otra palabra más allá del te amo, esa explicaría lo que siento por ti.

***

El día del juicio amaneció con un cielo despejado, pero la claridad del sol no lograba disipar la pesadez que se había asentado en mi estómago. Hoy, después de meses de preparación y anticipación, finalmente enfrentaríamos a Jayden en la corte. La idea de verlo, de estar en la misma sala que él, provocaba una serie de sentimientos hacia el que espero poder controlar.

Addison se veía decidida, pero podía notar la tensión en sus movimientos, la forma en que jugaba nerviosamente con el borde de su manga. A pesar de su valentía, la vulnerabilidad que asomaba en sus ojos me recordaba el peso de lo que estaba por venir.

— ¿Estás lista? — pregunté, ofreciendo una sonrisa tranquilizadora que esperaba pudiera transmitirle algo de la fortaleza que ella necesitaba.

Ella asintió, tomando una respiración profunda. —Lo estoy. No importa lo que pase hoy, solo quiero que esto termine, —dijo, su voz firme, pero podía sentir la corriente subyacente de ansiedad.

Marianne, nuestra abogada, se nos unió, su expresión era una mezcla de seriedad y confianza. —Hemos preparado todo para hoy. Solo recuerda, Addison, estamos aquí contigo. Solo di tu verdad, — nos recordó, antes de dirigirnos a la entrada del juzgado.

La sala del tribunal estaba impregnada de una solemnidad que hacía que el aire se sintiera más pesado. Al tomar asiento, sentí cómo Addison se tensaba a mi lado cuando Jayden fue conducido al interior. Evité mirarlo, centrando toda mi atención en Addison, queriendo ser su ancla en este mar de incertidumbre.

Cuando el juez entró y el juicio comenzó, el mundo exterior parecía desvanecerse hasta quedar solo nosotros, el juez, y las palabras que determinarían el desenlace de esta larga batalla. Cada testimonio, cada pieza de evidencia presentada, era como una pieza de un rompecabezas, construyendo el caso contra Jayden.

Addison fue llamada a declarar, y al verla caminar hacia el estrado, mi admiración por ella creció. Su voz, aunque ligeramente temblorosa al principio, se fortaleció a medida que relataba su experiencia. Era la encarnación de la valentía, enfrentando su pasado con una determinación inquebrantable.

En ese momento, entendí que este juicio era más que la búsqueda de justicia contra Jayden; era el testimonio del espíritu indomable de Addison, de su capacidad para enfrentarse a sus miedos y de nuestra fuerza conjunta para superar las adversidades.

Mientras el juicio avanzaba, cada uno de nosotros, Addison, Emma, Misha, y yo, permanecíamos unidos, un frente sólido de apoyo y amor. Sin importar el veredicto, sabía que habíamos ganado algo mucho más valioso ese día: la certeza de que, juntos, podíamos enfrentar cualquier cosa y salir adelante, más fuertes y unidos que nunca.

Fuera del juzgado, bajo el cielo abierto que de alguna manera parecía más vasto y luminoso después de la tormenta emocional del juicio, nos reunimos brevemente para discutir el desenlace. Marianne, nuestra abogada, nos enfrentaba con una expresión de cauteloso optimismo. Addison se mantenía firme a mi lado, aunque su mano en la mía revelaba la tensión que aún cargaba.

—El veredicto es un paso significativo hacia adelante, — comenzó Marianne, capturando nuestra atención. —La declaración de culpabilidad de Jayden significa que enfrentará consecuencias legales por sus acciones, lo cual podría incluir tiempo en prisión.

Podía sentir cómo Addison exhalaba lentamente, una mezcla de alivio y la carga emocional del momento. —¿Qué significa esto para Addison ahora? ¿Cómo podemos asegurarnos de que esté tranquila? — pregunté, sabiendo que la sentencia de Jayden era solo una parte de cerrar este capítulo oscuro en su vida.

Marianne asintió, comprendiendo la profundidad de la pregunta. —Primero, vamos a trabajar para obtener una orden de restricción permanente contra Jayden, asegurando que no pueda acercarse a Addison una vez que esté fuera. Además, voy a conectarlos con recursos y apoyo para la sanación emocional. Es importante recordar que la recuperación de un trauma como este es un viaje.

Emma y Misha escuchaban atentamente, su presencia un recordatorio constante del sistema de apoyo que rodeaba a Addison. —También es crucial continuar con cualquier terapia o asesoramiento que haya sido útil, — continuó Marianne. —Y recuerden, estoy aquí para cualquier asistencia legal o consejo que puedan necesitar en el futuro.

Addison asintió, una determinación tranquila brillando en sus ojos. —Gracias, Marianne. Gracias a todos, — dijo, su voz estable, aunque suave. —Saber que Jayden enfrentará las consecuencias de sus acciones... ofrece algún tipo de cierre. Pero también sé que la sanación toma tiempo.

—Y tomaremos todo el tiempo que necesites, — aseguré, envolviendo mi brazo alrededor de sus hombros. —Esto no termina aquí. Nosotros... tu familia, tus amigos, estamos contigo en cada paso del camino.

Mientras nos alejábamos del juzgado, dejando atrás la etapa legal de esta experiencia, me sentí humilde por la fuerza y la resiliencia de Addison. Este capítulo podría estar cerrándose, pero juntos, estábamos a punto de comenzar un nuevo viaje, uno hacia la sanación, el entendimiento

y, finalmente, la renovación. La lucha había sido ardua, pero el amor y el apoyo que nos envolvía prometían días más luminosos por delante.

El peso que había presionado sobre nuestros hombros durante meses parecía, por fin, empezar a aligerarse. La brisa marina acariciaba nuestras caras mientras nos dirigíamos a un restaurante cerca de la playa, el lugar perfecto para celebrar el comienzo de un nuevo capítulo en nuestras vidas. Addison caminaba a mi lado, su sonrisa reflejando un destello de la alegría que había sido tan esquiva en los últimos tiempos.

—¡Esto merece una celebración! No cualquier día se gana una batalla como la de hoy, —exclamé, intentando elevar el ánimo aún más.

Emma reía, su entusiasmo contagioso, mientras Misha nos guiaba, prometiendo que el restaurante tenía las mejores vistas y el mejor marisco de la ciudad. —Espero que tengas razón, Misha, porque mi estómago ya está celebrando—, bromeó Emma, ganándose una mirada cómplice de todos nosotros.

Una vez sentados, con el mar extendiéndose majestuosamente ante nosotros, el ambiente se llenó de risas y charlas animadas. Los temas iban desde recuerdos divertidos hasta planes y sueños futuros, un flujo constante de conversación que tejía lazos aún más fuertes entre nosotros.

En un momento, la conversación giró hacia Misha y Emma, y sus recientes aventuras juntos. —Así que, ¿cuándo van a hacer oficial todo este coqueteo escandaloso que hemos tenido que soportar? —dije, guiñando un ojo hacia ellos.

Misha sonrió, mirando a Emma con un brillo especial en sus ojos. —Bueno, en realidad, tengo algo que decir, —comenzó, su voz cargada de una emoción palpable. Se puso de pie, tomando la mano de Emma y atrayendo la atención de todos en la mesa.

—Emma, desde el momento en que te conocí, aunque ha sido muy poquito tiempo, supe que había algo especial entre nosotros. Contigo, he encontrado alegría en los momentos más simples y apoyo en los más difíciles. Eres increíble, y no puedo imaginar mi vida sin ti a mi lado, —dijo Misha, su voz firme a pesar de la emoción evidente.

La sonrisa de Emma se amplió, sus ojos brillando con lágrimas de felicidad. —Así que, aquí, frente a nuestros amigos más cercanos, quiero preguntarte: ¿Quieres ser mi novia oficialmente? ¿Quieres hacer este viaje juntos, como compañeros, amigos y amantes, sin importar lo que nos depare el futuro?

La mesa quedó en un silencio expectante, todos conteniendo la respiración ante la sinceridad y belleza de la declaración. Emma, superada por la emoción, asintió fervientemente. —Sí, Misha. Sí, quiero.

Los aplausos y vítores estallaron entre nosotros, celebrando este nuevo compromiso que se había formado ante nuestros ojos. El resto de la tarde se llenó de celebraciones, risas y planes para el futuro, pero, sobre todo, de amor. En ese momento, rodeados por la belleza de la playa y la

calidez de la compañía, todos sentimos un profundo agradecimiento por lo que teníamos: unos a otros.

Este día no solo marcaba el final de una lucha, sino también el comienzo de nuevos comienzos para todos nosotros. Y mientras el sol se ponía, tiñendo el cielo de tonos de oro y rosa, supe que, juntos, podríamos enfrentar cualquier cosa que el futuro nos reservara.

Tras la conmovedora declaración de Misha y el jubiloso asentimiento de Emma, el ambiente se llenó de un cálido entusiasmo. Las olas rompían suavemente en la orilla, proporcionando una banda sonora perfecta para el momento. Con los ánimos elevados y el futuro brillando prometedoramente ante nosotros, la conversación se inclinó hacia lo que vendría después.

—Entonces, señorita novia oficial, ¿cuáles son los planes para la primera aventura juntos? —pregunté, mirando a Emma con una sonrisa juguetona.

Emma, aún radiante por el reciente giro de eventos, compartió una mirada cómplice con Misha antes de responder. —Bueno, hemos estado hablando de hacer un viaje. Quizás un road trip, explorar algunos lugares que siempre hemos querido ver. Nada demasiado loco, solo... nosotros, el camino, y un montón de música mala.

Misha asintió, su entusiasmo evidente. —Exactamente. Y quién sabe, tal vez encontremos algunos lugares mágicos en el camino. Lugares donde podemos dejar nuestra marca, o al menos, algunas historias divertidas para contar.

—Me encanta esa idea. ¡Pero espero que documenten todo! Quiero ver todas esas historias, especialmente las partes embarazosas, —dije, provocando una ronda de risas.

Addison se inclinó hacia adelante, su interés picado. —Y hablando de futuro, ¿qué hay de ustedes dos? ¿Algún plan emocionante en el horizonte ahora que este capítulo está cerrando?

Miré a Addison, sintiendo cómo su pregunta desencadenaba un torbellino de posibilidades en mi mente. —Bueno, hemos estado tan enfocados en el presente que no hemos planificado mucho. Pero creo que es hora de empezar a soñar de nuevo, ¿no crees? —le dije, buscando su mano bajo la mesa.

—Definitivamente. Tal vez sea el momento perfecto para mirar hacia adelante, pensar en nuevos proyectos, o incluso... en nuevos comienzos, —dijo Addison, su sonrisa creciendo con la idea. —Quién sabe, tal vez incluso encontremos nuestra propia aventura, algo que nos desafíe y nos inspire a ambos.

—Me suena a un plan, —dije, apretando su mano. —Y sea lo que sea que decidamos hacer, sé que mientras estemos juntos, será una aventura increíble.

La conversación continuó fluyendo libremente, cada uno de nosotros compartiendo esperanzas y sueños para el futuro. En ese momento, con el cielo tiñéndose de colores vibrantes mientras el sol se ponía, sentí una profunda gratitud por estos amigos, por Addison, y por las infinitas

posibilidades que nos esperaban. Juntos, estábamos listos para enfrentar el futuro, llenos de amor, risas y una inquebrantable esperanza en los días venideros.

***

La visita al cementerio era un acto simbólico, un momento para honrar la memoria de Diane y cerrar un capítulo doloroso de nuestras vidas. Addison y yo caminamos juntos por el sendero serpenteante, rodeados por el silencio solemne que solo un lugar como este podía ofrecer. La brisa suave movía las hojas de los árboles, creando un susurro que parecía llevar consigo palabras no dichas, emociones encapsuladas en el aire que nos rodeaba.

Al llegar a la tumba de Diane, nos detuvimos, unidos en nuestro duelo y recuerdo. Frente a la lápida, Addison tomó una profunda respiración, como recogiendo sus pensamientos y emociones antes de hablar.

—Diane, —comenzó Addison, su voz cargada de una mezcla de tristeza y fortaleza—. Tantas cosas han pasado desde la última vez que estuvimos aquí. Enfrenté a mis miedos, a las sombras del pasado, y aunque fue uno de los desafíos más difíciles de mi vida, me mantuve firme.

Hizo una pausa, buscando las palabras correctas. —Y quiero que sepas que parte de esa fuerza vino de ti. De recordarte, a pesar de tus miedos internos y de tus demonios quiero que sepas que tu lucha no fue en vano. Me inspiraste a alzar la voz, a no quedarme callada ante la injusticia y la violencia.

Yo permanecía a su lado, ofreciendo mi apoyo silencioso, impresionado y conmovido por la profundidad de su coraje y la sinceridad de sus palabras.

—Sé que dondequiera que estés, estarías orgullosa de Addison, —dije, sumando mi voz a la de ella—. Ella ha mostrado una valentía increíble. Y aunque nada pueda cambiar lo que pasó, hemos tomado pasos para asegurar que la justicia se sirva, en tu memoria y por todos aquellos que han sufrido en silencio.

Nos quedamos un momento en silencio, permitiendo que nuestras palabras se asentaran, como si pudiéramos sentir la presencia de Diane con nosotros, ofreciéndonos su paz y su fuerza.

—Te prometemos seguir adelante, vivir nuestras vidas plenamente, con amor y esperanza, —concluyó Addison, depositando un pequeño ramo de flores junto a la lápida—. Y seguiremos luchando por aquellos que no pueden hacerlo. Tu memoria será siempre un faro para nosotros.

Dejando atrás la tumba de Diane, sentíamos una sensación de paz, una especie de cierre. Aunque el dolor del pasado nunca desaparecería por completo, sabíamos que enfrentar nuestros miedos y luchar por la justicia había sido el camino correcto. Juntos, Addison y yo seguimos adelante, llevando con nosotros el espíritu indomable de Diane y la promesa de días mejores. En ese momento, en el silencio del cementerio, sabíamos que no estábamos solos en nuestro viaje hacia la sanación y la esperanza.

Mientras nos alejábamos lentamente de la tumba de Diane, mis pensamientos se entrelazaron profundamente con la memoria de quien había sido en vida, una persona valiente y una presencia que, a pesar de su ausencia física, seguía siendo una influencia constante en nuestras vidas.

Diane, con su sonrisa fácil y su determinación férrea, había sido más que una hermana; en muchos sentidos, fue una fuerza unificadora para nosotros, especialmente en momentos de duda y miedo. Su lucha, aunque truncada de manera trágica, resonaba como un eco a través del tiempo, recordándome la importancia de enfrentar la injusticia, de proteger a aquellos que amamos y de vivir nuestra vida con propósito y coraje.

Mientras caminaba al lado de Addison, reflexioné sobre cómo la pérdida de Diane había dejado una cicatriz en nuestras almas, pero también cómo su espíritu nos había guiado hacia la luz en nuestros momentos más oscuros. La valentía de Addison, su voluntad de enfrentar a Jayden y de alzar la voz contra la violencia, no era solo un testimonio de su propia fortaleza, sino también un tributo a la influencia perdurable de Diane.

—Es extraño, —comencé, mis palabras rompiendo el silencio entre Addison y yo, —cómo alguien puede seguir cambiando tu vida incluso después de haberse ido. Diane... ella nos enseñó tanto sobre la resistencia, pues a pesar de todo su sufrimiento se mantuvo luchando, y aunque su final no fue el que esperábamos al menos tenemos un cierre con respecto a su muerte.

Asentí hacia la tumba que dejábamos atrás, sintiendo una mezcla de tristeza y gratitud. —Aunque me hubiera gustado que las circunstancias fueran diferentes, que ella estuviera aquí con nosotros, sé que, de alguna manera, Diane nos ha estado cuidando. Nos impulsó hacia adelante, nos unió más.

Addison me miró, sus ojos llenos de una comprensión compartida. —Sí, lo hizo. Y seguiremos llevando su legado, viviendo nuestras vidas de una manera que la honre. Por Diane, y por todos aquellos que han sentido la sombra de la violencia en sus vidas.

Continuamos nuestro camino de regreso, el sonido de nuestros pasos una marcha constante hacia el futuro. En mi corazón, las memorias de Diane se entrelazaban con mi gratitud hacia Addison, hacia la jornada que habíamos emprendido juntos. Y aunque el camino estuviera marcado por la pérdida y el dolor, también estaba iluminado por el amor, la esperanza y el inquebrantable espíritu humano de perseverar, de buscar la luz incluso en la oscuridad más profunda.

En ese momento, más que nunca, me sentí comprometido a vivir de manera que honrara la memoria de Diane, a luchar por un mundo más justo, y a proteger y amar a Addison con todo lo que tenía. La vida es un tejido de conexiones y memorias, y Diane, en su ausencia, nos había enseñado la más valiosa de las lecciones: que incluso en la despedida, podemos encontrar la fuerza para enfrentar un nuevo día.

# 29

# ADDISON



Sentada en la terraza de mi casa, una taza de té caliente entre mis manos, me encontré sumida en reflexiones profundas. El vapor se elevaba en espirales delicadas, casi como si llevara consigo fragmentos de mis pensamientos, dispersándolos en el aire fresco de la mañana. Desde el juicio, desde aquel veredicto que marcó tanto un final como un nuevo comienzo, mi mente había estado en constante movimiento, procesando, evaluando, sanando.

El juicio contra Jayden había sido, sin duda, uno de los capítulos más desafiantes de mi vida. El acto de enfrentarme a él, de declarar ante un tribunal, de exponer mis heridas más profundas a la luz cruda de una sala de juicio, había requerido de cada onza de coraje que pude reunir. Pero al final, había valido la pena. El veredicto había sido un reconocimiento, un cierre, una afirmación de que lo que había sufrido no era justo ni merecido. Jayden sería responsable de sus acciones, y en eso, había encontrado una especie de paz.

Pero más allá del juicio, más allá del veredicto, estaba la jornada interna que había emprendido. Una jornada de reconocimiento, de aceptación, de sanación. Me había enfrentado a mis demonios, había llorado por las pérdidas y había aprendido a abrazar las cicatrices como parte de quién soy. Cada paso, cada batalla, cada pequeña victoria había sido un paso hacia la recuperación, hacia la redefinición de mi propia fuerza.

Miré hacia el jardín, donde los primeros rayos del sol teñían de oro las hojas de los árboles, y no pude evitar sentir una profunda gratitud. Gratitud por Diego, cuyo amor y apoyo inquebrantables habían sido mi faro en los momentos más oscuros. Por Emma, Misha y todos aquellos que habían estado a mi lado, ofreciéndome su fuerza cuando la mía flaqueaba.

Y entonces, pensé en Diane. En su valentía, en su legado. Su pérdida había sido un catalizador para mi propio despertar, un recordatorio doloroso pero necesario de que la vida es frágil y preciosa. Había aprendido a vivir no solo por mí, sino por ella también, llevando su memoria como un estandarte en mi búsqueda de justicia y verdad.

Con el juicio detrás de mí, sabía que el camino hacia adelante aún tendría sus desafíos, sus momentos de duda y de dolor. Pero también sabía que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía lista para enfrentar lo que sea. Estaba reconstruyendo mi vida, pieza por pieza, con un nuevo sentido de propósito.

Acabé mi té, dejando que la calidez del líquido disipara el fresco de la mañana. Me levanté, determinada a enfrentar el día, a vivir plenamente, a amar con todo mi corazón. La vida, a pesar de todo, era hermosa, y yo estaba lista para abrazar cada momento, cada oportunidad, cada nueva aventura que me esperaba. Con cada respiración, cada paso, honraría mi pasado, celebraría mi presente y miraría hacia el futuro con los ojos y el corazón abiertos.

Mientras la luz del sol bañaba la terraza en tonos dorados, dejé que mi mente vagara hacia el futuro, hacia los sueños que había guardado cuidadosamente en el fondo de mi corazón, sueños que durante mucho tiempo parecieron demasiado lejanos, casi imposibles. Uno de esos sueños, quizás el más persistente, había sido vivir en Europa. La idea de sumergirme en culturas

diferentes, de perderme en calles llenas de historia y arte, siempre había encendido una chispa de emoción en mí.

Europa, con sus paisajes diversos y sus ciudades vibrantes, representaba para mí la promesa de nuevas aventuras y descubrimientos. Imaginaba pasear por las orillas del Sena en París, explorar los antiguos mercados de Roma, o perderme en la belleza indómita de los paisajes escoceses. Cada destino ofrecía una promesa de renovación, un lienzo en blanco sobre el cual podría trazar los contornos de una nueva vida.

Reflexionando sobre estos sueños, me di cuenta de que el juicio y todo lo que había seguido había sido no solo un cierre, sino también una liberación. Me había liberado de las cadenas del pasado, dándome permiso para soñar de nuevo, para contemplar un futuro que yo misma podía elegir y construir.

—¿Y si este es el momento? — me pregunté en voz baja, casi como si al decirlo en voz alta, pudiera hacerlo más real. —¿Y si es hora de tomar ese salto, de seguir mi corazón hacia ese nuevo comienzo?

La idea de mudarme a Europa ya no se sentía como una huida, sino como un paso adelante. Un acto de afirmación de mi libertad, de mi capacidad para reconstruir mi vida en mis propios términos. Me imaginé compartiendo este sueño con Diego, preguntándome si él estaría dispuesto a embarcarse en esta aventura conmigo, a explorar nuevos horizontes y construir nuevos recuerdos, juntos.

La posibilidad de un futuro en Europa simbolizaba más que un cambio de escenario; representaba una oportunidad para crecer, para sanar completamente, y para encontrar alegría en la exploración y el descubrimiento. La vida, después de todo, es una colección de momentos y decisiones, y me encontré emocionada ante la perspectiva de decidir hacia dónde nos llevarían los siguientes.

Con el corazón lleno de esperanza y el espíritu revitalizado por mis sueños de un nuevo comienzo, sabía que lo primero sería compartir estas reflexiones con Diego. Juntos, podríamos contemplar el vasto y hermoso mosaico de posibilidades que el futuro nos ofrecía. Este no era el final de nuestra historia; era simplemente el preludio de un nuevo capítulo, uno lleno de aventura, amor y la promesa de incontables amaneceres juntos, dondequiera que ese camino nos llevara.

***

Antes del encuentro en el faro, había enviado a Diego un mensaje, invitándolo a encontrarnos allí justo antes del atardecer.

**Yo:** *"Hay algo importante que quiero hablar contigo,"*

Escribí, mi dedo vacilando un instante antes de presionar enviar. Esa simple acción parecía sellar mi compromiso con el futuro que estaba a punto de proponer.

Mientras esperaba su respuesta, mi corazón latía con fuerza. ¿Y si no veía nuestro futuro de la misma manera? ¿Y si esta propuesta alterara el equilibrio que habíamos encontrado después de tantas turbulencias? La incertidumbre era un remolino de emociones, pero en lo profundo, sabía que compartir mi sueño era el único camino hacia adelante, independientemente del resultado.

La respuesta de Diego llegó rápido, simple pero llena de afecto.

**Diego:** *"Siempre estoy aquí para ti. Nos vemos allí. ❤"*

A pesar de la brevedad, su mensaje irradiaba calidez y apoyo, aliviando parte de mi ansiedad. Aun así, la sombra de la duda permanecía, un susurro tenue en mi mente que no desaparecía completamente.

***

La idea de citar a Diego en el faro me llenaba de una mezcla emocionante de nerviosismo y expectación, como si estuviéramos a punto de tener nuestra primera cita de nuevo. Elegí este lugar no solo por su belleza impresionante al atardecer, sino también por lo que simbolizaba: luz en la oscuridad, guía a través de la incertidumbre, y un firme recordatorio de que, no importa lo tempestuoso que pueda ser el mar, siempre hay un camino a casa.

Caminé hacia el faro, sintiendo el suave golpeteo de mi corazón, resonando con el romper de las olas a lo lejos. Al ver a Diego esperándome, su silueta recortada contra el cielo que empezaba a teñirse de los colores del crepúsculo, los nervios dieron paso a una sensación de paz. Este era el momento.

—Diego, —comencé, mi voz temblorosa no por el frío del aire marino, sino por la magnitud de lo que estaba a punto de compartir—. He estado pensando mucho en nuestro futuro, en lo que queremos de la vida, en lo que yo quiero...

Él me miró, su atención completamente fijada en mí, ofreciéndome su silencio como un lienzo en blanco sobre el cual podría pintar mis sueños.

—Sabes que siempre he querido vivir en Europa, explorar sus culturas, sus paisajes, sumergirme en su historia... Creo que ahora, después de todo por lo que hemos pasado, es el momento perfecto para hacer ese sueño realidad, —dije, tomando una pausa para reunir mis pensamientos y valor.

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo y el mar de oro y púrpura, un espejo de la transformación que sentía dentro de mí.

—Quiero irme a Europa, Diego. Pero no sola. Quiero que vengas conmigo. Juntos, podríamos comenzar un nuevo capítulo, lleno de aventuras, desafíos, y, sobre todo, lleno de amor. Podríamos construir una vida juntos, explorando el mundo, apoyándonos el uno al otro, creciendo como individuos y como pareja.

Vi la sorpresa inicial en su rostro dar paso a una reflexión profunda. Las emociones danzaban en sus ojos como las luces y sombras que jugaban sobre las olas a nuestros pies. Su inicial silencio me llenó de un millón de dudas. ¿Había sido demasiado impulsiva? ¿Estaba pidiendo demasiado?

Diego parecía contemplar profundamente la propuesta, su mirada perdida por un momento en el horizonte. —wow, esto es... es un gran paso, —comenzó, su voz cargada de emoción, pero también de cierta hesitación—. Quiero que sepas que te amo, que quiero apoyarte en todo, pero esto... mudarnos a Europa es un cambio de vida enorme.

Mi corazón se hundió ligeramente, temiendo que mi sueño pudiera estar alejándolo. —Lo sé, y no esperaba que simplemente dijeras que sí sin pensarlo. Solo... es algo que siempre he querido, y después de todo lo que hemos pasado, siento que es el momento adecuado para un nuevo comienzo. Pero no sin ti, Diego. Mi sueño no tiene sentido si tú no estás en él.

Diego tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos, un gesto que siempre me ofrecía consuelo. —Cariño, mi duda no es sobre ir contigo. Iría a cualquier parte del mundo si eso significa estar a tu lado. Mi hesitación es sobre dejar todo aquí, sobre el gran cambio que esto significa para ambos. Pero verte tan apasionada sobre este sueño, sobre este nuevo comienzo... hace que quiera tomar ese salto contigo.

Aliviada y con el corazón hinchado de amor por este hombre que estaba dispuesto a aventurarse en lo desconocido conmigo, le sonreí. —Juntos podemos enfrentar cualquier cambio, cualquier desafío. Y Europa... será solo el comienzo de muchas más aventuras juntos.

Diego sonrió, su decisión reflejada en sus ojos. —Entonces, hagámoslo. Construyamos este sueño juntos, Addison. Dondequiera que vayamos, mientras estemos juntos, estaremos en casa.

El sol se ponía completamente, envolviéndonos en su cálido resplandor. En ese momento, con el faro a nuestras espaldas y el camino hacia Europa frente a nosotros, sabíamos que juntos éramos capaces de enfrentar cualquier cambio, de navegar hacia cualquier destino. Nuestro futuro estaba lleno de incertidumbres, pero también de infinitas posibilidades y promesas. Y estaba lista para explorar cada una de ellas, mano a mano con Diego.

El alivio y la alegría me inundaron como la marea, y nos abrazamos, unidos en ese momento perfecto, con el faro de testigo y el vasto, infinito mar ante nosotros. En ese abrazo, supe que no importaba a dónde nos llevaran nuestros sueños, mientras estuviéramos juntos, cualquier lugar se sentiría como en casa.

***

En el patio trasero de casa, preparé todo para un picnic especial, justo como solíamos hacer cuando éramos niñas. Había extendido una manta sobre el césped, colocando sobre ella bandejas de nuestras comidas favoritas y un par de copas para el vino espumoso que había escogido para la ocasión. Quería que este momento fuera perfecto, un reflejo del amor y la complicidad que

siempre había definido nuestra relación.

—¿Qué es todo esto? ¿Acaso me olvidé de nuestro aniversario de hermanas? —bromeó Emma, sentándose junto a mí en la manta con una gracia que siempre me hacía sonreír.

—No exactamente, —le respondí, sirviendo el vino en nuestras copas—. Pero es una celebración. Tengo algo importante que contarte, algo sobre el futuro.

Emma levantó una ceja, su interés claramente picado. —¿Va sobre ese príncipe europeo que finalmente se dio cuenta de que eres su alma gemela perdida? —preguntó, siguiéndome el juego.

Reí, encantada con su humor. —Casi. Bueno, quizás no tan dramático, pero definitivamente es sobre Europa.

Tomé un momento para reunir mis pensamientos, emocionada y un poco nerviosa por compartir la noticia.
—Diego y yo hemos decidido mudarnos a Europa. Es algo sobre lo que he estado soñando por mucho tiempo, y después de todo lo que ha pasado, sentimos que es el momento perfecto para un nuevo comienzo.

La sorpresa de Emma fue genuina, pero rápidamente se transformó en una sonrisa amplia y cálida. —¡Wow! Eso es... increíble, Addie. Me alegro tanto por ti. Pero, espera, ¿cómo voy a sobrevivir sin mi dosis diaria de drama Addison-Diego?

—Ay, por favor, como si no te encantará tener el apartamento para ti sola, —le contesté, dándole un codazo suave—. Además, con la tecnología de hoy, estaré a solo una videollamada de distancia. Y quién sabe, tal vez puedas venir a visitarnos y explorar Europa juntas.

Emma asintió, emocionada. —Eso suena a un plan. Pero solo si prometes ser mi guía turística personal.

—Trato hecho, —dije, y brindamos por nuestra promesa y por el futuro.

El resto de la tarde transcurrió entre risas, recuerdos y planes soñadores para el futuro. Aunque la idea de mudarme a Europa y dejar atrás a familia y amigos era agridulce, el apoyo incondicional de Emma y su entusiasmo por mi aventura me llenaron de una confianza renovada. Sabía que, sin importar la distancia, el lazo que compartíamos como hermanas permanecería inquebrantable, un faro de amor y complicidad que nos mantendría unidas a través de cualquier desafío que la vida nos presentara.

La conversación tomó un giro más serio cuando decidí abordar un tema que había estado en mi mente. —Emma, ¿puedo preguntarte algo sobre ti y Misha? Sé que las cosas van bien, pero... ¿te sientes segura con él?

—Emma me miró, sus ojos reflejando la profundidad de la pregunta. —Sí, me siento segura, —respondió con sinceridad. —Misha ha sido increíble, Addie. Es atento, amable y, sobre todo, me

respeta. Sé que lo que pasó con Jayden te ha dejado preocupada por mí, pero Misha es diferente. Realmente lo es.

Sus palabras aliviaron una parte del temor que había estado albergando, temor de dejarla atrás, especialmente después de todo lo que había ocurrido. —Me alegra escuchar eso. Solo quiero asegurarme de que estés bien, que estés con alguien que te valore y te trate como te mereces.

Emma tomó mi mano, apretándola con afecto. —Lo sé, y te lo agradezco. Y no te preocupes, cualquier cambio, cualquier cosa que me haga sentir incómoda, serás la primera en saberlo. Pero, honestamente, con Misha me siento feliz y, lo más importante, me siento yo misma.

Sonreí, aliviada y agradecida por su honestidad. —Eso es todo lo que podría pedir. Y sabes que Misha siempre ha sido un buen amigo, no solo para ti, sino para ambos. Me alegra mucho que se hayan encontrado el uno al otro.

—Y yo me alegraré de tenerlo a mi lado mientras tú estás explorando castillos y comiendo croissants sin mí, —bromeó Emma, aunque sus ojos brillaban con un toque de tristeza por la distancia que pronto nos separaría.

—Te prometo que habrá muchos croissants esperándote cuando vengas a visitarnos. Y quién sabe, quizás Misha y tú terminen uniéndose a nosotros en alguna aventura europea, —dije, imaginando futuros viajes y reuniones, manteniendo viva la conexión entre nosotros, sin importar los kilómetros de distancia.

Emma asintió, sonriendo a través de la melancolía. —Eso suena perfecto. Pero más allá de las aventuras, lo más importante es que ambos estén felices y seguros. Eso es todo lo que importa.

El sol comenzaba a bajar, pintando el cielo con tonos de rosa y naranja, recordándonos que, aunque el día estaba llegando a su fin, el futuro nos esperaba con infinitas posibilidades. Y con el apoyo inquebrantable que nos teníamos la una a la otra, sabíamos que podríamos enfrentar cualquier cosa que la vida nos trajera. Con Misha y Diego al de este par de gemelas, el camino hacia adelante se veía brillante, lleno de amor, aventura y, lo más importante, de una confianza y seguridad renovadas en nosotros mismos y en los que amábamos.

El amanecer trajo consigo el susurro prometedor de un día lleno de sorpresas. Era mi cumpleaños, sí, pero también marcaba la víspera de nuestra gran aventura hacia Europa. Con estos dos eventos chocando en un caleidoscopio de emociones, me desperté sintiendo una mezcla de anticipación, nostalgia y pura emoción.

Mientras me frotaba los ojos, tratando de sacudirme el último vestigio del sueño, no pude evitar quedarme boquiabierta ante la escena ante mí. Los globos de helio, en un arco iris de colores, bailaban suavemente en el aire matutino, y el pequeño pastel con su vela solitaria parecía esperar pacientemente el momento de ser soplado.

—Diego, esto es... es hermoso, —murmuré, mi voz cargada de emoción. —No tenías que hacer todo esto.

Él se encogió de hombros, su sonrisa ampliándose aún más, si eso era posible. —Por supuesto que tenía que hacerlo. Es un día especial, y quería empezarlo de la mejor manera posible.

Me guio a sentarme en la mesa preparada, y mientras tomaba asiento, no pude evitar notar cada detalle cuidadosamente seleccionado: desde las flores frescas hasta la selección de mis alimentos favoritos para el desayuno.

—Espera, ¿hay más sorpresas? —pregunté, levantando una ceja con curiosidad y un toque de sospecha juguetona.

—Ah, eso tendrás que esperar y ver, —dijo él, guiñándome un ojo antes de servir dos copas de jugo de naranja. —Por ahora, disfrutemos de este desayuno. Y después, bueno, el día apenas comienza.

El desayuno se desarrolló entre risas y conversaciones ligeras, con Diego compartiendo anécdotas divertidas para mantener el ambiente relajado y alegre. Sin embargo, no podía sacudirme la sensación de que había algo más en camino, una expectativa que crecía con cada momento que pasaba.

—Amor, realmente, esto significa tanto para mí, —dije, tomando su mano sobre la mesa. —No solo este desayuno, sino todo. Estar a mi lado, apoyarme en cada paso... no sé si alguna vez podré compensarte.

—Addie, no tienes nada que agradecer, —respondió, su expresión se suavizó en una seriedad afectuosa. —el solo hecho de estar contigo, apoyarte, es pago suficiente. No hay otro lugar en el mundo que prefiera más que a tu lado, aquí o en cualquier parte del mundo.

Tomé una respiración profunda, permitiéndome absorber completamente sus palabras, el amor y el compromiso que ofrecían. En ese momento, con el sol ascendiendo más alto en el cielo, prometiendo un día lleno de más sorpresas y celebración, supe que no importaba a dónde nos llevara el camino. Mientras tuviéramos el uno al otro, cada día sería una aventura, cada desafío una oportunidad para crecer juntos.

—Entonces, señor guía de sorpresas, ¿qué sigue en la agenda del día? —pregunté, una sonrisa juguetona bailando en mis labios.

Me invita a sentarme en su regazo. Luego de darme un beso de esos que me dejan sin aliento, enciende la vela del pastel y me insta a que pida un deseo. Con los ojos cerrados pienso en ello y luego de un suave soplido la apago.

Diego se levantó, extendiendo su mano hacia mí. —Ven, que el día apenas comienza. Y creo que vas a amar lo que viene a continuación.

Y así, tomados de la mano, nos embarcamos en el resto del día, cada momento una celebración no solo de mi cumpleaños, sino de nuestra vida compartida y los sueños que estábamos a punto de perseguir juntos.

Cuando Emma y Misha llegaron, el sol ya se había elevado en el cielo, bañando todo con una luz cálida y dorada. La llegada de ellos inyectó una nueva ola de energía y felicidad en el ambiente, haciendo que el día especial se sintiera aún más completo.

—¡Feliz cumpleaños, hermana! —exclamó Emma, envolviéndome en un abrazo que casi me levanta del suelo. —Espero que estés lista para las sorpresas que tenemos para ti.

—Conociéndote, estoy segura de que al menos una de esas sorpresas me hará llorar, —respondí, devolviéndole el abrazo con igual fuerza.

Emma se rio, un sonido que siempre lograba alegrar aún más mi día. —Oh, definitivamente. Pero prometo que serán lágrimas de felicidad. —Luego típico de Emma añadió —Aunque quizás quieras llorar de pena, te estas poniendo más vieja cada día, más cerca del señor —dijo con tono burlón mi querida hermana.

—No te preocupes querida, que mañana, que digo mañana, en pocas horas me sigues los pasos. —Porque sí, somos hermanas gemelas, pero yo nací a las 11:40 pm y Emma 23 minutos después lo que significa que no tenemos el mismo día, ¡por suerte!

Sacó de su bolso un paquete envuelto con cuidado y me lo entregó. —Aquí tienes, un pequeño algo para comenzar.

Con manos temblorosas por la emoción, abrí el regalo para encontrar un álbum de fotos. Cada página era un testimonio de los momentos que habíamos compartido, capturando nuestras risas, aventuras y hasta nuestros momentos más tontos. —Emma, esto es... es perfecto, —dije, sintiendo cómo los bordes de mis ojos se humedecían. —Gracias.

—¿Ves? Lágrimas de felicidad, —dijo ella, sonriendo con satisfacción.

—Fue entonces cuando Misha se adelantó, sosteniendo un paquete envuelto en papel marrón. —Y yo también tengo algo para ti, —dijo, entregándomelo con una sonrisa gentil.

Al abrirlo, encontré un diario de cuero, su superficie suave bajo mis dedos. —Misha, es hermoso, —exclamé, admirando la artesanía.

—Me imagino que querrás documentar todas las nuevas experiencias que tendrás en Europa. Un lugar para mantener vivos tus pensamientos y sueños, —explicó Misha, su tono cálido y sincero.

—Prometo llenarlo hasta el borde, —aseguré, sintiéndome abrumada por la consideración de su regalo.

Diego se unió a nosotros, rodeándome con un brazo. —Bueno, ¿qué opinas? ¿Ha sido un buen

comienzo de cumpleaños hasta ahora?

—El mejor, —dije, mirando a cada uno de ellos a los ojos. —No solo por los regalos, que son increíbles, sino por tenerlos a todos aquí conmigo. No hay nada mejor que eso.

Los cuatro compartimos una mirada de entendimiento y cariño, un momento de silencio que decía más que mil palabras. Estábamos a punto de embarcarnos en nuevas aventuras, cada uno con sus propios caminos y desafíos, pero el amor y el apoyo mutuo que nos teníamos eran inquebrantables. En ese día de cumpleaños, rodeada de las personas que más amaba, sentí una profunda gratitud y una emoción palpable por todo lo que estaba por venir.

Pero la sorpresa más grande estaba reservada para la tarde. Diego me vendó los ojos, guiándome hacia un destino desconocido. La anticipación creció dentro de mí con cada paso que dábamos. Cuando finalmente retiró la venda, me encontré frente a un grupo de nuestros amigos y familiares más cercanos, reunidos en nuestro lugar favorito junto al lago. Era una despedida y una celebración de cumpleaños todo en uno, y el amor y el apoyo que sentí en ese momento eran abrumadores.

—Queríamos que supieras cuánto te amamos y te apoyamos, — dijo mi hermana, hablando por todos. —Y aunque nos vas a hacer mucha falta, sabemos que esta es la aventura de tu vida. Estamos aquí para celebrarte a ti, Addison, y todo lo que está por venir.

La fiesta fue un vaivén de risas, bailes y, por supuesto, un poco de llanto. Cada abrazo, cada palabra, cada risa compartida era un recordatorio de los lazos que nos unían, lazos que, sabía, no se debilitarían con la distancia.

Al final del día, mientras las estrellas comenzaban a titilar en el cielo nocturno, me senté junto a Diego, mi mano en la suya. —Hoy ha sido perfecto, — le susurré, sintiendo una paz profunda y una alegría abrumadora. —Gracias por hacerme sentir tan amada, tan valiente y tan lista para este próximo capítulo.

—Siempre, mi cielo, — respondió él, besando mi frente. —Siempre.

Y así, con el corazón lleno y el espíritu elevado, cerré los ojos, sabiendo que, sin importar a dónde me llevara el camino, llevaría conmigo los recuerdos y el amor de este día, listos para alimentar mi alma en la aventura que estaba por comenzar.

30

DIEGO



Los días previos a nuestra partida eran frenéticos, marcados por una mezcla de anticipación y el leve toque de nerviosismo que siempre acompaña a los grandes cambios. Addison y yo nos sumergimos en los preparativos para nuestro viaje a Europa, cada tarea completada nos acercaba un paso más a esta nueva etapa de nuestras vidas.

Inicialmente, planeamos explorar varios países de Europa para sumergirnos en diferentes culturas y estilos de vida antes de tomar una decisión final sobre dónde establecernos. Es una elección significativa, pero estamos seguros de que la aventura será emocionante y enriquecedora.

Mientras revisaba las listas de verificación, asegurándome de que no olvidáramos nada importante, no podía evitar sentir una profunda emoción por lo que estaba por venir. —Amor, ¿has visto los pasaportes? —pregunté, hurgando a través de los documentos en nuestra mesa de la sala.

—Los puse en la bolsa de mano, junto con los boletos de avión y las confirmaciones del hotel —respondió ella desde el dormitorio, donde estaba organizando su maleta con una eficiencia impresionante.

Ya había desocupado el apartamento donde viví con Violet, a pesar de la confianza que tengo con Addison no me consideré prudente llevarla a mi antiguo hogar. Decidimos ambos quedarnos estos últimos días en un Airbnb para poder prepararnos mejor para nuestro gran día.

Al escucharla, sentí una oleada de admiración. La forma en que Addison enfrentaba este gran cambio con tanta valentía y entusiasmo era realmente inspiradora. Caminé hacia donde ella estaba y me apoyé en el marco de la puerta, observándola. —Sabes, estoy constantemente asombrado por tu fortaleza y tu capacidad para manejar todo esto -—dije sinceramente.

Ella se detuvo y me miró, una sonrisa suave iluminando su rostro. —Bueno, no podría hacerlo sin ti. Este viaje, este nuevo comienzo... es algo que estamos haciendo juntos. Y eso lo hace aún más especial.

Nos permitimos un momento, simplemente mirándonos el uno al otro, dejando que el significado de sus palabras se asentara. Luego, volviendo a la tarea en mano, continuamos con los preparativos, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero unidos en nuestro propósito compartido.

Un par de días antes de la partida, decidimos organizar una pequeña cena de despedida con Emma y Misha, una última oportunidad para estar todos juntos antes de que Addison y yo emprendiéramos nuestro viaje. La velada estuvo llena de risas, recuerdos compartidos y promesas de visitas futuras.

—Prométanme que enviarán fotos y nos mantendrán actualizados con todas sus aventuras, —dijo Emma, su voz teñida de emoción y una pizca de tristeza.

—Por supuesto, — aseguré, levantando mi copa en un brindis. —Y esperamos verlos a ambos en Europa antes de lo que piensan. Esta no es una despedida, sino un nos vemos más tarde.

***

El día de la partida finalmente llegó, y mientras cerrábamos la puerta de nuestra casa, no pude evitar sentir un momento de vacilación. Miré a Addison, buscando y encontrando fortaleza en su presencia. Tomados de la mano, nos dirigimos hacia el aeropuerto, listos para enfrentar juntos lo desconocido.

El aeropuerto rebosaba de su bullicio característico, pero alrededor de Addison y de mí, todo lo demás parecía desvanecerse, como si estuviéramos encapsulados en nuestra propia pequeña burbuja. Observé a Emma y a Addison aferrarse la una a la otra, una despedida cargada de emoción que ninguno deseaba enfrentar. Misha y yo, cargando el equipaje, nos detuvimos a observar ese momento, entendiendo el profundo lazo que unía a las hermanas.

Emma, con la voz temblorosa, le aseguró a Addison, —Vas a hacer cosas increíbles, Addie. Siempre supe que eras destinada para grandes aventuras.

A través de sus lágrimas, Addison le respondió con una sonrisa que emanaba gratitud y amor. —Y tú serás increíble aquí. Cuídame a Misha, ¿sí? No olvides... Facetime todos los domingos.

La broma de Emma intentó aligerar el ambiente —¿Cómo podría olvidarlo? Sería como perderme la mejor telenovela.

Misha, uniéndose a este momento con su característica calidez, aseguró, —No te preocupes, me encargaré de ella. Y te mantendremos actualizada con cada locura que hagamos.

Yo me sumé a la conversación, el peso de la despedida haciendo eco en mi voz. —Tranquilos, que muy pronto estaremos tomando shots y riéndonos, —intenté transmitir tanto consuelo como podía en esas palabras, aunque mi propio corazón se sentía pesado.

—Sé que es lo correcto, pero no lo hace más fácil, —admitió Addison, secándose las lágrimas antes de abrazarnos a Misha y a mí.

Misha, con una voz llena de seguridad y calidez, aludió, —Recuerda que esta es la aventura de tu vida. Todos estamos increíblemente orgullosos de ti.

El último abrazo de Emma fue más fuerte, más significativo. —Te voy a extrañar más de lo que las palabras pueden expresar. Pero sé que esto es lo mejor para ti. Solo prométeme que te cuidarás.

—Lo prometo, —aseguró Addison, su gratitud y amor por sus amigos y hermana claramente visible.

Con corazones pesados pero llenos de amor y esperanza, nos dirigimos hacia la seguridad, dándonos la vuelta una última vez para despedirnos con la mano. A pesar de las lágrimas, las sonrisas entre ellas recordaban el vínculo inquebrantable que compartíamos.

Caminando de la mano hacia nuestra puerta de embarque, sabíamos que las relaciones que habíamos construido permanecerían fuertes, a pesar de la distancia. Este viaje marcaba el inicio de un nuevo capítulo para nosotros, pero siempre llevaríamos un pedazo de casa en nuestros corazones, sin importar a dónde nos llevara la vida.

Este no era el final de nuestra historia, sino el comienzo de un nuevo capítulo emocionante, lleno de promesas y posibilidades. Mientras el avión despegaba, dejando atrás nuestra vida conocida, miré por la ventana hacia el horizonte lejano, sintiendo que, junto a la mujer sentada a mi lado, cualquier sueño era posible. Juntos, estábamos listos para navegar hacia el futuro, llevando con nosotros el amor y el apoyo de nuestros amigos y familiares, y el inquebrantable deseo de explorar todo lo que el mundo tenía para ofrecer.

***

**PARIS**

Mientras la luz del atardecer bañaba las calles de París, transformando cada rincón en un escenario de ensueño, nos encontramos ascendiendo las colinas de Montmartre. El barrio, con su atmósfera bohemia y sus calles serpenteantes, parecía contener en cada esquina una historia por contar.

—Imagina vivir aquí, amor. Despertar cada mañana con esta vista, —dijo, su voz llena de un anhelo palpable, mientras entrelazaba su mano con la mía.

—Sería como un sueño permanente, viviendo en nuestro propio mundo romántico, —respondí, apretando su mano suavemente. —Pero ¿te imaginas el costo de la vida aquí? París no es precisamente barata.

—Es cierto, —admitió Addison, apoyando su cabeza en mi hombro. —Pero piensa en la cultura, el arte, ¡el pan!... vivir aquí nos daría acceso a tantas experiencias únicas. Sería como alimentar el alma todos los días.

—Y no olvides la moda, —agregué, levantando su barbilla para que nuestros ojos se encontraran. —Tendrías todas las boutiques y desfiles de moda a tu alcance. Serías la envidia de todos. Aparte de que sería muy divertido verte con un baguette debajo del brazo —reí con carcajadas.

—Eso sería un sueño, menos la parte del pan —rio ella, lo cual su risa era música para mis oídos. —Pero también está el tema del idioma. Mi francés es básico como mucho. No estoy segura de cómo me las arreglaría en el día a día.

—Bueno, es una barrera, pero también una oportunidad para aprender algo nuevo juntos, —reflexioné, acariciando su mano. —Aunque también deberíamos considerar el clima. Los

inviernos pueden ser bastante grises y fríos aquí, no como en Florida.

—Cierto, eso definitivamente sería un cambio para nosotros. Y qué hay de nuestra familia y amigos... estar tan lejos podría ser difícil, —dijo ella, mirándome con una dulzura que siempre me hacía querer abrazarla.

—Sí, dejar atrás a todos sería duro, —concordé, sintiendo el peso de la distancia que una mudanza así crearía. —Pero París tiene su aeropuerto internacional, visitas podrían ser más fáciles de lo que pensamos.

—Tienes razón. Y quién sabe, —dijo ella, sonriendo mientras nos deteníamos a mirar el Sena reflejando las luces de la noche. —Quizás solo necesitamos venir aquí más seguido, en lugar de mudarnos por completo.

—Eso suena como un plan perfecto, hermosa. París puede ser nuestro escape romántico, no nuestro hogar permanente, —concluí, besando su frente mientras nos abrazábamos bajo el cielo parisino.

Continuamos nuestro paseo hasta llegar a la cima de Montmartre, donde la Sacré-Cœur se erigía majestuosa, ofreciendo una vista panorámica de la capital francesa que quitaba el aliento.

—Mira esto, Mon Amour. ¿Cómo podría algo tan hermoso cansarse alguna vez? — dijo Addison, apretando mi mano con más fuerza mientras nos acercábamos al mirador.

Frente a nosotros, París se extendía iluminada por los últimos rayos del sol, la Torre Eiffel destacándose en el horizonte como una señal que llamaba a los soñadores de todo el mundo.

—Es impresionante, — admití, sin poder apartar la vista. —Pero sabes, lo que realmente hace que este momento sea perfecto, eres tú. Compartir todo esto contigo... eso es lo que verdaderamente cuenta.

Ella se inclinó, depositando un suave beso en mis labios. —Entonces, hagamos una promesa aquí y ahora. No importa a dónde nos lleve la vida, siempre encontraremos tiempo para descubrir la belleza del mundo juntos.

—Lo prometo, — dije, y sellamos nuestra promesa con un beso profundo, cargado de amor y de promesas por cumplir, mientras el sol se ponía sobre París, marcando el inicio de nuestro viaje por Europa.

En ese momento, comprendí que estos días serían los que recordaríamos en los años venideros, cuando hablemos del tiempo en que éramos jóvenes, enamorados y vagando libremente por el mundo. París no era solo nuestro primer destino; era el comienzo de una vida de aventuras compartidas, de amor y de promesas cumplidas bajo el cielo de cualquier ciudad que decidiéramos llamar nuestro hogar, aunque fuera por un día.

**VENECIA**

A medida que la góndola se deslizaba suavemente por el laberinto de canales, Venecia se revelaba ante nosotros en todo su esplendor. Los reflejos del agua danzaban sobre las fachadas de los edificios, creando un espectáculo de luces y sombras que parecía sacado de un sueño.

Addison se inclinó sobre el borde de la góndola, tocando la superficie del agua con la punta de sus dedos. — ¿Cómo sería para nosotros tener un hogar en Venecia? —murmuró, su voz teñida de maravilla.

—Sería increíble, —asentí, sintiendo la magia del lugar. —Vivir aquí sería vivir en medio de la historia, rodeados de arte y arquitectura que han resistido el paso del tiempo.

—Y pensar en despertar cada mañana con el sonido del agua y las campanas de San Marcos, —continuó Addison, con una sonrisa soñadora —Pero ¿has pensado en las inundaciones? La acqua alta podría complicar un poco las cosas.

—Sí, eso sería un desafío. Tendríamos que acostumbrarnos a revisar los informes del agua tanto como el pronóstico del tiempo, —reí suavemente, apretando su mano.

—Y el turismo, —agregó ella. —Venecia siempre está llena de turistas. Podría ser abrumador tener tanta gente alrededor todo el tiempo.

—Es cierto, la privacidad sería algo que probablemente extrañaríamos. Pero por otro lado, —dije, tratando de equilibrar la conversación, —vivir en Venecia nos daría acceso a algunos de los mejores mariscos de la cocina italiana que podríamos desear. La comida aquí es incomparable.

—Oh, definitivamente, —sonrió Addison. —Y no podemos olvidar el vino. Pero ¿y si pensamos en el espacio? Las viviendas aquí no son conocidas por ser espaciosas. Eso podría ser un problema para nosotros, acostumbrados a espacios más abiertos.

—Buen punto, —asentí, pensando en nuestros cómodos apartamentos en casa. —Y luego está el asunto de moverse por la ciudad. Sin autos, todo es a pie o en barco.

—Podría ser encantador al principio, pero tal vez un poco agotador con el tiempo, —comentó ella, frunciendo el ceño ligeramente. —Aunque, caminar por estos puentes y callejones todos los días podría ser nuestra propia aventura romántica.

—Exactamente, —dije, envolviéndola en mis brazos mientras la góndola continuaba su suave viaje. —Venecia podría ser un lugar para revisitar y reavivar nuestro amor. Un lugar para atesorar.

—Un lugar para crear de memorias juntos, siempre que necesitemos inspiración o un descanso de la rutina, —concluyó Addison, con una expresión reflexiva.

Nuestra conversación se cerró con esa idea encantadora, dejándonos con la certeza de que, aunque no viviéramos allí, Venecia siempre tendría un lugar especial en nuestros corazones y en

nuestra historia compartida.

El gondolero, un hombre de mediana edad con una sonrisa amable, captó nuestra fascinación. — Venecia es única, — dijo en un inglés con marcado acento italiano. —Pero también es una ciudad de contrastes. La belleza que ven ha sobrevivido a siglos, a inundaciones. Es una lucha constante entre el hombre y la naturaleza.

Su comentario añadió una capa de profundidad a nuestra experiencia, recordándonos que, detrás de la belleza inigualable de Venecia, había historias de resiliencia y perseverancia.

— ¿Tiene alguna recomendación de lugares que no debemos perdernos? — preguntó mi cómplice eterna, siempre ansiosa por descubrir los secretos menos conocidos de cada lugar que visitábamos.

El gondolero sonrió, señalando hacia un pequeño canal lateral. —Después de este paseo, deben visitar la Librería Acqua Alta. Es un lugar mágico, lleno de libros antiguos y nuevos, apilados en góndolas y bañeras para protegerlos del agua. Es el espíritu de Venecia, capturado en un solo lugar.

Agradecimos su sugerencia con entusiasmo, emocionados por explorar un rincón tan único de la ciudad.

—Venecia nos enseña a apreciar la belleza en la fragilidad, — continué, reflexionando en voz alta. —A valorar cada momento, porque, como esta ciudad, no sabemos cuánto durará.

Addison asintió, tomando mi mano. —Entonces hagamos que cada momento cuente, no solo aquí, sino en cada paso de nuestro viaje.

Mientras la góndola continuaba su recorrido, envueltos en la serenata del gondolero, nos prometimos aprovechar al máximo nuestra aventura, dejando que cada experiencia nos enseñara, nos cambiara y nos uniera aún más. Venecia no era solo una parada en nuestro viaje, sino un recordatorio de que la vida, con toda su belleza y desafíos, estaba hecha para ser vivida plenamente, un precioso día a la vez.

## PRAGA

Mientras caminábamos por las empedradas calles de Praga, cada paso parecía resonar con ecos de historias pasadas. El Castillo de Praga se alzaba imponente sobre nosotros, un guardián silencioso de siglos de historia. La luz dorada del atardecer añadía un toque místico a la escena, haciendo que las sombras danzaran suavemente sobre las antiguas piedras.

—Es como si cada piedra tuviera una historia que contar, — dijo Addison, su voz llena de asombro. — ¿Te imaginas las vidas que han pasado por aquí, los secretos que estos muros podrían revelar si pudieran hablar?

—Sería fascinante escucharlos, — respondí, imaginando a reyes, artistas y revolucionarios caminando por estas mismas calles. —Pero por ahora, nos toca a nosotros añadir nuestras propias historias a este lugar.

Al llegar al Puente de Carlos, nos detuvimos a contemplar el río Moldava, sus aguas reflejando el cielo crepuscular y los contornos de la ciudad. Las estatuas que adornaban el puente parecían cobrar vida bajo el juego de luces y sombras, testigos silenciosos de nuestro paso.

—Esto es increíblemente hermoso, —susurró Addison, apretando mi mano, mientras la abrazaba por detrás, admirando todo. —Praga realmente captura la esencia de un cuento de hadas.

En ese momento, un grupo de músicos comenzó a tocar una melodía suave y melancólica, sus notas flotando en el aire y mezclándose con la brisa del atardecer.

— ¿Crees que recordaremos este momento para siempre? —preguntó Addison, sus ojos no apartándose de la vista frente a nosotros.

—Lo haremos, —aseguré, sabiendo que este era uno de esos momentos perfectos que se graban en la memoria. —Y será una de las muchas historias que contaremos cuando seamos viejos y estemos sentados en nuestro porche, mirando hacia atrás en nuestra vida juntos.

Ella se rio, una risa ligera que parecía bailar con la música. —Me gusta esa imagen. Pero por ahora, estoy feliz de estar aquí, contigo, viviendo este momento.

—Y yo no podría pedir nada más, — dije, besándola suavemente en la frente.

Mientras el sol se ponía completamente, dejando a Praga bañada en una luz de ensueño, continuamos nuestro paseo, dejándonos llevar por la magia de la ciudad. Praga era un recordatorio de que, en el mundo, aún existían lugares capaces de transportarnos a otro tiempo, de inspirarnos y recordarnos la belleza de explorar juntos, de mano en mano, cada rincón del mundo que nos esperaba.

**AMSTERDAM**

Después de un día maravilloso recorriendo los museos y calles pintorescas de Ámsterdam, Addison y yo decidimos coronar nuestra visita con una cena cerca de los famosos canales de la ciudad, aprovechando la atmósfera única que ofrece la noche.

—Aquí se siente diferente de noche, ¿no crees? Como si la ciudad cambiara su vestido diurno por algo más misterioso y encantador, — dije, admirando el reflejo de las luces en el agua, que iluminaba suavemente los puentes y las orillas.

Addison asintió, envolviéndose un poco más en su abrigo. —Sí, es como si Ámsterdam tuviera dos caras. La luz del día muestra su belleza histórica y cultural, pero de noche... es pura magia.

Encontramos un pequeño restaurante con vistas al canal, donde la luz tenue y el ambiente cálido

prometían una velada perfecta. Mientras esperábamos nuestra orden de Bitterballen y Snert para compartir, no pudimos evitar perder nuestra mirada en el vaivén tranquilo del agua y en el ir y venir silencioso de las bicicletas a lo largo de las calles adoquinadas.

—Diego, ¿alguna vez has pensado en lo diferente que sería nuestra vida si nos mudáramos a Ámsterdam? —preguntó, observando una pareja pasar en bicicleta con facilidad.

—Durante nuestra estadía lo he meditado, especialmente cuando vemos la energía de la ciudad y toda esta cultura vibrante, —respondí, tomando su mano por encima de la mesa. —Aquí los departamentos de ingeniería y matemáticas también son muy buenos. Pero ¿qué te parece el clima? Los inviernos pueden ser bastante fríos y húmedos aquí. El viento puede ser un infierno congelado.

—Es verdad, —sonrió ella, acurrucándose un poco más en su chaqueta. —Pero imagina los veranos, largos y llenos de luz. Los días se extienden hasta casi medianoche. Eso sería algo nuevo para nosotros. Aquí se dan las cuatro estaciones bien marcadas.

—Y qué me dices de la barrera del idioma, —continué, queriendo explorar cada aspecto. —Aunque mucha gente aquí habla inglés, aprender holandés podría ser un desafío interesante.

—Me encantaría ese desafío, —dijo Addison con entusiasmo. —Y pienso en la vida en bicicleta. Dejar el coche y pedalear a todas partes suena tan saludable y ecológico.

—Es cierto, —reí ligeramente. —Aquí la bicicleta es reina, aunque puede ser un tanto peligroso. Pero ¿estás lista para lidiar con la multitud de turistas durante todo el año? Ámsterdam, igual que Venecia, es un imán para los visitantes de todo el mundo.

—Eso podría ser agotador, especialmente durante la temporada alta, —admitió. —Pero hay tantas joyas ocultas en la ciudad, lugares fuera del camino turístico típico. Podríamos hacer de esos nuestros refugios secretos.

—Y no olvides los museos y la cultura, —añadí. —Vivir aquí sería como tener acceso constante a algunas de las mejores obras de arte y exposiciones del mundo.

—Exactamente, —dijo Addison, sus ojos reflejando sueños de lo que podría ser. —sin embargo, ¿y si la euforia inicial de mudarnos se desvanece y la realidad cotidiana no es tan romántica como esperamos?

—Ese es siempre el riesgo, —concedí mientras nos deteníamos para mirar los tulipanes en un puesto del mercado. —Pero sea lo que sea que decidamos, explorar estas ideas juntos ya es una aventura en sí misma. Pero mientras esté contigo, cualquier lugar se sentiría como en casa, —respondí, extendiendo mi mano sobre la mesa para entrelazar mis dedos con los suyos.

Ella sonrió, ese tipo de sonrisa que iluminaba todo su rostro y hacía que mi corazón latiera un poco más rápido. —Esa es la mejor respuesta que podrías haber dado, — dijo ella, y por un momento, todo lo demás pareció desvanecerse. Solo éramos nosotros dos, compartiendo un

instante perfecto en una ciudad encantadora.

Después de cenar, decidimos dar un paseo a lo largo del canal, disfrutando de la tranquilidad de la noche. —Ámsterdam de noche es aún más hermoso de lo que imaginaba, — comentó Addison, apoyándose en uno de los puentes para tomar una foto.

—Y compartirlo contigo lo hace aún más especial, — dije, capturando no solo la escena ante nosotros con mi cámara, sino también el reflejo de la felicidad en su rostro.

Nos prometimos regresar a Ámsterdam, quizás en otra temporada, para descubrir más de sus secretos y maravillas. Por ahora, sin embargo, cada paso que dábamos juntos, bajo el cielo estrellado y a lo largo de los canales iluminados, sellaba nuestro amor y nuestra aventura conjunta con recuerdos que atesoraríamos para siempre.

**BARCELONA**

Mientras deambulábamos por el Parque Güell, el sol de la tarde bañaba todo con una luz dorada, destacando los vibrantes colores de los mosaicos que adornaban este espacio fantástico. La genialidad de Gaudí se manifestaba en cada banco ondulado y en cada columna retorcida, haciendo que cada rincón pareciera parte de un sueño.

—Es como caminar dentro de un cuento de hadas, — dije, incapaz de dejar de maravillarme ante la vista que nos rodeaba. —Gaudí realmente tenía una imaginación sin límites.

Addison, con su cámara en mano, capturaba cada detalle, cada juego de luces y sombras. —Y pensar que esto era solo uno de sus sueños, — comentó, deteniéndose para fotografiar una salamandra recubierta de mosaicos, brillante bajo el sol. —Cada pieza de este parque es una obra de arte.

Nos tomamos un momento para sentarnos en uno de los famosos bancos de mosaicos del parque, mirando hacia la ciudad que se extendía ante nosotros. —Barcelona tiene esta energía única, ¿no crees? Una mezcla de tradición y modernidad, todo fusionado de manera que solo aquí podría funcionar, — reflexioné, sintiendo la vibrante vida de la ciudad incluso desde nuestra tranquila observación.

—Sí, y la pasión de Gaudí por la naturaleza, cómo incorporó esos elementos en su trabajo... Es inspirador, — añadió Addison. -Me hace pensar en cómo nosotros estamos tratando de moldear nuestra propia vida, tomando los elementos que amamos y creando algo nuevo juntos.

Sonreí ante su observación. —Eso es hermoso, mi cielo. Y es verdad. Este viaje, nuestra vida juntos, es nuestra propia obra de arte.

Ella se inclinó hacia mí, dejando un suave beso en mis labios. —Y es una que seguiré creando contigo, sin importar a dónde vayamos.

Al levantarnos para continuar nuestra exploración, el Parque Güell se despedía con la promesa

de más descubrimientos, más sueños por cumplir. —Barcelona será siempre un recordatorio de este momento, —dije mientras tomaba su mano y nos dirigíamos hacia la salida.

—Un hermoso recordatorio de nuestro amor y nuestras aventuras, — concluyó Addison, su voz resonando con una promesa de infinitas posibilidades.

Barcelona se convirtió en un testimonio de nuestro crecimiento juntos, de aprender a encontrar nuestro lugar en el mundo, no a través de un destino fijo, sino a través del amor que compartíamos y las aventuras que nos esperaban, juntos, allá donde nos llevaran nuestros sueños.

***

Después de un día intenso recorriendo las maravillas de Barcelona y ver la transformación de la ciudad cuando jugaba su equipo de futbol local, Addison y yo decidimos que era el momento perfecto para cumplir con nuestra cita dominical: la videollamada con Emma. Acomodados en la confortable habitación de nuestro hotel, con la ventana abierta dejando entrar la brisa suave de la tarde barcelonesa, preparamos nuestro pequeño rincón con el portátil sobre la mesa.

—Prepárate, Diego. Las conversaciones con Emma pueden ir desde el análisis profundo de la cultura pop hasta los debates filosóficos sobre el mejor sabor de helado, —advirtió Addison con una sonrisa mientras marcaba el número de Emma.

—Estoy listo para lo que sea, —respondí, intrigado y emocionado por ser parte de esta tradición.

Tan pronto como la imagen de Emma apareció en pantalla, su energía vibrante llenó la habitación. —¡Ahí están mis trotamundos favoritos! ¿Cómo está Barcelona? ¿Han comido ya su peso en papas bravas o todavía están trabajando en ello?

Addison carcajeó, contestando rápidamente. —Estamos en ello. Pero primero, tenemos que contarte todo sobre la Sagrada Familia y el Parque Güell. Gaudí era un genio.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que Diego sobrevivió a un día entero de turismo sin desmayarse? ¡Eso merece una celebración! —bromeó Emma, guiñándole un ojo.

—Hola, Em. Sí, y créeme, la belleza de Barcelona hace que valga la pena cada paso, —dije, entrando en el juego.

—Entonces, ¿cuál es la locura de esta semana? ¿Diego ha empezado a hablar en catalán en su sueño? ¿Addison ha decidido convertirse en artista de mosaicos? —preguntó Emma, claramente disfrutando de la oportunidad de hacernos reír.

Addison tomó la palabra, —Bueno, si por locura te refieres a enamorarnos aún más de esta ciudad y de cada uno, entonces sí, esa ha sido nuestra locura.

—Pero dime, ¿cómo están las cosas por allá? ¿Misha ha aprendido ya a hacer la paella o sigue siendo un desastre en la cocina? —pregunté, curioso por saber más sobre su vida mientras

estábamos lejos.

Emma soltó una carcajada. —Oh, es un desastre glorioso. Pero es nuestro desastre. De hecho, intentó sorprenderme con una cena romántica la otra noche y terminamos pidiendo pizza. Fue... memorable.

—Suena perfecto, —dije, sintiendo una calidez en el corazón al escuchar sobre la felicidad de Emma y Misha.

La conversación continuó fluyendo, entre risas y anécdotas, sintiéndose casi como si Emma estuviera allí con nosotros en Barcelona. A pesar de la distancia, estas videollamadas nos mantenían conectados, recordándonos que, no importa dónde estemos en el mundo, el amor y la amistad no conocen de kilómetros.

Cuando finalmente colgamos, Addison y yo nos miramos, sonriendo. —Me encanta hablar con Emma. Es como llevar un pedacito de casa con nosotros, —dijo ella, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Así es, — respondí, abrazándola. —Y no importa a dónde vayamos, esos pedacitos de casa nos seguirán, manteniéndonos enraizados y recordándonos de dónde venimos.

Esa noche en Barcelona, con el corazón lleno de amor y gratitud, nos dimos cuenta de que no importaba cuán lejos viajáramos; las conexiones con las personas que amábamos eran nuestro verdadero hogar.

***

El alba despertaba a Barcelona, su luz dorada se filtraba suavemente a través de las cortinas de nuestra habitación. Addison y yo nos encontrábamos en el balcón, un lugar pequeño pero perfecto que nos ofrecía una vista privilegiada de la ciudad que comenzaba a despertar. La brisa matutina traía consigo promesas y sueños, envolviéndonos en un momento de calma y reflexión.

Con vista hacia la Barceloneta, donde el cielo se unía en un abrazo eterno con el mar, pensé en todo lo que habíamos vivido y aprendido en este viaje.

—Cuando iniciamos esta locura— comencé, mi voz apenas un susurro en la tranquilidad del amanecer, —pensé que estábamos en busca de un destino, de respuestas a preguntas que ni siquiera sabíamos cómo formular.

Addison se acercó más a mí, su presencia un recordatorio constante del viaje interior que ambos habíamos emprendido. — ¿Y qué encontraste? —Su pregunta, llena de curiosidad y amor, me invitó a explorar las profundidades de mi ser.

—Encontré que lo que realmente importa no es el destino, sino el viaje, —respondí, mirándola a los ojos, esos espejos del alma que reflejaban toda la belleza y complejidad de nuestro amor. —Y en ese viaje, lo más precioso que he descubierto eres tú, nosotros. Nuestra capacidad de soñar

juntos, de enfrentar cualquier desafío, de hacer de cualquier lugar nuestro hogar, siempre y cuando estemos juntos.

La emoción brilló en los ojos de Addison, y en ese momento, supe que había capturado la esencia misma de nuestro viaje. —Entonces, esto no es el final, —dijo ella, su voz teñida de una promesa infinita. —Es apenas el comienzo.

—El comienzo de todo, —afirmé, sellando nuestras palabras con un beso que hablaba de futuros por escribir, de mundos por explorar. —No importa a dónde nos guíe la vida, lo importante es que lo enfrentaremos juntos, creando nuestra propia historia, un día a la vez.

Mientras el sol ascendía, llenando el cielo de luz y color, supe que este momento, este lugar, quedaría grabado en nuestra memoria como el punto de partida hacia nuevas aventuras. Aunque nuestra exploración de Europa podría estar llegando a su fin, nuestra vida juntos, nuestra verdadera aventura, apenas comenzaba.

Y así, con Barcelona despertándose bajo nuestros pies, prometimos mirar hacia el futuro con esperanza y amor, listos para descubrir qué nuevos sueños construiríamos juntos. Porque al final, lo descubrimos: nuestro hogar no era un lugar, sino el viaje que compartíamos, el amor que nos unía.

Este último día en Barcelona no marcaba un adiós a nuestras aventuras, sino un hasta luego a las experiencias que aún estaban por venir. Con cada amanecer, cada atardecer, cada sonrisa compartida y cada desafío superado, sabíamos que mientras estuviéramos juntos, cada día sería una nueva oportunidad para amar, crecer y soñar.

# Epílogo

Addison se sentó en la terraza de su café favorito en Málaga, la brisa marina acariciando su rostro mientras observaba el ir y venir de la gente. Ante ella, un diario en blanco esperaba ser llenado con nuevas historias, nuevas memorias. Con una sonrisa, abrió la primera página, lista para documentar el comienzo de esta nueva etapa junto a Diego, el amor de su vida.

*"Desde que decidimos hacer de Málaga nuestro hogar, cada día ha sido una aventura,"* comenzó, su pluma deslizándose suavemente sobre el papel. *"Encontrar nuestro piso fue el primer desafío. Recorrimos la ciudad, maravillándonos con sus colores, su vida, su energía. Y cuando finalmente dimos con ese lugar perfecto, con vistas al mar y rodeado de esa luz especial que solo Málaga tiene, supe que habíamos encontrado nuestro rincón en el mundo."*

Sonrió al recordar cómo, entre los dos, habían ido decorando cada rincón de su nuevo hogar. Cada pieza de mobiliario, cada cuadro colgado en la pared había sido elegido con amor, convirtiendo el espacio en un verdadero reflejo de su vida compartida.

*“Nuestros días transcurren entre la calma y la efervescencia de esta ciudad que ahora llamamos hogar. En Málaga, Diego ha encontrado no solo un escenario perfecto para su afición a la fotografía, capturando momentos cotidianos que se tornan extraordinarios a través de su lente, sino también una oportunidad para continuar su carrera académica. Aunque la fotografía sigue siendo un pasatiempo apasionante, Diego rápidamente encontró su lugar como profesor de ingeniería en una de las universidades de la ciudad, donde ahora comparte su conocimiento y experiencia con los estudiantes. Su vida en Málaga equilibra perfectamente su amor por la enseñanza y su pasión por la fotografía.”*

*"Yo, por mi parte, he retomado la escritura,"* continuó, su corazón llenándose de calidez al pensar en las tardes pasadas en ese mismo café, pluma en mano, dejando que las historias fluyeran. *"Este lugar, con su mezcla de culturas, su rica historia y su vibrante presente, me ha dado nuevas historias que contar, nuevas voces que explorar en mis escritos."*

*"Pero lo más hermoso de todo,”* escribió, una lágrima de felicidad deslizándose por su mejilla, *"es la vida que Diego y yo estamos construyendo juntos. Las cenas improvisadas en nuestra terraza, viendo el atardecer; los paseos nocturnos por la playa, escuchando el susurro del mar; incluso los desacuerdos tontos sobre qué película ver... Todo ello forma parte de este maravilloso tejido que es nuestra vida."*

Cerrando el diario por un momento, Addison levantó la vista, dejando que su mirada se perdiera en el horizonte. Málaga no era solo un lugar en el mapa; se había convertido en el escenario de su vida con Diego, un lugar donde el amor, la aventura y los sueños compartidos continuaban floreciendo cada día.

Addison volvió a abrir su diario, sintiendo que había más historias por contar, más capítulos de

su nueva vida en Málaga que necesitaban ser plasmados en esas páginas blancas.

*"Otra de las joyas de este nuevo capítulo ha sido volver a vivir mi pasión por el ballet clásico. Encontré un pequeño centro cultural a solo unas calles de nuestro hogar, un lugar mágico donde ahora tengo el privilegio de enseñar a un grupo maravilloso de niñas. Cada clase es un recordatorio de la pureza y la belleza del arte, de la capacidad de la danza para expresar lo que las palabras no pueden."*

*"Ver la emoción y el esfuerzo de mis alumnas, su alegría cuando dominan un nuevo paso, me ha llenado de una satisfacción que había olvidado que podía sentir. Es como si, al compartir mi amor por la danza, estuviera redescubriendo una parte de mí misma que había quedado en pausa."*

Addison se detuvo un momento, recordando otro acontecimiento reciente que había marcado profundamente su corazón.

*"La visita de Emma y Misha a nuestro nuevo hogar fue un reencuentro extraordinario. La casa se llenó de risas, de historias compartidas, de los recuerdos de nuestro viaje y de los planes para el futuro. Fue un recordatorio hermoso de las conexiones que mantenemos, sin importar la distancia."*

*"Y entonces, en una noche que parecía como cualquier otra, Diego transformó un momento ordinario en algo que recordaré por el resto de mi vida. Con nuestros amigos como testigos, y bajo el cielo estrellado de Málaga, me sorprendió con un anillo de compromiso."*

*"Nunca olvidaré sus palabras: 'Addison, desde el momento en que comenzamos esta aventura juntos, supe que quería pasar el resto de mis días a tu lado. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?' La sorpresa, la emoción y el amor que sentí en ese momento son indescriptibles. Y, por supuesto, dije que sí."*

*"Fue un momento de pura alegría, reforzando la certeza de que juntos podemos enfrentar cualquier cosa. La propuesta de Diego fue un reflejo de todo lo que hemos construido y de todo lo que aún nos espera."*

Cerrando el diario, Addison sonrió para sí misma, sintiendo cómo su corazón rebosaba de gratitud y amor. La vida en Málaga, junto a Diego, había superado todas sus expectativas. Había encontrado no solo un lugar para llamar hogar, sino también una comunidad, una pasión renovada y, lo más importante, un compañero de vida en su primer amor.

Levantándose del café, se dirigió de regreso a casa, emocionada por todo lo que el futuro les depararía. Sabía que, sin importar qué, mientras estuvieran juntos, cada desafío sería una oportunidad, y cada día, una aventura.

Mientras Addison caminaba lentamente hacia su hogar en Málaga, el atardecer teñía el cielo de tonos cálidos que se reflejaban en las blancas fachadas de la ciudad. Era uno de esos momentos tranquilos que invitaban a la reflexión, y su mente se llenó con el torbellino de emociones y

experiencias que habían marcado su vida recientemente.

Desde el dolor y la confusión causados por la pérdida de su amiga Diane, hasta el reencuentro inesperado con Diego en la República Dominicana, cada evento había sido un eslabón en la cadena de su destino. La pérdida de memoria había sido un obstáculo desafiante, una neblina que oscureció su comprensión de sí misma y de su pasado. Sin embargo, en esa oscuridad, había encontrado luz en Diego, quien se convirtió en su faro, guiándola de regreso hacia la claridad y el amor.

Madame Brish y su sabiduría mística, aunque un capítulo breve en su viaje, habían jugado un papel crucial en ayudarla a confrontar y reconciliarse con su pasado. La revelación de lo que había ocurrido con Jayden, y la valentía de enfrentarlo, demostraron ser los pasos finales hacia su sanación y renacimiento.

Cada uno de estos momentos, tanto los alegres como los desafiantes, habían tejido la tela de su vida, transformándola de maneras que nunca había imaginado. Habían enseñado a Addison el valor de la resiliencia, del perdón y del amor incondicional. Le mostraron que, incluso en los tiempos más oscuros, siempre hay una chispa de esperanza, una posibilidad de cambio y crecimiento.

Al acercarse a la puerta de su casa, una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en Diego. Él había sido su compañero constante a través de todo, ofreciendo su apoyo inquebrantable, su amor y su comprensión. Juntos, habían navegado por las tormentas, celebrado las victorias, y ahora, estaban construyendo una vida llena de promesas y sueños en Málaga.

Abriendo la puerta, encontró a Diego en la cocina, preparando la cena. La calidez de la escena, tan cotidiana y a la vez tan preciosa, llenó su corazón de gratitud. Sin decir una palabra, se acercó a él, envolviéndolo en un abrazo que decía más de lo que las palabras podían expresar. Diego respondió al abrazo, sellando su reencuentro con un beso que hablaba de amor eterno, de promesas cumplidas y de un futuro lleno de posibilidades.

En ese momento, Addison supo que, sin importar los desafíos que enfrentaran, siempre encontrarían el camino de regreso el uno al otro. Su historia, tejida con momentos de dolor y alegría, era un testimonio del poder transformador del amor y de la capacidad humana para superar y crecer. Unidos, habían encontrado no solo sanación, sino también un propósito compartido y una felicidad profunda.

Este no era el final de su viaje, sino apenas el comienzo de una vida de aventuras, amor y descubrimientos compartidos. Con Diego a su lado, Addison estaba lista para abrazar todo lo que el futuro les deparara, sabiendo que, pase lo que pase, su amor sería la ancla que los mantendría firmes y la vela que los llevaría hacia nuevos horizontes. A partir de ahora, continuarían escribiendo las páginas de sus memorias del corazón.

**!Hasta una nueva aventura...!**

# Referencia de Canciones

“*Make you feel my love”* - Adele.
*“I miss you”. - Adele*
*“Más allá”* - La ley
*"Beautiful Monster"* - Ne-Yo
*“Na de Na”* – AngelYKhriz
*"Entre tu cuerpo y el mio"* - Milly Quezada
*"Con calma"* - Daddy Yankee
*“Photograph”* - *Ed Sheeran*

# Agradecimientos

¡Hola a todos los que se toman un tiempo para leer estas líneas!

Quiero comenzar este viaje de gratitud con un sincero *"¡gracias!"* a esa versión de mí misma que existía antes de ser mamá. Esa chica que, sin duda, sentó las bases para mi amor por la escritura. Sin tus sueños y tus letras, este libro no sería más que un pensamiento fugaz.

A mi pequeño compañero de juegos, mi hijo, que con su risa y su energía inagotable me recordaba cada día que la vida está hecha para disfrutarla. Gracias por esos momentos en los que te sentabas a mi lado mientras yo escribía, creando un cómplice silencioso en mi proceso creativo.

Y, por supuesto, no puedo olvidarme de mi roca, mi apoyo incondicional, mi esposo. Gracias por entender mis noches en vela, mis momentos de concentración extrema y por darme el espacio y el ánimo para perseguir este sueño. Contigo a mi lado, cualquier meta parece alcanzable.

A mis amigos, esos que siempre estuvieron ahí para animarme, para leer mis borradores y para celebrar mis logros, ¡gracias por todo su apoyo incondicional! Sus palabras de aliento y su confianza en mí fueron la gasolina que necesitaba para seguir adelante.

Y, por último, pero definitivamente no menos importante, a mis lectores. Ustedes, que toman este libro entre sus manos y se sumergen en las historias que he tejido con tanto amor y dedicación, son el corazón latente de este proyecto. Sin su curiosidad y su pasión por la lectura, mis palabras no tendrían sentido.

A todos ustedes, gracias de corazón. Este libro lleva un pedacito de cada uno de ustedes entre sus páginas, y espero que lo disfruten tanto como yo disfruté escribiéndolo.

## ¡Con cariño,

Raynee.

# Acerca del autor

## Raynee Romero



Originaria de la vibrante República Dominicana, Raynee Romero combina su formación en administración de empresas con su pasión por la escritura. Con "Mi Adicción" como su debut literario, Raynee se adentra en el romance erótico, explorando la intensidad de las emociones humanas a través de sus relatos. Inspirada por figuras como Megan Maxwell, encuentra en lo cotidiano la chispa para sus historias.

Cuando no está escribiendo, Raynee disfruta de la lectura y de sumergirse en el drama de las series coreanas. Vive con su querida familia y una mascota juguetona, quienes le proporcionan tanto amor como inspiración diaria. Su obra busca transportar a los lectores más allá de la rutina diaria, invitándolos a vivir experiencias que resonarán en sus corazones.

Sígueme y conecta conmigo a través de mis redes sociales para conocer más sobre mis proyectos y día a día en el mundo de las letras.

# Libros de este autor

## Mi adicción

La vida es como una ruleta rusa. Shantal no pensó nunca que la suya se convertiría en una de la noche a la mañana. Pasar de tener una vida feliz a una que solo llenó de odio su joven corazón, hacer cosas que esta mal visto por la sociedad para sobrevivir y ser alguien. ¿Y quien diría que encontraría una gran amistad, el amor y personas a quien amar? Shantal aprenderá a ser fuerte, a creer en el amor en todas sus formas y a pasar por mil y una batallas para lograr estar en paz.

Sexo, amistad y familia, Mi adicción es una novela erótica y romántica que te dejara adicto desde la primera página.

# Adelanto de "Encrucijadas del corazón"

Justo cuando estaba admirando la vibrante presentación de un grupo de danza folclórica mexicana, cuyos trajes coloridos y movimientos enérgicos capturaban la esencia de México, sentí una mano en mi hombro. Al girarme, me encontré con Enrique, su rostro iluminado por una sonrisa genuina.

—¿Ves? Te dije que sería un éxito. Mira a tu alrededor, Emma. Todo el mundo está disfrutando de la riqueza de la cultura mexicana —dijo, y por un momento, toda la ansiedad y el estrés que había sentido se desvanecieron, reemplazados por un profundo sentido de logro y satisfacción.

—Gracias, Quique. No podría haberlo hecho sin tu apoyo... y tus llamadas de 'motivación' —bromeé, permitiéndome finalmente relajarme y disfrutar del evento que había organizado.

La Feria Cultural Mexicana no solo fue un éxito en términos de asistencia y recepción, sino que también se convirtió en un recordatorio personal de que, con pasión y dedicación, puedo superar cualquier nerviosismo y contribuir a algo significativo. Y, por supuesto, tener amigos como Enrique a mi lado solo hacía que el viaje fuera aún más especial.

Exhausta pero eufórica, me dirigí a mi oficina después del cierre de la Feria Cultural Mexicana, dejando atrás el bullicio y la energía de un evento que había superado todas mis expectativas. Estos días habían sido un torbellino de actividad, cada uno marcado por el peso del trabajo y la satisfacción de la tarea bien hecha. Al llegar, me deshice de los tacones que habían sido mis compañeros fieles pero tortuosos a lo largo del día y comencé a masajear mis pies doloridos. En ese momento de tranquilidad, solo una persona venía a mi mente, la persona con la que anhelaba compartir mi triunfo.

No esperé más. Saqué mi teléfono y marqué su número, anticipando su respuesta. Después de dos tonos, escuché su voz al otro lado de la línea.

—¿Estás ocupado? —pregunté, incapaz de ocultar la sonrisa que jugueteaba en mis labios.

—*Para ti, nunca, harnyy* —respondió él, su voz cargada de un calor que enviaba un escalofrío por mi espina dorsal.

—Uy, estás hablando en ucraniano, demasiado sexy. ¿Qué significa? —No pude evitar la curiosidad mezclada con diversión ante su elección de palabras.

Misha se rió, un sonido que me llenó de calidez. —*Significa 'hermosa'*.

—Oh, interesante… me encanta —confesé, sintiendo cómo mi corazón latía un poco más rápido ante el cumplido implícito.

—*¿Has terminado tu evento? ¿Cómo te fue?* —preguntó, su interés genuino en su tono.

—Podría decirte que genial… pero fue fantástico —exclamé, permitiéndome un momento de orgullo. —Realmente superó todas mis expectativas.

—*¡Qué bueno! Me alegro tanto por ti, Emma. Trabajaste duro para conseguir que todo saliera bien* —su voz transmitía admiración y apoyo, reforzando la conexión que sentíamos el uno por el otro.

—Trabajé tan duro que ahora necesito que vengas por mí. No quiero manejar, ¿puedes? —Mi petición era mitad broma, mitad súplica, buscando prolongar la magia del día compartiéndolo con él.

—*Claro, salgo para allá en cinco minutos. Relájate y espérame* —dijo, y su pronta aceptación me llenó de una alegría anticipada.

Colgué el teléfono, una sensación de paz y expectación anidando en mi pecho. Me recliné en mi silla, cerrando los ojos brevemente mientras esperaba a Misha. Hoy había sido un día de inmensa alegría y satisfacción, y la perspectiva de terminarlo en su compañía solo añadía a mi felicidad. La feria había sido un éxito, pero era este momento de quietud, la anticipación de compartir mi logro con alguien que me importaba profundamente, lo que verdaderamente marcaba el día como especial.

Estaba mirando por la ventana de mi oficina cuando Misha hizo su entrada, marcando la primera vez que cruzaba el umbral hacia mi espacio de trabajo. No necesitó palabras; su presencia llenaba la habitación, tejiendo una atmósfera de intimidad instantánea. Al acercarse, me rodeó con sus brazos, atrayéndome hacia él en un abrazo que me envolvió en una sensación de calma y confusión a la vez. Había algo en él, una profundidad y una conexión que parecían desafiar el corto tiempo que nos conocíamos. ¿Cómo podía alguien transmitir tanto con apenas un gesto?

—Así, desarreglada, con el cabello suelto y sin tacones, luces increíblemente hermosa, —susurró, su voz baja resonando con sinceridad y calidez.

Ante sus palabras, cualquier pensamiento coherente se disipaba, dejándome a la deriva en un mar de emociones. Con una delicadeza que contrastaba con la intensidad del momento, Misha inclinó su rostro hacia el mío, nuestros labios encontrándose en un beso que parecía elevarnos más allá de las preocupaciones terrenales. Mientras sus dedos viajaron entre las hebras de mi cabello y cuello acercándome más el, profundizando nuestra conexión aún más. Era un beso que hablaba de promesas no formuladas, de un futuro aún no escrito, lleno de la dulzura y la pasión de descubrirnos el uno al otro.

Poco a poco, nos llevó hacia atrás, topándome con el escritorio. De un solo movimiento termine sentada sobre este, con el entre mis piernas mientras el beso no paro ni un solo segundo.

El tiempo parecía detenerse, el mundo exterior desvaneciéndose hasta quedar solo nosotros dos, perdidos en el momento. Eventualmente, la necesidad de respirar nos separó, y nos quedamos mirándonos, intentando descifrar los misterios el uno del otro a través de la cercanía de nuestras miradas.

—Wow, hola a ti también, — dije, mi voz apenas un susurro cargado de asombro y una chispa de humor. —Parece que debería presentarme 'destruida' más a menudo.

En ese espacio compartido, entre la luz que se desvanecía y el palpitar de nuestros corazones, encontramos un refugio. Misha sonrió, su expresión un espejo de la mía, reflejando un sentimiento de conexión que iba más allá de las palabras. En ese instante, comprendí que lo que estábamos construyendo juntos era algo profundamente especial, un lazo que se fortalecía con cada sonrisa compartida, cada toque, cada mirada.

La oficina estaba sumida en un silencio cómodo, solo interrumpido por el suave murmullo de la ciudad al caer la noche. Misha, con una sinceridad que lo desnudaba emocionalmente ante mí, capturó mi mirada con la suya, intensa y llena de un anhelo palpable.

**!Nos leemos pronto!**